

Cuentos completos.
Vol. II

Julio Verne

Frritt-Flacc

Capítulo I

¡Frritt...!, es el viento que se desencadena.

¡Flacc...!, es la lluvia que cae a torrentes.

La mugiente ráfaga encorva los árboles de la costa volsiniana, y va a estrellarse contra el flanco de las montañas de Crimma. Las altas rocas del litoral están incesantemente roídas por las olas del vasto mar del Megalocride.

¡Frritt...! ¡Flacc...!

En el fondo del puerto se oculta el pueblecillo de Luktrop. Algunos centenares de casas, con verdes miradores que apenas las defienden contra los fuertes vientos. Cuatro o cinco calles empinadas, más barrancos que vías, empedradas con guijarros, manchadas por las escorias que proyectan los conos volcánicos del fondo. El volcán no está lejos: el Vanglor. Durante el

día, sus emanaciones se esparcen bajo la forma de vapores sulfurosos. Por la noche, de minuto en minuto, se producen fuertes erupciones de llamas. Como un faro, con un alcance de ciento cincuenta *kertses*, el Vanglor señala el puerto de Luktrop a los buques de cabotaje, barcos de pesca y transbordadores cuyas rodas cortan las aguas del Megalocride.

Al otro lado de la villa se amontonan algunas ruinas de la época crimeriana. Tras un arrabal de aspecto árabe, una alcazaba de blancas paredes, techos redondos y azoteas devoradas por el sol. Es un cúmulo de piedras arrojadas al azar, un verdadero montón de dados cuyos puntos hubieran sido borrados por la pátina del tiempo.

Entre todos ellos se destaca el Seis-Cuatro, nombre dado a una construcción extraña, de techo cuadrado, con seis ventanas en una cara y cuatro en la otra.

Un campanario domina la villa: el campanario cuadrado de Santa Phililene, con campanas suspendidas del grosor de los muros, que el huracán hace resonar algunas veces. Mala señal. Cuando esto sucede, los habitantes tiemblan.

Esto es Luktrop. Unas cuantas moradas, miserables chozas esparcidas en la campiña, en medio de retamas y brezos, *passim*, como en Bretaña. Pero no estamos en Bretaña. ¿Estamos en Francia? No lo sé. ¿En Europa? Lo ignoro.

De todos modos, no busque Luktrop en el mapa, ni siquiera en el atlas de Stieler.

Capítulo II

¡Froc...! Un discreto golpe resuena en la estrecha puerta del Seis-Cuatro, abierta en el ángulo izquierdo de la calle Messagliere. Es una casa de las más confortables, si esa palabra tiene algún sentido en Luktrop; una de las más ricas,

si el ganar un año por otro algunos miles de *fretzers* constituye alguna riqueza.

Al golpe ha respondido uno de esos ladridos salvajes, en los que hay algo de aullido, y que recuerdan el ladrido del lobo. Luego se abre, por encima de la puerta del Seis-Cuatro, una ventana de guillotina.

-¡Al diablo los inoportunos! - dijo una voz mal humorada.

Una jovencita, tiritando bajo la lluvia, envuelta en una mala capa, pregunta si el doctor Trifulgas está en casa.

-¡Está o no está, según!

-Vengo porque mi padre se está muriendo.

-¿Dónde se muere?

-En Val Karniu, a cuatro *kertses* de aquí.

-¿Y se llama...?

-Vort Kartif.

-Vort Kartif... ¿el hornero?

-Sí, y si el doctor Trifulgas...

-¡El doctor Trifulgas no está!

Y la ventana se cerró brutalmente, mientras que los *Frritts* del viento y los *Flaccs* de la lluvia se confundían en un alboroto ensordecedor.

Capítulo III

Un hombre duro, este doctor Trifulgas. Poco compasivo, no curaba si no era a cambio y eso por adelantado. Su viejo Hurzof, una mezcla de *bulldog* y faldero, tiene mas corazón que él. La casa del Seis-Cuatro inhospitalaria para los pobres, no se abre mas que para los ricos. Además, hay una tarifa: tanto por una tifoidea, tanto por una congestión, tanto por una pericardi-

tis, tanto por cualquiera de las otras enfermedades que los médicos inventan por docenas. Sin embargo, el hornero Von Kartif era un hombre pobre, de una familia miserable ¿Por que tiene que molestarse en una noche como aquella al doctor Trifulgas?

-¡Sólo el haberme hecho levantar vale ya diez *fretzers!*- murmuró al acostarse de nuevo.

Apenas habían transcurrido veinte minutos cuando la aldaba volvió a golpear la puerta del Seis-Cuatro.

El doctor abandonó gruñendo su caliente lecho y se asomó a la ventana.

-¿Quién va?- gritó.

-Soy la mujer de Von Kartif.

-¿El hornero de Val Karniu?

-¡Si! ¡Y si usted se niega a venir, morirá!

-¡Pues bien, se quedará viuda!

-Aquí traigo veinte *fretzers*...

-¡Veinte *fretzers* por ir hasta Val Karniu, que está a cuatro *kertses* de aquí!

-¡Por caridad!

-¡Vaya al diablo!

Y la ventana se cerró. ¡Veinte *fretzers*! ¡Bonito hallazgo! ¡Arriesgarse a un catarro o a unas agujetas por veinte *fretzers*, sobre todo cuando mañana le esperan en Kiltreno, en casa del rico Edzingov, el gotoso, cuya gota le representa cincuenta *fretzers* por cada visita!

Pensando en esta agradable perspectiva, el doctor Trifulgas volvió a dormirse más profundamente que antes.

Capítulo IV

¡Fritt...! ¡Flacc...! Y luego: ¡froc...¡froc...! ¡froc...!

A la ráfaga se le han unido esta vez tres alda-bonazos, aplicados por una mano más decidida. El doctor dormía. Finalmente se despertó..., ¡pero de qué humor! Al abrir la ventana, el huracán penetró como un saco de metralla.

-Es por el hornero...

-¿Aún ese miserable?

-¡Soy su madre!

-¡Que la madre, la mujer y la hija revienten con él!

-Ha sufrido un ataque...

-¡Pues que se defienda!

-Nos han enviado algún dinero - señaló la vieja -. Un adelanto sobre la venta de la casa de Don-trup, la de la calle Messagliere. ¡Si usted no

acude, mi nieta no tendrá padre, mi hija no tendrá esposo y yo no tendré hijo...!

Era a la vez conmovedora y terrible oír la voz de aquella anciana, al pensar que el viento helaba la sangre en sus venas y que la lluvia calaba sus huesos.

-¡Un ataque cuesta doscientos *fretzers*! - respondió el desalmado Trifulgas.

-¡Sólo tenemos ciento veinte!

-¡Buenas noches!

Y la ventana volvió a cerrarse. Pero, mirándolo bien, ciento veinte *fretzers* por hora y media de camino, más media hora de visita, hacen sesenta *fretzers* a la hora, un *fretzer* por minuto. Poco beneficio, pero tampoco para desdeñar.

En vez de volverse a acostar, el doctor se envolvió en su vestido de lana, se introdujo en sus grandes botas impermeables, se cubrió con su

holopanda de bayeta, y con su gorro de piel en la cabeza y sus manoplas en las manos, dejó encendida la lámpara cerca de su Codex, abierto en la página 197, y empujando la puerta del Seis-Cuatro se detuvo en el umbral.

La vieja aún seguía allí, apoyada en su bastón, descarnada por sus ochenta años de miseria.

-¿Los ciento veinte *fretzers*...?

-¡Aquí están, y que Dios se los devuelva centuplicados!

-¡Dios! ¡El dinero de Dios!, ¿Hay alguien acaso que haya visto de qué color es?

El doctor silbó a Hurzof y, colocándole una linterna en la boca, emprendió el camino hacia el mar.

La vieja le siguió.

Capítulo V

¡Que tiempo de *Frritts* y de *Flaccs*! Las campanas de Saint Philfilene se han puesto en movimiento a impulsos de la borrasca. Mala señal. ¡Bah! El doctor Trifulgas no es supersticioso. No cree en nada, ni siquiera en su ciencia, excepto en lo que le produce.

¡Que tiempo! Pero también, ¡que camino! Guijarros y escorias; guijarros, despojos arrojados por el mar sobre la playa, escorias que crepitan como los residuos de las hullas en los hornos. Ninguna otra luz más que la vaga y vacilante de la linterna del perro Hurzof. A veces la erupción en llamas del Vanglor, en medio de las cuales parecen retorcerse extravagantes siluetas. No se sabe que hay en el fondo de esos insondables cráteres. Tal vez las almas del mundo subterráneo que se volatilizan al salir.

El doctor y la vieja siguen el contorno de las pequeñas bahías del litoral. El mar esta teñido de un blanco lívido, blanco de duelo, y chispea al atacar la línea fosforescente de la resaca, que

parece verter gusanos de luz al extenderse sobre la playa.

Ambos suben así hasta el recodo del camino, entre las dunas, cuyas atochas y juncos entrecocan con ruido de bayonetas.

El perro se aproximó a su amo y parecía querer decirle:

"¡Vamos! ¡Ciento veinte *fretzers* para encerrarlos en el arca! ¡Así se hace fortuna! ¡Una fanega más que agregar al cercado de la vida! ¡Un plato más en la cena de la noche! ¡Una empanada más para el fiel Hurzof! ¡Cuidemos a los enfermos ricos, y cuidémoslos... por su bolsa!"

En aquel momento la vieja se detiene. Muestra con su tembloroso dedo una luz rojiza en la oscuridad. Es la casa de Vort Kartif, el hornero.

-¿Allí? - dice el doctor.

-Sí - responde la vieja.

-¡Harrahuau! - ladra el perro Hurzof.

De repente truena el Vanglor, conmovido hasta los contrafuertes de su base. Un haz de fuliginosas llamas asciende al cielo, agujereando las nubes. El doctor Trifulgas rueda por el suelo.

Jura como un cristiano, se levanta y mira.

La vieja ya no está detrás de él. ¿Ha desaparecido en alguna grieta del terreno, o ha volado a través del frotamiento de las brumas?

En cuanto al perro, allí está, de pie sobre sus patas traseras, con la boca abierta y la linterna apagada.

-¡Adelante! - murmura el doctor Trifulgas.

Ha recibido sus ciento veinte *fretzers* y, como hombre honrado que es, tiene que ganarlos.

Capítulo VI

Sólo se ve un punto luminoso, a una distancia de medio *kertse*. Es la lámpara del moribundo, del muerto tal vez. Es, sin duda, la casa del hornero. La abuela la ha señalado con el dedo. No hay error posible.

En medio de los silbadores *Frritts*, de los crepitantes *Flaccs*, del ruido sordo y confuso de la tormenta, el doctor Trifulgas avanza a pasos apresurados.

A medida que avanza la casa se dibuja mejor, aislada como está en medio de la landa.

Es singular la semejanza que tiene con la del doctor, con el Seis-Cuatro de Luktrop. La misma disposición de ventanas en la fachada, la misma puertecilla centrada.

El doctor Trifulgas se apresura tanto como se lo permite la ráfaga. La puerta está entreabierta; no hay mas que empujarla. La empuja, entra, y el viento la cierra brutalmente tras él. El perro

Hurzof, fuera, aúlla, callándose por intervalos, como los chantres entre los versículos de un salmo de las Cuarenta Horas.

¡Es extraño! Diríase que el doctor ha vuelto a su propia casa. Sin embargo, no se ha extraviado. No ha dado un rodeo que le haya conducido al punto de partida. Se halla sin lugar a dudas en Val Karniu, no en Luktrop. No obstante, el mismo corredor bajo y abovedado, la misma escalera de caracol de madera, gastada por el roce de las manos.

Sube, llega a la puerta de la habitación de arriba. Por debajo se filtra una débil claridad, como en el Seis-Cuatro. ¿Es una alucinación? A la vaga luz reconoce su habitación, el canapé amarillo, a la derecha el cofre de viejo peral, a la izquierda el arca ferrada donde pensaba depositar sus ciento veinte *fretzers*. Aquí su sillón con orejeras de cuero, allí su mesa de retorcidas patas, y encima, junto a la lámpara que se extingue, su Códex, abierto en la página 197.

-¿Qué me pasa? - murmuró.

¿Qué tiene? ¡Miedo! Sus pupilas están dilatadas, su cuerpo contraído. Un sudor helado enfría su piel, sobre la cual siente correr rápidas horripilaciones.

¡Pero apresúrate! ¡Falta aceite, la lámpara va a extinguirse, el moribundo también!

¡Sí! Allí está el lecho, su lecho de columnas, con su pabellón tan largo como ancho, cerrado por cortinas con dibujos de grandes ramajes. ¿Es posible que aquélla sea la cama de un miserable hornero?

Con mano temblorosa, el doctor Trifulgas agarra las cortinas. Las abre. Mira.

El moribundo, con la cabeza fuera de las ropas, permanece inmóvil, como a punto de dar su último suspiro. El doctor se inclina sobre él...

¡Ah! ¡Qué grito escapa de su garganta, al cual responde, desde fuera, el siniestro aullido de su perro!

¡El moribundo no es el hornero Vort Kartif...! ¡Es el doctor Trifulgas...! Es él mismo, atacado de congestión: ¡el mismo! Una apoplejía cerebral, con brusca acumulación de serosidades en las cavidades del cerebro, con parálisis del cuerpo en el lado opuesto a aquel en que se encuentra la lesión.

¡Si! ¡Es él quien ha venido a buscarle, por quien han pagado ciento veinte *fretzers*! ¡Él, que por dureza de corazón se negaba a asistir al hornero pobre! ¡Él, el que va a morir!

El doctor Trifulgas está como loco. Se siente perdido. Las consecuencias crecen de minuto en minuto. No sólo todas las funciones de relación se están suprimiendo en él, sino que de un momento a otro van a cesar los movimientos del corazón y de la respiración. Y, a pesar de

todo, ¡aun no ha perdido por completo el conocimiento de sí mismo!

¿Que hacer? ¿Disminuir la masa de la sangre mediante una emisión sanguínea? El doctor Trifulgas es hombre muerto si vacila...

Por aquel tiempo aún se sangraba y, como al presente, los médicos curaban de la apoplejía a todos aquellos que no debían morir.

El doctor Trifulgas agarra su bolsa, saca la lanceta y pincha la vena del brazo de su sosia; la sangre no acude a su brazo. Le da enérgicas fricciones en el pecho: el juego del suyo se detiene. Le abrasa los pies con piedras candentes: los suyos se hielan.

Entonces su sosia se incorpora, se agita, lanza un estertor supremo...

Y el doctor Trifulgas, pese a todo cuanto pudo inspirarle la ciencia, *se muere entre sus manos.*

¡Frritt...! ¡Flacc...!

Capítulo VII

A la mañana siguiente no se encontró más que un cadáver en la casa del Seis-Cuatro: el del doctor Trifulgas. Lo colocaron en un féretro, y fue conducido con gran pompa al cementerio de Luktrop, junto a tantos otros a quienes él había enviado según la fórmula.

En cuanto al viejo Hurzof, se dice que, desde aquel día, recorre sin cesar la landa, con la linterna encendida en la boca, aullando como un perro perdido.

Yo no sé si es así; ¡pero pasan cosas tan raras en el país de Volsinia, precisamente en los alrededores de Luktrop!

Por otra parte, se los repito, no busquen esta villa en el mapa, Los mejores geógrafos aún no

han podido ponerse de acuerdo sobre su situación en latitud, ni siquiera en longitud.

Entre conquistadores y conquistados por Ariel Pérez

(Introducción a la traducción española de Gibraltar)

Con marcado humor, Verne trata el tema de la lucha de reconquista de tierras que una vez pertenecieron a un grupo de personas y que un día les fueron arrebatadas. Para ilustrarla, escoge exactamente Gibraltar, cabo de la península ibérica situado en el declive noroeste del Peñón de su propio nombre y en la costa oriental de la bahía de Algeciras, que había pertenecido a los españoles y que recientemente había sido conquistado por los ingleses.

En este cuento aparecido por primera vez en un volumen junto con la novela [El camino de Francia](#), en 1887, Verne nos recrea como el afán de un hombre por recuperar lo que una vez era suyo lo lleva a una situación peculiar: enfrentarse a los conquistadores, pero no con un ejército de

hombres sino con uno de monos. Por demás el desenlace final de la historia resulta ser una salida hilarante al asunto, dejando siempre atrás de sí la interpretación del mensaje que Verne quiere transmitirnos.

Deseo agradecer a [Christian Sánchez](#), por su ayuda prestada en la corrección del texto. Sin más disfruten de esta corta pero interesante historia que tiene lugar entre conquistadores y conquistados.

Gibraltar

Capítulo I

Había allí unos setecientos u ochocientos, cuanto menos. De talla promedio, pero robustos, ágiles, flexibles, hechos para los saltos prodigiosos, se movían iluminados por los últimos rayos del sol que se ponía al otro lado de las montañas ubicadas al oeste de la rada. Pronto, el rojizo disco desapareció y la oscuridad comenzó a invadir el centro de aquel valle enca-

jado en las lejanas sierras de Sanorra, de Ronda y del desolado país del Cuervo.

De pronto, toda la tropa se inmovilizó. Su jefe acababa de aparecer montado en la cresta misma de la montaña, como sobre el lomo de un flaco asno. Del puesto de soldados que se encontraban sobre la parte superior de la enorme piedra, ninguno fue capaz de ver lo que estaba sucediendo bajo los árboles.

- ¡Uiss, uiss! -silbó el jefe, cuyos labios, recogidos como un culo de pollo, dieron a ese silbido una extraordinaria intensidad.

- ¡Uiss, uiss! -repitió aquella extraña tropa, formando un conjunto completo.

Un ser singular era sin duda alguna aquel jefe de estatura alta, vestido con una piel de mono con el pelo al exterior, su cabeza rodeada de

una enmarañada y espesa caballera, la cara erizada por una corta barba, sus pies desnudos y duros por debajo como un casco de caballo.

Levantó el brazo derecho y lo extendió hacia la parte inferior de la montaña. Todos repitieron de inmediato aquel gesto con precisión militar, mejor dicho, mecánica, como auténticos muñecos movidos por un mismo resorte. El jefe bajó su brazo y todos los demás bajaron sus brazos. Él se inclinó hacia el suelo. Ellos se inclinaron igualmente adoptando la misma actitud. Él empuñó un sólido bastón que comenzó a ondear. Ellos ondearon sus bastones y ejecutaron un molinete similar al suyo, aquel molinete que los esgrimistas llaman "la rosa cubierta".

Entonces, el jefe se dio la vuelta, se deslizó entre las hierbas y se arrastró bajo los árboles. La tropa lo siguió mientras se arrastraban al mismo tiempo.

En menos de diez minutos fueron recorridos los senderos del monte, descarnados por las lluvias sin que el movimiento de una piedra hubiera puesto al descubierto la presencia de esta masa en marcha.

Un cuarto de hora después, el jefe se detuvo. Todos se detuvieron como si se hubieran quedado congelados en el lugar.

A doscientos metros más abajo se veía la ciudad, cobijada por la extensa y oscura rada. Numerosas luces centelleantes hacían visible un confuso grupo de muelles, de casas, de villas, de cuarteles. Más allá se distinguían los fanales de los barcos de guerra, los fuegos de los buques comerciales y de los pontones anclados en el muelle y que eran reflejados en la superficie de las tranquilas aguas. Más lejos, en la extremidad de la Punta de Europa, el faro proyectaba su haz luminoso sobre el estrecho.

En ese momento se oyó un cañonazo: el *first gun fire*, lanzado desde una de las baterías rasantes. Luego se comenzaron a escuchar los redobles de los tambores acompañados de los agudos silbatos de los pífanos.

Era la hora de el toque de queda, la hora de recogerse en casa. Ningún extranjero tenía ya el derecho de caminar por la ciudad, a no ser que estuviera escoltado por algún oficial de la guarnición. Se le ordenaba a los miembros de las tripulaciones de los barcos que regresaran a bordo antes de que las puertas de la ciudad se cerraran. Con intervalos de quince minutos, circulaban por las calles algunas patrullas que llevaban a la estación a aquellos que se habían retrasado o a los borrachos. Entonces la ciudad se sumía en una profunda tranquilidad.

El general Mac Kackmale podría dormir entonces a pierna suelta.

Esa noche, no parecía que Inglaterra tuviera que temer que algo ocurriera en su Peñón de Gibraltar.

Capítulo II

Es conocido que este gran peñón, que tiene una altura de cuatrocientos veinticinco metros, reposa sobre una base de doscientos cuarenta y cinco metros de ancho, con cuatro mil trescientos de largo. Su forma se asemeja a un enorme león echado, su cabeza apunta hacia el lado español, y su cola se baña en el mar. Su rostro muestra los dientes - setecientos cañones apuntando a través de sus troneras-, *los dientes de la anciana*, como alguien dice. Una anciana que mordería duro si alguien la irritara. Inglaterra está sólidamente apostada en el lugar, tanto como en Perim, en Adén, en Malta, en Pulo-Pinang y en Hong Kong, otros tantos peñones que, algún día, con el progreso de la Mecánica, podrán ser convertidos en fortalezas giratorias.

Mientras llega el momento, Gibraltar le asegura al Reino Unido una dominación indiscutible sobre los dieciocho kilómetros de este estrecho que la maza de Hércules abrió entre Abila y Calpe, en lo más profundo de las aguas mediterráneas.

¿Han renunciado los españoles a reconquistar este trozo de su península? Sí, sin duda, porque parece ser inatacable por tierra o por mar.

No obstante, existía uno que estaba obsesionado con la idea de reconquistar esta roca ofensiva y defensiva. Era el jefe de la tropa, un ser raro, que se puede decir que estaba loco. Este hombre se hacía llamar precisamente Gil Braltar, nombre que sin duda alguna lo predestinaba para hacer viable esta conquista patriótica. Su cerebro no había resistido y su lugar hubiera debido estar en un asilo de dementes. Se le conocía bien. Sin embargo, desde hacía diez años, no se sabía a ciencia cierta lo que había sido de él. ¿Quizás erraría a través del mundo? Real-

mente, no había abandonado en modo alguno su dominio patrimonial. Vivía como un troglodita, bajo los bosques, en cuevas, y más específicamente en el fondo de aquellos inaccesibles reductos de las grutas de San Miguel, que según se dice se comunican con el mar. Se le creía muerto. Vivía, sin embargo, pero a la manera de los hombres salvajes, privados de la razón humana, que sólo obedecen a sus instintos animales.

Capítulo III

El general Mac Kackmale dormía perfectamente a pierna suelta, sobre sus dos orejas, algo más largas de lo que manda el reglamento. Con sus desmesurados brazos, sus ojos redondos, hundidos bajo espesas cejas, su cara rodeada de una áspera barba, su fisonomía gesticulante, sus gestos de antropopiteco, el prognatismo extraordinario de su mandíbula, era de una fealdad notable, incluso para un general inglés.

Un verdadero mono. Pero un excelente militar por otra parte, pese a su figura simiesca.

¡Sí! Dormía en su confortable morada de *Main Street*, una calle sinuosa que atraviesa la ciudad desde La Puerta del Mar hasta La Puerta de la Alameda. Quizás el general soñaba que Inglaterra se apoderaba de Egipto, de Turquía, de Holanda, de Afganistán, de Sudán o del país de los bóers, en una palabra, de todos los puntos del globo que se ajustaban a su conveniencia, justo en el momento en que corría el peligro de perder Gibraltar.

La puerta del cuarto se abrió de repente.

- ¿Qué ocurre? - preguntó el general Mac Kackmale, incorporándose de un salto

- ¡Mi general - le contestó un ayudante de campo que había entrado por la puerta como un torpedo -, la ciudad está siendo invadida!...

- ¿Los españoles?
- ¡Debe ser!
- ¡Se habrán atrevido!...

El general no terminó la frase. Se levantó, arrojó a un lado el madrás que le ceñía la cabeza, se deslizó en sus pantalones, se zambulló en su traje, se dejó caer en sus botas, se caló su bicornio, se armó con su espada mientras decía:

- ¿Qué es ese ruido que estoy escuchando?
- El ruido de las rocas que avanzan como un alud por toda la ciudad.
- ¿Son numerosos esos bribones?...
- Deben serlo
- Sin duda todos los bandidos de la costa se han reunido para ejecutar este ataque: los contrabandistas de Ronda, los pescadores de San

Roque y los refugiados que pululan en todas las poblaciones ...

- Es de temer, mi general.

- ¿Y el gobernador?...¿Ha sido prevenido?

- ¡No! ¡Es imposible ir a darle aviso a su quinta de la Punta de Europa! ¡Las puertas están ocupadas, las calles están llenas de asaltantes!...

- ¿Y el cuartel de La puerta del Mar?...

- ¡No existe medio alguno para llegar hasta allí! ¡Los artilleros deben hallarse sitiados en su cuartel!

- ¿Con cuántos hombres cuenta usted?...

- Unos veinte, mi general. Son los soldados del tercer regimiento, que pudieron escapar cuando todo comenzó.

- ¡Por San Dunstán! - exclamó Mac Kackmale -, ¡Gibraltar arrebatada a Inglaterra por estos vendedores de naranjas!... ¡No!... ¡Eso no ocurrirá!

En ese momento, la puerta del cuarto dio paso a un extraño ser que saltó sobre los hombros del general.

Capítulo IV

- ¡Ríndase! - exclamó una ronca voz, que más tenía de rugido que de voz humana.

Algunos hombres, que habían acudido detrás del ayudante de campo, iban a abalanzarse sobre aquel hombre que había acabado de penetrar en el cuarto del general, cuando a la claridad del cuarto los individuos reconocieron al recién llegado.

- ¡Gil Braltar! - exclamaron.

Era él, en efecto, aquel hombre del cual no se hablaba desde mucho tiempo atrás, el salvaje de las grutas de San Miguel

- ¡Ríndase! - volvió a gritar.

- ¡Jamás! - contestó el general Mac Kackmale.

De repente, en el momento en que los soldados lo rodeaban, Gil Braltar emitió un silbido agudo y prolongado.

Inmediatamente, el patio del edificio, luego el edificio todo, se llenó de una masa invasora.

¿Lo creerán ustedes? ¡Eran monos, monos por centenares! ¿Venían pues a recuperar de los ingleses este peñón del que son los verdaderos dueños, este monte que ocupaban mucho antes que los españoles, mucho antes que Cromwell hubiese soñado en su conquista para Gran Bretaña? ¡Sí, en verdad! ¡Y eran terribles por su número, estos monos sin colas, con los cuales

no se vivía en paz, sino a condición de tolerar sus merodeos, estos seres inteligentes y atrevidos que las personas evitan molestar, pues sabían vengarse (lo habían hecho muchas veces) haciendo rodar enormes rocas sobre la ciudad.

Y ahora, estos monos se habían convertido en los soldados de un loco, tan salvaje como ellos, este Gil Braltar que ellos conocían, que vivía la vida independiente de ellos, de este Guillermo Tell cuadrumanizado, que ha concentrado toda su existencia a un solo pensamiento: expulsar a todos los extranjeros del territorio español.

¡Qué vergüenza para el Reino Unido, si aquella tentativa tuviera éxito! ¡Los ingleses, que habían derrotado a los indios, a los abisinios, a los tasmanios, a los australianos, a los hotentotes y a muchos otros, ahora serían vencidos por unos simples monos!

¡Si semejante desastre llegara a ocurrir, el general Mac Kackmale no tendría otro remedio que volarse los sesos! ¡Era imposible sobrevivir a semejante deshonor!

Sin embargo, antes de que los monos, llamados por el silbido de su jefe, hubiesen invadido la habitación del general, algunos soldados habían podido atrapar a Gil Braltar. El loco, dotado de un vigor extraordinario, se resistió, y no costó poco trabajo reducirlo. Su piel prestada le había sido arrancada en la lucha; se encontraba amarrado, amordazado y casi desnudo en una esquina de la habitación, sin poder moverse ni emitir sonido alguno. Poco tiempo después, Mac Kackmale abandonó su casa con la firme resolución de vencer o morir de acuerdo a una de las más importantes reglas militares.

Pero el peligro en el exterior no era menor. Al parecer, algunos soldados se habían podido reunir en La puerta del Mar y avanzaban hacia la casa del general. Varios disparos se escucha-

ron en los alrededores de *Main Street* y la plaza de Comercio. Sin embargo, el número de simios era tal que la guarnición de Gibraltar corría peligro de verse muy pronto obligada a ceder posiciones. Y entonces, si los españoles hacían causa común con los monos, los fuertes serían abandonados, las baterías quedarían desiertas, las fortificaciones no contarían con un solo defensor, y los ingleses que habían hecho inaccesible aquella roca, no volverían a poseerla jamás.

De repente, se produjo un brusco giro en el curso de los acontecimientos.

En efecto, a la luz de algunas antorchas que iluminaban el patio, pudo verse a los monos batirse en retirada. Al frente de la banda iba su jefe blandiendo su bastón. Todos lo seguían a su mismo paso, imitando su movimiento de brazos y piernas.

¿Había podido Gil Braltar desatarse y arreglárselas para escapar de la habitación donde se encontraba prisionero? No había duda posible. ¿Pero adónde se dirigía ahora? ¿Se dirigía hacia la punta de Europa, a la villa del gobernador con el objetivo de atacarlo y obligarlo a rendirse, así como había hecho con el general?

¡No! El loco y su banda descendieron por *Main Street*. Luego de haber cruzado por La puerta de la Alameda, marcharon oblicuamente a través del parque y comenzaron a subir por la cuesta de la montaña.

Una hora después, en la villa no quedaba uno solo de los invasores de Gibraltar.

¿Que había ocurrido, entonces?

Pronto se supo, cuando el general Mac Kackmale apareció en el límite del parque.

Había sido él quien, desempeñando el papel del loco, se había envuelto en la piel de mono del prisionero y había dirigido la retirada de la banda. Parecía de tal modo un cuadrúmano, este bravo guerrero, que logró engañar a los monos. Así fue como no tuvo que hacer otra cosa más que presentarse y todos lo siguieron.

Simplemente, una idea genial, que fue muy pronto recompensada con la concesión de la Cruz de San Jorge.

En cuanto a Gil Braltar, el Reino Unido lo cedió, a cambio de dinero, a un Barnum que hace fortuna exhibiéndolo en las principales ciudades del viejo y el nuevo mundo. El Barnum incluso da a entender de buen grado que no es aquel salvaje de San Miguel quien exhibe, sino el general Mac Kackmale en persona.

Sin embargo, esta aventura constituyó una lección para el gobierno de Su Graciosa Majestad. Comprendió que si bien Gibraltar no podía

ser tomada por los hombres, estaba a merced de los monos. En consecuencia, Inglaterra, que es muy práctica, ha decidido no enviar allí, en lo sucesivo, sino a los más feos de sus generales, de manera que los monos volvieran a engañarse si ocurriera otro hecho similar.

Esta medida le asegurará , verdaderamente para siempre, la posesión de Gibraltar.

El eterno Adán

El zartog Sofr-Ai-Sr -es decir, "el doctor, tercer representante masculino de la centesimoprimer generación de la dinastía de los Sofr"- seguía a pasos lentos la calle principal de Basidra, la capital del *Hars-Iten-Schu*, o dicho en otras palabras "El Imperio de los Cuatro Mares". Cuatro mares, efectivamente: el Tubelone o septentrional, el Ehone o austral, el Spone u oriental y el Merone u occidental, limitaban aquel vasto territorio, de forma muy irregular, cuyos puntos más extremos (según las medidas comunes al lector) alcanzaban, en longitud, los cuatro grados Este y los sesenta y dos grados Oeste, y en latitud los cincuenta y cuatro grados Norte y los cincuenta y cinco grados Sur. En cuanto a la respectiva extensión de esos mares, ¿cómo evaluarla, aunque fuera de un modo aproximado, ya que todos ellos se unían entre sí, y un navegante, abandonando cualquiera de sus orillas y bogando siempre al frente, llegaría necesaria-

mente a la orilla diametralmente opuesta? Ya que, en toda la superficie del planeta, no existían otras tierras que las del *Hars-Iten-Schu*.

Sofr caminaba a pasos lentos, en primer lugar porque hacía mucho calor: entraban en la estación ardiente y Basidra, situada al borde del *Spone-Schu* o mar oriental, a menos de veinte grados al norte del Ecuador, se veía avasallada por una terrible catarata de rayos derramados por el sol, cerca de su cenit en aquellos momentos.

Pero, más que el cansancio y el calor, era el peso de sus pensamientos lo que retardaba los pasos de Sofr, el sabio zartog. Mientras se secaba la frente con mano distraída, recordaba la sesión que acababa de terminar, y donde tantos oradores elocuentes, entre los que se honraba en contarse, habían celebrado magníficamente el ciento noventa y cinco aniversario de la fundación del Imperio.

Algunos de ellos habían hecho un resumen de su historia, que era la historia de toda la humanidad. Habían mostrado la *Mahart-Iten-Schu*, la Tierra de los Cuatro Mares, dividida originalmente en un inmenso número de poblaciones salvajes que se ignoraban las unas a las otras. A esas poblaciones se remontaban las tradiciones más antiguas. En cuanto a los hechos anteriores nadie los conocía, y las ciencias naturales apenas comenzaban a discernir una tenue luz en las impenetrables tinieblas del pasado. Sea como fuere, aquellos antiguos tiempos escapaban a la crítica histórica, cuyos primeros rudimentos se componían de aquellas vagas nociones referentes a las antiguas poblaciones dispersas.

Durante más de ocho mil años, la historia, en grados cada vez más completos y exactos, de la *Mahart-Iten-Schu* no relataba otra cosa que combates y guerras, primero de individuo a individuo, luego de familia a familia, finalmente de tribu a tribu, y en donde cada ser vivo

cada colectividad, grande o pequeña, no tenía a lo largo de las eras otro objetivo que asegurar su supremacía sobre sus competidores y se esforzaba con diversa fortuna, a veces adversa, en someterlos a sus leyes.

Después de esos ocho mil años, los recuerdos de los hombres eran un poco más precisos. Al principio del segundo de los cuatro periodos en los que comúnmente se dividían los anales de la *Mahart-Iten-Schu*, la leyenda empezaba a merecer más justamente el nombre de historia. Por otro lado, fuera historia o leyenda, la temática de los relatos apenas cambiaba: siempre no eran mas que masacres y matanzas -ya no de tribu a tribu, hay que admitirlo, sino ahora de pueblo a pueblo-, por lo que, en buena ley, ese segundo periodo no era muy diferente del primero.

Y lo mismo podía decirse del tercero, cuyo final se hallaba apenas a doscientos años de distancia en el pasado, tras haber durado cerca

de seis siglos. Más atroz quizá esa tercera época, durante la cual innumerables ejércitos de hombres, con una rabia insaciable, habían regado la tierra con su sangre.

En efecto, un poco menos de ocho siglos antes del día en que el zartog Sofr seguía la calle principal de Basidra, la humanidad se había hallado preparada para las vastas convulsiones. En aquel momento, habiendo cumplido las armas, el fuego, la violencia, una parte de su necesaria obra, habiendo sucumbido los débiles ante los fuertes, los hombres que poblaban la *Mahart-Iten-Schu* formaban tres naciones homogéneas, en cada una de las cuales el tiempo había atenuado las diferencias entre los vencedores y los vencidos de otros tiempos. Fue entonces cuando una de esas naciones emprendió la tarea de someter a sus vecinas. Situados en el centro de la *Mahart-Iten-Schu*, los *Andarti-Ha-Sammgor*, u Hombres de Rostro de Bronce, lucharon sin piedad para ampliar sus fronteras,

dentro de las cuales se asfixiaba su ardiente y prolífica raza. Unos tras otros, al precio de seculares guerras, vencieron a los *Andarti-Mahart-Horis*, los Hombres del País de la Nieve, que habitan las extensiones del sur, y a los *Andarti-Mitra-Psul*, los Hombres de la Estrella Inmóvil, cuyo imperio estaba situado al norte y al oeste.

Cerca de doscientos años habían transcurrido desde que la última revuelta de esos dos últimos pueblos había sido ahogada en torrentes de sangre, y la tierra había conocido por fin una era de paz. Era el cuarto periodo de la historia. Un solo Imperio reemplazaba a las tres naciones de antes, y todo el mundo obedecía la ley de Basidra, y la unidad política tendía a fundir las razas. Nadie hablaba ya de los Hombres de Rostro de Bronce, de los Hombres del País de la Nieve, de los Hombres de la Estrella Inmóvil, y la tierra no contenía mas que un pueblo único, los *Andart'-Iten-Schu*, los Hombres de los Cuatro Mares, que resumía en él a todos los demás.

Pero, tras aquellos doscientos años de paz, un quinto periodo parecía querer anunciarse. Desde hacía un tiempo circulaban rumores desagradables, venidos nadie sabía de donde. Habían aparecido pensadores que despertaban en las almas recuerdos ancestrales que uno hubiera creído abolidos. El antiguo sentimiento de la raza resucitaba bajo una nueva forma, caracterizada por nuevas palabras. Se hablaba en las conversaciones de "atavismos", de "afinidades", de "nacionalismos", etc., todos ellos vocablos de reciente creación que, respondiendo a una necesidad, habían adquirido rápidamente derecho de ciudadanía. Siguiendo afinidades de origen, de aspecto físico, de tendencias morales, de intereses o simplemente de región y de clima, aparecían grupos que se veían aumentar poco a poco y que empezaban a agitarse. ¿Cómo se desarrollaría esa naciente evolución? ¿Iba a verse dividida la *Mahart-Iten-Schu*, como antes, en un gran número de naciones, o sería necesario para mantener la unidad apelar de

nuevo a las terribles hecatombes que, durante tantos milenios, habían hecho de la tierra una carnicería...?

Sofr, agitando la cabeza, alejó aquellos pensamientos. Ni él ni nadie conocía el futuro. ¿Por que pues entristecerse por anticipado de unos acontecimientos inciertos? Además, aquel no era día para meditar sobre tales siniestras hipótesis. Hoy era un día alegre, y uno no debía pensar mas que en la augusta grandeza de Mogar-Si, el decimosegundo emperador del *Hars-Iten-Schu*, cuyo cetro conducía al universo hacia gloriosos destinos.

Además, para un zartog, no faltaban las razones de alegría. Además del historiador que había pasado revista a los anales de la *Mahart-Iten-Schu*, una pléyade de sabios, con ocasión del grandioso aniversario, habían establecido, cada uno dentro de su especialidad, el balance del saber humano, señalando el punto hasta donde su secular esfuerzo había conducido a la

humanidad. De tal modo que, si bien el primero había sugerido, en una cierta medida, tristes reflexiones, relatando a través de que lenta y tortuosa ruta había escapado la humanidad de su bestialismo original, los demás habían alimentado el legítimo orgullo de su auditorio.

Sí, en verdad, la comparación entre lo que había sido el hombre, llegando desnudo y desarmado a la tierra, y lo que era hoy, incitaba a la admiración. Durante siglos, pese a las discordias y sus odios fratricidas, ni por un instante había interrumpido su lucha contra la naturaleza, aumentando sin cesar la amplitud de su victoria. Lenta al principio, su marcha triunfal se había acelerado sorprendentemente desde hacia doscientos años, y la estabilidad de las instituciones políticas y la paz universal que habían resultado de ello habían provocado un maravilloso florecer de la ciencia. La humanidad había vivido para el cerebro, y no más solamente para los miembros; había reflexionado,

en vez de agotarse en guerras inútiles y era por ello por lo que, en el transcurso de los dos últimos siglos, había avanzado a un paso cada vez más rápido hacia el conocimiento y hacia la domesticación de la materia...

A grandes rasgos, Sofr, mientras seguía bajo el ardiente sol la larga calle de Basidra, esbozaba en su mente el cuadro de las conquistas del hombre.

En primer lugar -y aquello se perdía en la noche de los tiempos-, había imaginado la escritura, a fin de fijar el pensamiento; luego -la invención se remontaba a más de quinientos años- había hallado el medio de extender la palabra escrita en un número infinito de ejemplares, con ayuda de un molde que servía para todos ellos.

Fue de esa invención de donde surgieron en realidad todas las demás. Es gracias a ella por lo que los cerebros se habían puesto a trabajar,

por lo que la inteligencia de cada uno se había visto incrementada con la de los vecinos, y por lo que los descubrimientos, tanto teórica como prácticamente, se habían multiplicado en forma prodigiosa. Ahora eran ya incontables.

El hombre había penetrado en las entrañas de la tierra y extraía de ellas la hulla, generosa dispensadora de calor; había liberado la fuerza latente del agua, y el vapor arrastraba ahora sobre las tendidas cintas de hierro pesados convoyes o accionaba innumerables y poderosas maquinas, precisas y delicadas; gracias a esas maquinas, tejía las fibras vegetales y podía trabajar a su antojo los metales, el mármol y la roca. En un campo menos concreto, o al menos de una utilización menos directa y menos inmediata, penetraba gradualmente en el misterio de los números y exploraba cada vez más profundamente la infinitud de las verdades matemáticas. Gracias a ellas, su pensamiento había recorrido el cielo. Sabía que el Sol no era mas

que una estrella que gravitaba a través del espacio según leyes rigurosas, arrastrando consigo en su inflamado orbe los siete planetas¹ de su cortejo. Conocía el arte tanto de combinar ciertos cuerpos brutos de modo que formaran otros nuevos tenían ya nada en común con los primeros, como de dividir ciertos otros en sus elementos constitutivos y primordiales. Some-
tía a análisis el sonido, el calor, la luz, empezaba a determinar su naturaleza y sus leyes. Hacía apenas cincuenta años, había aprendido a producir esa fuerza de la cual el trueno y los relámpagos son sus más terrible manifestación, y muy pronto la había convertido en su esclava; ese misterioso agente transmitía a distancias incalculables el pensamiento escrito; mañana, transmitiría el sonido; pasado mañana, sin duda, la luz... Sí, el hombre era grande, más grande que el inmenso universo, al que gobernaría como dueño en un día próximo...

Pero, para que poseyera la verdad integral, quedaba por resolver un último problema: Este hombre, dueño del mundo, ¿quién es? ¿De dónde viene? ¿Hacia que desconocidos fines tiende su incansable esfuerzo?

Ese vasto tema era precisamente el que acababa de tratar el zartog Sofr en el transcurso de la ceremonia de la que acababa de salir. Claro que no había hecho más que rozarlo, ya que un tal problema era actualmente insoluble, y seguiría siéndolo sin duda mucho tiempo aún. Sin embargo, algunos vagos resplandores empezaban a iluminar el misterio. ¿Y, entre esos resplandores, no era uno de los más poderosos el que había proyectado el propio zartog Sofr cuando, codificando sistemáticamente las pacientes observaciones de sus predecesores y sus notas personales, había llegado al enunciado de su ley de la evolución de la materia viva, ley universal actualmente admitida por todos, y que no tenía ni un solo contradictor?

Aquella teoría reposaba sobre una triple base.

En primer lugar sobre la ciencia geológica que, nacida el día en que se había empezado a hurgar las entrañas del suelo se había ido perfeccionando a medida que se desarrollaban las explotaciones mineras. La corteza del planeta tan perfectamente conocida que se llegaba incluso a fijar su edad en cuatrocientos mil años, y en veinte mil la de la *Mahart-Itens-Schu* tal como existía hoy en día. Antes, aquel continente dormía bajo las aguas del mar, como lo atestiguaba la espesa capa de lino marino que recubría, sin la menor interrupción, los estratos rocosos subyacentes. ¿Por qué mecanismo había surgido fuera de las olas? Sin duda como consecuencia de una contracción de la corteza al enfriarse. Fuera cual fuese la hipótesis al respecto, lo cierto era que la emersión de la *Mahart-Iten-Schu* debía ser considerada como segura.

Las ciencias naturales habían proporcionado a Sofr los otros dos fundamentos de su sistema, demostrando el estrecho parentesco que existía en las plantas entre sí y en los animales entre sí. Sofr había ido incluso mas lejos: había probado hasta la evidencia que casi todos los vegetales existentes se relacionaban con una planta marina que era su antepasado, y que casi todos los animales terrestres y aéreos derivaban de animales marinos. A través de una lenta, pero incesante evolución, estos se habían adaptado poco a poco a unas condiciones de vida primero vecinas, luego más alejadas de las de su vida primitiva y, de estadio en estadio, habían dado nacimiento a la mayor parte de las formas vivas que poblaban la tierra y el cielo.

Desgraciadamente, aquella ingeniosa teoría no era inatacable. El que los seres vivos del orden animal o vegetal procedieran de antepasados marinos era algo que parecía incontestable para casi todos, pero no para todos. Existían en efec-

to algunas plantas y algunos animales que parecía imposible conectar con formas acuáticas. Aquel era uno de los puntos débiles del sistema.

El hombre -Sofr no se lo ocultaba- era el otro punto débil. Entre el hombre y los animales no era posible establecer ningún lazo. Por supuesto, las funciones y las propiedades primordiales, tales como la respiración, la nutrición, la movilidad, eran las mismas, y se realizaban o se revelaban sensiblemente de parecida manera, pero subsistía un abismo infranqueable entre las formas exteriores, el número y la disposición de los órganos. Si bien, a través de una cadena de la que faltaban muy pocos eslabones, podía relacionarse la gran mayoría de los animales a unos antepasados surgidos del mar, una tal filiación era inadmisibile en lo que concernía al hombre. Para conservar intacta la teoría de la evolución, era necesario, pues, imaginar gratuitamente la hipótesis de una raíz co-

mún a los habitantes de las aguas y al hombre, raíz cuya existencia anterior nada, absolutamente nada, demostraba.

Por un tiempo Sofr había esperado hallar en el suelo argumentos favorables a sus preferencias. A instigación suya, y bajo su dirección, se habían realizado prospecciones durante un largo lapso de años, pero para llegar a resultados diametralmente opuestos a los que esperaba el promotor.

Tras atravesar una delgada película de humus formada por la descomposición de plantas y animales parecidos o análogos a aquellos que podían ver todos los días, se había llegado a la espesa capa de limo, donde los vestigios del pasado habían cambiado de naturaleza. En aquel limo ya no existía nada de la flora y la fauna existentes, sino tan solo un amasijo colosal de fósiles exclusivamente marinos cuyos congéneres vivían aun, lo más frecuentemente

en los océanos que rodeaban la *Mahart-Iten-Schu*.

¿Que conclusión había que sacar de todo aquello, sino que los geólogos tenían razón profesando que el continente había yacido antiguamente en el fondo de aquellos mismos océanos, y que ni siquiera Sofr estaba equivocado afirmando el origen marino de la fauna y la flora contemporáneas? Puesto que, salvo excepciones tan raras que podían ser consideradas con pleno derecho como monstruosidades, las formas acuáticas y las formas terrestres eran las únicas de quienes se podían descubrir huellas, de modo que las últimas tenían que haber sido necesariamente engendradas por las primeras...

Desgraciadamente para la generalización del sistema, se hicieron otros nuevos descubrimientos. Esparcidas por todo el espesor del humus, y hasta llegar a la parte más superficial del depósito de limo, fueron puestas a la luz innumerables osamentas humanas. No había nada de

excepcional en la estructura de aquellos fragmentos de esqueleto, y Sofr tuvo que renunciar a identificarlos como restos de organismos intermediarios cuya existencia hubiera confirmado su teoría: aquellas osamentas eran, ni más ni menos, osamentas humanas.

Sin embargo, no tardo en constatarse un particular extraordinariamente notable. Hasta una cierta antigüedad, que podía ser evaluada aproximadamente en dos o tres mil años, cuanto más antiguo era el osario, de más pequeña talla eran los cráneos descubiertos. Por el contrario, mas allá de aquel estadio, la progresión se invertía, y desde entonces, cuanto más se retrocedía en el pasado, mayor era la capacidad de los cráneos y, en consecuencia, el tamaño de los cerebros que habían contenido. El máximo fue hallado precisamente entre los restos -por otro lado muy extraños- encontrados en la superficie de la capa de limo. El concienzudo examen de esos venerables restos no dejó lugar

a dudas de que los hombres que vivieron en aquella lejana época habían adquirido un desarrollo cerebral muy superior a sus sucesores - incluidos los contemporáneos del propio zartog Sorf-. Así pues, durante aquellos ciento sesenta o ciento setenta siglos, se había producido una regresión manifiesta, seguida de una nueva ascensión.

Sofr, turbado por aquellos extraños hechos, llevó más adelante sus investigaciones. La capa de limo fue atravesada de parte a parte, en un espesor tal que, según las más moderadas opiniones, el depósito no había exigido menos de quince o veinte mil años. Más allá, se produjo la sorpresa de encontrar débiles restos de una antigua capa de humus y, debajo de ese humus, roca, de naturaleza variable según el lugar donde se efectuaran las prospecciones. Pero lo que llevó la sorpresa a su colmo fue el retirar algunos restos de origen incontestablemente humano arrancados a aquellas misteriosas pro-

fundidades. Eran fragmentos de osamentas que habían pertenecido a seres humanos, y también restos de armas o maquinas, trozos de cerámica, fragmentos de inscripciones en un lenguaje desconocido, piedras duras finamente trabajadas, a veces esculpidas en forma de estatuas casi intactas, capiteles delicadamente labrados, etc. El conjunto de aquellos hallazgos obligó lógicamente a deducir que hacía aproximadamente unos cuarenta mil años, es decir veinte mil años antes del momento en que habían surgido, nadie sabía de dónde ni cómo, los primeros representantes de la raza contemporánea, el hombre había vivido ya en aquellos mismos lugares, alcanzando un grado de civilización tremendamente avanzado.

Tal fue en efecto la conclusión generalmente admitida. De todos modos, hubo al menos un disidente. Ese disidente no era otro que Sofr. Admitir que otros hombres, separados de sus sucesores por un abismo de veinte mil años,

hubieran poblado por primera vez la tierra, era para el una locura. ¿De donde habrían venido, en este caso, esos descendientes de unos antepasados desaparecidos hacía tanto tiempo y a quienes no les ligaba nada? Mas que aceptar una hipótesis tan absurda, era mejor permanecer a la expectativa. El hecho de que aquellos hechos singulares no pudieran ser explicados no permitía llegar a la conclusión de que eran inexplicables. Algún día serían interpretados. Hasta entonces era mejor no tenerlos en cuenta y permanecer aferrado a esos principios, que satisfacen plenamente la razón pura:

La vida planetaria se divide en dos fases: antes del hombre y después del hombre. En la primera, la Tierra, en estado de perpetua transformación, es, por esta causa, inhabitable, y está deshabitada. En la segunda, la corteza terrestre ha llegado a un grado de cohesión que permite la estabilidad. Inmediatamente, teniendo bajo ella un sustrato sólido, aparece la vida. Se inicia con

las formas más simples y va complicándose progresivamente para alcanzar al fin al hombre, su expresión última y más perfecta. El hombre, apenas aparece sobre la Tierra, prosigue inmediatamente y sin descanso su ascensión. Con paso lento pero seguro, se encamina hacia su final, que es el conocimiento perfecto y la dominación absoluta del universo...

Arrastrado por el calor de sus convicciones, Sofr había pasado de largo su casa. Dio media vuelta, murmurando en voz baja.

"Oh" -se decía a sí mismo-, "¿admitir que el hombre, ¡hace cuarenta mil años!, hubiera alcanzado una civilización comparable, si no superior, a la que gozamos ahora, y que sus conocimientos, sus adquisiciones, hayan desaparecido sin dejar la menor huella, hasta el punto de obligar a sus descendientes a recomenzar la obra por su base, como si fueran los pioneros de un mundo deshabitado que se extiende ante ellos?... ¡Eso sería negar el futuro, proclamar

que nuestro esfuerzo es vano, y que todo el progreso es tan precario y poco firme como una burbuja de espuma cabalgando en la cresta de una ola!

Sofr hizo alto frente a su casa.

"*¡Upsa ni...! ¡hartchok...!*" (¡No, no!... ¡Realmente!...), "*¡Andart mir'hoë spha!...*" (¡El hombre es el dueño de las cosas!...) -murmuró, empujando la puerta.

Cuando el zartog hubo descansado unos instantes, comió con buen apetito, luego se tendió para efectuar su siesta cotidiana. Pero las preguntas que lo habían agitado camino de su domicilio seguían obsesionándole, rechazando el sueño.

Por mucho que fuera su deseo de establecer la irreprochable unidad de los métodos de la na-

turalidad, poseía demasiado espíritu crítico como para negar lo débil que era su sistema desde el momento en que se abordaba el problema del origen y la formación del hombre. Obligar a los hechos a encajar con una hipótesis preconcebida es una manera de tener razón contra los demás, pero no sirve para tener razón contra uno mismo.

Si, en vez de ser un sabio, un zartog muy eminente, Sofr hubiera formado parte de la clase de los iletrados, se hubiera sentido menos angustiado. El pueblo, en efecto, sin perder su tiempo en profundas especulaciones, se contentaba con aceptar, con los ojos cerrados, la vieja leyenda que, desde tiempos inmemoriales, se transmitía de padres a hijos. Explicando el misterio a través de otro misterio, hacía remontar el origen del hombre a la intervención de una voluntad superior. Un día, aquella potencia extraterrestre había creado de la nada a Hedom e Hiva, el primer hombre y la primera mujer, cuyos des-

endientes habían poblado la Tierra. Así, todo se encadenaba de la forma más sencilla.

¡Demasiado sencilla!, pensaba Sofr. Cuando uno desespera de comprender algo, es realmente demasiado fácil hacer intervenir a la divinidad: de esta forma, resulta inútil buscar la solución de los enigmas del universo, ya que los problemas quedan suprimidos apenas planteados.

¡Si al menos la leyenda popular tuviera aunque fuese tan solo la apariencia de una base seria!... Pero no se basaba absolutamente en nada. No era más que una tradición, nacida en las épocas de ignorancia y transmitida inmediatamente después de edad en edad. Incluso el nombre: "¡Hedom!..." ¿De dónde venía ese vocablo extraño, de extranjeras consonancias, que no parecía pertenecer a la lengua de los *Antart'-Iten-Schu*? Tan sólo esta pequeña dificultad filológica había bastado para que una infinidad de sabios palidieceran, sin hallar ninguna respues-

ta satisfactoria. ¡Todo aquello no eran mas que desvaríos, cosas indignas de retener la atención de un zartog!...

Irritado, Sofr descendió a su jardín. Aquella era la hora en que acostumbraba hacerlo. El sol, en su ocaso, derramaba sobre la tierra un calor menos ardiente, y una brisa tibia empezaba a soplar desde el *Spone-Schu*. El zartog erró por los caminitos, a la sombra de los árboles, cuyas susurrantes hojas murmuraban al viento, y poco a poco sus nervios recuperaron el equilibrio habitual. Pudo sacudirse aquellos absorbentes pensamientos, gozar apaciblemente del aire puro, interesarse en los frutos, la riqueza de los jardines, y en las flores, su adorno.

El azar de su paseo le condujo de nuevo hacia su casa, y se detuvo al borde de una profunda excavación donde yacían numerosos útiles. Allí serían enterrados al poco tiempo los cimientos de una nueva construcción que doblaría la superficie de su laboratorio. Pero, en aquel día de

fiestas, los obreros habían abandonado su trabajo para dedicarse al placer. Sofr estudiaba maquinalmente la obra ya realizada y la que quedaba por hacer, cuando, en la penumbra de la excavación, un punto brillante atrajo su mirada. Intrigado, descendió al fondo de la zanja y extrajo un objeto de la tierra que lo recubría en sus tres cuartas partes.

Una vez arriba de nuevo, el zartog examinó su hallazgo. Era una especie de estuche, hecho de un metal desconocido, de color gris, textura granulosa y brillo atenuado por una prolongada estancia bajo el suelo. A un tercio de su longitud, una ranura indicaba que el estuche estaba formado por dos partes que encajaban la una en la otra. Sofr intentó abrirlo.

A su primera tentativa el metal, corroído por el tiempo, se redujo a polvo, descubriendo un segundo objeto que se hallaba embutido en el primero.

La sustancia de ese segundo objeto era tan nueva para el zartog como el metal que lo había protegido hasta entonces. Era un rollo de hojas superpuestas y repletas de extraños signos, cuya regularidad indicaba que se trataba de caracteres de escritura, pero de una escritura desconocida, como Sofr no había visto nunca nada semejante, ni siquiera análogo.

El zartog, temblando de emoción, corrió a encerrarse en su laboratorio y, disponiendo con cuidado el precioso documento, lo examinó.

Sí, se trataba de escritura, nada podía ser mas seguro. Pero tampoco podía ser mas seguro el hecho de que aquella escritura no se parecía en nada a ninguna de aquellas otras que, desde el origen de los tiempos históricos, habían sido practicadas en toda la superficie de la Tierra.

¿De dónde procedía aquel documento? ¿Qué significaba? Esas fueron las dos preguntas que surgieron por si mismas en la mente de Sofr.

Para responder a la primera tenía que hallarse necesariamente en situación de responder a la segunda. Se trataba, pues, de descifrar primero, y luego de traducir... ya que podía afirmar a priori que la lengua en que estaba redactado el documento era tan desconocida como su escritura.

¿Era esto imposible? El zartog Sofr no lo creía así, de modo que, sin perder tiempo, se puso febrilmente al trabajo.

Un trabajo que duró largo tiempo, largo tiempo... años enteros. Pero Sofr no abandonó ni un instante. Sin desanimarse, prosiguió el metódico estudio del misterioso documento, avanzando paso a paso hacia la luz. Y llegó finalmente un día en que obtuvo la clave del indescifrable jeroglífico; llegó un día en que, con muchas vacilaciones y muchas dificultades todavía, pudo traducirlo a la lengua de los Hombres de los Cuatro Mares.

Y, cuando este día llegó, el zartog Sofr-Ai-Sr pudo leer lo que sigue:

Rosario, 24 de mayo del 2...

Dato así el inicio de mi relato, aunque en realidad haya sido redactado en otra fecha mucho más reciente y en lugares bien distintos. Pero para lo que pretendo hacer el orden es, a mi modo de ver, imperiosamente necesario, y es por ello por lo que adopto la forma de un "diario", escrito día a día.

Es, pues, el 24 de mayo cuando empieza el relato de los terribles acontecimientos que quiero dejar registrados aquí, para información de aquellos que vendrán después de mí, si es que la humanidad se halla aún en situación de creer en un posible futuro.

¿En que idioma voy a escribir? ¿En inglés o en español, los cuales hablo correctamente? ¡No! Escribiré en la lengua de mi propio país: el francés.

Aquel día, el 24 de mayo, había reunido a algunos amigos en mi villa de Rosario.

Rosario es, o mas bien era, una ciudad de México, a orillas del Pacifico, un poco al sur del golfo de California. Me había instalado allí una decena de años antes para dirigir la explotación de una mina de plata que me pertenecía en propiedad. Mis negocios habían prosperado sorprendentemente. Era un hombre rico, muy rico incluso - cuanto me hace reír esta palabra hoy en día -, y proyectaba regresar dentro de poco tiempo a Francia, mi patria de origen.

Mi villa, una de las más lujosas, estaba situada en el punto culminante de un enorme jardín que descendía en pendiente hacia el mar y terminaba de forma brusca en un acantilado cor-

tado a pico, de más de cien metros de altura. Por la parte de atrás de mi villa, el terreno seguía subiendo y, a través de un sinuoso camino, podía alcanzarse la cresta de las montañas, cuya altitud superaba los mil quinientos metros. A menudo era un paseo agradable... varias veces había realizado la ascensión en mi automóvil, un soberbio y potente doble faetón de treinta y cinco caballos, de una de las mejores marcas francesas.

Me había instalado en Rosario con mi hijo Jean, un apuesto muchacho de veinte años, cuando, tras la muerte de sus padres, parientes lejanos míos, pero muy queridos, recogí a mi hija, Helene, que había quedado huérfana y sin fortuna. Cinco años habían transcurrido desde entonces. Mi hijo Jean tenía veinticinco años; mi pupila, Helene, veinte. En el secreto de mi alma, los destinaba el uno al otro.

Nuestro servicio estaba asegurado por un ayuda de cámara, Germain; por Modeste Simonat,

un chofer de los mas expertos, y por dos mujeres, Edith y Mary, hijas de mi jardinero, George Raleigh, y de su esposa Anna.

Aquel día, el 24 de mayo, éramos ocho los que estábamos sentados en torno a mi mesa, a la luz de las lámparas alimentadas por los grupos electrógenos instalados en el jardín. Había, además del dueño de la casa, su hijo y su pupila, otros cinco invitados, de los cuales tres pertenecían a la raza anglosajona y dos a la nación mexicana.

El doctor Bathurst figuraba entre los primeros, y el doctor Moreno entre los segundos. Eran dos sabios, en el sentido más amplio de la palabra, lo cual no les impedía estar muy raramente de acuerdo. Por lo demás, eran gente estupenda y los mejores amigos del mundo.

Los otros dos anglosajones tenían por nombre Williamson, propietario de una importante pesquería en Rosario, y Rowling, un hombre

audaz que había fundado en las afueras de la ciudad un vivero de plantas que le estaba dando una importante fortuna.

En cuanto al último invitado, era el señor Mendoza, presidente del tribunal de Rosario, un hombre estimable de mente cultivada, un juez íntegro.

Llegamos sin ningún incidente digno de mención al final de la comida. He olvidado las palabras que se pronunciaron hasta entonces. Pero no puedo decir lo mismo respecto a lo que se dijo en el momento de los cigarros.

No es que el tema de la conversación en sí tuviera una importancia particular, pero el brutal comentario que debía ser hecho muy pronto al respecto no dejó de darle un sentido premonitorio, y es por ello por lo que nunca lo he podido borrar de mi mente.

Poco a poco la charla fue derivando el cómo importa poco a los maravillosos progresos conseguidos por el hombre. El doctor Bathurst, en un cierto momento, dijo:

-Es un hecho que si Adán -naturalmente, en su calidad de anglosajón, pronunció Edem- y Eva -por supuesto, pronunció Iva- regresaran a la Tierra, se llevarían una buena sorpresa.

Aquel fue el origen de la discusión. Darwinista ferviente, partidario convencido de la selección natural, Moreno le preguntó con tono irónico a Bathurst si creía seriamente en la leyenda del paraíso terrenal. Bathurst respondió que al menos creía en Dios, y puesto que la existencia de Adán y Eva era afirmada por la Biblia, prohibía cualquier tipo de discusión al respecto. Moreno dijo que creía en Dios al menos tanto como su interlocutor, pero que el primer hombre y la primera mujer podían muy bien no ser mas que mitos, unos símbolos, y que no había nada de impío, en consecuencia, en suponer que la Bi-

blia había querido idealizar así el soplo de la vida introducido por la potencia creadora en la primera célula, a la cual habían seguido luego todas las demás. Bathurst replicó que la explicación era artificiosa y que, en lo que al concernía, estimaba más halagador ser la obra directa de la divinidad que descender de ella por intermedio de unos primates mas o menos simioscos.

Vi que la discusión iba a empezar a calentarse, cuando se interrumpió de repente al encontrar por casualidad los dos adversarios un terreno de entendimiento. Así es como terminaban siempre las cosas.

Esta vez, volviendo a su tema original, los dos antagonistas llegaron al acuerdo de admirar, fuera cual fuese el origen de la humanidad, la alta cultura a donde había llegado. Enumeraron con orgullo sus conquistas. Todas pasaron por el tamiz. Bathurst alabó la química, llevada a tal grado de perfección que tendía a desaparecer

para confundirse con la física, formando ambas ciencias una sola cuyo objetivo era el estudio de la inmanente energía. Moreno elogió la medicina, la cirugía, gracias a las cuales se había penetrado en la naturaleza íntima del fenómeno de la vida, y cuyos prodigiosos descubrimientos permitían esperar, para un próximo futuro, la inmortalidad de los organismos animados. Tras lo cual ambos se congratularon de las alturas alcanzadas por la astronomía. ¿No se hablaba ahora, mientras se esperaba alcanzar las estrellas, de los siete planetas del sistema solar?...

Fatigados por su entusiasmo, los dos apologistas se tomaron un cierto tiempo de descanso. Los otros invitados lo aprovecharon para intervenir a su vez, y entramos en el vasto campo de las invenciones prácticas que tan profundamente habían modificado la condición de la humanidad. Se alabaron los ferrocarriles y los buques de vapor, dedicados al transporte de mercancías pesadas y voluminosas, las económicas ae-

ronaves, utilizadas por los viajeros a quienes no les falta el tiempo, los tubos neumáticos o electrónicos que jalonan todos los continentes y todos los mares, adoptados por las gentes apuradas. Se alabaron las innumerables máquinas, cada vez más ingeniosas, una sola de las cuales, en ciertas industrias, ejecuta el trabajo de cien hombres. Se alabó la imprenta, la fotografía del color, de la luz, de los sonidos, del calor y de todas las vibraciones del éter. Se alabó principalmente la electricidad, ese agente tan dúctil, tan obediente y tan perfectamente conocido tanto en sus propiedades como en su esencia, y que permite, sin la menor conexión material, ya sea accionar un mecanismo cualquiera, ya sea dirigir una nave marina, submarina o aérea, ya sea escribirse, hablarse o verse, y todo ello por grande que sea la distancia.

En pocas palabras, fue un auténtico ditirambo, en el cual confieso tomé parte. Se llegó al acuerdo de que la humanidad había alcanzado

un nivel intelectual desconocido antes de nuestra época y que autorizaba a creer en su victoria definitiva sobre la naturaleza.

-Sin embargo -dijo con su vocecilla aflautada el presidente Mendoza, aprovechando el instante de silencio que siguió a aquella conclusión final-, he oído decir que algunos pueblos, hoy desaparecidos sin dejar la menor huella, habían llegado a alcanzar una civilización igual o análoga a la nuestra.

-¿Cuáles? -interrogo la mesa, con una sola voz.

-Pues... los babilonios, por ejemplo.

Hubo una explosión de hilaridad. ¡Atreverse a comparar los babilonios con los hombres modernos!

-Los egipcios -continuó Mendoza.

Las risas se hicieron más fuertes a su alrededor.

-Y también están los atlantes -prosiguió el presidente-, que nuestra ignorancia ha hecho legendarios. ¡Y añadan que una infinidad de otras humanidades, anteriores a los propios atlantes, han podido nacer, prosperar extinguirse sin que nosotros hayamos tenido ninguna noticia de ellas!

Como sea que Mendoza persistía en su paradoja, aceptamos, a fin de no herirle, hacer ver que lo tomábamos en serio.

-Veamos, mi querido presidente -insinuó Moreno, con el elaborado tono que adopta alguien que quiere hacer entrar en razón a un niño-, no pretenderá usted, imagino, comparar ninguno de esos antiguos pueblos con nosotros. En el orden moral, admito que llegaron a llevarse a un grado igual de cultura, ¡pero en el orden material!...

-¿Por qué no? -objetó Mendoza.

-Porque -se apresuro a explicar Bathurst- la característica principal de nuestras invenciones es que se extienden instantáneamente por toda la Tierra: la desaparición de un solo pueblo, o incluso de un gran número de pueblos, dejaría intacta la suma de los progresos alcanzados. Para que todo el esfuerzo humano resultara perdido haría falta que toda la humanidad desapareciera al mismo tiempo. ¿Es esta, le preguntó, una hipótesis admisible...?

Mientras hablábamos así, los efectos y las causas continuaban engendrándose en el infinito del universo y, menos de un minuto después de la pregunta que acababa de hacer el doctor Bathurst, su resultante total iba a justificar plenamente el escepticismo de Mendoza. Pero nosotros no teníamos la menor sospecha de ello, y discutíamos plazeramente, unos reclinados en sus sillones, los otros acodados en la mesa, y todos haciendo converger sus com-

pasivas miradas en Mendoza, al que suponíamos abrumado por la replica de Bathurst.

-En primer lugar -respondió el presidente, sin alterarse-, es de creer que la Tierra tenía antiguamente menos habitantes de los que tiene hoy en día, de tal modo que un pueblo podía muy bien poseer por sí solo el saber universal. Además, no veo nada absurdo en admitir, a priori, que toda la superficie del planeta se viera sacudida a un mismo tiempo.

-¡Oh, vamos! -exclamamos todos a la vez.

Fue en aquel preciso instante cuando sobrevino el cataclismo.

Estábamos pronunciando aún todos juntos aquel "¡Oh, vamos!", cuando se produjo un estruendo aterrador. El suelo se estremeció bajo nuestros pies, la villa osciló sobre sus cimientos.

Tropezando, empujándonos, presas de un increíble terror, nos precipitamos fuera.

Apenas habíamos franqueado el umbral cuando el edificio se derrumbó en un solo bloque, sepultando bajo sus escombros al presidente Mendoza y a mi ayuda de cámara Germain, que eran los últimos. Tras algunos segundos de natural confusión, nos disponíamos a acudir en su ayuda cuando vimos a Raleigh, mi jardinero, que corría hacia nosotros, seguido por su mujer, procedentes de la parte baja del jardín, donde estaba su vivienda.

-¡El mar...! ¡El mar...! -gritaban a pleno pulmón.

Me volví hacia el océano y me quede helado, inmovilizado por el estupor. No porque me diera cuenta claramente de lo que estaba viendo, sino porque de inmediato tuve la sensación de que la perspectiva habitual había cambiado. ¿Acaso no era suficiente para helar de miedo el corazón el que el aspecto de la naturaleza, esta

naturaleza que consideramos esencialmente inmutable, hubiera cambiado tan extrañamente en unos pocos segundos?

Sin embargo, no tardé en recuperar mi sangre fría. La verdadera superioridad del hombre no reside en dominar, en vencer la naturaleza, sino, para el pensador, en comprenderla, en hacer que el inmenso universo penetre en el macrocosmos de su cerebro, y para el hombre de acción, en mantener el alma serena ante la rebelión de la materia, en decirle: ¡Destruirme, sea, pero inmutarme, jamás!

Desde el momento en que recobré mi calma, comprendí en que se diferenciaba el cuadro que tenía ante mis ojos del que estaba acostumbrado a contemplar. El acantilado simplemente había desaparecido, y mi jardín había descendido al nivel del mar, cuyas olas, tras aniquilar la casa del jardinero, batían curiosamente los arriates más bajos.

Como era poco admisible que el nivel del agua hubiera subido tanto, había que suponer necesariamente que era la tierra firme la que se había hundido. Su hundimiento superaba los cien metros, puesto que el acantilado tenía anteriormente esa altura, pero debía haberse producido con una cierta suavidad, ya que apenas nos habíamos dado cuenta de ello, lo cual explicaba la relativa calma del océano.

Un breve examen me convenció de que mi hipótesis era exacta y me permitió, al mismo tiempo, constatar que el hundimiento no había cesado. El mar seguía ascendiendo, en efecto, a una velocidad que me pareció cercana a los dos metros por segundo -o sea siete u ocho kilómetros por hora-. Dada la distancia que nos separaba de las primeras olas, íbamos a ser tragados por las aguas en menos de tres minutos, si la velocidad de caída de la tierra firme permanecía constante.

Mi decisión fue rápida.

-¡Al auto! -grité.

Fui comprendido. Nos lanzamos todos hacia la cochera, y el automóvil fue arrastrado fuera. En un abrir y cerrar de ojos llenamos el depósito de gasolina, y luego nos subimos al buen tun-tún. Mi chofer Simonat accionó el motor, saltó al volante, embragó y se lanzó en cuarta velocidad, mientras Raleigh, una vez abierta la verja, se agarraba al auto a su paso y se aferraba fuertemente a las ballestas traseras.

¡Justo a tiempo! En el momento en que el auto alcanzaba la carretera, una ola fue a lamer las ruedas hasta su eje. ¡Bah!, ahora ya podíamos reírnos de la persecución del mar.

Pese a su exceso de carga, mi buena maquina sabría ponernos fuera de su alcance, a menos que el hundimiento hacia el abismo continuara indefinidamente... Teníamos una buena perspectiva ante nosotros: dos horas al menos de

ascensión, y una altitud disponible de cerca de mil quinientos metros.

Sin embargo, no tardé en reconocer que aun no podíamos cantar victoria. Tras la primera arrancada del vehículo, que nos llevó a una veintena de metros de la franja de espuma, fue en vano que Simonat abriera el gas al máximo: la distancia no aumentó. Sin duda; el peso de las doce personas frenaba la velocidad del auto. Fuera lo que fuese, aquella velocidad era exactamente igual a la del agua invasora, que permanecía invariablemente a la misma distancia de nosotros.

Aquella inquietante situación fue muy pronto observada, y todos, excepto Simonat, dedicado a dirigir su vehículo, nos giramos hacia el camino que dejábamos atrás. Ya no se veía nada más que agua. A medida que íbamos conquistándola, la carretera desaparecía bajo el mar, que la conquistaba a su vez. Este se había calmado. Apenas algunas olas venían a morir

suavemente sobre una playa de guijarros siempre renovada. Era un lago apacible que se hinchaba, se hinchaba, con un movimiento uniforme, y nada era tan trágico como la persecución de aquellas aguas calmadas. En vano huíamos ante ellas: las aguas ascendían, implacables, con nosotros...

Simonat, que mantenía los ojos fijos en la carretera, dijo en una curva:

-Estamos a mitad de la pendiente. Nos queda aun una hora de ascensión.

Nos estremecemos. ¿Qué? Dentro de una hora íbamos a alcanzar la cima, y no nos quedaría más remedio que descender de nuevo, perseguidos, alcanzados entonces, fuera cual fuese nuestra velocidad, por las masas líquidas que se desplomarían en avalancha tras nosotros.

La hora transcurrió sin que nuestra situación cambiara en lo mas mínimo. Distinguíamos ya

el punto culminante de la costa, cuando el auto sufrió una violenta sacudida y dio un bandazo que estuvo a punto de estrellarlo contra el talud que había a un lado de la carretera. Al mismo tiempo, una enorme ola se hinchó tras nosotros, corrió al asalto de la carretera, se derrumbó, se derramó finalmente sobre el auto, que se vio rodeado de espuma... ¿íbamos a vernos sumergidos?

¡No! El agua se retiró espumando, mientras el motor, aumentando bruscamente el ritmo de su trabajo, aceleraba nuestra marcha.

¿De dónde provenía aquel repentino aumento de la velocidad? Un grito de Anna Raleigh nos lo hizo comprender: como acababa de constatar la pobre mujer, su marido ya no estaba sujeto a las ballestas traseras. Sin duda el remolino había arrancado al desgraciado de su asidero, y aquel era el motivo de que el vehículo aligerado trepara con mayor facilidad por la pendiente.

De pronto, nos detuvimos en seco.

-¿Qué ocurre? -le pregunte a Simonat-. ¿Es una avería?

Incluso en aquellas trágicas circunstancias, el orgullo profesional no perdió sus derechos: Simonat se encogió de hombros con desdén, dándome a entender con ello que la posibilidad de una avería era algo inconcebible para un chofer de su categoría, y con un gesto de la mano me mostró silenciosamente la carretera. Entonces comprendí la detención.

La carretera estaba cortada a menos de diez metros delante de nosotros. "Cortada" es la palabra exacta: uno podría decir que había sido rebanada con un cuchillo. Mas allá de una arista viva que la remataba bruscamente, no había mas que el vacío, un abismo de tinieblas, en cuyo fondo era imposible distinguir nada.

Nos volvimos, abatidos, seguros de que había llegado nuestra última hora. El océano, que nos había perseguido hasta aquellas alturas, iba a alcanzarnos necesariamente en unos pocos segundos...

Todos, salvo la desgraciada Anna y sus hijas, que sollozaban a partir el alma, lanzamos un grito de alegre sorpresa. No, el agua no había proseguido su movimiento ascendente, o, con mas exactitud, la tierra firme había dejado de hundirse. Sin duda la sacudida que acabábamos de experimentar había sido la última manifestación del fenómeno. El océano se había detenido, y su nivel permanecía a unos cien metros por debajo del punto en el cual nos habíamos agrupado alrededor del aún trepidante auto, que parecía un animal resoplando tras una rápida carrera.

¿Conseguiríamos salir de aquella mala situación? No lo sabríamos hasta el nuevo día. Hasta entonces, había que esperar. Uno tras otro nos

tendimos pues en el suelo, y creo, Dios me perdone, que incluso me dormí...

Durante la noche

Soy despertado con un sobresalto por un ruido formidable. ¿Qué hora es? Lo ignoro. Sea como sea, seguimos rodeados por las tinieblas nocturnas.

El ruido brota del abismo impenetrable en que se ha hundido la carretera. ¿Qué es lo que ocurre?... Uno juraría que son masas de agua cayendo allí en cataratas, olas gigantescas entrechocando con violencia... Sí, eso es exactamente, ya que volutas de espuma llegan hasta nosotros, y nos vemos cubiertos por su rocío.

Luego la calma renace poco a poco... Todo vuelve al silencio... El cielo palidece... Es de día.

25 de mayo

¡Que suplicio es el lento revelarse de nuestra autentica situación! Al principio no distinguimos otra cosa que nuestros alrededores más inmediatos, pero el círculo aumenta, aumenta de tamaño sin cesar, como si nuestra esperanza siempre frustrada levantara uno tras otro un numero infinito de ligeros velos.... y finalmente llega la plena luz, destruyendo nuestras últimas ilusiones.

Nuestra situación es de lo más simple, y puede resumirse en pocas palabras: nos hallamos sobre una isla. El mar nos rodea por todas partes. Apenas ayer, hubiéramos podido divisar todo un océano de cimas, algunas de las cuales dominaban en altura a esta en la que nos hallamos ahora: esas cimas han desaparecido, mientras que, por razones que quedarán desconocidas para siempre, la nuestra, más humilde que las demás, se ha detenido en su tranquila caída. En su lugar se extiende una capa de agua sin límites. Por todos lados no hay más que el mar.

Ocupamos el único punto sólido del inmenso círculo descrito por el horizonte.

Nos basta una ojeada para reconocer en toda su extensión el islote en el que una extraordinaria fortuna nos ha permitido hallar asilo. Es efectivamente de pequeño tamaño: mil metros como máximo en longitud, quinientos en anchura. Hacia el norte, el oeste y el sur, su cima, de unos cien metros aproximadamente de altitud, desciende en pendiente suave hacia las olas. Al este, por el contrario, el islote termina en un acantilado que cae a pico hasta el océano.

Es principalmente hacia ese lado hacia donde se vuelven nuestros ojos. En aquella dirección deberíamos ver cadenas de montañas y, más allá de ellas, toda la extensión de México. ¡Qué cambio, en el espacio de una corta noche de primavera! Las montañas han desaparecido, todo México ha sido sumergido por las aguas. En su lugar sólo hay un desierto infinito, el árido desierto del mar.

Nos miramos, aterrados. Aislados, sin víveres, sin agua, sobre esta pequeña y desnuda roca, no podemos conservar la menor esperanza. Taciturnos, nos tendemos en el suelo e iniciamos la lenta espera de la muerte.

A bordo del *Virginia*, 4 de junio

¿Que pasó durante los días siguientes? No he guardado su recuerdo. Es de suponer que finalmente perdí el conocimiento: mi primera conciencia es a bordo del buque que nos ha recogido. Solamente entonces me entero de que pasamos seis días completos en el islote, y que dos de nosotros, Williamson y Rowling, murieron allí de sed y de hambre. De los quince seres vivos que albergaba mi villa en el momento del cataclismo, solamente quedan nueve: mi hijo Jean y mi pupila Helene, mi chofer Simonat, inconsolable por la pérdida de su máquina, Anna Raleigh y sus dos hijas, los doctores Bat-

hurst y Moreno.... y finalmente yo, que me esfuerzo en redactar estas líneas para conocimiento de las razas futuras, admitiendo que nazcan algún día.

El *Virginia*, que nos alberga, es un buque mixto -a vapor y a vela- de unas dos mil toneladas, dedicado al transporte de mercancías. Es una nave bastante vieja, de andar lento. El capitán Morris tiene veinte hombres bajo sus órdenes. El capitán y la tripulación son ingleses.

El *Virginia* zarpó de Melbourne en lastre, hace poco más de un mes, con destino a Rosario. Ningún incidente marcó su viaje, salvo, en la noche del 24 al 25 de mayo, una serie de olas de fondo de una altura prodigiosa, pero de una longitud proporcional, lo que las hizo inofensivas. Por singulares que fueran, aquellas olas no podían hacer prever al capitán el cataclismo que se estaba produciendo en aquel mismo instante. Así que se sintió muy sorprendido no viendo mas que mar en el lugar donde espera-

ba encontrar Rosario y el litoral mexicano. De aquel litoral no subsistía mas que un islote. Un bote del *Virginia* abordó aquel islote, en el que fueron descubiertos once cuerpos inanimados. Dos no eran mas que cadáveres; se embarcó a los otros nueve. Así fuimos salvados.

En tierra, enero o febrero

Un intervalo de ocho meses separa las ultimas líneas precedentes de las primeras que siguen. Fecho estas como enero o febrero, en la imposibilidad de ser más preciso, puesto que no tengo una noción exacta del tiempo.

Estos ocho meses constituyen el período más atroz de nuestras pruebas, el período en que, a grados cruelmente escalonados, hemos conocido toda la magnitud de nuestra desgracia.

Tras habernos recogido, el *Virginia* prosiguió su rumbo hacia el este, a todo vapor. Cuando volví en mí, el islote donde estuvimos a punto de morir había desaparecido hacía tiempo tras el horizonte. Como indicó la posición, que el capitán tomó en un cielo sin nubes, navegábamos entonces sobre el lugar donde debería hallarse México, pero de México no quedaba ninguna huella..., ni la menor señal de una tierra cualquiera, por mucho que uno aguzara la vista. Por todos lados no había más que la extensión infinita del mar.

Había, en aquella constatación, algo realmente alucinante. Sentíamos que la razón estaba próxima a abandonarnos. ¡Y como no! ¡Todo México sumergido!... Intercambiamos aterradas miradas, preguntándonos hasta dónde se habían extendido los estragos del terrible cataclismo...

El capitán quiso tranquilizar su conciencia; modificando el rumbo, puso proa al norte; si

bien México ya no existía, no era admisible que ocurriera lo mismo con todo el continente americano.

Sin embargo, así era. Surcamos en vano el mar hacia el norte durante doce días, sin hallar ningún asomo de tierra, y tampoco la encontramos tras virar en redondo y dirigirnos hacia el sur durante casi un mes. Por paradójico que nos pareciera, no nos quedaba mas remedio que rendirnos a la evidencia: ¡Si, la totalidad del continente americano había desaparecido bajo las aguas!

Así pues, ¿habíamos sido salvados tan sólo para conocer una segunda vez las torturas de la agonía? En verdad, teníamos motivos para creerlo. Sin hablar de los víveres que nos faltarían un día u otro, un peligro urgente nos amenazaba: ¿que sería de nosotros cuando el agotamiento del carbón redujera la maquinaria a la inmovilidad? Así es como deja de latir el corazón de un animal exhausto. Es por ello por lo

que, el 14 de julio -nos hallábamos entonces más o menos sobre el antiguo emplazamiento de Buenos Aires-, el capitán Morris apagó los fuegos y largó las velas. Hecho esto, reunió a todo el personal del *Virginia*, tripulación y pasajeros, y, tras exponernos en pocas palabras la situación, nos rogó que reflexionáramos profundamente sobre ella y propusiéramos al consejo que se celebraría al día siguiente la solución que gozara de nuestras preferencias.

No sé si alguno de mis compañeros de infortunio tuvo al respecto alguna idea más o menos ingeniosa. Por mi parte, lo confieso, vacilaba, muy inseguro del mejor partido a tomar, cuando una tormenta que se desató durante la noche cortó en seco la cuestión; tuvimos que huir hacia el oeste, arrastrados por un viento desencadenado, a punto a cada instante de ser tragados por un mar furioso.

El huracán duró treinta y cinco días, sin un minuto de interrupción, sin amainar ni por un

momento. Empezábamos a desesperar de que terminara nunca cuando, el 19 de agosto, el buen tiempo regresó con la misma brusquedad con que había cesado. El capitán aprovechó la circunstancia para calcular la posición: el cálculo le dio 40° latitud Norte y 114° longitud Este. ¡Eran las coordenadas de Pekín!

Así pues, habíamos pasado por encima de la Polinesia, y quizá de Australia, sin ni siquiera darnos cuenta, ¡y en el lugar donde navegábamos ahora se había erigido antes la capital de un imperio de cuatrocientos millones de almas!

¿Así pues, Asia había sufrido la misma suerte que América?

Muy pronto pudimos convencernos de ello. El *Virginia*, siguiendo su rumbo hacia el sudoeste, llegó a la altura del Tibet, luego a la del Himalaya. Aquí tenían que haberse elevado las cimas más altas del mundo. Y sin embargo, en todas direcciones, nada emergía de la superficie del

océano. ¡Era de creer que no existía ya, sobre la Tierra, otro punto sólido que el islote que nos había salvado, que nosotros éramos los únicos supervivientes del cataclismo, ¡los últimos habitantes de un mundo cubierto por el moviente sudario del mar!

Si era así, nosotros no tardaríamos en morir a nuestra vez. Pese a un severo racionamiento, los víveres de a bordo se agotaban, y en este caso deberíamos perder toda esperanza de poder renovarlos...

Resumo el relato de esa terrible navegación. Si, para contarla en detalle, intentara revivirla día a día, el recuerdo me volvería loco. Por extraños y terribles que sean los acontecimientos que la precedieron y siguieron, por lamentable que me parezca el futuro -un futuro que yo no veré- fue durante esa navegación infernal cuando conocimos el máximo del horror. ¡Oh, esa carrera eterna por un mar infinito! ¡Esperar todos los días llegar a alguna parte, y ver sin cesar

cómo iba retrocediendo el termino del viaje! ¡Vivir inclinados sobre los mapas donde los hombres habían representado la sinuosa línea de las orillas y constatar que nada, absolutamente nada de esos lugares que creían eternos existe ya! ¡Decirse que hacía tan poco tiempo la Tierra palpitaba con incontables vidas, que millones de hombres y miríadas de animales la recorrían en todos sentidos o surcaban su atmósfera, y que todo ha muerto a la vez, que todas esas vidas se apagaron juntas como una pequeña llama ante el soplo del viento! ¡Buscar semejantes por todas partes, y buscarlos en vano! ¡Adquirir poco a poco la certeza de que alrededor de uno no existe nada vivo, y adquirir gradualmente conciencia de su soledad en medio de un despiadado universo!...

¿He hallado las palabras adecuadas para expresar nuestra angustia? No lo sé. En ninguna lengua deben existir términos adecuados para una situación sin precedentes.

Tras reconocer el mar donde antes había estado la península india, tomamos rumbo al norte durante diez días, luego viramos al oeste. Sin que nuestra condición cambiara en lo mas mínimo, franqueamos la cordillera de los Urales, convertida en montañas submarinas, y navegamos por encima de lo que había sido Europa. Descendimos luego hacia el sur, hasta veinte grados mas allá del Ecuador; tras lo cual, abandonando nuestra inútil búsqueda, pusimos de nuevo rumbo al norte y atravesamos, hasta pasados los Pirineos, una extensión de agua que recubría África y España. En verdad, empezábamos a acostumbrarnos a nuestro horror. A medida que avanzábamos, marcábamos nuestro rumbo en los mapas y nos decíamos: Aquí estaba Moscú... Varsovia... Berlín... Viena... Roma... Túnez... Tombuctú... Saint Louis... Oran... Madrid, pero, con una creciente indiferencia, y con ayuda de la costumbre, llegábamos incluso a pronunciar sin emoción aquellas palabras en realidad tan trágicas.

Sin embargo, yo al menos no había agotado toda mi capacidad de sufrimiento. Recuerdo el día -era aproximadamente el 11 de diciembre- en que el capitán Morris me dijo: "Aquí estaba Paris..." Ante esas palabras, creí que me arrancaban el alma. Que el universo entero fuera sumergido, sea. ¡Pero Francia, mi Francia, y Paris, que la simbolizaba!...

A mi lado oí como un sollozo. Me volví; era Simonat, que lloraba.

Durante cuatro días aún proseguimos nuestro rumbo hacia el norte; luego, llegados a la altura de Edimburgo, descendimos de nuevo hacia el sudoeste, en busca de Irlanda; luego variamos el rumbo al este... En realidad errábamos al azar, ya que no había ninguna razón que aconsejara ir en una dirección mejor que en otra...

Pasamos por encima de Londres, cuya líquida tumba fue saludada por toda la tripulación. Cinco días mas tarde estábamos a la altura de

Danzig, cuando el capitán Morris hizo virar ciento ochenta grados y poner rumbo sudoeste. El timonel obedeció pasivamente. ¿Qué podía importarle? ¿Acaso no iban a encontrar lo mismo por todos lados?

Fue durante el noveno día de navegación siguiendo aquel rumbo cuando comimos nuestro último trozo de galleta.

Mientras nos mirábamos con ojos extraviados, el capitán Morris ordenó de pronto encender de nuevo los fuegos. ¿A qué pensamiento obedecía? Sigo preguntándomelo aún; pero la orden fue ejecutada: la velocidad de la nave aumentó...

Dos días mas tarde sufríamos ya cruelmente a causa del hambre. Al día siguiente, casi todos se negaron obstinadamente a levantarse; tan sólo el capitán, Simonat, algunos hombres de la tripulación y yo tuvimos la energía de mantener el rumbo del buque.

Al día siguiente, quinto del ayuno, el número de timoneles y de mecánicos benévolos decreció aún más. En veinticuatro horas, nadie tendría ya fuerzas para mantenerse en pie.

Llevábamos en aquel momento más de siete meses de navegación. Desde hacía siete meses rastrillábamos el océano en todos sentidos. Debíamos estar, creo, a 9 de enero... y digo "creo" en la imposibilidad de ser más preciso, ya que el calendario había perdido para nosotros buena parte de su rigor.

Sin embargo, fue aquel día, mientras sujetaba la barra y me esforzaba con toda mi desfalleciente atención en mantener el rumbo, cuando creí divisar algo hacia el oeste. Creyendo ser juguete de un error, fruncí los ojos...

¡No, no me había equivocado!

Lance un autentico rugido y luego, aferrándome a la barra, grité con la voz mas fuerte que pude: ¡Tierra a estribor por avante!

¡Que magnífico efecto tuvieron aquellas palabras! Todos los moribundos resucitaron a la vez, y sus pálidos rostros aparecieron por encima de la amura de estribor.

-Es realmente tierra -dijo el capitán Morris, tras examinar atentamente la mancha en el horizonte.

Media hora más tarde era imposible tener la menor duda. ¡Era realmente tierra aquello que encontrábamos en pleno océano Atlántico, tras haber buscado en vano por toda la superficie de los antiguos continentes!

Hacia las tres de la tarde, los detalles del litoral que nos cortaba el rumbo se hicieron perceptibles, y sentimos renacer nuestra desesperación. Ya que aquel litoral no se parecía a ningún otro,

y nadie de nosotros recordaba haber visto una desolación tan absoluta, tan perfecta.

En la Tierra, tal como la habitábamos antes del desastre, el verde era un color muy abundante.

Ninguno de nosotros conocía una costa, por árida o desheredada que fuera, donde no se hallaran algunos arbustos, algunos matorrales, incluso tan sólo algunos líquenes o musgos. Aquí no había nada de eso. No se distinguía más que un alto acantilado negruzco, al pie del cual yacía un caos de rocas, sin una planta, sin una sola brizna de hierba. Era la desolación en su forma más total, más absoluta.

Durante dos días costeamos aquel abrupto acantilado sin divisar en él la menor fisura. Fue hacia el anochecer del segundo día cuando descubrimos una amplia bahía bien abrigada de todos los vientos, al fondo de la cual dejamos caer el ancla.

Tras haber alcanzado tierra en los botes, nuestro primer cuidado fue recolectar nuestro alimento sobre los guijarros de la playa. Esta se hallaba cubierta por centenares de tortugas y por millares de moluscos. En los intersticios rocosos podían verse cangrejos, langostas, otros crustáceos en cantidad fabulosa, sin perjuicio, e innumerables peces. Evidentemente, aquel mar tan ricamente poblado bastaría, a falta de otros recursos, para asegurar nuestra subsistencia durante un tiempo ilimitado.

Cuando hubimos satisfecho nuestros estómagos, un corte en el acantilado nos permitió alcanzar la meseta superior, donde descubrimos un vasto espacio. El aspecto de la orilla no nos había engañado; por todos lados, en todas direcciones, no había mas que rocas áridas, recubiertas de algas y plantas marinas generalmente ya secas, sin la menor brizna de hierba, sin nada vivo, ni sobre la tierra ni en el cielo. De tanto en tanto, pequeños lagos, mas bien estan-

ques, brillaban bajo los rayos de sol. Intentamos beber de ellos, y descubrimos que el agua era salada.

Realmente, no nos sentimos sorprendidos por ello. El hecho confirmaba lo que habíamos supuesto desde un primer momento, a saber, que aquel continente desconocido era de reciente nacimiento y que había surgido, en un solo bloque, de las profundidades del mar. Aquello explicaba su aridez, al igual que su perfecta soledad. Aquello explicaba también la capa de limo uniformemente esparcida que, a resultas de la evaporación, comenzaba a cuartearse y a reducirse a polvo...

Al día siguiente, al mediodía, la posición indicó 17° 20' latitud Norte y 23' 55' longitud Oeste.

Trasladándola al mapa, pudimos ver que nos hallábamos realmente en pleno mar, aproximadamente a la altura del Cabo Verde. Y, sin embargo, la tierra, en el oeste, y el mar, hacia el

este, se extendían ahora hasta perderse completamente de vista.

Por hosco e inhóspito que fuese el continente en el que habíamos puesto pie, sin embargo, no nos quedaba mas remedio que contentarnos con él. Fue por ello por lo que la descarga del *Virginia* fue emprendida sin la menor dilación. Subimos a la meseta todo lo que contenía, sin hacer ninguna elección. Antes, anclamos sólidamente la nave con cuatro anclas, en un lugar donde la profundidad era de quince brazas. En aquella tranquila bahía no corría ningún riesgo, y podíamos abandonarla a sí misma sin el menor problema.

Nuestra nueva vida empezó apenas terminamos el desembarco de todos nuestros bienes. En primer lugar, convenía...

Llegado a este punto de su traducción, el zar-
tog Sofr tuvo que interrumpirse. El manuscrito
mostraba en aquel lugar una primera laguna,
probablemente muy importante a juzgar por las
paginas que comprendía, laguna que era segui-
da por otra mas considerable aún por lo que era
posible juzgar. Sin duda un gran número de
hojas habían resultado afectadas por la hume-
dad, pese a la protección del estuche en resu-
midas cuentas, no quedaban de ellas mas que
algunos fragmentos más o menos extensos,
cuyo contexto general había quedado destruido
para siempre. Esos fragmentos se sucedían en
el siguiente orden:

... empezamos a aclimatarnos.

¿Cuánto tiempo hace que desembarcamos en
esta costa? Ya no lo sé. Se lo he preguntado al
doctor Moreno, que lleva un calendario de los
días transcurridos.

-Seis meses -me ha dicho, añadiendo-. Día mas, día menos -ya que cree que es probable que este equivocado.

¡A esto hemos llegado! Han bastado sólo seis meses para que ya ni siquiera estemos seguros de haber medido exactamente el tiempo ¡Eso promete!

De todos modos, nuestra negligencia no tiene nada de sorprendente. Empleamos toda nuestra atención, toda nuestra actividad, en conservar nuestras vidas. Alimentarse es un problema cuya solución exige toda la jornada. ¿Qué es lo que comemos? Peces, cuando los encontramos, lo cual se hace cada día menos fácil, ya que nuestra incesante persecución los pone sobre aviso. Comemos también huevos de tortuga, y algunas algas comestibles. Por la noche nuestro estomago está lleno, pero nos sentimos extenuados, y no pensamos en otra cosa que en dormir. Hemos improvisado tiendas con las

velas del *Virginia*. Creo que en breve tiempo habrá que construir algún abrigo más seguro.

A veces cazamos algún pájaro; la atmósfera no está tan desierta como supusimos al principio: una decena de especies conocidas se hallan representadas en este nuevo continente. Son exclusivamente aves migratorias: golondrinas, albatros y algunas otras. Hay que creer que no encuentran su alimento en esta tierra sin vegetación, ya que no dejan de girar en torno a nuestro campamento, al acecho de los restos de nuestras miserables comidas. A veces recogemos alguno al que ha matado el hambre, lo cual nos permite ahorrar nuestra pólvora y nuestros fusiles.

Afortunadamente, hay posibilidades de que la situación se haga menos mala. Hemos descubierto un saco de trigo en la cala del *Virginia*, y hemos sembrado la mitad. Será una gran mejora cuando el trigo haya crecido. Pero ¿germinará? El suelo está recubierto de una espesa capa

de aluvión, una tierra arenosa abonada por la descomposición de las algas. Por mediocre que sea su calidad, es humus de todos modos. Cuando abordamos el continente estaba impregnado de sal, pero luego las lluvias diluvianas han lavado copiosamente su superficie, ya que todas las depresiones se hallan ahora llenas de agua dulce.

De todos modos, la capa de aluvión se ha desembarazado de la sal tan sólo en un espesor muy débil: los riachuelos, incluso los ríos que están empezando a formarse, son todos fuertemente salados, lo cual prueba que la tierra se halla aún saturada en profundidad.

Para sembrar el trigo y conservar la otra mitad como reserva hemos tenido que pelearnos: una parte de la tripulación del *Virginia* quería convertirlo en pan inmediatamente. Nos hemos visto obligados a...

... que teníamos a bordo del *Virginia*. Esta pareja de conejos huyeron al interior, y no los hemos vuelto a ver. Hay que creer que habrán encontrado algo con lo que alimentarse. La tierra, pues, parece producir...

... dos años, al, menos, que estamos aquí ... ! El trigo ha crecido admirablemente. Tenemos pan casi a discreción, y nuestros campos ganan constantemente en extensión. ¡Pero qué lucha contra los pájaros! Se han multiplicado extraordinariamente y, a todo alrededor de nuestros cultivos...

Pese a las muertes que he relatado mas arriba, la pequeña tribu que formamos no ha dismi-

nuido, sino al contrario. Mi hijo y mi pupila tienen tres niños, y cada una de las otras tres parejas igual. Toda la chiquillería revienta de salud. Hay que creer que la especie humana posee un mayor vigor, una vitalidad más intensa desde que se ha visto reducida en su número. Mas que causas de...

... aquí desde hace diez años, y no sabíamos nada de este continente. No lo conocíamos mas que en un radio de unos pocos kilómetros alrededor del lugar de nuestro desembarco. Es el doctor Bathurst quien nos ha hecho avergonzarnos de nuestra apatía: a instigación suya hemos armado el *Virginia*, lo cual ha requerido cerca de seis meses, y hemos efectuado un viaje de exploración.

Regresamos de él anteayer. El viaje ha durado más de lo que creíamos, ya que hemos querido que fuera completo.

Hemos dado toda la vuelta al continente que nos alberga y que, todo nos incita a creerlo, debe ser, junto con nuestro islote, la única parcela sólida existente en la superficie del planeta. Sus orillas nos han parecido todas iguales, es decir muy cortadas a pico y muy salvajes.

Nuestra navegación se ha visto interrumpida por varias excursiones al interior: esperábamos, principalmente, encontrar alguna huella de las Azores y de Madeira, situadas, antes del cataclismo, en el océano Atlántico, y que en consecuencia deben formar parte necesariamente del nuevo continente. No hemos podido reconocer el menor vestigio de ellas. Todo lo que hemos podido constatar ha sido que el suelo estaba muy removido y recubierto por una espesa capa de lava en el lugar que debían ocupar esas islas, que sin duda fueron sede de violentos fenómenos volcánicos.

Por ejemplo, si bien no descubrimos lo que buscábamos, ¡sí descubrimos lo que no estába-

mos buscando! Medio aprisionados por la lava, a la altura de las Azores, aparecieron ante nuestros ojos algunos testimonios de trabajos humanos... pero no trabajos de los habitantes de las Azores, nuestros contemporáneos de ayer. Se trataba de restos de columnas o de cerámica, como nunca habíamos visto antes. Una vez examinadas, el doctor Moreno emitió la hipótesis de que aquellos restos debían provenir de la antigua Atlántida, y que el flujo volcánico los había puesto al descubierto.

Es probable que el doctor Moreno tenga razón. La legendaria Atlántida debía haber ocupado en efecto, si existió alguna vez, más o menos el lugar del nuevo continente. En este caso, sería un hecho singular la sucesión, en el mismo emplazamiento, de tres humanidades procediéndose la una a la otra.

Sea como fuere, confieso que el problema me deja frío: tenemos suficiente trabajo con el presente como para ocuparnos del pasado...

En el momento de regresar a nuestro campamento, nos ha chocado el hecho de que, en relación al resto del país, nuestros alrededores parecen una región especialmente favorecida. Esto se debe únicamente al hecho de que el color verde, tan abundante antes en la naturaleza, no es aquí desconocido, mientras que ha sido radicalmente suprimido en el resto del continente. Nunca hasta este momento habíamos hecho tal observación, pero la cosa es innegable. Briznas de hierba, que no existían antes de nuestro desembarco, aparecen ahora bastante numerosas a nuestro alrededor. Claro que no pertenecen mas que a un pequeño numero de especies entre las mas vulgares, cuyas semillas habrán sido traídas sin duda por los pájaros hasta aquí.

De lo antedicho no hay que sacar de todos modos la conclusión de que no existe vegetación, excepto algunas pocas especies antiguas. Como consecuencia de un trabajo de adapta-

ción de los más extraños, existe por el contrario una vegetación, en estado al menos rudimentario, con promesas de futuro, en todo el continente.

Las plantas marinas de las que estaba cubierto en el momento en que surgió de las aguas han muerto en su mayor parte a causa de la luz del sol. Algunas, sin embargo, persistieron en los lagos, los estanques y las charcas, que el calor fue desecando progresivamente. Pero en aquella época los torrentes y los riachuelos empezaban a nacer, mucho más apropiados a la vida de las algas y demás plantas marinas puesto que su agua era salada. Cuando la superficie y luego las profundidades del suelo se vieron privadas de su sal, y el agua se volvió dulce, la inmensa mayoría de aquellas plantas fueron destruidas. Un pequeño número de ellas, sin embargo, adaptándose a las nuevas condiciones de vida, prosperaron en el agua dulce al igual que habían prosperado en el agua salada.

Pero el fenómeno no se detuvo ahí: algunas de esas plantas, dotadas de un mayor poder de acomodación, se adaptaron al aire libre, tras haberse adaptado al agua dulce, y, primero en las orillas, luego expandiéndose poco a poco, progresaron hacia el interior.

Sorprendimos esa transformación en pleno curso de su desarrollo, y pudimos constatar como las formas se modificaban al mismo tiempo que el funcionamiento fisiológico. Algunos tallos se yerguen ya tímidamente hacia el cielo. Es de prever que algún día se creará de este modo toda una flora completa y que se establecerá una ardiente lucha entre las especies nuevas y aquellas que hayan sobrevivido del antiguo orden de cosas.

Lo que ocurre con la flora ocurre también con la fauna. En las inmediaciones de los cursos de agua se ven antiguos animales marinos, moluscos y crustáceos en su mayor parte, en trance de convertirse en terrestres. El aire está surcado

de peces voladores, mucho más pájaros que peces, con sus alas desmesuradamente desarrolladas y su cola curvada que les permite...

El ultimo fragmento, intacto, contenía el fin del manuscrito:

...todos viejos. El capitán Morris ha muerto. El doctor Bathurst tiene sesenta y cinco años; el doctor Moreno, sesenta; yo, sesenta y ocho. Todos llegaremos muy pronto al final de nuestras vidas. Antes, sin embargo, cumpliremos la tarea que nos hemos impuesto, y, tanto como esté en nuestro poder, acudiremos en ayuda de las generaciones futuras en la lucha que les aguarda.

Pero esas generaciones futuras, ¿verán algún día la luz?

Estoy tentado a responder sí, si tengo en cuenta la multiplicación de mis semejantes: los niños pululan y, por otro lado, en este clima seco, en este país donde los animales feroces son desconocidos, la longevidad es grande. Nuestra colonia ha triplicado su importancia.

Por el contrario, me siento tentado a responder no, si considero la profunda degradación intelectual de mis compañeros de miseria.

Nuestro pequeño grupo de náufragos estaba, sin embargo, en condiciones favorables para sacar provecho del saber humano: comprendía a un hombre particularmente enérgico -el capitán Morris, hoy ya fallecido-, dos hombres más cultivados de lo habitual -mi hijo y yo-, y dos auténticos sabios -el doctor Bathurst y el doctor Moreno-. Con tales elementos, se hubiera podido hacer algo. No se ha hecho nada. La conservación de nuestra vida material ha sido, desde el principio, y lo es aún, nuestra única preocupación. Como al principio, empleamos todo

nuestro tiempo en buscar nuestro alimento y, por la noche, caemos agotados en un pesado sueño.

Es terriblemente cierto que la humanidad, de la que somos los únicos representantes, esta en trance de regresión rápida y tiende a acercarse a la brutalidad. Entre los marineros del *Virginia*, gente ya inculta de por sí, los caracteres de animalidad se han manifestado antes; mi hijo y yo hemos olvidado lo que sabíamos; el doctor Bathurst y el doctor Moreno han dejado que sus cerebros se desecaran. Puede decirse que nuestra vida cerebral se ha visto abolida.

¡Qué suerte que, hace ya tantos años de ello, decidiéramos realizar el periplo de este continente! Hoy no hubiéramos tenido el valor necesario para llevarlo a cabo y por otro lado el capitán Morris, que dirigió la expedición, está muerto.... y muerto también de vetustez esta el *Virginia* que nos llevaba.

Al principio de nuestra estancia, algunos de nosotros empezamos a construir casas. Las construcciones inacabadas se caen ahora en ruinas. Dormimos en el suelo, en cualquier estación.

Desde hace tiempo ya no queda nada de las ropas que nos cubrían. Durante algunos años nos las hemos ingeniado para reemplazarlas con algas tejidas en forma primero ingeniosa, luego cada vez más burda. Finalmente, nos cansamos de este esfuerzo, que la suavidad del clima hace superfluo: ahora vivimos desnudos, como aquellos a los que llamábamos salvajes.

Comer, comer, esa es nuestra principal finalidad, nuestra exclusiva preocupación.

Sin embargo, subsisten aún algunos restos de nuestras antiguas ideas y nuestros antiguos sentimientos. Mi hijo Jean, hoy maduro y abuelo ya, no ha perdido todo sentimiento afectivo, y mi ex-chofer, Modeste Simonat, conserva un

vago recuerdo de que hubo un tiempo en que yo fui su amo.

Pero con ellos, con nosotros, estas tenues huellas de los hombres que fuimos -puesto que en verdad no somos ya hombres- van a desaparecer para siempre. Los del futuro, los nacidos aquí, no conocerán nunca otra existencia más que esta. La humanidad se verá reducida a esos adultos -que tengo ahora aquí ante mis ojos, mientras escribo- que no saben leer, ni contar, ni apenas hablar; a esos niños de dientes afilados, que parecen no ser más que un vientre insaciable. Luego, tras ellos, habrá otros adultos y otros niños aún, cada vez más próximos al animal, cada vez más alejados de sus antepasados pensantes.

Me parece verlos, a esos hombres futuros, con el lenguaje articulado olvidado por completo, la inteligencia apagada, los cuerpos cubiertos de recios pelos, vagando por este árido desierto...

Bien, queremos intentar que las cosas no sean así. Queremos hacer todo lo que aún esté en nuestro poder para que las conquistas de la humanidad que fuimos no queden perdidas para siempre. El doctor Moreno, el doctor Bathurst y yo despertaremos nuestros abotagados cerebros, les obligaremos a recordar todo lo que han sabido. Compartiendo el trabajo, con este papel y esta tinta procedentes del *Virginia*, enumeraremos todo lo que conocemos en las diversas categorías de la ciencia, a fin de que, más tarde, los hombres, si perduran, y si, tras un período de salvajismo más o menos largo, sienten renacer su fe de luz, encuentren este resumen de lo que lograron sus antepasados. ¡Quieran entonces bendecir la memoria de aquellos que se esforzaron, a toda costa, por abreviar el doloroso camino de unos hermanos a los que nunca llegarán a ver!

En el umbral de la muerte

Hace ahora aproximadamente quince años que fueron escritas las anteriores líneas. El doctor Bathurst y el doctor Moreno ya no están aquí. De todos aquellos que desembarcaron conmigo, yo, el mas viejo de todos, soy el único que queda. Pero la muerte viene a buscarme también a mí. La siento ascender desde mis helados pies hasta mi corazón que se detiene.

Nuestro trabajo está terminado. He confiado los manuscritos que encierran el resumen de la ciencia humana en un caja de hierro desembarcada del *Virginia*, y la he hundido profundamente en el suelo. A su lado, voy a hundir también estas pocas paginas enrolladas dentro de un estuche de aluminio.

¿Encontrará alguien alguna vez este legado depositado en la tierra? ¿Habrá simplemente alguien para buscarlo?

Hay que dejarlo al azar. ¡Sólo Dios lo sabe!...

A medida que el zartog Sofr traducía ese extraño documento, una especie de terror aferraba su alma.

¿Así pues, la raza de los *Andart'-Iten-Schu* descendían de esos hombres que, tras haber errado durante largos meses en el desierto de los océanos, habían ido a, embarrancar en aquel punto de la orilla donde se erigía ahora Basidra? ¡Así pues, aquellas criaturas miserables habían formado parte de una gloriosa humanidad al lado de la cual la humanidad actual apenas iniciaba sus balbuceos! Y, sin embargo, para que la ciencia e incluso el recuerdo de aquellos pueblos tan potentes fueran abolidos, ¿qué había sido necesario? Menos que nada: que un imperceptible estremecimiento recorriera la corteza del planeta.

¡Que irreparable desgracia que los manuscritos mencionados en el documento hubieran resultado destruidos con la caja de hierro que los contenía! Pero, por grande que fuera esa desgracia, era imposible conservar la menor esperanza, ya que los obreros, para cavar los cimientos, habían removido la tierra en todos sentidos. Sin la menor duda el hierro había sido corroído por el tiempo, mientras que el estuche de aluminio había resistido victoriosamente.

De todos modos, no se necesitaba más para que el optimismo de Sofr se viera alterado. Si bien el manuscrito no presentaba ningún detalle técnico, abundaba en indicaciones generales, y probaba de una manera perentoria que la humanidad había avanzado en la antigüedad mucho mas adelante por el camino de la verdad de lo que lo había hecho después. Todo estaba en aquel relato: las nociones que poseía Sofr, y otras que ni siquiera llegaba a imaginar... ¡Hasta la explicación de aquel nombre de

Hedom, sobre el cual tantas polémicas se habían iniciado! Hedom no era más que la deformación de Edem esta a su vez deformación de Adán-, cuyo Adán no era tal vez más que la deformación de algún otro nombre aun más antiguo.

Hedom, Edem, Adán, este era el perpetuo símbolo del primer hombre, y era también una explicación de su llegada a la Tierra. Sofr había cometido pues una equivocación negando aquel antepasado, cuya realidad quedaba establecida sin lugar a dudas por el manuscrito, y era el pueblo quien tenía razón otorgándose unos ascendientes semejantes a el mismo. Pero, ni siquiera en esto -al igual que en todo lo demás- los *Andart'-Iten-Schu* habían inventado nada: se habían contentado con decir a su vez lo que otros habían dicho antes que ellos.

Y quizá, después de todo, los contemporáneos del redactor de aquel relato tampoco hubieran inventado nada. Quizá no habían hecho más

que rehacer, ellos también, el camino recorrido por otras humanidades llegadas antes que ellos a la Tierra. ¿Acaso el documento no hablaba de un pueblo al que denominaba atlantes? A esos atlantes, sin duda, correspondían los pocos vestigios casi impalpables que las excavaciones de Sofr habían puesto al descubierto debajo del limo marino.

¿A que conocimiento de la verdad habría llegado esa antigua nación, cuando la invasión del océano la barrió de la Tierra?

Fuera cual fuese, no quedo nada de su obra tras la catástrofe, y el hombre tuvo que reemprender desde abajo la penosa ascensión hacia la luz.

Quizá también ocurriera lo mismo con los *Andart'-Iten-Schu*. Quizá volviera a ocurrir otra vez después de ellos, y otra vez aún, y otra, hasta el día...

¿Pero llegaría nunca ese día en que se viera satisfecho el incesante deseo del hombre? ¿Llegaría nunca el día en que este, habiendo terminado de subir la cuesta, pudiera por fin reposar en la cima conquistada?

Así soñaba el zartog Sofr, inclinado sobre el venerable manuscrito.

A través de aquel relato de ultratumba, imaginaba el terrible drama que se desarrolla perpetuamente en el universo, y su corazón estaba lleno de piedad. Sangrado por los innumerables males que todos aquellos que habían vivido antes que él habían sufrido, doblado bajo el peso de aquellos vanos esfuerzos acumulados en el infinito del tiempo, el zartog Sofr-Ai-Sr adquiriría, lentamente, dolorosamente, la íntima convicción del eterno recomenzar de todas las cosas.

1. Parece que el autor olvida aquí el octavo planeta, Neptuno, descubierto en 1846 por el alemán Kalle. El noveno planeta, Plutón no fue descubierto hasta 1930 por el americano Tom-
baugh.

Un milenio de cambios por Ariel Pérez

(Introducción a la traducción española de
En el siglo XXIX: la jornada de un periodista
americano en el 2889)

Hacia finales del siglo XIX, Verne era ya un escritor famoso. Sus novelas de nuevo tipo, que marcaron el nacimiento de un estilo diferente al del resto de los escritores de la época, lo encumbraba hacia un puesto de vanguardia en la literatura universal. Hasta el momento sus novelas de exploración científica, de glorificación y de desarrollo de la tecnología eran abundantes. Aún cuando se decía que Verne había profetizado varias invenciones futuras, lo cierto es, que todas ellas estaban cercanas en el tiempo. Solo le faltaba al genial escritor francés escribir una obra de similar corte, pero con una ubicación en tiempo y espacio mucho más lejanas que sus predecesoras.

Exactamente en el año 1889 aparece una sorprendente historia que se salía de toda cronología lógica. Con la aparición de este relato los llamados especialistas y estudiosos de su literatura se vieron obligados a reformular viejas tesis, revisar los criterios expresados con anterioridad y replantear antiguas interpretaciones en relación con su vida y su obra.

La historia en cuestión, titulada *En el siglo XXIX: La jornada de un periodista americano en el 2889*, es indiscutiblemente profética, tanto en su contenido como en su tono. A través de la historia se describe el transcurso de un día en la ocupada vida del dueño del periódico más grande del mundo, el *Earth Herald*, cuyas oficinas radican en una ciudad a la cual se le bautiza como *Universal City*. Con este argumento inicial Verne es capaz de brindarnos una detallada descripción de este mundo futuro, sus avances tecnológicos, sus relaciones internacionales y sus interioridades sociales.

En este mundo dibujado por Verne podemos conocer los medios de transporte de las futuras generaciones que se auxilian de máquinas tales como: los aerocoches, los aeroómnibus y los aerotrenes, los cuales han sustituido todo tipo de transporte terrestre. Las residencias de los hombres de la época son descritas de la siguiente manera: "*...modernas ciudades con calles de cien metros de ancho, con casas de trescientos metros de altura, a una temperatura siempre igual...*". Otra de las grandes invenciones que se nos describe está localizada en la existencia de grandes tubos neumáticos instalados a través de los océanos y por los cuales los hombres pueden transportarse a una velocidad de ¡1 500 kilómetros por hora!

En el campo tecnológico, Verne nos plantea un mundo donde existe un medio de comunicación como la telefoto; donde los hombres poseen acumuladores que generan energía de forma ilimitada; donde abundan grandes pro-

yectores que sirven para reflejar, en las nubes, los anuncios comerciales de las grandes compañías; donde hay presencia de máquinas que afeitan, lavan y visten a sus inquilinos; donde es posible la comunicación interplanetaria que da como resultado el descubrimiento de un nuevo planeta - al que nombran Gandini - que se dice está más allá de la órbita de Neptuno; y donde por demás es conducida la comida diaria de las personas a través de grandes tuberías que desembocan en la propia casa del solicitante. Es tanto el desarrollo en el campo de la tecnología que se nos propone incluso algo sobre el cumplimiento de la reciente teoría de la hibernación del cuerpo humano, que se ha dado en llamar criogenia.

En el plano político, quizás la más importante de todas las predicciones resulta ser la anexión de Gran Bretaña y Canadá por los Estados Unidos, donde radica la ciudad que resulta ser en esta época la capital de las dos Américas. No

menos interesante resulta la anexión por parte de Rusia, de algunos países orientales como India y China.

Durante varios años la historia de Verne se hizo famosa al extremo de que era publicada en casi todas las recopilaciones de ciencia ficción que se editaban. Y es, recientemente, que esta historia ha vuelto a motivar polémicas, tal y como lo motivó en su época de publicación. Pero, esta vez, no es el argumento, ni las descripciones tecnológicas avanzadas de la historia lo que ha hecho resurgir las discusiones de los estudiosos, sino las recientes pruebas aparecidas, las cuales han puesto en duda la autenticidad del relato.

Algunos estudiosos europeos han comenzado a atribuir la escritura de la historia a Michel Verne, el hijo de Julio. Por otro lado, los defensores más tradicionales de la obra del francés han reaccionado con indignidad y escepticismo.

mo. Recientemente, un biógrafo americano contemporáneo expresó:

"Quizás el salto más grande en la imaginación científica de Verne fue el cuento *En el siglo XXIX: La jornada de un periodista americano en el 2889*. Existen algunos criterios acerca de la autenticidad de este trabajo que se publicó por primera vez en el año 1910 en la colección de cuentos *Ayer y mañana*. Algunos especialistas sienten que es el trabajo de Michel Verne; pero hay dos razones importantes, sin embargo, para atribuirlo a su padre. La primera es que en el año 1885 el señor Gordon Bennett, quien era el editor de *The Herald* de Nueva York, le sugirió a Verne que escribiera una historia sobre cómo sería la vida en América en los próximos siglos. Verne tendría suficiente tiempo para escribirla y hubiera sido un desaire de su parte negarse a la demanda de una persona cuyo periódico figuró tan a menudo en sus trabajos. La segunda razón es que, recientemente, se ha compro-

bado que Julio Verne completó al menos el argumento general de la historia, según se pudo observar en una versión que fue publicada en *Mémoires de l'Académie d'Amiens* en el año 1890"

En contraposición a la respuesta dada por este biógrafo, varios estudiosos rebatieron sus ideas basándose en las diferentes versiones publicadas. La primera vez que esta historia apareció fue en idioma inglés y fue editada en el año 1889 en el periódico *The Forum*, de la ciudad de Nueva York. Al siguiente año fue traducida al francés siendo sustancialmente modificada, cambiando, incluso, el título por *La jornada de un periodista americano* en el 2890. Esta versión fue la que se publicó en *Mémoires de l'Académie d'Amiens* tal y como había expresado el biógrafo americano.

Un año después, en 1891, la historia fue impresa nuevamente con el mismo título en la sección del suplemento ilustrado del periódico francés *Petit Journal*. Luego de la muerte de

Verne se reimprimió y fue incluida bajo el título En el siglo XXIX: La jornada de un periodista americano en el 2889, en la colección de cuentos Ayer y mañana, publicada en el año 1910. En esta última versión apareció una nota al pie de la página inicial de la historia que declara:

"Esta historia apareció por primera vez en inglés, en febrero del año 1899, en el periódico norteamericano *The Forum*. Luego, fue reimpressa con algunas modificaciones en francés. En la presente versión el texto original inglés es referido en ocasiones como M.J.V"

De acuerdo a la investigación de Piero Gondolo della Riva - quien fue el primero que rastreó toda la laberíntica historia editorial de este cuento - existen importantes diferencias entre la versión original publicada en *The Forum* y las versiones que más tarde fueron publicadas en francés.

Para ilustrar estas variaciones digamos, por ejemplo, que el día en que se desarrolla la historia es el 25 de septiembre en el original (la versión inglesa), siendo el 25 de julio en las versiones francesas; el nombre original del periódico es *Earth Chronicle* y luego se convierte en *Earth Herald*; el editor fue nombrado originalmente Fritz Napoleon Smith y luego este cambió a Gordon Benett, sin lugar a dudas en honor al citado James Gordon Bennett del famoso periódico norteamericano *New York Herald*. Existen también algunas diferencias en la parte textual entre la versión en inglés y las reimpressiones francesas de los años 1889, 1891 y 1910.

Estas diferencias hicieron que el propio Piero Gondollo della Riva comenzara a buscar en los archivos de la Biblioteca Nacional de París alguna información que le proporcionara una explicación a este hecho. Allí, descubrió una carta desconocida hasta ese momento, la cual

estaba fechada en 1889. Era una carta de Julio Verne dirigida al hijo de Julio Hetzel, quien había asumido el manejo de la editorial luego de la muerte de su padre. En un fragmento de la carta Verne escribe:

"El artículo del que le hablé durante su visita a Amiens apareció por primera vez en el periódico *The Forum* de Nueva York, después de algunos acuerdos entre mi hijo y yo; fue (entre nosotros) completamente escrita por él y esto parece haberlo hecho muy feliz. De manera que... de los 1 000 francos le he dado 500 a Michel..."

La prueba entonces parece irrefutable; fue Michel quien escribió el texto original. Aparentemente, un año después de que la historia fuera publicada, Julio tomó el texto escrito por el hijo, lo mejoró y lo recirculó en algunos periódicos franceses, aún cuando nunca permitió que la historia fuera publicada (al menos mientras vivía) como parte de su colección *Los viajes extraordinarios*.

Al descubrirse que Michel fue realmente quien escribió la historia, muchos de los críticos de las obras del escritor francés arremetieron de nuevo con la teoría de que el gallo era un escritor conservador que no había sido capaz de predecir el futuro de la sociedad o de proyectarse varios años hacia adelante en el tiempo. Sin embargo, la inesperada aparición de París en el siglo XX en el año 1994, volvió a motivar la eterna discusión entre los especialistas y estudiosos de su obra.

Pese a todo, muchos de los estudiosos e investigadores de sus escrituras admiten que En el siglo XXIX: La jornada de un periodista americano en el 2889 puede y debe ser considerada como parte de la obra de Julio Verne. Mientras se hagan nuevos descubrimientos y se continúen aportando ideas desde los distintos lugares de planeta, le invitamos a que se siente cómodamente y se disponga a disfrutar de este maravilloso paseo que significa proyectarse mil

años hacia adelante en el tiempo e imaginar, al igual que lo hizo Julio Verne, que cambiará la rueda del tiempo para las futuras generaciones.

En el siglo XXIX la jornada de un periodista americano en el 2889

Los hombres de este siglo XXIX viven en medio de un espectáculo de magia continua, sin que parezcan darse cuenta de ello. Hastiados de las maravillas, permanecen indiferentes ante lo que el progreso les aporta cada día. Siendo más justos, apreciarían como se merecen los refinamientos de nuestra civilización. Si la compararan con el pasado, se darían cuenta del camino recorrido. Cuánto más admirables les parecerían las modernas ciudades con calles de cien metros de ancho, con casas de trescientos metros de altura, a una temperatura siempre igual, con el cielo surcado por miles de aerocoches y aeroómnibus. Al lado de estas ciudades,

cuya población alcanza a veces los diez millones de habitantes, qué eran aquellos pueblos, aquellas aldeas de hace mil años, esas París, esas Londres, esas Berlín, esas Nueva York, villorrios mal aireados y enlodados, donde circulaban unas cajas traqueteantes, tiradas por caballos. ¡Sí, caballos! ¡Es de no creer! Si recordaran el funcionamiento defectuoso de los paquebotes y de los ferrocarriles, su lentitud y sus frecuentes colisiones, ¿qué precio no pagarían los viajeros por los aerotrenes y sobre todo por los tubos neumáticos, tendidos a través de los océanos y por los cuales se los transporta a una velocidad de 1.500 kilómetros por hora? Por último, ¿no se disfrutaría más del teléfono y del telefoto, recordando los antiguos aparatos de Morse y de Hugues, tan ineficientes para la transmisión rápida de despachos?

¡Qué extraño! Estas sorprendentes transformaciones se fundamentan en principios perfectamente conocidos que nuestros antepasados

quizás habían descuidado demasiado. En efecto, el calor, el vapor, la electricidad son tan antiguos como el hombre. A fines del siglo XIX, ¿no afirmaban ya los científicos que la única diferencia entre las fuerzas físicas y químicas reside en un modo de vibración, propio de cada una de ellas, de las partículas etéricas?

Puesto que se había dado ese enorme paso de reconocer la similitud de todas estas fuerzas, es realmente inconcebible que se haya necesitado tanto tiempo para llegar a determinar cada uno de los modos de vibración que las diferencian. Es extraordinario, sobre todo, que el método para reproducirlas directamente una de la otra se haya descubierto muy recientemente.

Sin embargo, así sucedieron las cosas y fue solamente en 1890, hace cien años, que el célebre Oswald Nyer lo consiguió.

¡Este gran hombre fue un verdadero benefactor de la humanidad! ¡Su genial invención fue la

madre de todas las otras! Así surgió una pléyade de innovadores que condujo a nuestro extraordinario James Jackson. Es a este último a quien debemos los nuevos acumuladores que condensan, unos, la fuerza contenida en los rayos solares, otros, la electricidad almacenada en el seno de nuestro globo, aquellos, por fin, la energía que proviene de una fuente cualquiera: vientos, cascadas, ríos, arroyos, etc. También de él procede el transformador que, extrayendo la energía de los acumuladores bajo la forma de calor, de luz, de electricidad, de potencia mecánica, la devuelve al espacio, después de haber obtenido el trabajo deseado.

¡Sí! Es el día en que estos dos instrumentos fueron ideados cuando verdaderamente se origina el progreso. Sus aplicaciones son incalculables. Al atenuar los rigores del invierno por la restitución del exceso de los calores estivales, han ayudado eficazmente a la agricultura. Al suministrar la fuerza motriz de los aparatos de

navegación aérea, han permitido que el comercio se desarrollara magníficamente. A ellos se debe la producción incesante de electricidad sin pilas ni máquinas, de luz sin combustión ni incandescencia y, por último, de una inagotable fuente de trabajo, que ha centuplicado la producción industrial.

¡Pues bien! Vamos a encontrar al conjunto de estas maravillas en una mansión incomparable, la mansión del Earth Herald, recientemente inaugurada en la avenida 16823 de Universal City, la actual capital de los Estados Unidos de las dos Américas.

Si el fundador del New York Herald, Gordon Bennett, volviera a la vida hoy, ¿qué diría al ver este palacio de mármol y oro, que pertenece a su ilustre nieto, Francis Bennett? Veinticinco generaciones se sucedieron y el New York Herald se mantuvo en la distinguida familia de los Bennett. Hace doscientos años, cuando el gobierno de la Unión se trasladó de Washington a

Universal City, el periódico lo siguió –a menos que el gobierno haya seguido al periódico– y tomó el nombre de Earth Herald.

Que no se piense que haya declinado bajo la administración de Francis Bennett. ¡No! Su nuevo director, por el contrario, iba a infundirle una energía y una vitalidad sin paralelos al inaugurar el periodismo telefónico. Conocemos este sistema, llevado a la práctica por la increíble difusión del teléfono. Todas las mañanas, en lugar de ser impreso, como en los tiempos antiguos, el Earth Herald es "hablado": es en una rápida conversación con un reportero, un político o un científico, que los abonados se informan de lo que puede interesarles. En cuanto a los clientes no suscriptos, se sabe que por unos centavos toman conocimiento del ejemplar del día en las innumerables cabinas fonográficas.

Esta innovación de Francis Bennett revitalizó el antiguo periódico. En algunos meses su clientela ascendió a ochenta y cinco millones de abo-

nados y la fortuna del director aumentó gradualmente hasta los treinta mil millones, cifra altamente superada en la actualidad. Gracias a esta fortuna, Francis Bennett ha podido edificar su nueva mansión, colosal construcción de cuatro fachadas, cada una de las cuales mide tres kilómetros, y cuyo techo se ampara bajo el glorioso pabellón de setenta y cinco estrellas de la Confederación.

Francis Bennett, rey de los periodistas, sería hoy el rey de las dos Américas si los americanos pudiesen alguna vez aceptar la figura de un soberano cualquiera. ¿Usted lo duda? Los plenipotenciarios de todas las naciones y nuestros mismos ministros se apretujan en su puerta, mendigando sus consejos, buscando su aprobación, implorando el apoyo de su órgano todopoderoso. Calcúlese la cantidad de sabios que animaba, de artistas que mantenía, de inventores que subvencionaba. Realeza fatigosa la suya; trabajo sin descanso y, ciertamente, un

hombre de otro tiempo no hubiera podido resistir tal labor cotidiana. Felizmente, los hombres de hoy son de constitución más robusta, gracias al progreso de la higiene y de la gimnasia, que ha hecho elevar de treinta y siete a cincuenta y ocho años el promedio de la vida humana, gracias también a la presencia de los alimentos científicos, mientras esperamos el futuro descubrimiento del aire nutritivo, que permitirá nutrirse... sólo con respirar.

Y ahora, si les interesa conocer todo lo que constituye la jornada de un director del Earth Herald, tómense la molestia de seguirlo en sus múltiples ocupaciones, hoy mismo, este 25 de julio del presente año de 2890.

Francis Bennett se había despertado aquella mañana de muy mal humor. Hacía ocho días que su esposa estaba en Francia. Se encontraba, pues, un poco solo. ¿Es de creer? Estaban casa-

dos desde hacía diez años y era la primera vez que Mrs. Edith Bennett, la profesional Beauty, se ausentaba tanto tiempo. Habitualmente, dos o tres días bastaban en sus frecuentes viajes a Europa, y más particularmente a París, donde iba a comprarse sombreros.

La primera preocupación de Francis Bennett fue, pues, poner en funcionamiento su fonotelefoto, cuyos hilos iban a dar a la mansión que poseía en los Campos Elíseos.

El teléfono complementado por el telefoto, una conquista más de nuestra época. Si desde hace tantos años se transmite la palabra mediante corrientes eléctricas, es de ayer solamente que se puede transmitir también la imagen. Valioso descubrimiento, a cuyo inventor Francis Bennett no fue el último en agradecer aquella mañana, cuando percibió a su mujer, reproducida en un espejo telefónico, a pesar de la enorme distancia que los separaba.

¡Dulce visión! Un poco cansada del baile o del teatro de la víspera, Mrs. Bennett está aún en cama. Aunque allá sea casi el mediodía, todavía duerme, su cabeza seductora oculta bajo los encajes de la almohada.

Pero de pronto se agita, sus labios tiemblan... ¿Acaso está soñando? ¡Sí, sueña...! Un nombre escapa de su boca: "¡Francis..., querido Francis...!"

Su nombre, pronunciado con esa dulce voz, ha dado al humor de Francis Bennett un aspecto más feliz y, no queriendo despertar a la bella durmiente, salta con rapidez de su lecho y penetra en su vestidor mecánico.

Dos minutos después, sin que hubiese recurrido a la ayuda de ningún sirviente, la máquina lo depositaba, lavado, peinado, calzado, vestido y abotonado de arriba abajo, en el umbral de sus oficinas. La ronda cotidiana iba a comenzar.

Fue en la sala de folletinistas donde Francis Bennett penetró primero.

Muy vasta, esta sala, coronada por una gran cúpula translúcida. En un rincón, diversos aparatos telefónicos por los cuales los cien literatos del Earth Herald narraban cien capítulos de cien novelas a un público enardecido.

Divisando a uno de los folletinistas que tomaba cinco minutos de descanso, le dijo Francis Bennett:

–Muy bueno, mi querido amigo, muy bueno, su último capítulo. La escena donde la joven campesina aborda con su enamorado unos problemas de filosofía trascendente es producto de una finísima observación. Jamás se han pintado mejor las costumbres campestres. ¡Continúe así, mi querido Archibald! ¡Ánimo! ¡Diez mil nuevos abonados, desde ayer, gracias a usted!

–Señor John Last –prosiguió volviéndose hacia otro de sus colaboradores–, estoy menos satisfecho con usted. ¡Su novela no parece verídica! ¡Corre usted muy rápido hacia la meta! ¡Pero bueno!, ¿y los métodos documentales? ¡Es necesario diseccionar! No es con una pluma que se escribe en nuestra época, es con un bisturí. Cada acción en la vida real es el resultado de pensamientos fugitivos y sucesivos, que hay que enumerar con esmero para crear un ser vivo. Y qué más fácil que servirse del hipnotismo eléctrico, que desdobra al hombre y libera su personalidad. ¡Observe cómo vive usted, mi querido John Last! Imite a su compañero a quien he felicitado hace un momento. Hágase hipnotizar... ¿Cómo? ¿Usted ya lo hace, me dice...? ¡No lo suficiente, entonces, no lo suficiente!

Habiendo dado esta breve lección, Francis Bennett continúa la inspección y penetra en la sala de reportajes. Sus mil quinientos reporteros, situados entonces ante sendos teléfonos, les

comunicaban a los abonados las noticias del mundo entero recibidas durante la noche. La organización de este incomparable servicio se ha descrito a menudo. Además de su teléfono, cada reportero tiene ante sí una serie de conmutadores que permiten establecer la comunicación con tal o cual línea telefónica. Así los abonados no sólo reciben la narración, sino también las imágenes de los acontecimientos, obtenidas mediante la fotografía intensiva.

Francis Bennett interpela a uno de los diez reporteros astronómicos, destinados a este servicio, que aumentará con los nuevos descubrimientos ocurridos en el mundo estelar.

—¿Y bien, Cash, que ha recibido?

—Fototelegramas de Mercurio, de Venus y de Marte, señor.

—¿Es interesante este último?

–¡Sí! Una revolución en el Imperio Central, en provecho de los demócratas liberales contra los republicanos conservadores.

–Como aquí, entonces. ¿Y de Júpiter?

–¡Aún nada! No logramos entender las señales de los jovianos. Quizás...

–¡Esto le concierne a usted y lo hago responsable, señor Cash! –respondió Francis Bennett, que muy disgustado se dirigió a la sala de redacción científica.

Inclinados sobre sus calculadoras, treinta sabios se absorbían en ecuaciones de nonagésimo quinto grado. Algunos trabajaban incluso con fórmulas del infinito algebraico y del espacio de veinticuatro dimensiones como un escolar juega con las cuatro reglas de la aritmética.

Francis Bennett cayó entre ellos como una bomba.

–¿Y bien, señores, qué me dicen? ¿Aún ninguna respuesta de Júpiter? ¡Será siempre lo mismo! Veamos, Corley, hace veinte años que usted estudia este planeta, me parece...

–¿Qué quiere usted, señor? –respondió el sabio interpelado–. Nuestra óptica aún deja mucho que desear e incluso con nuestros telescopios de tres kilómetros...

–Ya lo oyó, Peer –interrumpió Francis Bennett, dirigiéndose al colega de Corley–, ¡la óptica deja mucho que desear...! ¡Es su especialidad, mi querido amigo! ¡Ponga más lentes, qué diablos! ¡Ponga más lentes!

Luego regresó con Corley:

–Pero a falta de Júpiter, ¿al menos obtenemos resultados con respecto a la Luna...?

–¡Tampoco, señor Bennett!

–¡Ah! Esta vez no acusará a la óptica. La Luna está seiscientas veces más cerca que Marte, con el cual, no obstante, nuestro servicio de correspondencia está establecido con regularidad. No son los telescopios los que faltan...

–No, los que faltan son los habitantes – respondió Corley con una fina sonrisa de sabio.

–¿Se atreve a afirmar que la Luna está deshabitada?

–Por lo menos, señor Bennett, en la cara que nos muestra. Quién sabe si del otro lado...

–Bueno, Corley, hay un medio muy sencillo para cerciorarse de ello...

–¿Cuál es?

–¡Dar vuelta la Luna!

Y aquel día los sabios de la fábrica Bennett comenzaron a proyectar los medios mecánicos que debían llevar a la rotación de nuestro satélite.

Por lo demás Francis Bennett tenía motivos para estar satisfecho. Uno de los astrónomos del Earth Herald acababa de determinar los elementos del nuevo planeta Gandini. Es a mil seiscientos millones trescientos cuarenta y ocho mil doscientos ochenta y cuatro kilómetros y medio que este planeta describe su órbita alrededor del sol y para realizarla necesita doscientos setenta y dos años, ciento noventa y cuatro días, doce horas, cuarenta y tres minutos, nueve segundos y ocho décimas.

Francis Bennett estaba encantado con esa precisión.

–¡Bien! –exclamó–, apresúrese a informar al servicio de reportajes. Usted sabe con qué pasión sigue el público estas cuestiones astronó-

micas. Quiero que la noticia aparezca en el número de hoy.

Antes de abandonar la sala de reporteros, Francis Bennett se acercó al grupo especial de entrevistadores y, dirigiéndose al que estaba encargado de los personajes célebres, preguntó:

–¿Ha entrevistado al presidente Wilcox?

–Sí, señor Bennett, y publico en la columna de informaciones que sin duda alguna sufre de una dilatación del estómago y que debe someterse a lavados tubulares de los más concienzudos.

–Perfecto. ¿Y este asunto del asesino Chapman? ¿Ha entrevistado a los jurados que deben presidir la audiencia?

–Sí, y están todos tan de acuerdo en la culpabilidad que el caso ni siquiera será expuesto ante

ellos. El acusado será ejecutado antes de haber sido condenado...

—¿Ejecutado... eléctricamente?

—Eléctricamente, señor Bennett, y sin dolor... se supone, pues aún no se ha dilucidado este detalle.

La sala contigua, vasta galería de medio kilómetro de largo, estaba consagrada a la publicidad y fácilmente se imagina lo que debe ser la publicidad de un periódico como el Earth Herald. Producía un promedio de tres millones de dólares al día. Gracias a un ingenioso sistema, una parte de esta publicidad se difundía en una forma absolutamente novedosa, debida a una patente comprada al precio de tres dólares a un pobre diablo que está muerto de hambre. Consiste en inmensos carteles, que reflejan las nubes, y cuya dimensión es tal que se los puede percibir desde toda una comarca.

En esa galería, mil proyectores se ocupaban sin cesar de enviar esos anuncios desmesurados a las nubes, que los reproducían en colores.

Pero, aquel día, cuando Francis Bennett entró en la sala de publicidad, vio que los mecánicos estaban de brazos cruzados cerca de los proyectores inactivos. Se informa... Por toda respuesta, le muestran el cielo de un azul puro.

–¡Sí! ¡Buen tiempo –murmura– y la publicidad aérea no es posible! ¿Qué hacer? ¡Si no se trata-se más que de lluvia, podríamos producirla! ¡Pero no es lluvia, sino nubes lo que necesitamos!

–Sí... hermosas nubes muy blancas –respondió el mecánico jefe.

–Bueno, señor Samuel Mark, se dirigirá usted a la redacción científica, servicio meteorológico. Les dirá de mi parte que se pongan a trabajar en el asunto de las nubes artificiales. Verdade-

ramente no podemos quedarnos así, a merced del buen tiempo.

Tras haber acabado la inspección de las diversas divisiones del periódico, Francis Bennett pasó al salón de recepción donde lo esperaban los embajadores y ministros plenipotenciarios, acreditados ante el gobierno americano. Estos caballeros venían a buscar los consejos del todopoderoso director. En el momento en que Francis Bennett entraba en el salón, estaban discutiendo con cierta animación.

–Que su Excelencia me perdone –decía el embajador de Francia al embajador de Rusia–, pero para mí no hay nada que cambiar en el mapa de Europa. El Norte para los eslavos, ¡sea! ¡Pero el Sur para los latinos! Nuestra frontera común del Rin me parece excelente. Por otra parte, sépalo bien, mi gobierno resistirá cualquier maniobra que se haga contra nuestras prefecturas de Roma, Madrid y Viena.

–¡Bien dicho! –dijo Francis Bennett, interviniendo en el debate–. ¿Acaso, señor embajador de Rusia, no está satisfecho con su vasto imperio, que desde las orillas del Rin se extiende hasta las fronteras de China, un imperio cuyo inmenso litoral bañan el océano Glacial, el Atlántico, el mar Negro, el Bósforo y el océano Índico? Además, ¿para qué las amenazas? ¿Es posible la guerra con las invenciones modernas, esos obuses asfixiantes que se envían a cientos de kilómetros, esas centellas eléctricas, de veinte leguas de largo, que pueden aniquilar de un solo golpe un ejército entero, esos proyectiles que se cargan con microbios de la peste, del cólera, de la fiebre amarilla y que destruirían toda una nación en algunas horas?

–Ya lo sabemos, señor Bennett –respondió el embajador de Rusia–. Pero ¿podemos hacer lo que queremos? Empujados nosotros mismos por los chinos en nuestra frontera oriental, de-

bemos intentar, cueste lo que costare, alguna acción hacia el Oeste...

–No es lo correcto, señor –replicó Francis Bennett con un tono protector–. ¡Bueno, como la proliferación china es un peligro para el mundo, presionaremos sobre los Hijos del Cielo. Tendrá que imponerles a sus súbditos un máximo de natalidad que no podrán superar bajo pena de muerte. Esto compensará las cosas.

–Señor cónsul–dijo el director del Earth Herald, dirigiéndose al representante de Inglaterra–, ¿qué puedo hacer por usted?

–Mucho, señor Bennett –respondió este personaje inclinándose con humildad–. Basta que su periódico consienta iniciar una campaña en nuestro favor...

–¿Y con qué propósito?

–Simplemente para protestar contra la anexión de Gran Bretaña por los Estados Unidos.

–¡Simplemente! –exclamó Francis Bennett encogiéndose de hombros–. ¡Una anexión de ciento cincuenta años de antigüedad! ¿Pero los señores ingleses no se resignarán jamás a que, por un justo vuelco del destino, su país se haya convertido en colonia americana? Es pura locura. Cómo es posible que su gobierno haya creído que yo iniciaría esta campaña antipatriótica...

–Señor Bennett, la doctrina de Munro [sic] es toda América para los americanos, usted lo sabe, nada más que América, y no...

–Pero Inglaterra es sólo una de nuestras colonias, señor, una de las mejores, convengo en eso, y no cuente con que consintamos en devolverla.

–¿Se rehusa usted?

–¡Me rehuso, y si insiste, provocaremos un casus belli nada más que con la entrevista de uno de nuestros reporteros!

–¡Entonces es el fin! –murmuró abatido el cónsul–. ¡El Reino Unido, Canadá y Nueva Bretaña son de los americanos, las Indias de los rusos, Australia y Nueva Zelanda son de ellas mismas! De todo lo que una vez fue Inglaterra, ¿qué nos queda? ¡Nada!

–¡Nada no, señor! –respondió Francis Bennett–. ¡Les queda Gibraltar!

Dieron las doce en ese momento. El director del Earth Herald terminó la audiencia con un ademán, abandonó el salón, se sentó en un sillón de ruedas y llegó en pocos minutos a su comedor, situado a un kilómetro de allí, en el extremo de su mansión.

La mesa está servida. Francis Bennett ocupa su lugar. Al alcance de su mano está dispuesta

una serie de grifos y, ante él, se redondea el cristal de un fonotelefoto, sobre el cual aparece el comedor de su mansión de París. A pesar de la diferencia horaria, el señor y la señora Bennett convienen en tener sus comidas al mismo tiempo. Nada más encantador que almorzar así, frente a frente, a mil leguas de distancia, viéndose y hablándose por medio de aparatos fonotelefónicos.

Pero en este momento la sala en París está vacía.

–Edith estará retrasada –se dice Francis Bennett–. ¡Oh, la puntualidad de las mujeres! Progresan todo, menos eso...

Y haciéndose esta muy justa reflexión, abre uno de los grifos.

Como todas las personas acomodadas de nuestra época, Francis Bennett, renunciando a la cocina doméstica, es uno de los abonados a la

Gran Sociedad de Alimentación a Domicilio. Esta sociedad distribuye mediante una red de tubos neumáticos manjares de toda clase. Este sistema es costoso, sin duda, pero la cocina es mejor y tiene la ventaja de suprimir la exasperante raza de los cocineros de ambos sexos.

Así que Francis Bennett almuerzó solo, no sin pesar, y estaba terminando su café cuando Mrs. Bennett, que volvía a su residencia, apareció en el cristal del telefoto.

–¿Y de dónde vienes, mi querida Edith? – preguntó Francis Bennett.

–¡Vaya! –respondió Mrs. Bennett–. ¿Ya has terminado? ¿He llegado tarde...? ¿Que de dónde vengo...? ¡De mi sombrerero...! ¡Este año hay unos sombreros fascinantes! ¡Es más, ya no son sombreros siquiera... son domos, son cúpulas! Estaré un poco olvidadiza...

–Un poco, querida, puedes ver que ya he terminado mi almuerzo...

–Bueno, ve, querido mío, ve a tus ocupaciones –respondió Mrs. Bennett–. Aún tengo que hacerle una visita a mi modista–modelador.

Este modista era nada menos que el célebre Wormspire, aquel que tan acertadamente proclamó el principio: "La mujer no es más que una cuestión de formas".

Francis Bennett besó la mejilla de Mrs. Bennett sobre el cristal del telefoto y se dirigió a la ventana, donde esperaba su aerocoche.

–¿Adónde va, señor? –preguntó el aerocoche-ro.

–Veamos; tengo tiempo –respondió Francis Bennett–. Condúzcame a mis fábricas de acumuladores del Niágara.

El aerocoche, admirable máquina, basada en el principio de lo más pesado que el aire, se lanzó a través del espacio con una velocidad de seiscientos kilómetros por hora. Bajo sus pies desfilaban las ciudades y sus aceras móviles que transportaban a los peatones a lo largo de las calles, los campos recubiertos de una inmensa telaraña, la red de hilos eléctricos.

En media hora Francis Bennett había llegado a su fábrica del Niágara, en la cual, después de haber utilizado la fuerza de las cataratas para producir energía, la vende o la alquila a los consumidores. Luego de finalizar su visita, volvió por Filadelfia, Boston y Nueva York a Universal City, donde su aerocoche lo dejó a las cinco de la tarde.

Había una muchedumbre en la sala de espera del Earth Herald. Acechaban el regreso de Francis Bennett para la audiencia diaria que concedía a los solicitantes. Eran inventores que mendigaban fondos, empresarios que proponí-

an negocios, todos dignos de ser atendidos. Tras escuchar las diferentes propuestas, había que elegir, rechazar las malas, examinar las dudosas, aceptar las buenas.

Francis Bennett despachó rápidamente a los que no aportaban más que ideas inútiles o impracticables. ¿No pretendía uno de ellos hacer revivir la pintura, un arte tan pasado de moda que el Ángelus de Millet se acababa de vender en quince francos, y esto gracias al progreso de la fotografía en color, inventada a fines del siglo XIX por el japonés Aruziswa-Riochi-Nichrome-Sanjukamboz-Kio-Baski-Kû, nombre que se ha vuelto popular con tanta facilidad? ¿No había encontrado otro el bacilo primigenio, que debía hacer al hombre inmortal tras ser introducido en el organismo humano bajo la forma de un caldo bacteriano? ¿No acababa de descubrir éste, un químico práctico, un nuevo cuerpo simple, el nihilio, cuyo kilogramo costaba tres millones de dólares? ¿No afirmaba

aquél, un osado médico, que si la gente moría aún, al menos moría curada? ¿Y este otro, aun más audaz, no pretendía poseer un remedio específico contra el catarro...?

Todos estos soñadores fueron despedidos prontamente.

Algunos otros recibieron mejor acogida y primeramente un joven, cuya amplia frente anunciaba una profunda inteligencia.

–Señor –dijo–, si antiguamente se calculaban en setenta y cinco los cuerpos simples, este número se ha reducido actualmente a tres, ¿sabe usted?

–Perfectamente –respondió Francis Bennett.

–Bien, señor, estoy a punto de reducir estos tres a uno solo. Si no me falta el dinero, en algunas semanas lo habré logrado.

–¿Y entonces?

-Entonces, señor, lisa y llanamente habré determinado lo absoluto.

-¿Y la consecuencia de este descubrimiento?

-Será la creación sencilla de cualquier materia, piedra, madera, metal, fibrina...

-¿Entonces pretendería usted llegar a fabricar una criatura humana...?

-Absolutamente... Sólo le faltará el alma...

>-¿Cómo no! -respondió irónicamente Francis Bennett, que, sin embargo, incorporó al joven químico a la redacción científica del periódico...

Un segundo inventor, basándose en viejas experiencias que databan del siglo XIX y desde entonces repetidas muchas veces, tenía la idea de desplazar toda una ciudad en un solo bloque. Se trataba concretamente de la ciudad de Staaf, situada a unas quince millas del mar, la

cual se transformaría en estación balnearia, tras haber sido llevada sobre rieles hasta el litoral. De donde resultaría un enorme beneficio para los terrenos edificados y por edificar.

Francis Bennett, seducido por este proyecto, consintió en ir a medias en el negocio.

–Sabe, señor –le dijo un tercer postulante–, que, gracias a nuestros acumuladores y transformadores solares y terrestres, hemos logrado uniformar las estaciones. Transformamos en calor una parte de la energía de que disponemos y enviamos este calor a las regiones polares, donde fundirá los hielos...

–Déjeme sus planos –respondió Francis Bennett– y vuelva en una semana.

Por fin, un cuarto sabio llevaba la noticia de que una de las cuestiones que apasionaban al mundo entero iba ser resuelta esa misma noche.

Se sabe que un siglo atrás una temeraria experiencia había atraído la atención pública sobre el doctor Nathaniel Faithburn. Partidario convencido de la hibernación humana, es decir, de la posibilidad de suspender las funciones vitales y posteriormente hacerlas renacer luego de cierto tiempo, se había decidido a experimentar sobre sí mismo la excelencia del método. Después de haber indicado mediante testamento ológrafo las maniobras adecuadas para volverlo paulatinamente a la vida dentro de cien años, fue sometido a un frío de 172 grados; reducido entonces al estado de momia, el doctor Faithburn fue encerrado en una cripta por el periodo convenido.

Ahora bien, era precisamente ese día, 25 de julio de 2890, cuando el plazo expiraba. Vinieron a proponerle a Francis Bennett que la resurrección esperada con tanta impaciencia se celebrase en una de las salas del Earth Herald. De

este modo el público podría estar al tanto de la situación segundo a segundo.

La propuesta fue aceptada y como la operación no debía realizarse hasta las nueve de la noche, Francis Bennett se tendió en una reposera en la sala de audición. Luego, girando una perilla, se puso en comunicación con el Central Concert.

¡Después de una jornada tan ocupada, qué delicia encontró en las obras de los mejores músicos de la época, basadas en una sucesión de sabias fórmulas armónico–algébricas!

La oscuridad envolvía la sala y Francis Bennett, entregado a un sueño semiextático, ni siquiera se daba cuenta. Pero de pronto se abrió una puerta.

–¿Quién es? –dijo, girando un conmutador colocado bajo su mano.

Inmediatamente, por una sacudida eléctrica producida en el éter, el aire se volvió luminoso.

–¡Ah! ¿Es usted, doctor? –dijo Francis Bennett.

–Soy yo –respondió el doctor Sam, quien venía a hacer su visita diaria... del abono anual–. ¿Cómo se encuentra?

–Bien.

–Tanto mejor... Veamos su lengua.

Y la observó bajo el microscopio.

–Bien... ¿Y su pulso?

Lo tomó con un sismógrafo, muy parecido a los que registran las vibraciones del suelo.

–¡Excelente! ¿Y el apetito?

–¡Este...!

–¡Sí, el estómago! ¡No anda muy bien! ¡El estómago ha envejecido! ¡Pero la cirugía ha progresado mucho! ¡Será necesario hacerle colocar uno nuevo! Usted sabe, tenemos estómagos de repuesto, con garantía de dos años...

–Ya veremos –respondió Francis Bennett–. Mientras esperamos, doctor, acompáñeme a cenar.

Durante la comida, la comunicación fonotelefónica fue establecida con París. Esta vez, Edith Bennett estaba sentada a la mesa y la cena, entremezclada con los chistes del doctor Sam, fue fascinante. Luego, apenas terminaron:

–¿Cuándo calculas regresar a Universal City, mi querida Edith? –preguntó Francis Bennett.

–Voy a partir al instante.

–¿Por el tubo o el aerotren?

–Por el tubo.

-¿Entonces estarás aquí...?

-A las once y cincuenta y nueve de la noche.

-¿Hora de París?

-¡No, no! Hora de Universal City.

-Hasta pronto, entonces, y, sobre todo, no pierdas el tubo.

Estos tubos submarinos, por los cuales se venía de Europa en 295 minutos, eran preferibles a los aerotrenes, que sólo iban a 1.000 kilómetros por hora.

El doctor se retiró, después de haber prometido regresar para asistir a la resurrección de su colega Nathaniel Faithburn, y Francis Bennett, queriendo determinar las cuentas del día, entró a su despacho. Enorme operación, cuando se trata de una empresa cuyos gastos diarios alcanzan los 1.500 dólares. Afortunadamente, el progreso de la mecánica moderna facilita nota-

blemente este tipo de trabajo. Con ayuda del piano-calculador eléctrico, Francis Bennett acabó su tarea en veinticinco minutos.

Ya era hora. Apenas hubo golpeado la última tecla en el aparato totalizador, su presencia fue reclamada en la sala de experimentación. De inmediato se dirigió a ella y fue recibido por un numeroso cortejo de sabios, quienes se hallaban junto al doctor Sam.

Allí está el cuerpo de Nathaniel Faithburn, en su ataúd, que se halla colocado sobre caballetes en medio de la sala.

Se activa el telefoto y el mundo entero va a poder seguir las diversas fases de la operación.

Se abre el féretro... Se saca a Nathaniel Faithburn... Todavía parece una momia, amarillo, duro, seco. Suena como la madera... Se lo somete al calor... a la electricidad... Ningún resulta-

do... Se lo hipnotiza... Se lo sugestiona... Nada puede vencer este estado ultracataléptico...

–¿Y bien, doctor Sam? –pregunta Francis Bennett.

El doctor Sam se inclina sobre el cuerpo, lo examina con la mayor atención... Le introduce por medio de una inyección hipodérmica algunas gotas del famoso elixir Brown–Séquard, que aún está de moda... La momia está más momificada que nunca.

–Bien –responde el doctor Sam–, creo que la hibernación se ha prolongado en demasía...

–¿Y entonces?

–Entonces, Nathaniel Faithburn está muerto.

–¿Muerto?

–¡Tan muerto como se lo puede estar!

-¿Puede decir desde cuándo?

-¿Desde cuándo? -respondió el doctor Sam-. Desde el momento en que ha tenido la nefasta idea de hacerse congelar por amor a la ciencia...

-¡Vamos -dijo Francis Bennett-, he aquí un método que necesita ser perfeccionado!

-Perfeccionado es la palabra -respondió el doctor Sam, mientras la comisión científica de hibernación se llevaba su fúnebre paquete.

Francis Bennett, seguido por el doctor Sam, volvió a su habitación y, como parecía muy fatigado después de una jornada tan atareada, el médico le aconsejó tomar un baño antes de acostarse.

-Tiene razón, doctor... Así me repondré...

-Completamente, señor Bennett, y si lo desea, voy a ordenar al salir...

–No es necesario, doctor. Hay siempre un baño preparado en la mansión y ni siquiera tengo que molestarme en ir a tomarlo fuera de mi habitación. Mire, con sólo tocar este botón, la bañera va a ponerse en movimiento y la verá presentarse ella sola con el agua a la temperatura de treinta y siete grados.

Francis Bennett acababa de presionar el botón. Un ruido sordo brotaba, crecía, se intensificaba... Luego, se abrió una de las puertas y apareció la bañera, deslizándose eléctricamente sobre sus rieles.

¡Cielos! Mientras el doctor Sam se cubre la cara, unos grititos de pudor y espanto se escapan de la bañera...

Habiendo llegado hacía media hora a la mansión por el tubo transoceánico, Mrs. Bennett estaba dentro...

El día siguiente, 26 de julio de 1890, el director del Earth Herald volvía a comenzar su ronda de veinte kilómetros a través de sus oficinas y a la noche, cuando operó su totalizador, estimó los beneficios de aquella jornada en doscientos cincuenta mil dólares: cincuenta mil más que la víspera.

¡Qué buena ocupación, la de periodista a fines del siglo veintinueve!

Había una vez una familia de ratas, compuesta por el padre Ratón, la madre Ratona, su hija Ratina y su primo Raté; sus criados eran el cocinero Rata y la buena Ratana. Ahora bien, queridos niños, les acaecieron tan extraordinarias aventuras a estos estimables roedores, que no puedo resistir al deseo de contároslas.

Pasaba esto en el tiempo de las hadas y de los encantadores, y así mismo en el tiempo en que las bestias hablaban. De esa época es, sin duda, de la que data la frase «decir bestialidades». Y, sin embargo, esas bestias no han dicho ni dicen más bestialidades que las que dicen y han dicho los hombres de hoy y los hombres de antaño. Escuchad, pues, queridos niños, voy a empezar.

En una de las más hermosas ciudades de aquel tiempo y en la más hermosa casa de la ciudad residía un hada buena que se llamaba Firmenta. Hacía todo el bien que un hada puede hacer, y se la amaba mucho. Según parece, en aquella época todos los seres vivos estaban sometidos a las leyes de la metempsicosis. No os asustéis de esta palabreja, que no significa otra cosa sino que había una escala en la creación cuyos escalones debía franquear cada uno de los seres para poder llegar hasta el último, y tomar puesto en las filas de la Humanidad. Así que, de esta suerte, se nacía molusco, se convertía uno en pez, en pájaro luego, en cuadrúpedo después y, por fin, en hombre o mujer. Como veis, era preciso ascender del estado más rudimentario al estado más perfecto. Con todo, podía suceder que se volviese a bajar la escala, merced a la maligna influencia de algún encantador, y, en tal caso, ¡qué triste existencia! ¡Figuraos: haber sido hombre y convertirse luego en ostra!

Por fortuna, esto ya no se ve en nuestros días, físicamente al menos.

Sabed también que esas diversas metamorfosis se operaban por el intermedio de un genio. Los genios buenos hacían subir y los genios malos hacían bajar, y, si estos últimos abusaban de su poder, el Creador podía privarles de él por algún tiempo.

Innecesario es decir que el hada Firmenta era un genio bueno, y que nadie había tenido jamás que quejarse de ella.

Ahora bien, una mañana se encontraba el hada en el comedor de su palacio, una habitación adornada con tapices magníficos y hermosísimas flores. Los rayos del sol se deslizaban a través de la ventana, salpicando acá y allá de puntos luminosos las porcelanas y la vajilla de plata colocadas sobre la mesa. La sirvienta acababa de anunciar a su ama que el almuerzo estaba servido; un succulento y buen almuerzo,

un almuerzo como las hadas pueden hacer sin ser tachadas de glotonería. Mas apenas acababa de tomar asiento el hada, cuando llamaron a la puerta de su palacio.

La criada fue a abrir; un instante después, anunciaba al hada Firmenta que un hermoso joven deseaba hablarle.

-Hazle entrar -dijo Firmenta.

Hermoso era, en efecto, de estatura algo más que mediana, con cara de bueno y valeroso, y de unos veintidós años. Vestido con gran sencillez, sabía presentarse con soltura y gracia. El hada, a primera vista, formó una opinión favorable acerca de él. Creyó que, como tantos otros a quienes ella había distinguido con sus favores, el joven iba a pedirle algún servicio, y sentíase dispuesta a prestárselo.

-¿Qué desea usted de mí, apreciable joven? -preguntó con su más amable tono de voz.

-Hada bondadosa -respondió el joven-, soy muy desgraciado y no tengo esperanza más que en vos.

Y al ver que vacilaba.

-Explíquese -dijo Firmenta- ¿Cuál es su nombre?

-Me llamo Ratín. No soy rico, y, sin embargo, no es la fortuna lo que vengo a pedir. Lo que pido es la felicidad.

-¿Cree, pues, usted que puede ir la una sin la otra? -replicó el hada sonriendo.

-Lo creo.

-Y tiene razón. Continúe usted, joven.

-Hace algún tiempo -prosiguió-, antes de ser hombre yo era ratón, y, como tal, fui muy bien acogido por una excelente familia, con la que contaba unirme por los más tiernos lazos. Ha-

bía conquistado las simpatías del padre, que es un ratón muy sensato. Tal vez la madre no me miraba con tan buenos ojos, por no ser rico. Pero su hija Ratina ¡me miraba con tanta ternura...! Iba yo, por fin, a ser aceptado, cuando una horrenda desdicha vino a desvanecer mis esperanzas.

-¿Qué fue lo que ocurrió? -preguntó el hada con el más vivo y afectuoso interés.

-Pues, en primer lugar, que yo me convertí en hombre, en tanto que Ratina continuaba siendo rata.

-Bueno, pues aguarde usted a que su última transformación haya hecho de ella una muchacha...

-¡Indudablemente, hada buena! Pero, por desgracia, Ratina había sido vista por un señor poderoso que, acostumbrado a satisfacer todos

sus caprichos, no puede soportar la menor resistencia; todo debe plegarse ante sus deseos.

- ¿Y quién es ese señor? -preguntó el hada.

-El príncipe Kissador. Propuso a mi querida Ratina llevársela a su palacio, donde sería la más feliz de las ratas. Ella se negó aun cuando su madre Ratona se mostró muy complacida. El príncipe intentó entonces comprarla por un precio muy elevado pero el padre, Ratón, sabiendo cuánto me amaba su hija y que yo moriría de pena si se nos separaba al uno de la otra, no quiso escuchar las proposiciones del príncipe. Renuncio a describiros el furor de éste. Al ver a Ratina tan hermosa en su ser de rata, se decía que sería más hermosa aún al convertirse en muchacha. ¡Sí, hada buena, más hermosa aún...! ¡Y se casaría con ella...! ¡Todo lo cual estaba muy bien pensado para él, pero muy mal para nosotros...!

-Sí -respondió el hada-, pero una vez que el príncipe fue desdeñado, ¿qué tiene usted que temer ya?

-Todo -repuso Ratín- porque para conseguir ver realizados sus propósitos se ha dirigido a Gardafur...

-¿A ese encantador, a ese genio malo que sólo se complace en hacer el mal, y con quien yo estoy siempre en guerra?

-¡Al mismo, hada buena!

-¿A ese Gardafur, cuyo temible poder no se aplica sino a rebajar de escala a los seres que se elevan poco a poco a los grados más altos?

-¡Eso es!

-Por fortuna, Gardafur, a consecuencia de haber abusado de su poder, acaba de ser privado de él por algún tiempo.

-Eso es verdad -repuso tristemente Ratón-; pero en el momento en que el príncipe recurrió a él, lo poseía aún por entero. Así es que, estimulado por una parte por las seductoras promesas de ese señor, y asustado por otra ante sus amenazas, prometió vengarle de los desdenes de la familia Ratón.

-¿Y lo hizo...?

-¡Lo hizo, hada buena!

-¿De qué manera?

-Metamorfoseó a aquellas pobres ratas, cambiándolas en ostras. Y ahora vegetan las infelices en el banco de Samobrives, donde esos moluscos -de excelente calidad, cumplo un deber al afirmarlo- valen a tres pesetas la docena, lo que es muy natural, toda vez que la familia Ratón se encuentra entre ellos. ¡Ved ahora, hada buena, toda la extensión de mi infortunio!

Firmenta escuchaba con lástima y benevolencia el relato del joven Ratín. Siempre, por lo demás, había experimentado compasión por los dolores humanos, y sobre todo por los amores contrariados.

-¿Qué puedo hacer en su obsequio? -preguntó al fin.

-¡Hada bondadosa -dijo Ratín-, ya que mi Rati-na está pegada al banco de Samobrives, hacedme ostra a mí también para que pueda tener el consuelo de vivir cerca de ella!

Esto fue dicho con un tono tan triste, que el hada Firmenta se sintió sumamente conmovida, y tomó entre las suyas la mano del joven.

-Ratín -le dijo-, aun cuando accediera a darle gusto, no me sería posible hacerlo. Sabe usted que me está prohibido hacer descender a los seres vivientes. No obstante, si no puedo reducir a usted al estado de molusco, lo que sería un

estado muy humilde, puedo hacer subir a Rutina de grado...

-¡Oh, hacedlo, hada buena, hacedlo!

-Pero será menester que vuelva a pasar por los grados intermedios, antes de llegar a ser de nuevo la encantadora rata destinada a ser muchacha algún día. ¡Sea usted, pues, paciente, sométase a las leyes de la Naturaleza y tenga así mismo confianza...!

-¿En vos, hada buena...?

-¡En mí, sí! Haré cuanto pueda por ayudarle. No olvidemos, sin embargo, que habremos de sostener violentas luchas. Aun cuando sea, como es, el más necio de los príncipes, tiene usted en el príncipe Kissador un enemigo poderoso. Y si Gardafur llegase a recobrar el poder antes de que usted fuese el esposo de la bella Rutina, me sería muy difícil vencerle, porque habría vuelto a ser igual a mí.

A este punto llegaban en su conversación el hada Firmenta y Ratin, cuando se oyó una tenue vocecita... ¿De dónde salía aquella voz...? Difícil parecía adivinarlo.

-¡Ratín...! ¡Mi pobre Ratín...! ¡Te amo...!

-Es la voz de Ratina -gritó el joven-. ¡Ah, señora hada, tened compasión de ella!

Verdaderamente, parecía que Ratín estaba loco. Corría a través del comedor, miraba debajo de los muebles, abría los armarios y aparadores pensando que Rutina podía hallarse escondida en alguno de ellos.

El hada le detuvo con un gesto.

Y entonces, queridos niños, se produjo una cosa muy singular. Sobre la mesa y alineadas en una fuente de plata había una media docena de ostras, que procedían precisamente del banco de Samobrives. En el centro aparecía la más

hermosa, con su concha muy reluciente y bien orlada. Y he aquí que aumenta de volumen, se alarga, se ensancha, se desarrolla, y acaba por abrir sus dos valvas. De ellas se separa una adorable figurita, de cabellos rubios como las doradas espigas, dos ojos, los más tiernos y acariciadores del mundo, una naricilla recta y una boca encantadora, que repite:

-¡Ratín! ¡Mi querido Ratín...!

-¡Es ella! -exclamó el joven.

Era Ratina, en efecto. Tenía razón en reconocerla como tal, porque es menester que os diga, queridos niños, que en aquel venturoso tiempo de magia los seres tenían ya semblante humano, aun antes de pertenecer a la humanidad.

¡Y cuán linda era Ratina sobre el nácar de su concha! ¡Diríase que era una alhaja encerrada en su estuche!

Y ella se expresaba así:

-¡Ratín! ¡Mi querido Ratín! He oído todo lo que acabas de decir a la señora hada, y la señora hada se ha dignado prometer reparar el mal que ha causado ese malvado Gardafur. ¡Oh, no me abandones, porque si me cambió en ostra fue para que no pudiese huir! ¡Entonces el príncipe Kissador vendrá a separarme del banco al que está adherida mi familia; me llevará consigo y me pondrá en su vivero, aguardará a que me haya convertido en muchacha y estaré para siempre pérdida para mi pobre y querido Ratín!

Hablaba con voz tan triste, que el joven, profundamente conmovido, apenas podía responder.

-¡Oh, Ratina mía! -murmuraba.

Y en un impulso de ternura, extendía la mano hacia el pobrecito molusco, cuando el hada le

contuvo. Tras haber cogido delicadamente una magnífica perla que se había formado en el fondo de la valva, le dijo:

-Toma esta perla.

-¿Esta perla, hada buena?

-Sí, vale una fortuna, podrá servirte más adelante. Ahora vamos a llevar a Ratina al banco de Samobrives, y ya allí la haré subir un escalón...

-Que no sea sólo a mí, hada buena -dijo Rutina con voz suplicante-. ¡Pensad en mi buen padre Ratón, en mi buena madre Ratona y en mi primo Raté! ¡Pensad en nuestros fieles servidores Rata y Ratana...!

Pero en tanto que hablaba de esta manera, las dos valvas de su concha se cerraron poco a poco y adquirieron sus dimensiones ordinarias.

-¡Ratina! -exclamó el joven.

-¡Cójala! -ordenó el hada.

Obedeció presuroso Ratín y llevó la concha a sus labios. ¿Por ventura no encerraba ella todo lo que él quería más en el mundo?

Capítulo III

La marea está bajando. La resaca bate suavemente el pie del banco de Samobrives. Entre los peñascos hay pequeños charcos de agua. Hay que avanzar con cuidado cubiertos y procurando no dar un resbalón en las rocas de algas, porque la caída sería peligrosa.

¡Qué enorme cantidad de moluscos de todas las especies hay en aquel banco! Pero lo que más abunda son las ostras; las hay allí a millares.

Una media docena de las más hermosas se esconden bajo las plantas marinas. Me equivo-

co, no hay más que cinco. ¡El sitio de la sexta se halla desocupado!

He aquí ahora que estas ostras se abren a los rayos de sol, a fin de respirar la fresca brisa del mar. Al propio tiempo, se escapa de ellas una especie de cántico quejumbroso y lastimero, como una lamentación de Semana Santa.

Las valvas de aquellos moluscos han ido abriéndose paulatinamente. Por entre sus franjas transparentes se dibujan algunas figuras fáciles de reconocer; una de ellas es la de Ratón, el padre, un filósofo, un sabio que se resigna a aceptar la vida bajo todas sus formas y vicisitudes.

-Es indudable -piensa- que después de haber sido ratón, convertirse en molusco no deja de ser triste y molesto. ¡Pero es menester resignarse y tomar las cosas como vengan!

En la segunda ostra gesticula un rostro contrariado, cuyos ojos lanzan chispas. En vano es que se esfuerce por salir fuera de la concha; es la señora Ratona, y dice:

-¡Hallarme encerrada en esta cárcel de nácar, yo que ocupaba el primer rango en nuestra ciudad de Ratópolis...! ¡Yo que, una vez llegada a la fase humana, habría conseguido ser una gran señora, princesa tal vez...! ¡Ah, el miserable Gardafur!

En la tercera ostra se muestra la cara atontolizada del primo Raté, un perfecto badulaque, bastante poltrón, que enderezaba las orejas al menor ruido, como una liebre. Debo decir que, como es natural en su calidad de primo, hacía la corte a la primita, pero Ratina, según sabemos, amaba a otro, y a este otro le detestaba cordialmente Raté.

-¡Ay, ay! -decía-. ¡Qué destino! Al menos, cuando yo era ratón podía correr, salvarme,

evitar los gatos y las ratoneras. Mas aquí, basta que me cojan con una docena de mis semejantes, y el cuchillo grosero de una cocinera me abrirá brutalmente e iré a figurar sobre la mesa de un ricacho y devorado... ¡vivo aún, tal vez!

En la cuarta ostra encontrábase el cocinero Rata, un verdadero maestro del arte culinario, muy orgulloso de sus talentos, muy vanidoso de su saber.

-¡Ese maldito Gardafur! -gritaba-. ¡Si alguna vez le tengo al alcance de mi mano, no se me escapará sin que le retuerza el pescuezo! ¡Yo, Rata, que hacía cosas tan excelentes como la fama pregona bien alto, verme emparedado entre dos conchas! Y mi mujer Ratana...

-Aquí estoy -dijo una voz que salía de la quinta ostra-. ¡No te apesadumbres ni te enojas, mi pobre Rata! Si bien es verdad que no me es dado acercarme a ti, no por eso dejo de estar a tu

lado, y cuando tú subas la escala, la subiremos juntos...

¡La buena Ratana! Una excelente criatura, tan sencilla, tan modesta, tan amante de su marido, y, al igual que éste, muy devota de sus amos.

Luego, la triste letanía adquirió tonos lúgubres. Algunos centenares de ostras que aguardaban también su liberación se unieron a aquel concierto de lamentaciones. Aquello partía el corazón. ¡Y qué recrudecimiento de dolor para Ratón, el padre, y para la señora Ratona, si hubiera tenido noticia de que su hija no estaba ya con ellos!

De súbito, se hizo un gran silencio; todo el mundo enmudeció y las conchas se cerraron.

Gardafur acababa de llegar a la playa, cubierto con su largo ropón de encantador, tocada su cabeza con el tradicional gorro, y la fisonomía huraña. Junto a él se advertía al príncipe Kissa-

dor, vestido con ricos trajes. Difícilmente podréis imaginaron hasta qué extremo se hallaba este señor infatuado de su persona, y cómo se componía y acicalaba para hacer resaltar sus gracias.

-¿Dónde estamos? -preguntó.

-En el banco de Samobrives, príncipe -respondió obsequiosamente Gardafur.

-¿Y esa familia Ratón...?

-¡Continúa en el sitio en que la incrusté para daros gusto!

-¡Ah, Gardafur! ¡Esa linda Ratina me tiene embrujado...! ¡Es preciso que sea mía...! Te pago para que me sirvas, y si no lo consigues, ¡ten cuidado...!

-¡Príncipe -respondió Gardafur-, si bien pude transformar a toda esa familia de ratas en moluscos, antes de haberseme retirado el poder,

no me es posible ahora hacer de ellos seres humanos, bien lo sabéis!

-Sí, Gardafur, y eso es lo que me llena de rabia...

Ambos personajes llegaron al banco en el momento en que dos personas aparecían al otro lado; eran el hada Firmenta y el joven Ratín, oprimiendo éste contra su pecho la doble concha que encerraba a su bien amada.

De pronto descubrieron al príncipe y a Gardafur.

-Gardafur -dijo el hada-, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Preparas alguna otra maquinación criminal?

-Hada Firmenta -dijo el príncipe Kissador-, tú sabes que estoy loco por esa gentil Ratina, muy poco prudente y avisada para rechazar a un señor de mi rango y condición, y que aguardo

con gran impaciencia la hora en que tú la conviertas en muchacha...

-Cuando lo haga -respondió el hada-, será para que pertenezca a aquel a quien ella prefiere y ame.

-¡Ese impertinente -replicó el Príncipe-, ese Ratón, a quien Gardafur convertirá sin gran trabajo en asno cuando yo le haya alargado un poco las orejas!

Ante aquel insulto, el joven no pudo contenerse y quiso lanzarse contra el príncipe y castigar su insolencia, pero el hada, cogiéndole de la mano:

-Modera tus arrebatos y calma tu cólera -le dijo-; no es aún tiempo de vengarte, y los insultos del príncipe se volverán algún día contra él. Haz lo que tienes que hacer y partamos.

Obedeció Ratín, y después de estrecharla por última vez contra sus labios, fue a depositar la ostra en medio de su familia.

Casi en seguida la marea comenzó a cubrir el banco de Samobrives, el agua invadió las últimas puntas y todo desapareció en el horizonte, hasta altamar, cuyo contorno se confundía con el del cielo.

Capítulo IV

A la derecha, sin embargo, algunos peñascos han quedado al descubierto. No puede cubrirlos la marea ni aun en los momentos en que la tempestad lanza sus olas contra la costa.

Allí fueron a refugiarse el príncipe y el encantador. Cuando el banco se quedase seco irían a buscar la preciosa ostra que encierra a Ratina y se la llevarían consigo. En el fondo, el príncipe estaba furioso; por poderosos que fueran los príncipes, y aun los mismos reyes, nada podían

hacer en aquel tiempo contra las hadas, y todavía sucedería lo mismo si ahora volviésemos a aquella dichosa época.

He aquí, en efecto, lo que Firmenta dijo al joven:

-Ahora que la mar está alta, Ratón y los suyos van a subir un escalón hacia la Humanidad. Voy a hacerlos peces, y bajo esta forma nada tendrán ya que temer de sus enemigos.

-Pero ¿y si los pescan...? -hizo observar Ratón.

-No te preocupes, yo velaré por ellos.

Por desgracia, Gardafur había oído al hada e imaginado en seguida un plan; seguido del príncipe se dirigió hacia tierra firme.

Entonces, el hada extendió su varita hacia el banco de Samobrives, oculto bajo las aguas. Las ostras de la familia Ratón se entreabren y de

ellas salen peces bulliciosos, muy alegres por aquella nueva transformación.

Ratón, el padre, un bravo y digno rodaballo, con tubérculos sobre su flanco amarillento, y que si no hubiese tenido semblante humano os habría mirado con sus dos grandes ojos, colocados en el lado izquierdo.

La señora Ratona, una araña con el fuerte aguijón de su opérculo y las espinas punzantes de su primera dorsal, muy bella, por lo demás, con sus colores tornasolados.

La señorita Ratina, una linda y elegante dorada, araña de China, casi diáfana y muy atrayente con su ropaje, mezcla de negro, de rojo y de azul.

Rata, un mal encarado lucio, de cuerpo alargado, boca hendida hasta los ojos, dientes acera-dos, el semblante furioso como un tiburón en miniatura y de una sorprendente voracidad.

Ratana, una gorda trucha salmonada, con sus manchas rojizas, el semblante furioso como un tiburón en miniatura y que no habría dejado de hacer muy buen papel sobre la mesa de un gastrónomo.

Finalmente, el primo Raté, una pescadilla con el dorso de un gris verdoso. Pero he aquí que, por un extraño capricho de la Naturaleza, ¡no era pez más que a medias! Sí, la extremidad de su cuerpo, en vez de terminar con una cola, ésta estaba encerrada todavía entre dos conchas de ostra. ¿No es esto el colmo de lo ridículo? ¡Pobre primo!

Y entonces, pescadilla, trucha, lucio, dorada y rodaballo, alineados bajo las transparentes y límpidas aguas al pie de la roca en que Firmenta agitaba su varita, parecían decir:

-¡Gracias, hada buena, gracias!

Capítulo V

En aquel momento, una masa oscura comienza a destacarse sobre la superficie del mar. Es una chalupa con su gran palo de mesana y su foque al viento, y que se acerca a la bahía impulsada por una fresca brisa. El príncipe y el encantador están a bordo, y a ellos debe vender la tripulación toda su pesca.

La red ha sido arrojada al mar; en aquella amplia bolsa que se pasea por el fondo arenoso se cogen, a centenares, toda clase de peces, moluscos y crustáceos, Ratón y los suyos se agitan bulliciosamente bajo las aguas. cangrejos, camarones, bogavantes, gallos, rayas, lenguados, barbadas, angelotes, arañas, doradas, rodaballo, lubinas, rubios, mújoles, salmonetes y muchos más.

¡Qué riesgo tan grande amenaza a la familia Ratón, entregada a la pena de vivir en su prisión de concha! Si por desgracia la red la recoge, ¡ya no podrá escapar! Entonces, el rodaballo, la araña, el lucio, la trucha, la pescadilla,

cogidas por la mano fuerte del marinero, serán amontonados con los demás para ser expedidos a alguna gran capital y expuestos, palpitantes aún, sobre el mármol de los revendedores, en tanto que la dorada, cogida por el príncipe, estará perdida para siempre para su amado Ratón!

Mas he aquí que el tiempo cambia. El mar empieza a agitarse, silba el viento, la tormenta estalla con furia; es la tempestad que avanza.

El barco es horriblemente sacudido por el oleaje; no hay tiempo de recoger la red, que se rompe, y, a pesar de los esfuerzos del timonel, el barco es arrojado sobre la costa, estrellándose contra los arrecifes. Apenas si el príncipe Kissador y Gardafur pueden escapar al naufragio gracias a la abnegación de los pescadores.

Es el hada buena, queridos niños, la que ha hecho desencadenar aquella tempestad para salvar a la familia Ratón. Ella continúa allí,

acompañada del hermoso joven, y con su varita mágica en la mano.

Entonces, Ratón y los suyos se agitan bulliciosamente bajo las aguas, que se han calmado. El rodaballo se vuelve y se revuelve. Su hembra nada coquetamente. El lucio abre y cierra sus vigorosas mandíbulas, en las que se pierden algunos pececillos. La trucha hace monadas, y la pescadilla, a quien estorban las conchas, se mueve torpemente. En cuanto a la linda dorada, parece aguardar a que Ratón se precipite a las aguas para reunirse con ella y recomenzar el idilio... Él quisiera hacerlo, sí, pero el hada le detiene.

-No -dice-, ¡no antes de que Ratina haya recobrado la forma bajo la que acertó a agradarte por primera vez!

Capítulo VI

Es una hermosa ciudad, la ciudad de Ratópolis. Está situada en un reino, cuyo nombre he olvidado, que no está ni en Europa, ni en Asia, ni en África, ni en Oceanía, ni en América, si bien se encuentra en alguna parte.

En todo caso, el paisaje que rodea a Ratópolis se parece mucho al paisaje holandés. Es fresco, verde, limpio, con nítidos arroyuelos, jardines sombreados por hermosos árboles y grandes praderas donde pacen los más felices rebaños del mundo.

Como todas las ciudades, Ratópolis tiene calles, plazas y bulevares; pero esos bulevares, esas plazas, esas calles están bordeados de quesos magníficos, a guisa de casas: Gruyére, Roquefort, Holanda, Chester de veinte especies. En el interior se han abierto pisos, apartamentos, habitaciones. Allí es donde vive, en república, una numerosa población de ratas, sabia, modesta y previsoras.

Serían las siete de la tarde de un domingo. En familia, ratas y ratones se paseaban tomando el fresco. Después de haber trabajado con ardor durante toda la semana, renovando las provisiones de la casa, reposaban el séptimo día.

Ahora bien, el príncipe Kissador se hallaba a la sazón en Ratópolis, acompañado de su inseparable Gardafur. Habiendo sabido que los miembros de la familia Ratón, después de haber sido peces durante algún tiempo, habían vuelto a ser ratones, se ocupaban en prepararles secretas emboscadas.

-Cuando pienso -repetía el príncipe- que a esa maldita hada es a quien deben otra vez su nueva transformación...

-¡Pues bien, tanto mejor! -respondía Gardafur-; ahora será más fácil cogerlos. Siendo peces podían escaparse con suma facilidad, en tanto que ahora son ratas o ratones, y sabremos perfectamente apoderarnos de ellos, y una vez en

nuestro poder -añadió el encantador-, la bella Ratina acabará por enloquecer por vuestra señoría.

Ante aquel discurso, el fatuo se engañaba, se pavonaba, lanzando miradas a las lindas ratas que estaban paseando.

-Gardafur -dijo-. ¿está todo dispuesto?

-Todo, príncipe, y Ratina no podrá escapar de la trampa que le he tendido.

Y Gardafur mostraba un elegante lecho de follaje, preparado en un rincón de la plaza.

-Ese lindo retiro oculta una trampa -dijo-, y yo os prometo que la bella estará hoy mismo en el palacio de vuestra señoría, en el que no podrá resistirse a las gracias de vuestro espíritu y a las seducciones de vuestra persona.

¡Y el imbécil se regodeaba ante aquellas groseras adulaciones del encantador!

-Hela ahí -dijo Gardafur-; venid, príncipe, no es conveniente que nos vea.

Uno seguido del otro se perdieron en la calle más próxima.

Era Ratina, en efecto, pero acompañada de Ratín. ¡Qué encantadora estaba con su lindo y su gracioso porte de rata! El joven le decía:

-¡Ah, querida Ratina, qué pena que no seas aun una señorita...! Si para casarme en seguida hubiera podido convertirme en ratón, no habría vacilado un instante, ¡pero eso es imposible!

-Pues bien, mi querido Ratín, hay que aguardar...

-¡Aguardar...! ¡Siempre aguardar!

-¿Qué importa, toda vez que sabes que te amo y que jamás seré de otro? Por lo demás, el hada buena nos protege y nada tenemos que temer

ya del malvado Gardafur ni del príncipe Kissador...

-¡Ese impertinente -exclamó Ratín-, ese necio, a quien he de aplicar un correctivo...!

-¡No, Ratín mío, no, no le busques pendencia! Tiene guardias que le defenderían... ¡Ten paciencia, ya que es preciso, y confianza, ya que yo te amo!

Mientras Ratina decía con tanta gentileza estas cosas, el joven la estrechaba contra su corazón y besaba sus patitas.

Y como se sintiese un poco cansada de su paseo:

-Ratín -le dijo-, he aquí el retiro en el que tengo costumbre de descansar. Ve a casa a prevenir a mi padre y a mi madre, y diles que me encontrarán aquí para ir a la fiesta.

Es una hermosa ciudad, la ciudad de Ratópolis.

Y Ratina se deslizó en aquel agradable retiro.

De pronto se hizo un ruido seco, como el chasquido de un resorte que funciona...

El follaje ocultaba una pérfida ratonera, y Ratina, que no podía abrigar la menor desconfianza, acababa de tocar el resorte. Bruscamente había caído una verja de hierro, tapando la abertura, y Ratina quedó prisionera.

Ratín lanzó un grito de cólera, al que respondió el grito de desesperación de Ratina y el grito de triunfo de Gardafur, que corrió hacia allí con el príncipe Kissador.

En vano el joven se aferró a la verja, haciendo esfuerzos titánicos para romper los barrotes, en vano quiso lanzarse sobre el príncipe.

Lo mejor era correr en busca de socorro para librar a la desventurada Ratina, y esto fue lo que hizo Ratín, corriendo por la Calle Mayor de Ratópolis.

Mientras, Ratina era sacada de la ratonera y el príncipe Kissador le decía lo más galantemente del mundo:

-¡Ya te tengo, pequeña, y ahora ya no te escaparás más!

Capítulo VII

Era una de las más elegantes moradas de Ratópolis -un magnífico queso de Holanda- la casa donde habitaba la familia Ratón. El salón, el comedor, las alcobas, todas las piezas necesarias para el servicio estaban distribuidas con gusto y confort. Y era que Ratón y los suyos se contaban entre los notables de la ciudad y gozaban de la estimación universal.

Aquel retorno a su antigua situación no había infatuado a aquel digno filósofo. Lo que siempre había sido no podía dejar de serlo, modesto en sus ambiciones, un verdadero sabio, del que La Fontaine habría hecho el presidente de su consejo de ratas. A todo el mundo le había ido siempre bien siguiendo sus consejos y advertencias. Lo malo era que se había vuelto gotoso, y tenía que andar con una muleta cuando la gota no le retenía en su amplio sillón. Atribuía-la él a la humedad que había cogido en el banco de Samobrives, donde había estado vegetando durante varios meses. A pesar de haber ido a tomar las aguas mejor reputadas, nada había conseguido, sino volver más gotoso que antes de ir. Era esto tanto más lamentable para él cuanto que -fenómeno extraño, en verdad-aquella gota le hacía impropio para toda metamorfosis ulterior. La metempsicosis, en efecto, no podía ejercerse sobre los individuos atacados de esta enfermedad de los ricos. Ratón,

por consiguiente, permanecería ratón en tanto estuviera gotoso.

Pero Ratona no sabía de filosofías. Ved qué horrible situación la suya cuando, promovida a dama, y hasta a gran dama, tuviese por marido a un simple ratón, y, lo que todavía es peor, a un ratón gotoso. ¡Aquello sería para morir de vergüenza! Por eso se encontraba más arisca e irritable que nunca, tratando mal a su esposo, gruñendo a sus criados a causa de órdenes mal ejecutadas, porque habían sido mal dadas, haciendo desagradable la vida a todos los de su casa.

-Preciso será que os curéis, señor, y yo sabré obligaros a ello -decía.

-No deseo ni pido otra cosa, querida mía -respondía Ratón-, pero temo que no sea posible, y habré de resignarme a continuar siendo ratón...

-¡Ratón...! ¡Yo la mujer de un ratón! ¡Vaya una cosa divertida...! Henos aquí, por otra parte, con que nuestra hija está enamorada de un muchacho que no tiene una perra chica... ¡Qué vergüenza! Suponed que llevo a ser un día princesa, Ratina será también princesa...

-Entonces yo seré príncipe -replicó Ratón, no sin su miguita de malicia.

-¡Vos...! ¡Vos príncipe con cola y con patas! ¡Estáis loco, señor mío!

Así era como se pasaba los días la señora Ratona. Con mucha frecuencia también, intentaba desahogar su mal humor sobre el primo Raté. Verdad es que el pobre primo no dejaba de prestarse a las burlas. Tampoco aquella vez había sido completa la metamorfosis. No era ratón más que a medias; ratón por delante, pero pez por detrás, con una cola de pescadilla que le hacía enteramente grotesco.

En semejantes condiciones, ¡vaya usted a tratar de agradar y conmover el corazoncito de la bella Ratina o hasta el de las demás lindas ratitas de Ratópolis!

-¿Pero qué le he hecho yo a la Naturaleza para que me trate así? -exclamaba-. ¿Qué le he hecho?

-¿Quieres esconder esa indecente cola? -decía la señora Ratona.

-¡No puedo, tía mía!

-¡Pues bien, córtatela, imbécil, córtatela!

Y el cocinero Rata se ofrecía para proceder a la operación y luego hacer de aquella cola de pescadilla un plato magnífico. ¡Qué regalo habría sido para un día de fiesta como aquél!

¿Día de fiesta en Ratópolis? ¡Sí, queridos niños! Y la familia Ratón se proponía tomar parte en

las diversiones públicas. Para partir, sólo aguardaban el regreso de Ratina.

En aquel momento, una carroza se detuvo a la puerta de la casa; era la del hada Firmenta, con un traje de brocado de oro, que iba a hacer una visita a sus protegidos.

Si tomaba a risa con frecuencia las absurdas ambiciones de Ratona, las jactancias ridículas de Rata, las simplezas y necedades de Ratana y las lamentaciones del primo Raté, tenía gran consideración hacia el buen sentido de Ratón, adoraba a la encantadora Ratina, y se consagraba a procurar un feliz desenlace a su matrimonio. En su presencia, no se atrevía la señora Ratona a reprochar al novio de su hija el no ser príncipe.

Se hizo una excelente acogida al hada, no escatimándole las acciones de gracias por todo lo que hasta entonces había hecho, y lo que había de hacer en lo sucesivo.

-Porque necesitamos mucho de vos, señora hada -dijo- Ratona-. ¿Cuándo seré yo dama?

-Paciencia, paciencia -respondió Firmenta-; hay que dejar obrar a la Naturaleza, y eso exige cierto tiempo.

-Pero ¿por qué quiere la Naturaleza que yo siga teniendo cola de pescadilla, después de haberme convertido en ratón? -exclamó el primo, haciendo una mueca y suspirando-. Señora hada, ¿no podría desembarazarme de ella...?

-¡Ay, no! -respondió Firmenta-. Verdaderamente, no tiene suerte. Es probable que sea el nombre de Raté¹ la causa de ello. ¡Esperemos, sin embargo, que no conservará usted nada de ratón cuando llegue a convertirse en pájaro!

-¡Oh -exclamó la señora Ratona-, yo quisiera ser entonces una reina de palomar!

-¡Y yo una gorda y hermosa pava trufada! -dijo cándidamente la buena Ratana.

-¡Y yo un gallo con recios espolones! -añadió, por su parte, Rata.

-Vosotros seréis lo que seréis -repuso el padre Ratón-; por lo que a mí hace, soy ratón y continuaré siéndolo, merced a mi gota, y después de todo más vale ser ratón que perder las plumas, como muchos pájaros que yo conozco.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el joven Ratín, pálido, desolado. En muy pocas palabras contó la historia de la ratonera, y de qué modo había caído Ratina en la trampa de Gardafur.

-¡Ah -dijo el hada-, conque sí, eh! ¿Quieres luchar todavía conmigo, maldito encantador...? ¡Sea, nos veremos los dos!

1. *Raté* en francés significa fracasado, frustrado.

Capítulo VIII

Sí, queridos niños, toda Ratópolis está de fiesta, y esa fiesta os hubiera divertido extraordinariamente si vuestros padres hubieran podido conducirnos a ella. ¡Juzgad de ello! Por doquier amplias guirnaldas con transparentes de mil colores, arcos de follaje sobre las empavesadas calles, casas con colgaduras y tapices, fuegos artificiales cruzándose por los aires, bandas de música por todas partes y, os suplico que me creáis, los ratones se mostraban como los mejores orfeonistas del mundo. Tienen vocecillas suaves, suaves, voces de flauta de un encanto inexplicable, y ¡qué admirablemente interpretan las obras de sus compositores: los *Rassini*, los *Ragner*, los *Rassenet* y tantos otros maestros!

Pero lo que habría excitado vuestra admiración hubiera sido un cortejo de todas las ratas y ratones del universo y de todos aquellos que, sin ser ratas, han merecido ese nombre significativo.

Allí se ven ratas que semejan a Harpagón, llevando bajo la pata su precioso cofrecito de avaro; ratones peludos, viejos veteranos a quienes la guerra ha hecho héroes, prestos siempre a estrangular al género humano por conquistar un galón más; ratones con trompa, con una verdadera cola sobre la nariz, como la que fabrican los cómicos zuavos africanos; ratones de iglesia, humildes y modestos; ratones de bodega, habituados a meter su hocico en la mercancía por cuenta de los gobiernos; y, sobre todo, cantidades fabulosas de esas gentiles ratitas de la danza, que ejecutan los pasos de un baile de ópera.

En medio de este concurso de gente avanzaba la familia Ratón, conducida por el hada. Pero

no veía nada de aquel brillante espectáculo. No pensaba más que en la pobre Ratina, arrebatada del amor de sus padres y del cariño de su novio.

Pronto llegaron a la Plaza Mayor. La ratonera continuaba en el mismo sitio, pero Ratina ya no estaba allí.

-¡Devolvedme a mi hija! -clamaba la señora Ratona, cuya única ambición se reducía entonces a encontrar y recobrar a su hija y daba realmente compasión oírla.

En vano intentaba el hada disimular su cólera contra Gardafur; se transparentaba en sus ojos, que habían perdido su dulzura habitual.

Un gran ruido se alzó entonces al fondo de la plaza. Era un cortejo de Príncipes, de Duques, de Marqueses y, en fin, de los más brillantes señores, con trajes magníficos y precedidos de guardias completamente armados.

A la cabeza del grupo principal se destacaba el príncipe Kissador, distribuyendo sonrisas y saludos protectores a todas aquellas genticillas que le hacían la corte.

Luego, detrás, en medio de los servidores se arrastraba una pobre y linda rata. Era Ratina, tan vigilada, tan rodeada por todas partes, que no podía pensar en huir. Gardafur marchaba cerca de ella, sin quitarle ojo. ¡Ah, aquella vez la tenía bien segura!

-¡Ratina...! ¡Hija mía...!

-¡Ratina ...! ¡Amor mío! -gritaron a un tiempo Ratona y Ratín, que en vano intentaron llegar hasta ella.

Habría que haberse visto la actitud y las fisgas con que el príncipe Kissador saludaba a la familia Ratón, y qué provocativa mirada lanzó Gardafur al hada Firmenta. Aun cuando privado por entonces de su poder de genio, había

triunfado tan sólo empleando una sencilla ratonera, y al propio tiempo los señores cumplimentaban al príncipe por su conquista, ¡con cuánta fatuidad recibía el necio aquellos cumplidos!

De pronto el hada extiende el brazo, agita la varita y en el acto se opera una nueva metamorfosis.

Si bien el padre Ratón continúa siendo ratón, he aquí a la señora Ratona cambiada en cotorra, a Rata en pavo real, a Ratana en oca y al primo Raté en garza; pero continuaba su mala suerte, y en vez de una hermosa cola de pájaro, es una delgada cola de ratón lo que se agita bajo su plumaje.

En el mismo momento, una paloma se alza ligeramente del grupo de los señores: ¡es Ratina!

¡Calcúlese la estupefacción del príncipe Kissador y la cólera de Gardafur! Helos allí a todos, cortesanos y criados, persiguiendo a Ratina, que se alejaba batiendo las alas.

La decoración ha cambiado. Ya no es la Plaza Mayor de Ratópolis, sino un paisaje admirable en medio de grandes árboles. Y de todos los confines del horizonte se acercan mil pájaros que acuden a dar la bienvenida a sus nuevos hermanos aéreos.

Entonces, la señora Ratona, altiva y satisfecha de sus encantos y del brillo de su plumaje, comienza a hacer monerías, en tanto que la pobre Ratana, llena de vergüenza, no sabe dónde y cómo ocultar sus patas de oca.

Por su parte, Rata -don Rata, si gustáis- se pavonea, como si hubiese sido pavo real toda su vida, mientras el primo, el pobre primo, murmura en voz baja:

-¡Raté todavía!... ¡Siempre Raté!

Mas he aquí que una paloma atraviesa el espacio lanzando gritos de júbilo, describe elegantes curvas y viene a posarse levemente sobre los hombros del joven.

Es la encantadora Ratina, y puede oírsele murmurar al oído de su novio:

-¡Te amo, Ratín mío, te amo!

Capítulo IX

¿Dónde nos hallamos, queridos niños? Continuamos, en uno de esos países que yo no conozco, y cuyo nombre no podría decir. Pero éste, con sus vastos paisajes y sus árboles de la zona tropical, se asemeja un tanto a la India, y a los hindúes sus habitantes.

Penetremos en esa casa, una especie de posada abierta para todo el que llegue. Allí se encuentra reunida toda la familia Ratón, que, siguien-

do los consejos del hada Firmenta, se ha puesto en camino. Lo más seguro, en efecto, era abandonar Ratópolis, con objeto de escapar a la venganza del Príncipe, mientras no fueran lo bastante fuertes para defenderse. Ratona, Ratana, Ratina, Rata y Raté no son todavía más que simples volátiles; cuando se truequen en fieras, ya tendrán buen cuidado de meterse con ellos.

Sí, simples volátiles, entre los cuales Ratana ha sido la menos favorecida; por eso se pasea ella sola por el corral de la posada.

-¡Ay, ay, después de haber sido una trucha elegante -exclama-, una rata que supo agradar, heme aquí convertida en un ganso, un ganso doméstico, uno de esos gansos de corral, al que cualquier cocinero puede rellenar con castañas!

Y suspiraba ante esta idea, añadiendo:

-¿Quién sabe si hasta a mi propio marido se le ocurrirá el pensamiento de hacerlo? ¡Ahora, él

me desdeña! ¿Cómo queréis que un pavo tan majestuoso tenga la menor consideración por un ganso tan vulgar? ¡Todavía, si yo fuese pava...! Pero no. ¡Y Rata no me encuentra de su gusto!

Y esto sucedió, en verdad, cuando el vanidoso Rata entró en el corral. Pero, en realidad, ¡qué pavo real tan hermoso! ¿Cómo era posible que aquella admirable ave se rebajase hasta aquel ganso tan torpe y tan feo?

-¡Mi querido Rata! -dijo ella.

-¿Quién se atreve a pronunciar mi nombre? -replicó el pavo real.

-¡Yo!

-¡Un ganso! ¿Quién es este ganso?

-Soy vuestra Ratana.

-¡Uf, qué horror...! ¡Seguid vuestro camino si gustáis!

Verdaderamente, la vanidad hace decir muchas necedades.

Y era que el ejemplo le venía de arriba a aquel orgulloso. ¿Mostraba, por ventura, su ama a Ratona más buen sentido? ¿Acaso no trataba ella tan desdeñosamente a su esposo?

Y, precisamente, hela ahí que hace su entrada acompañada de su marido, de su hija, de Ratín y del primo Raté.

Ratina está encantadora como paloma, con su plumaje de color ceniza con reflejos azulados, el cuello verde dorado y las delicadas manchas blancas de sus alas.

¡Por eso Ratín la devora con los ojos! ¡Y qué melodioso ron-ron deja ella oír revoloteando en torno del hermoso joven!

El padre Ratón, apoyado en su muleta, contemplaba a su hija con admiración. ¡Qué hermosa la encontraba! Pero la verdad es que la señora Ratona se encontraba más bella todavía.

-¡Ah, qué bien había hecho la Naturaleza en metamorfosearla en cotorra! ¡Cómo se engallaba y se ufanaba de sus encantos! Movía y removía su cola hasta el extremo de causar celos al propio don Rata. ¡Si la hubieseis visto cuando se colocaba ante los rayos solares para hacer brillar los maravillosos colores de sus plumas y de su cuello! Era, en realidad, uno de los más admirables ejemplares de las cotorras de Oriente.

-¿Y bien, estás contenta de tu destino, bobona?
-le preguntó Ratón.

-¿Qué es eso de bobona? -respondió ella en tono seco-. ¡Os ruego que midáis vuestras expresiones y que no olvidéis la distancia que actualmente nos separa!

-¡Yo...! ¡Tu marido!

-¡Un ratón el marido de una cotorra...! ¡Estáis loco, querido mío!

Y la señora Ratona volvió a engallarse, en tanto que Rata se pavoneaba cerca de ella.

Ratón hizo una leve señal de amistad a su criado, que no había desmerecido a sus ojos, y luego se dijo para sus adentros:

-¡Ah, las mujeres, las mujeres...! ¡Pero seamos filósofos!

Y mientras tenía lugar aquella escena de familia, ¿qué era del primo Raté, con aquel apéndice que no pertenecía a su especie? ¡Después de haber sido ratón con una cola de pescadilla, ser garza con cola de rata! Si aquello continuaba así, a medida que se iba elevando en la escala de los seres, ¡resultaba verdaderamente deplorable! Así es que permanecía en un rincón del

corral, apoyado sobre una pata, como lo hacen las garzas cuando piensan hondamente, mostrando la parte delantera de su cuerpo, cuya blancura se realza con pequeñas láminas negras, su plumaje cenizoso, y su copete melancólicamente inclinado hacia atrás.

Se trató entonces de continuar el viaje, a fin de admirar el país en toda su belleza.

Pero ni la señora Ratona ni don Rata se admiraban más que a sí mismos. Ninguno de ellos miraba aquellos incomparables paisajes, prefiriendo las villas y ciudades, con objeto de desplegar en ellos todas sus gracias.

Hallábanse en lo más empeñado de la discusión, cuando un nuevo personaje se presentó a la puerta de la posada.

Era uno de esos guías del país, vestido a usanza hindú, y que acudía a ofrecer sus servicios a los viajeros.

-Amigo mío -le dijo Ratón-, ¿hay algo curioso que ver aquí?

-Una maravilla sin igual -respondió el guía-: la gran efigie del desierto.

-¿Del desierto? -dijo desdeñosamente la señora Ratona.

-No hemos venido nosotros aquí para visitar un desierto -añadió don Rata.

-¡Oh! -repondió el guía-. Un desierto que no lo será hoy, porque es la fiesta de la esfinge y vienen a adorarla de todos los puntos del globo.

Esto último era bastante para inducir a nuestros vanidosos volátiles a visitarla. Poco, por lo demás, importaba a Ratina y a su novio el sitio adonde se les condujera, con tal de ir juntos. Por lo que hace al primo Raté y a la buena Ratana, en el fondo de un desierto era precisamente donde hubieran deseado refugiarse.

-En marcha -dijo la señora Ratana.

-En marcha -respondió el guía.

Un instante después todos abandonaron el albergue, sin pensar siquiera en que su guía fuese el encantador Gardafur, imposible de reconocer bajo su disfraz, y que trataba de atraerles a una nueva emboscada.

Capítulo X

¡Qué magnífica esfinge, infinitamente más hermosa que aquellas esfinges de Egipto, aunque tan célebres! Se llamaba ésta la esfinge de Romiradur, y constituía la octava maravilla del mundo.

La familia Ratón acababa de llegar al lindero de una vasta llanura, rodeada de espesos bosques dominados en las lejanías por una cadena de montañas cubiertas de nieves perpetuas.

Imaginaos en el centro de aquella llanura un animal tallado en mármol: está acostado sobre la hierba, la cara levantada, las patas delanteras cruzadas una sobre otra y el cuerpo alargado como una colina; mide, por lo menos, quinientos pies de largo por cien de ancho, y su cabeza se eleva ochenta pies por encima del suelo.

Aquella esfinge posee el aspecto indescifrable que distingue y caracteriza a sus congéneres. Jamás ha revelado el secreto que guarda desde hace miles y miles de siglos, y, sin embargo, su vasto cerebro se halla abierto para todo el que quiera visitarlo. Se penetra en él por una puerta que hay entre las patas; escaleras interiores dan acceso a sus ojos, a sus orejas, a su nariz, a su boca y hasta a aquel bosque de cabellos que eriza su cráneo.

Por añadidura, y para que podáis daros perfecta cuenta de la enormidad de ese monstruo, sabed que diez personas se encontrarían muy a gusto en la órbita de sus ojos, treinta en el pabe-

llón de sus orejas, cuarenta entre los cartílagos de su nariz, sesenta en su boca, donde se podría dar un baile, y un centenar en su cabellera, espesa e inextricable como un bosque de América. Así es que de todas partes se acude, no a consultarla, porque no quiere responder, sino a visitarla como se hace con la estatua de San Carlos en una de las islas del lago Mayor.

Habrà de permitírseme, queridos niños, no insistir más en la descripción de esta maravilla, que honra al genio del hombre. Ni las piràmides de Egipto, ni los jardines colgantes de Babilonia, ni el Coloso de Rodas, ni el faro de Alejandría, ni la torre Eiffel pueden resistir la comparación con ella. Cuando los geógrafos hayan logrado ponerse de acuerdo acerca del país en que se encuentra la gran esfinge de Romiradur, cuento con que iréis a visitarla durante vuestras vacaciones.

Pero Gardafur la conocía y él era quien guiaba a la familia Ratón. Al decirles que había gran

concurso de gente, les había engañado de un modo infame. ¡He ahí una cosa que iba a producir honda contrariedad al pavo y a la cotorra! De la magnífica esfinge no se preocupaban para nada.

Como sin duda imagináis, habíase concertado su plan entre el encantador y el príncipe Kissador. El príncipe se encontraba cerca, en la linde de un bosque próximo, con un centenar de sus guardias. Tan pronto como la familia Ratón hubiera penetrado en la esfinge, se la pescaría como en una ratonera. Si cien hombres no conseguían apoderarse de cinco aves, de un ratón y de un joven, enamorado, sería indudable que se encontraban protegidos por un poder sobrenatural.

Durante la espera, el príncipe iba y venía dando muestras de la más viva impaciencia. ¡Haber sido vencido en sus tentativas contra la familia y contra la hermosa Ratina! ¡Ay de la familia si Gardafur recobrase su poder! Pero el encanta-

dor se encontraría reducido aun a la impotencia durante algunas semanas.

En fin, por aquella vez habían sido también tomadas todas las medidas, que muy probablemente ni Ratina ni los suyos podrían escapar a las asechanza y maquinaciones de su tenaz perseguidor.

En aquel momento apareció Gardafur a la cabeza de la pequeña caravana, y el príncipe, rodeado de sus guardias, estaba dispuesto a intervenir.

Capítulo XI

El padre Ratón avanzaba a buen paso, a pesar de la gota. La paloma, describiendo grandes círculos en el espacio, iba de vez en cuando a posarse sobre los hombros de Ratín. La cotorra, volando de árbol en árbol, se elevaba tratando de descubrir la prometida muchedumbre. El pavo real tenía la cola cuidadosamente reple-

gada, para que no se desgarrara con las zarzas del camino, en tanto que Ratana se balanceaba sobre sus anchas patas. Tras ellos, la garza, alícaída, batía rabiosamente el aire con su cola de ratón; había intentado metérsela en el bolsillo, quiero decir debajo del ala, pero había tenido que renunciar a ello, porque el ala era demasiado corta.

Llegaron, por fin, los viajeros al pie de la esfinge; jamás habían visto nada tan hermoso ni tan grandioso.

-¿Dónde está ese gran concurso de gente del que nos habló?

-Tan pronto como hayan llegado ustedes a la cabeza del monstruo -respondió el trapacero encantador-, dominarán a la muchedumbre y serán vistos de muchas leguas a la redonda.

-¡Pues bien, entremos!

-Entremos.

Penetraron todos en el interior sin abrigar la menor desconfianza; ni siquiera advirtieron que el guía se había quedado fuera, después de haber cerrado tras ellos la puerta abierta entre las patas del gigantesco animal.

En el interior había alguna claridad, que se filtraba por las aberturas del rostro, a lo largo de las escaleras interiores. Pasados algunos instantes, pudo verse a Ratón paseándose por los labios de la esfinge, a la señora Ratona revoloteando sobre la punta de la nariz, y don Rata en la extremidad del cráneo.

Ratina y el joven Ratín estaban colocados en el pabellón de la oreja derecha, diciéndose mil ternezas.

En el ojo derecho se mantenía Ratana, cuyo modesto plumaje no podía verse; y en el ojo

izquierdo, el primo Raté disimulaba lo mejor que podía su lamentable cola.

Desde todos aquellos puntos de la cara, la familia Ratón se encontraba admirablemente dispuesta para contemplar el espléndido panorama que se desarrollaba hasta los límites extremos del horizonte.

El tiempo era magnífico; ni una sola nube en el cielo, ni el más leve vapor sobre la superficie del suelo.

De pronto, una masa animada se dibuja hacia el bosque... Se adelanta... Se acerca... ¿Es acaso la muchedumbre de adoradores de la esfinge de Romiradur?

¡No! Son gentes armadas de picas, de sables, de arcos, de ballestas, avanzando en pelotón cerrado; no pueden abrigar sino perversos designios.

En efecto, el príncipe Kissador va a la cabeza, seguido del encantador, que ha dejado sus vestidos de guía; la familia Ratón se considera perdida, a menos que aquellos de sus miembros que poseen alas no vuelen a través del espacio.

-¡Huye, mi querida Ratina! -le dice su novio-
¡Huye!... ¡Déjame a mí en las manos de estos miserables!

-¡Abandonarte...! ¡Jamás! -responde Ratina.

Esto, por lo demás, habría sido muy imprudente; una flecha hubiera podido herir a la paloma, así como a la cotorra, al pavo real, al ganso y a la garza. Era preferible ocultarse en las profundidades de la esfinge. Tal vez consiguiesen escapar al llegar la noche, salvándose por alguna salida secreta, y sin nada que temer de las armas del príncipe.

¡Ah, cuán deplorable era que el hada Firmenta no hubiera acompañado a sus protegidos en el curso de aquel viaje!

El joven, sin embargo, había tenido una idea, y muy sencilla, como todas las ideas buenas: atrancar la puerta y acumular obstáculos en el interior, y esto fue lo que se hizo sin perder tiempo.

El príncipe Kissador, Gardafur y los guardias se habían detenido a algunos pasos de la esfinge, intimando la rendición a los prisioneros.

Un «no» bien acentuado, que salió de los labios del monstruo, fue la única respuesta que obtuvieron.

Entonces, los guardias se precipitaron contra la puerta, acometiéndola con enormes cantos de roca, siendo evidente que no tardaría en ceder.

Mas he aquí que un leve vapor envuelve el cabello de la esfinge, y, destacándose de sus últimas volutas, el hada Firmenta aparece en pie sobre la cabeza de la esfinge de Romiradur.

Ante aquella milagrosa aparición, los guardias retroceden, pero Gardafur consigue volverlos a poner al asalto, y los goznes de la puerta comienzan a ceder ante sus golpes.

En aquel momento, el hada inclina hacia el suelo la varita, que tiembla en su mano.

¡Qué inesperada irrupción se produjo a través de la deshecha puerta!

Un tigre hembra, una pantera y un oso se precipitan sobre los guardias. El tigre es Ratona, con su leonada piel; el oso es Rata, con el pelo erizado y las fauces abiertas; la pantera es Rata, que da unos saltos terribles. Esta última metamorfosis ha cambiado a los tres volátiles en bestias feroces.

Al mismo tiempo, Ratina se ha transformado en una cierva elegante, y el primo Raté ha tomado la forma de un asno, que rebuzna con una voz tremenda. Pero -¡lo que es la mala suerte!- ha conservado su cola de garza, y una cola de pájaro es lo que cuelga a la extremidad de su grupa. Decididamente, es imposible evitar su destino.

A la vista de aquellas tres formidables fieras, los guardias no vacilaron un instante, se desbandaron como si tuvieran fuego bajo sus talones. Nada habría podido detenerlos, tanto más cuanto que el príncipe Kissador y Gardafur les dieron el ejemplo; no les convenía, al parecer, ser devorados vivos.

Pero si bien el príncipe y el encantador pudieron ganar el bosque, algunos de sus guardias fueron menos afortunados. El tigre, el oso y la pantera habían llegado a cortarles la retirada, y aquellos pobres diablos no pensaron más que

en buscar refugio dentro de la esfinge, y pronto pudo vérselos ir y venir por su ancha boca.

Fue aquélla una mala idea, sí, una mala idea, y cuando ellos lo reconocieron era ya demasiado tarde.

En efecto, el hada Firmenta extiende de nuevo su varita y rugidos espantosos se propagan, como los truenos, a través del espacio.

La esfinge acaba de convertirse en león.

¡Y qué león! Su melena se eriza, sus ojos lanzan rayos, sus mandíbulas se abren, se cierran y comienzan su obra de masticación... Un instante después, los guardias del príncipe Kissador han sido triturados por los dientes del formidable animal.

Entonces el hada Firmenta salta ligeramente sobre el suelo. A sus pies van a tenderse el ti-

gre, el oso y la pantera, como lo hacen los animales feroces con sus domadores.

De esta época data la conversión de la esfinge de Romiradur en león.

Capítulo XII

Ha transcurrido algún tiempo; la familia Ratón ha conquistado definitivamente la forma humana, excepción hecha del padre, que siempre tan filósofo como gotoso, ha continuado siendo ratón. Otros, en su caso, habrían estado desesperados, se habrían quejado de la injusticia de la suerte y hubieran maldecido la existencia. Él se contentaba con sonreír, «dichoso -decía-, por no tener que cambiar sus costumbres».

Como quiera que fuese, a pesar de ser ratón, era un señor rico. Como su mujer no habría consentido en habitar el viejo queso de Ratópolis, ocupa un palacio suntuoso en una gran ciudad, capital de un país desconocido todavía, sin

estar por eso más orgulloso. El orgullo y la altivez, o, más bien, la vanidad, la deja toda a la señora Ratona, convertida en duquesa. Hay que verla paseándose por sus habitaciones, ¡cuyos espejos acabará por gastar a fuerza de mirarse en ellos!

Aquel día, sin embargo, el duque Ratón se ha alisado el pelo con el mayor cuidado, y emplea en su tocado todo el tiempo que debe emplear un ratón que se estime. En cuanto a la duquesa, se halla adornada con sus mejores galas: tejido rameado, donde se mezclan el terciopelo de buena calidad, el crespón de China, el surá, la felpa, el satén, el brocado y el moaré; blusa a lo Enrique II; ceta bordada con azabache, zafiros, perlas de varias anas de largo, reemplazando las diversas colas que ella había llevado antes de ser mujer; diamantes que sueltan destellos deslumbrantes; encajes que la hábil arácnida no habría podido hacer ni más finos ni más ricos; sombrero Rembrandt, sobre el que se escalona

un parterre de flores; en fin, todo lo que está a la última moda.

Pero me preguntaráis: ¿por qué ese lujo...? He aquí por qué:

Hoy es el día en que debe celebrarse el matrimonio de la encantadora Ratina con el príncipe Ratín.

-¡Cómo! ¿Ratín príncipe...?

-Sí, queridos niños, Ratín se ha convertido en príncipe para complacer a su suegra.

-Pero ¿cómo ha podido ser eso?

-Muy sencillamente, comprando un principado.

-Bueno, pero los principados, por mucho que vayan de baja, deben costar bastante caros.

-Indudablemente; por eso Ratín consagró a su adquisición una buena parte del valor de la perla, porque no os habréis olvidado de la famosa perla encontrada en la ostra de Ratina, y que valía muchos millones.

Es rico, por consiguiente. Pero no vayáis a creer que la riqueza haya modificado sus gustos ni los de su prometida, que al casarse con él va a convertirse en princesa. ¡No! Aun cuando su madre sea duquesa, ella continúa siendo la jovencita modesta que vosotros conocéis, y el príncipe Ratín está más enamorado de ella que nunca. ¡Está tan hermosa con su traje blanco y sus guirnaldas de flores de azahar!

Inútil será decir que el hada Firmenta no ha dejado de acudir a la boda, de la que no deja de corresponderle una buena parte.

Es, pues, un día de fiesta para toda la familia. Así es que don Rata está magnífico; en su cali-

dad de ex cocinero, ha llegado a ser un hombre político.

Ratana ya no es una oca, con gran satisfacción por su parte; es una señora de compañía. Su esposo ha sabido hacerse perdonar sus maneras desdeñosas de otros tiempos; su esposa ha vuelto a conquistarle por completo, y hasta el bueno de Rata llega a mostrarse un tanto celoso de los señores que mariposean en torno de su mujer.

Por lo que hace al primo Raté..., pero pronto va a aparecer y podréis contemplarle a vuestra satisfacción.

Los invitados se hallan reunidos en el salón grande, lleno de luces, embalsamado con el perfume de las flores, adornado con los más ricos muebles y espléndido, en suma, de elegancia y confort.

De los alrededores han llegado muchas personas para asistir al matrimonio del príncipe Ratín. Los grandes señores, las grandes damas han querido asistir al cortejo de aquella encantadora pareja. Un mayordomo anuncia que todo está dispuesto para la ceremonia. Se forma entonces el cortejo más maravilloso que se puede ver, y que se dirige hacia la capilla, en tanto que se deja oír una armoniosa música.

Más de una huya fue precisa para el desfile de todos aquellos personajes. Al fin, en uno de los últimos grupos, apareció el primo Raté.

Un lindo joven, a fe mía; un verdadero figurín: manto de corte, sombrero adornado de una magnífica pluma con la que barre el suelo a cada saludo.

El primo es marqués y no hace mal papel en la familia. Tiene muy buen aspecto y sabe presentarse con distinción y gracia, así es que no le faltan los cumplidos y los halagos, que él recibe

con cierta modestia. Puede observarse, sin embargo, que su fisonomía tiene cierto tinte de tristeza, y su actitud es algo embarazosa; baja los ojos y aparta las miradas, evitando las de cuantos se le acercan. ¿Por qué esta reserva...? ¿No es acaso, en la actualidad, tan hombre como cualquier duque u príncipe de la corte?

Helo aquí que se adelanta a ocupar el puesto que le corresponde en el cortejo, avanzando con paso acompasado, con paso de ceremonia, y llega al ángulo del salón, se vuelve... ¡Horror!

Por entre los pliegues de su uniforme, bajo su manto de corte, sale una cola, una cola de asno... En vano trata de disimular aquel vergonzoso resto de la forma precedente. ¡Está escrito que no se desembarazará de ello!

¡He aquí lo que son las cosas, queridos niños!; cuando uno empieza la vida mal, es sumamente difícil volver al buen camino. El primo es hombre y lo será para lo sucesivo; pero como

ya ha llegado al grado más elevado de la escala, no puede contar con una nueva metempsicosis que le libre de aquella cola; habrá de conservar-la hasta su último suspiro...

¡Pobre primo Raté!

Capítulo XIII

De esta suerte se celebró la boda del príncipe Ratín y de la princesa Ratina, con una extrema magnificencia digna de aquel hermoso joven y de aquella linda muchacha, nacidos el uno para el otro.

Al regreso de la capilla, el cortejo desfiló en el mismo orden y con la misma corrección y nobleza de actitudes, como, según parece, sólo se encuentra en las clases elevadas.

Si se objeta que todos aquellos señores no eran, sin embargo, más que advenedizos al fin y al cabo, que en virtud de las leyes de la metemp-

sicosis habían ido pasando por muy humildes fases, que fueron moluscos sin alma, peces sin inteligencia, volátiles sin seso, cuadrúpedos sin raciocinio, responderemos que nadie podría creer semejante cosa al observar su corrección y elegancia. Las buenas maneras, por otra parte, se aprenden como se aprende la Historia o la Geografía. Pensando, no obstante, en lo que pudo ser en el pasado, el hombre haría perfectamente en mostrarse más modesto y la Humanidad ganaría bastante con ello.

Tras la ceremonia del matrimonio hubo una comida espléndida en la gran sala del palacio. Decir que se comió ambrosía preparada por los primeros cocineros del siglo y que se bebió néctar procedente de las mejores bodegas del Olimpo no sería decir demasiado.

La fiesta, en fin, terminó con un baile, en el que lindas bayaderas y graciosas almeas, vestidas con sus trajes orientales, causaron la admiración y el encanto de la augusta asamblea.

El príncipe Ratín, como era natural, había abierto el baile con la princesa Ratina en una contradanza en la que la duquesa Ratona figuraba del brazo de un príncipe de sangre real, don Rata en compañía de una embajadora y Ratana conducida por el propio sobrino de un Gran Elector.

En cuanto al primo Raté, tardó mucho tiempo en exhibir su persona. Por mucho que le costase permanecer apartado, no se atrevía a invitar a las encantadoras mujeres que pululaban por la sala. Decidióse, al fin, por sacar a bailar a una deliciosa condesa de notable distinción... Aquella amable dama aceptó..., un poco ligeramente tal vez, y he allí a la pareja lanzada en el torbellino de un vals de Gung'l.

¡Ah, qué efecto...! En vano había querido el primo Raté recoger bajo el brazo su rabo de asno, lo mismo que las valsadoras hacen con su cola. Aquel rabo, arrastrado por el movimiento centrífugo hubo de escapársele. Y entonces hele

allí que se extiende como un plumero, que azota a los grupos de bailarines, que se enrosca en sus piernas, que produce las caídas más comprometedoras, y es causa, en fin, de la propia caída del marqués Raté y de la deliciosa condesa, su compañera.

Hubo que sacarla de allí, medio desvanecida de vergüenza, en tanto que el primo corría a esconderse con toda la velocidad de sus piernas.

Aquel burlesco episodio dio fin a la fiesta, y todo el mundo se retiró en el momento en el que se anunciaba el comienzo de una magnífica sesión de fuegos artificiales.

Capítulo XIV

La habitación del príncipe Ratín y de la princesa Ratina es, seguramente, una de las más hermosas del palacio. ¿No la considera por ventura el príncipe como el estuche de la inapreciable

joya que ahora posee...? A ella es adonde van a ser conducidos con gran pompa los recién casados.

Mas, antes de que los nuevos esposos hubieran sido introducidos, dos personas pudieron penetrar en la habitación.

Ahora bien, esas dos personas, vosotros ya lo habéis adivinado de seguro, son el príncipe Kissador y el encantador Gardafur.

He aquí las frases que entre ellos se han cruzado:

-¡Ya sabes lo que me has prometido, Gardafur!

-Sí, príncipe, y esta vez nada habrá que me impida el raptar a Ratina para vuestra Alteza.

-¡Y cuando sea princesa de Kissador, no tendrá por qué lamentarlo!

-Ésa es mi opinión -respondió aquel adulator de Gardafur.

-¿Estás seguro de conseguir nuestros propósitos? -preguntó el príncipe con cierto temor, no del todo injustificado, en vista de los anteriores fracasos.

-Vos podréis juzgar -respondió Gardafur sacando el reloj-: dentro de tres minutos habrá transcurrido el tiempo durante el que he sido privado de mi poder de encantador; dentro de esos tres minutos mi varita habrá vuelto a ser tan poderosa como la del hada Firmenta. Si Firmenta ha podido elevar a los miembros de la familia Ratón hasta el rango de seres humanos, yo, por mi parte, puedo hacerles volver a bajar al rango de los más vulgares animales.

-Bien, Gardafur; pero quiero que Ratín y Rati-na no permanezcan a solas en esta habitación ni un solo instante...

-¡No permanecerán, si es que yo he recobrado mi poder antes de que lleguen!

-¿Cuánto tiempo falta aún?

-¡Dos minutos...!

-Helos aquí.

-Voy a esconderme en este gabinete -dijo Gardafur-, y apareceré en cuanto sea necesario. Vos, príncipe, retiraos; pero permaneced tras esa puerta, y no la abráis hasta el momento en que yo exclame: « ¡A ti, Ratín! »

-Convenido, y, sobre todo, no perdones a mi rival.

-Quedaréis satisfecho.

Véase qué peligro amenaza aún a aquella honrada familia, tan probada ya, ignorante como se halla de que tan cerca tiene al príncipe y al encantador.

Capítulo XV

Los recién casados acaban de ser conducidos a su habitación con gran pompa: el duque y la duquesa Ratón les acompañan con el hada Firmanta, que no ha querido abandonar a la joven pareja, cuyos amores ha protegido. Nada tienen que temer del príncipe Kissador ni del encantador Gardafur, que jamás han sido vistos en el país, y, sin embargo, el hada experimenta cierta inquietud, como un presentimiento secreto. Ella sabe que Gardafur se encuentra a punto de recobrar su poder de encantador, y esto no deja de intranquilizarla y preocuparla.

No hay que decir que Ratana está allí ofreciendo sus servicios a su joven ama, así mismo don Rata, que no quería separarse de su mujer, y el primo Raté, por fin, si bien en aquel momento la vista de la que ama debe destrozarle el corazón.

El hada Firmenta, que continúa llena de ansiedad, se apresura a mirar si el encantador Gardafur se oculta por algún sitio, tras una cortina, bajo cualquier mueble... Mira..., escudriña... ¡Nadie!

En vista de ello, al considerar que el príncipe Ratín y la princesa Ratina van a quedarse en aquella habitación y que están solos, comienza a cobrar confianza.

De pronto se abre una puerta lateral, muy bruscamente, en el momento en que el hada decía a la joven pareja:

-¡Sed felices!

-¡Todavía no! -gritó una voz terrible.

Gardafur acaba de aparecer agitando en su mano la varita mágica. ¡Firmenta ya nada puede hacer por aquella desventurada familia!

Todos han quedado mudos de estupor; inmóviles en el primer instante, retroceden en seguida en grupo, tratando de parapetarse tras el hada.

-¡Hada bondadosa...! ¿Nos abandonáis quizá...? ¡Protegednos!

-¡Firmenta -respondió Gardafur-, has agotado tu poder para salvarlos, y yo ahora he recobrado todo el mío para perderlos! ¡Tu varita no puede en la actualidad hacer nada por ellos, mientras que la mía...!

Y diciendo esto; Gardafur la agitaba, describiendo círculos mágicos y haciéndola silbar en el aire, como si estuviera dotada de una vida sobrenatural.

Ratón y los suyos comprendieron que el hada se hallaba desarmada, ya que no podía librarles mediante una metamorfosis superior.

-¡Hada Firmenta -volvió a gritar Gardafur-, tú hiciste hombres, pues ahora voy a hacer yo bestias!

-¡Piedad, piedad! -murmuraba Ratina, tendiendo sus manos hacia el encantador.

-¡No hay piedad! -respondió Gardafur-. El primero que sea tocado por mi varita quedará cambiado en mono.

Dicho esto, Gardafur marchó sobre el infortunado grupo, que se dispersó al verle acercarse.

¡Si los hubierais visto correr a través de la habitación, de la que no podían escapar, por hallarse cerradas las puertas, arrastrando consigo Ratín a Ratina, tratando de librarla del contacto de la varita mágica, poniéndose él delante, sin pensar en el peligro que él mismo corría...!

Él mismo, sí, pues el encantador acababa de exclamar:

-¡En cuanto a ti, hermoso joven, pronto te mirará Ratina con asco!

A estas palabras, Ratina cayó desvanecida en brazos de su madre, y Ratín avanzaba hacia la puerta principal, mientras Gardafur, precipitándose sobre él,

-¡A ti, Ratín! -gritaba.

En aquel preciso instante, se abre la puerta principal..., aparece el príncipe, y él es quien recibe el golpe destinado a Ratín...

El príncipe Kissador ha sido tocado por la varita... ¡Ya no es otra cosa que un horrible chimpancé!

¡A qué furor se entrega entonces! ¡Él, tan orgulloso de su belleza, tan lleno de altivez y jactancia, trocado ahora en mono, de faz repulsiva, largas orejas, hocico prominente, brazos que le

llegan hasta las rodillas, una nariz aplastada, una piel amarillenta cuyos pelos se erizan...!

Un espejo se encuentra allí sobre una de las paredes, de la cámara... ¡Se mira...! Lanza un grito terrible... Salta sobre Gardafur, estupefacto de su torpeza..., le coge por el pescuezo y le estrangula con su robusta mano de chimpancé.

Entonces se abre el suelo, como es de rigor en todas las brujerías, un leve vapor se escapa de él y el malvado Gardafur desaparece en medio de un torbellino de llamas.

En seguida el príncipe Kissador se precipita sobre una ventana, la abre de un golpe, la franquea de un salto y corre a unirse a sus semejantes en el bosque próximo. ¡El príncipe Kissador ya no es otra cosa que un horrible chimpancé!

Capítulo XVI

Y entonces, a nadie sorprenderé yo diciendo que todo aquello acabó en una apoteosis, para la completa satisfacción de la vista, del oído y hasta del gusto y del olfato. El ojo admira los más bellos paisajes del mundo bajo un cielo de Oriente; el oído se llena de armonías paradisíacas; la nariz aspira perfumes embriagadores, destilados por millares de flores; y los labios se perfuman con un aire cargado del sabor de los frutos más delicados.

En fin, toda la venturosa familia se encuentra en éxtasis, hasta el punto de que Ratón, el mismo padre Ratón, ha dejado de sentir su gota. ¡Está curado y envía noramala su vieja muleta!

-¡Hombre! -grita la duquesa Ratona-. ¿No estáis ya gotoso, querido mío?

-Así parece -dijo Ratón-, y heme aquí sin muletas.

-¡Padre mío! -exclama alegremente Ratina.

-¡Ah, señor Ratón! -añaden Rata y Ratana.

En seguida se adelanta el hada Firmenta, diciendo:

-En efecto, Ratón, ahora sólo de usted depende el ser hombre, y si quiere, yo puedo...

-¿Hombre, señora hada...?

-Sí -replica la señora Ratona-, sí, hombre y duque, como yo soy mujer y duquesa...

-A fe mía -responde nuestro filósofo-, ratón soy y ratón me quedaré; esto es preferible, a mi juicio, y como decía, o lo dirá el poeta Menandro: «Perro, caballo, buey, asno, todo es preferible a ser hombre, mal que os pese...»

Capítulo XVII

He aquí, queridos niños, el desenlace de este cuento. La familia Ratón ya nada tiene que temer para lo sucesivo ni de Gardafur, estrangulo-

lado por el príncipe Kissador, ni del príncipe Kissador.

Se deduce, pues, de aquí que van a ser muy felices y a gozar, como suele decirse, de una felicidad sin nubes.

Por lo demás, el hada Firmenta siente por ellos verdadero afecto, y no habrá de escatimarles sus beneficios.

Tan sólo el primo Raté tiene cierto derecho a quejarse, toda vez que no ha llegado a una metamorfosis completa. No puede, en manera alguna, resignarse, y aquel rabo de asno causa su desesperación. En vano trata de disimularlo. ¡Siempre se le descubre!

Por lo que hace al sensato Ratón, será ratón toda su vida, a despecho de la duquesa Ratona, que le reprocha sin cesar su descortés negativa a elevarse hasta el rango de los humanos. Y cuando la enojada gran dama le abruma dema-

siado con sus recriminaciones, se contenta con replicarla, aplicándole la frase del fabulista:

-¡Ah, mujeres, mujeres, hermosas cabezas a veces, pero seso..., ni chispa!

Por lo que hace al príncipe Ratín y a la princesa Ratina, fueron muy felices y tuvieron muchos hijos.

Así es como acaban ordinariamente los cuentos de hadas, y yo me atengo a esta manera de terminar, que es la buena.

El señor Re-sostenido y la señorita Mi-bemol

Capítulo I

Éramos unos treinta niños en la escuela de Kalfermatt, unos veinte chicos de entre seis y doce años, y unas diez niñas de entre cuatro y nueve. Si tenéis el deseo de averiguar en qué sitio se encuentra exactamente este pueblo, os diré que, según mi Geografía (página 47), se halla en uno de los cantones católicos de Suiza, no lejos del lago de Constanza, al pie de las montañas del Appenzell.

-¡Eh, eh! ¡El de allá abajo, José Muller!

-¡Señor Valrugis! -respondí yo.

-¿Qué es lo que está usted escribiendo mientras explicamos la lección de Historia?

-Estoy tomando notas, señor.

-Bien.

La verdad es que yo estaba dibujando un hombre, mientras el maestro nos refería por milésima vez la historia de Guillermo Tell y del perverso Gessler; nadie la sabía como él. El único punto que le quedaba por elucidar era el relativo a la clase, reineta o camuesa, a la que pertenecía la manzana histórica que el héroe de Helvecia había colocado sobre la cabeza de su hijo, manzana tan discutida como la que nuestra madre Eva cogió del árbol de la ciencia del bien y del mal.

El pueblo de Kalfermatt se halla agradablemente situado en el fondo de una de esas depresiones que llaman *van*, abierta en el lado de la montaña al que no llegan los rayos del sol en el verano. La escuela, sombreada por espesas frondas, en la extremidad del pueblo, no tiene el desagradable aspecto de una oficina de instrucción primaria, sino que es, por el contrario, de alegre aspecto, bien situada, con un amplio patio, un cobertizo para los días de lluvia y un

pequeño campanario, en el cual canta la campana como un pájaro en las ramas.

El señor Valrugis es quien se halla al frente de la escuela, a medias con su hermana Lisbeth, una viejecita más severa que él. Con los dos hay bastante para la enseñanza: lectura, escritura, cálculo, geografía, historia -historia y geografía de Suiza, por supuesto-. Tenemos clase todos los días, excepto los jueves y los domingos. Entramos a las ocho, cada uno con su cestito y los libros sujetos con una correa. En el cestito llevamos la comida del mediodía: pan, carne, queso, fruta y un pequeño frasquito de vino aguado. En los libros hay lo bastante para instruirse: cuentas, problemas, dictados. A las cuatro regresamos a casa, con el cestito vacío hasta la última miga.

-¡Señorita Betty Clére...!

-¿Señor Valrugis? -respondió la niña.

-Parece que no presta usted mucha atención a lo que estamos diciendo; ¿tendrá usted la bondad de decirnos hasta dónde llegamos?

-Al instante -dijo Betty balbuciente- en que Guillermo se niega a saludar al gorro...

-¡Error...! ¡Ya no estamos en el gorro, sino en la manzana, de cualquier clase que sea...!

La señorita Betty Clére, confusa y avergonzada, bajó los ojos, no sin antes haberme dirigido aquella tierna mirada que tanto me agradaba.

-Indudablemente -prosiguió, con un poco de ironía, el señor Valrugis-, si esta historia se cantase en lugar de ser recitada, experimentaría usted más placer por ella, dado el gusto que usted siente por las canciones..., ¡pero jamás se atreverá un músico a poner música a semejante asunto!

¿Tendría tal vez razón nuestro maestro de escuela? ¿Qué compositor habría de tener la pretensión de hacer vibrar tales cuerdas...? Y, sin embargo, ¿quién sabe si algún día, en un porvenir más o menos remoto...?

Pero el señor Valrugis continuó su explicación. Grandes y pequeños éramos todo oídos. Habríase oído silbar la flecha de Guillermo Tell a través de la clase..., por centésima vez desde las últimas vacaciones.

Capítulo II

Es cierto que el señor Valrugis no asigna al arte de la música más que un rango muy inferior. ¿Tiene razón...? Éramos nosotros demasiado jóvenes entonces para poder tener una opinión a este respecto. Figuraos, yo estoy entre los mayores y todavía no he llegado a los diez años. Muchos de nosotros, sin embargo, gustábamos de las canciones del país, de los viejos Heder de las veladas, y también de los himnos de las

grandes fiestas y los salmos del antifonario cuando les acompaña el órgano de la iglesia de Kalfermatt. Entonces las vidrieras vibran, los niños lanzan sus voces de falsete, los incensarios se balancean, y parece como que los versículos, los motetes y los reponsos se alzan y vuelan en medio de vapores perfumados...

Yo no quiero alabarme, porque eso no está bien, y aun cuando yo hubiese sido uno de los primeros de la clase, no me toca a mí el decirlo. Ahora, si me preguntáis por qué yo, José Müller hijo de Guillermo Müller y de Margarita Has, y en la actualidad, después de haber sucedido a mi padre, maestro de postas en Kalfermatt, se me había apodado *re sostenido*, y por qué Betty Clére, hija de Juan Clére y de Jenny Rose, tabernero en dicho pueblo, llevaba el sobrenombre de *mi bemol*, os contestaré: paciencia, muy pronto lo sabréis. No queráis andar más de prisa de lo que conviene, queridos niños. Lo que es cierto es que nuestras dos voces

casaban admirablemente, en espera, sin duda, de que nosotros mismos nos hubiéramos casado el uno con la otra. Y ahora tengo ya una respetable edad, y al escribir esta historia sé, hijos míos, muchas más cosas de las que entonces sabía, hasta de música.

¡Sí! ¡El señor *re* sostenido se casó con la señorita *mi* bemol, y somos muy felices, y nuestros negocios han prosperado mucho, gracias a nuestro trabajo y a nuestra conducta...! Si un maestro de postas no sabe conducirse, ¿quién lo sabría...?

Hace, pues, cuarenta años nosotros cantábamos en la iglesia, porque debo decir que las niñas cantaban, lo mismo que los niños, en la iglesia de Kalfermatt, sin que semejante costumbre llamase en manera alguna la atención. ¿Quién se ha inquietado nunca por averiguar el sexo al que pertenecen los serafines que han bajado del cielo?

Capítulo III

El coro de cantores de nuestro pueblo gozaba de gran reputación, gracias a su director, el organista Eglisak. ¡Qué maestro de solfeo y qué habilidad ponía en hacernos vocalizar! ¡De qué modo nos enseñaba el compás, el valor de las notas, la tonalidad, la modalidad, la composición de la escala! ¡Muy inteligente, muy inteligente era el digno Eglisak! Decíase que era un músico con talento, un contrapuntista sin rival, y que había hecho una fuga extraordinaria, una fuga en cuatro partes.

Como nosotros no sabíamos gran cosa acerca del particular, hubimos de preguntárselo un día.

-¿Una fuga? -respondió alzando la cabeza.

-¿Es un trozo de música? -dije yo.

-De música trascendente, hijo mío.

-Quisiéramos escucharla -saltó un italianito llamado Farina; dotado de una hermosa voz de contralto, y que subía..., subía... hasta el cielo.

-Sí -añadió un alemán, Alberto Hocht, cuya voz, en cambio, bajaba..., bajaba... hasta el fondo de la tierra.

-¡Vamos, señor Eglisak! -repitieron los otros chicos y chicas.

-No, hijos míos. Vosotros no conoceréis mi fuga hasta que esté terminada...

-¿Y cuándo lo estará? -pregunté yo.

-Nunca.

Nosotros nos miramos unos a otros y él se sonrió con su punta de ironía.

-Una fuga jamás se halla acabada -nos dijo;- pueden siempre añadirse partes nuevas.

Nosotros, pues, no habíamos escuchado la famosa fuga del profesor Eglisak; pero, en cambio, había puesto para nosotros música al himno a San Juan Bautista; vosotros ya sabéis que de este salmo en verso, Guido de Arezzo tomó las primeras sílabas para designar las notas de la escala:

<i>Ut</i>	gueant	laxis
<i>Resonare</i>		fibris
<i>Mira</i>		gestorum
<i>Famuli</i>		tuorum
<i>Solve</i>		polluti
<i>Labii</i>		reatum

Sancte Joannes.

El *Si* no existía en la época de Guido de Arezzo; fue en 1026 cuando un tal Guido completó la gama con la adición de la nota sensible, y, a mi juicio, hizo bien.

En realidad, cuando nosotros cantábamos ese salmo, hubiera acudido la gente de lejos sólo para escucharnos. En cuanto al significado que tenían aquellas extrañas palabras, nadie lo sabía en la escuela, ni siquiera el señor Valrugis. Créase que era latín, pero no estábamos muy seguros, y, sin embargo, parece que ese salmo será cantado en el día del Juicio final, y es probable que el Espíritu Santo, que habla todas las lenguas, lo traducirá al lenguaje edénico.

No por eso, sin embargo, dejaba de ser cierto que el señor Eglisak pasaba por ser un gran compositor; por desgracia, estaba aquejado de una enfermedad muy lamentable, y que tendía a aumentar progresivamente. Con la edad, su oído iba haciéndose duro; nosotros lo advertíamos perfectamente, pero él no quería reconocerlo. Por lo demás, y con objeto de no apenarle, gritábamos al dirigirle la palabra, y nuestros falsetes conseguían hacer vibrar su tímpano.

no. Pero no se hallaba lejana la hora en que había de quedarse completamente sordo.

Sucedió esto en domingo, a la hora de las vísperas; acababa de terminarse el último salmo de Completas, y Eglisak continuaba en el órgano, abandonándose a los caprichos de su imaginación; tocaba y tocaba, sin que aquello llevara trazas de terminarse nunca, y nadie quería marcharse, ante el temor de apenarle. Pero he aquí que el entonador, cansado ya, se detiene; le falta al órgano la respiración..., Eglisak no se ha dado cuenta; los acordes, los arpeggios fluyen de sus dedos; ni un solo sonido se escapa y, sin embargo, él, en su alma de artista, continúa oyendo... Todo el mundo comprende que acaba de ocurrirle una desgracia y nadie se atreve a llamarle la atención, a pesar de que el entonador ha bajado por la estrecha escalera de la tribuna...

Eglisak no cesa de tocar. Y toda la tarde siguió tocando, y toda la noche también, y todavía a la

mañana siguiente sus dedos paseaban sobre el mudo teclado... Fue preciso sacarle de allí... El pobre hombre al fin se dio cuenta de lo que le sucedía: estaba sordo. Pero eso no le impediría terminar su fuga. No podría oírla, eso es todo.

Desde aquel día, los grandes órganos ya no resonaron más en la iglesia de Kalfermatt.

Capítulo IV

Transcurrieron seis meses. Llegó noviembre, sumamente frío. Un manto blanco cubrió la montaña e invadió las calles. Llegábamos a la escuela con la nariz encarnada y las mejillas amoratadas. Yo aguardaba a Betty al volver de la plaza. ¡Qué graciosa estaba con la capellina!

-¿Eres tú, José? -decía.

-Soy yo, Betty; el frío corta esta mañana; arró-pate bien; abróchate la pelliza

-Sí, José. ¿Y si diéramos una carrerita?

-Bueno. Dame tus libros, yo te los llevaré. Ten cuidado no te constipes; sería una lástima que fueras a perder tu hermosa voz.

-¡Y tú la tuya, José!

Sí que habría sido una lástima, en efecto. Y después de habernos soplado los dedos, marchábamos a todo correr para entrar en calor. Por fortuna, la escuela estaba calentita. La estufa daba lumbre; no se escatimaba la leña, de la que había bastante abundancia en el monte y el viento se encargaba de derribarla, no quedando más que el trabajo de recogerla. El señor Valrugis permanecía en su silla con el gorro encasquetado hasta los ojos, y nos contaba la historia de Guillermo Tell. Pensaba yo entonces que si Gesller no poseía más que un gorro, debía haberse acatarrado, ya que su gorro figuraba en la punta del palo, si es que aquellas cosas habían ocurrido en el invierno.

Y entonces se trabajaba bien: la lectura, la escritura, el cálculo, la recitación, el dictado, y el maestro estaba satisfecho. La música, no obstante, holgaba; no se había encontrado ninguna persona capaz de reemplazar al viejo Eglisak. Seguramente, olvidaríamos todo lo que habíamos aprendido. ¿Qué probabilidades había de que viniese un nuevo director a Kalfermatt? El órgano también comenzaba a necesitar reparaciones.

El señor cura no ocultaba su disgusto. ¡Cómo desentonaba el pobre señor, ahora que no le acompañaba el órgano, sobre todo en el prefacio de la misa! El tono iba bajando gradualmente, y cuando llegaba a *supplici confessione dicentes*, nadie podía discernir las notas. Algunos se sonreían, pero a mí me daba mucha pena y a Betty también.

El día de Todos Santos no había habido ninguna música bonita, ¡y la Navidad que se aproxi-

maba con sus *Gloria*, sus *Adeste fideles* y sus *Exultet*...!

El señor cura había tratado de ensayar un medio; el de reemplazar el órgano por un serpentón. Con el serpentón, por lo menos, no desentonaría. La dificultad no estaba en procurarse aquel instrumento antediluviano. Había uno colgado en la pared de la sacristía, y que estaba durmiendo allí desde hacía muchos años. Mas ¿dónde encontrar el serpentista? En realidad, tal vez podría utilizarse el entonador del órgano, entonces sin ocupación.

-¿Tú sabes entonar? -le dijo un día el señor cura.

-Sí -respondió aquel valiente-, con el fuelle, pero no con mi boca.

-¿Qué importa? Haz un ensayo para ver...

-Ensayaré.

Y ensayó, sopló en el serpentón, pero el sonido que de él salió fue verdaderamente abominable. ¿Procedía aquello de él o procedía de la bestia de madera? Cuestión insoluble. Hubo, por consiguiente, que renunciar a ello, y lo probable era que la próxima Navidad fuera tan triste como había sido la fiesta de Todos Santos. Porque si faltaba el órgano, por faltar Eglisak, tampoco funcionarían los cantores, pues no teníamos quien nos diera lecciones, ni quien llevara el compás; por esto los kalfermattianos estaban verdaderamente desolados, cuando una tarde el pueblo se alzó en revolución.

Estábamos a 15 de diciembre. Hacía un frío seco, uno de esos fríos que las brisas llevan a lo lejos. Una voz en la cumbre de la montaña habría llegado hasta el pueblo, y un pistoletazo disparado en Kalfermatt se hubiera oído en Reischarden, y entre ambos hay una legua larga.

Era un sábado, y yo había ido a cenar a casa del señor Clére. Al día siguiente no había escuela. Cuando se ha trabajado durante toda la semana, ¿no es perfectamente lícito descansar el domingo? El propio Guillermo Tell tiene el derecho de reposar, porque debe hallarse fatigado tras ocho días pasados sobre el banquillo del señor Valrugis.

La casa del posadero estaba situada en la plazuela, en el rincón de la izquierda, casi enfrente de la iglesia, cuya veleta se oía girar al extremo de su puntiagudo campanario. Había una media docena de clientes en casa de los Clére, y se había convenido que Betty y yo cantásemos aquella tarde un lindo nocturno de Salviati.

Se había terminado la cena y retirado el servicio, se alinearon las sillas e íbamos a comenzar, cuando un sonido lejano llegó a nuestros oídos.

-¿Qué es eso? -dijo uno.

-Diríase que viene de la iglesia -respondió otro.

-¡Pero si es el órgano...!

-¡Cómo! ¿Iba a tocar solo el órgano?

Los sonidos, sin embargo, continuaban propagándose con toda claridad; tan pronto *crescendo* como *diminuendo* se hinchaban de vez en cuando como si hubiesen salido de la gran bombardeada del instrumento.

Abrióse la puerta de la posada, a pesar del frío. La vieja iglesia estaba sombría, sin que ningún resplandor pasase a través de las vidrieras de la nave. Era el viento, indudablemente, el que se deslizaba por algún agujero del techo o de las paredes. Nos habíamos equivocado, e íbamos a reanudar nuestra velada cuando el fenómeno se reprodujo, con tal intensidad que no era posible el error.

-¡Pero están tocando en la iglesia! -exclamó Juan Clére.

-Es el diablo, seguramente -dijo Jenny.

-¿Acaso el diablo sabe tocar el órgano? -replicó el posadero.

-¿Y por qué no? -pensaba yo.

Betty me cogió de la mano.

¿El diablo? -dijo.

A todo esto, las puertas que daban a la plaza fueron abriéndose poco a poco, y algunas personas se asomaban a las ventanas preguntando lo que ocurría. Alguien que estaba en la posada dijo:

-Habrá encontrado el señor cura un organista y le habrá mandado venir.

¿Cómo era que no se nos había ocurrido esta explicación tan sencilla...?

Precisamente, en este momento apareció el propio señor cura en el umbral de la casa rectoral.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Están tocando el órgano, señor cura -le dijo el posadero.

-¡Bueno! Será Eglisak que habrá vuelto a ponerse al teclado.

El ser sordo no impide, en efecto, el dejar correr los dedos sobre las teclas, y era posible que el anciano maestro hubiese tenido el capricho de subir a la tribuna con el entonador. Era menester verlo; pero el pórtico estaba cerrado.

-José -me dijo el señor cura , ve a ver a casa de Eglisak.

Eché a correr hacia allí llevando de la mano a Betty, que no había querido separarse de mí.

Cinco minutos después estábamos de regreso.

-¿Y bien? -me preguntó el señor cura.

El maestro está en su casa contesté, falto de aliento.

Era, efectivamente, cierto; su sirvienta me había asegurado que estaba durmiendo en su cama, como un lirón, y que toda la trompetería del órgano no hubiera podido despertarle.

-Entonces, ¿quién es el que está allí? -murmuró la señora Clére, algo intranquila.

-Ahora lo veremos -dijo el señor cura abrochándose el abrigo.

El órgano continuaba dejándose oír. Era como una tempestad de sonidos lo que de él brotaba. La plaza estaba como barrida por un huracán

de música. Hubiérase dicho que la iglesia no era más que un inmenso tubo de órgano.

Ya dije que el pórtico estaba cerrado, pero al dar la vuelta se vio que la puertecilla situada enfrente precisamente de la taberna Clére estaba entreabierta. Por allí era por donde había debido penetrar el intruso. El señor cura primero y tras él el sacristán, que acababa de unírsele, entraron en la iglesia. Al pasar mojaron sus dedos en la pila del agua bendita y se santiguaron; todos los que seguían hicieron lo mismo.

De pronto, el órgano se calló; el trozo ejecutado por el misterioso organista se detuvo sobre un acorde de cuarta y sexta, que se perdió bajo la oscura bóveda.

¿Era la entrada de toda aquella gente lo que había cortado la inspiración del artista desconocido...? Eso era lo único que podía pensarse. En aquel momento, la nave, poco antes rebo-sante de armonías, había vuelto a caer en el

silencio; y digo el silencio porque todos nosotros estábamos mudos entre los pilares, con una sensación análoga a la que se experimenta cuando tras un vivo relámpago se espera el estallido del trueno.

Aquello duró un instante; era preciso saber a qué atenerse. El sacristán y dos o tres individuos de los más valientes se dirigieron hacia la escalera de caracol que sube hasta la tribuna en el fondo de la nave. Subieron los peldaños, pero una vez llegados a la tribuna, no encontraron a nadie. La tapa del teclado estaba echada; el fuelle, medio hinchado aún a causa del aire que no podía tener salida, permanecía inmóvil, con su palanca alzada.

Probablemente, aprovechándose del tumulto y de la oscuridad, el intruso había podido bajar la escalera, desaparecer por la puertecilla y escapar a través del pueblo.

¡No importaba! El sacristán creyó que tal vez, por prudencia, sería conveniente exorcizar, mas el señor cura se opuso a ello, y con razón, porque no la había para proceder a tales exorcismos.

Capítulo V

Al día siguiente, el pueblo de Kalfermatt contaba con un habitante más, y hasta con dos; pudo vérselos paseándose por la plaza, ir y venir a lo largo de la Calle Mayor y llegar hasta la escuela, y, finalmente, volverse a la posada de Clére, donde tomaron una habitación con dos camas, para un tiempo cuya duración no indicaron.

-Puede ser para un día, para una semana, para un mes, para un año -había dicho el más importante de aquellos dos personajes, según me contó Betty cuando se unió conmigo en la plaza, como todos los días.

-¿Sería ése el organista de ayer? -pregunté yo.

-¡Caramba! Bien pudiera ser eso, José.

-¿Con su entonador...?

-El más gordo, sin duda -respondió Betty.

-¿Y cómo son?

-Como todo el mundo.

Como todo el mundo, es evidente, toda vez que tenían una cabeza sobre los hombros, brazos adheridos al torso y pies al extremo de las piernas. Pero puede poseerse todo eso, y, sin embargo, no parecerse a nadie. Y esto, efectivamente, fue lo que yo hube de reconocer cuando, hacia las once de la mañana, vi, por fin, a aquellos dos extranjeros tan extraños.

Marchaban uno tras otro.

Uno de ellos, de treinta y cinco a cuarenta años, delgado, pálido, enjuto, largo, vestido con una gran levita amarillenta, las piernas dobladas, que terminaban en dos pies estrechos, puntiagudos, tocado con una ancha gorra con pluma. ¡Vaya una figura la que tenía aquel individuo! Ojos plegados, pequeños, pero penetrantes, con una brasa en el fondo de sus pupilas, dientes blancos y agudos, nariz afilada, boca cerrada y barbilla prominente. ¡Y qué manos! ¡Dedos largos, largos... de esos dedos que sobre un teclado pueden abarcar una octava y media!

El otro era su antítesis: grueso, ancho de espaldas y sobre sus robustos hombros una cabezota de toro, semblante congestionado, barriga en clave de *fa*, y representando unos treinta años.

Nadie conocía a aquellos individuos. Era la primera vez que venían al país. Seguramente no eran suizos, sino más bien gentes del Este, de más allá de las montañas, del lado de Hun-

gría. Y así era, en realidad, según supimos más tarde.

Después de haber pagado una suma adelantada en la posada Clére, habían almorzado con gran apetito, sin escatimar las cosas buenas. Luego se pusieron a pasear uno tras otro; el flaco mirando a un lado y a otro, canturreando, los dedos en incesante movimiento y, con un gesto singular, iba golpeándose la nuca con la mano y repitiendo:

-¡La natural...! ¡La natural...! ¡Bien!

El gordo se balanceaba sobre sus piernas, fumando una pipa en forma de saxofón, de donde se escapaban torrentes de humo blanquecino.

Yo les contemplaba con los ojos muy abiertos, cuando el más alto me llamó, haciéndome señas para que me acercara.

La verdad sea dicha, yo tenía un poco de miedo, pero, al fin, me arriesgué y él me dijo con una voz como la de falsete de un niño de coro:

-¿La casa del cura, pequeño?

-¿La casa del... el presbiterio?

-Sí. ¿Quieres llevarme?

Pensaba yo que el señor cura me regañaría por haberle llevado aquellas personas: sobre todo el alto, cuya mirada me fascinaba. Habría querido negarme, pero me fue imposible, y heme aquí encaminándome hacia la casa rectoral.

Nos separarían unos cincuenta pasos de ella, cuando yo le enseñé la puerta y huí a todo correr, en tanto que la aldaba marcaba tres corcheas, seguidas de una negra.

Varios camaradas me aguardaban en la plaza y el señor Valrugis con ellos, quien me interrogó. Yo referí todo lo que había pasado; los compa-

ñeros me miraban...; ¡Ya veis, él me había hablado!

Pero cuanto yo pude decir no nos hizo adelantar un paso en la averiguación de lo que aquellos dos individuos vendrían a hacer en Kalfermatt. ¿Por qué habían querido hablar con el señor cura? ¿Qué habría ocurrido entre ellos?

Todo quedó explicado aquella tarde.

Aquel tipo extraño -el más alto- se llamaba Effarane; era húngaro, y a la vez artista afinador y constructor de órganos, organero, como suele decirse, y que se encargaba de hacer reparaciones, yendo de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo ganándose de ese modo la vida.

Él, según fácilmente se adivina, fue quien, la víspera, habiendo penetrado por la puertecilla lateral con el otro, su ayudante y entonador, había despertado los ecos de la vieja iglesia, desencadenando tempestades de armonía. Pe-

ro, según él, el instrumento, defectuoso en algunas partes, exigía ciertas reparaciones, y él se ofrecía a hacerlas a muy bajo precio. Varios certificados daban fe de sus aptitudes para este género de trabajos.

-¡Hágalo, hágalo! -había respondido el señor cura, que se había apresurado a aceptar la oferta que el personaje hiciera. Y había añadido:

-¡Bendito sea Dios, que nos envía un organero de vuestro saber y valer, y mil veces bendito si, además, nos enviase un organista...!

-¿De modo que el pobre Eglisak...? -preguntó el maestro Effarane.

-Sordo como una tapia. ¿Le conoce usted?

-¿Quién no conoce al hombre de la fuga?

-Pues hace ya seis meses que ni toca en la iglesia, ni enseña en la escuela. Así es que tuvimos que tener misa sin música el día de Todos San-

tos, y me temo que algo análogo va a ocurrirnos para el de Navidad.

-Tranquilícese, señor cura -respondió el maestro Effarane-; en unos quince días pueden terminarse las reparaciones, y si usted quiere, el día de Navidad yo tocaré el órgano...

Y al decir esto agitaba sus dedos interminables.

El cura agradeció sus ofrecimientos al artista, y le preguntó lo que pensaba acerca del órgano de Kalfermatt.

-Es bueno -respondió el maestro Effarane-, pero incompleto.

-¿Pues qué le falta? ¿No tiene, por ventura, veinticuatro registros, sin olvidar el registro de la voz humana?

-¡Oh, lo que le falta, señor cura, es, precisamente, un registro que yo he inventado, y con el que trato de dotar a estos instrumentos!

-¿Cuál?

-El registro de las voces infantiles -repuso el singular personaje, enderezando su alta figura-. Sí, yo he imaginado este perfeccionamiento. Será el ideal, y entonces mi nombre sobrepujará los nombres de los Fabri, de los Kleng, de los Erhart Smid, de los André, y de los Castendorfer, de los Krebs, de los Müller, de los Agrícola, de los Kranz, de los Antegnati, de los Costanzo, de los Graziadei, de los Serassi, de los Tronci, de los Nanchinini, de los Callido, de los Sébastien Énard, de los Abbey, de los Cavallé Coll...

Citaba tantos nombres que el buen cura debió creer que no habría terminado hasta la hora de vísperas.

Y el organero añadió sacudiendo su cabellera:

-Si yo consigo esto para el órgano de Kalfermatt, ningún otro podrá compararse con él, ni el de San Alejandro en Bérgamo, ni el de San

Pablo en Londres, ni el de Friburgo, ni el de Amsterdam, ni el de Frankfurt, ni el de Nuestra Señora de París, ni el de la Magdalena, ni el de San Dionisio, ni el de Beauvais...

Y decía todas esas cosas con aire inspirado, con movimientos que describían curvas caprichosas.

Seguramente hubiera inspirado miedo a cualquiera que no fuese un cura, quien, con unas cuantas palabras en latín, podía reducir el diablo a la nada.

Por fortuna, se dejó oír entonces la campana que tocaba a vísperas, y cogiendo su gorra, cuya pluma alisó con la mano, el maestro Effarane saludó con una profunda reverencia y fue a unirse con su entonador en medio de la plaza. Esto no fue obstáculo para que la anciana ama del cura creyese sentir, cuando se marchó, cierto olorcillo a azufre.

Pero la verdad es que la estufa estaba encendida.

Capítulo VI

Claramente se comprende que desde aquel día no se trató de otra cosa que del grave acontecimiento que preocupaba al pueblo; aquel gran artista, inventor genial a la vez, que se llamaba Effarane, se ufanaba de enriquecer nuestro órgano con un registro de voces infantiles. Y entonces, en la próxima Navidad, tras los pastores, los magos, acompañados por las trompetas, los bordones y las flautas, se oirían las voces frescas y cristalinas, los ángeles, mariposeando en torno del Niño Jesús y su divina Madre la Virgen María.

Los trabajos de reparación habían dado principio al día siguiente; el maestro Effarane y su ayudante habían puesto manos a la obra. Durante los recreos, yo y algunos otros escolares acudíamos a verles. Se nos dejaba subir a la

tribuna a condición de no estorbar ni impedir las operaciones. Todo el instrumento estaba descompuesto, reducido al estado rudimentario. Un órgano no es más que una flauta de pan adaptada a un secreto, con un fuelle y un registro, es decir, una regla móvil que rige la entrada del viento. El nuestro era un magnífico modelo que tenía veinticuatro juegos principales, cuatro teclados de cincuenta y cuatro teclas, y asimismo un teclado de pedales para bajos fundamentales de dos octavas. ¡Cuán inmenso nos parecía aquel bosque de tubos con lengüetas o bocas de madera o de estaño! ¡Se perdería uno en aquel laberinto inextricable! ¡Cuando pienso que había tubos de dieciséis pies de madera y tubos de treinta y dos pies de estaño! ¡Con aquellos tubos habría podido forrar la escuela entera, y al señor Valrugis mismo tiempo!

Contemplábamos nosotros todo aquello con una estupefacción muy parecida al espanto.

-Enrique -decía Hoet, arriesgando una miradita por debajo-, parece una máquina de vapor...

-No, más bien una batería -replicaba Farina; cañones que van a disparar balas de música...

Por mi parte, yo no encontraba comparaciones, pero cuando pensaba en las borrascas que el doble fuelle podía enviar a través de toda aquella enorme tubería, me acometía un temblor que me duraba horas enteras.

El maestro Effarane trabajaba en medio de aquel desorden sin verse nunca embarazado. En realidad el órgano de Kalfermatt se hallaba en bastante buen estado, y no exigía más que reparaciones poco importantes más que otra cosa una detenida limpieza del polvo acumulado durante muchos años. Lo que ofrecería más dificultades sería el ajuste del registro de voces infantiles. Este aparato se encontraba allí, en una caja, una serie de flautas de cristal, que debían producir sonidos deliciosos. El maestro

Effarane, tan hábil organero como maravilloso organista, esperaba triunfar allí donde tantos otros habían fracasado hasta entonces. Sin embargo, yo me daba clara cuenta de ello, no dejaba de marchar a tientas, ensayando ora de un lado, ora de otro, y cuando la cosa no le resultaba a su gusto, lanzaba gritos como un loro rabioso, apurado por su dueña.

¡Brrr...! Esos gritos hacían pasar temblores por todo mi cuerpecillo, y al escucharlos sentía que mis cabellos se erizaban eléctricamente sobre mi cabeza.

Insisto sobre este punto, que todo lo que yo veía me impresionaba al extremo. El interior de la vasta caja del órgano, aquel enorme animal destripado, cuyos órganos estaban por allí dispersos, me atormentaba hasta la obsesión. Soñaba con ello por la noche, y de día mi mente y mi imaginación volvían incesantemente sobre ello. Principalmente la caja de las voces infantiles, a la que no me hubiese atrevido a tocar, me

hacía el efecto de una jaula llena de niños, que el maestro Effarane educaba para hacerlos cantar bajo sus dedos de organista.

-¿Qué tienes, José? -me preguntaba Betty.

-No lo sé -respondía yo.

-¿Será porque vas con demasiada frecuencia al órgano?

-Sí..., tal vez.

-No vayas más, José.

-No iré, Betty.

Y volvía aquel mismo día a pesar mío. Me acometía el deseo de perderme en medio de aquel bosque de tubos, de deslizarme por los rincones más oscuros, de seguir tras el maestro Effarane, cuyo martillo yo sentía golpear en el fondo del órgano. Guardábame, y mucho, de

decir nada de esto en mi casa; mi padre y mi madre me habrían creído loco.

Capítulo VII

Ocho días antes de Navidad estábamos en la clase de la mañana, las niñas a un lado y los chicos al otro. El señor Valrugis se pavoneaba desde su cátedra; la anciana hermana, en un rincón, hacía labor de aguja; y ya Guillermo Tell acababa de insultar el sombrero de Gessler, cuando la puerta se abrió.

Era el señor cura quien entraba.

Todo el mundo se levantó en señal de respeto, pero tras el señor cura apareció el maestro Effarane.

Todas las miradas se inclinaron al suelo ante la mirada penetrante del organero. ¿Qué venía a hacer a la escuela y por qué le acompañaba el señor cura?

Creí advertir que se fijaba en mí más particularmente; sin duda me reconocía, y yo comencé a encontrarme inquieto.

El señor Valrugis, a todo esto, había bajado de su cátedra, y, deteniéndose ante el señor cura, dijo:

-¿A quién debo el honor...?

-Señor maestro, he querido presentarle al maestro Effarane, que ha deseado visitar a los escolares.

-¿Y por qué...?

-Me ha preguntado si existía una escuela de música en Kalfermatt, señor Valrugis, y le he contestado afirmativamente, añadiendo que era excelente en el tiempo en que la dirigía el pobre Eglisak; entonces, el maestro Effarane ha manifestado deseos de conocerla, y por eso le he

traído esta mañana a su clase, rogándole que le excuséis.

El señor Valrugis no tenía por qué recibir ni aceptar excusas; lo que hacía el señor cura estaba perfectamente hecho. Guillermo Tell esperaba por aquella vez.

Y entonces, a un gesto del señor Valrugis todo el mundo tomó asiento; el señor cura en un sillón, que yo fui a buscar, y el maestro Effarane sobre un ángulo de la mesa de las niñas, que habían retrocedido vivamente para dejarle sitio.

La más próxima era Betty, y yo vi claramente que la pobre niña se asustaba de las largas manos y de los largos dedos que describían cerca de ella arpegios aéreos.

El maestro Effarane tomó la palabra y con su voz penetrante dijo:

-¿Son éstos los niños de la escuela de música?

-No todos forman parte de ella -contestó el señor Valrugis

-¿Cuántos?

-Dieciséis.

-¿Niños y niñas?

-Sí -dijo el señor cura-, niños y niñas, y como a esta edad todos tienen la misma voz...

-Error -replicó vivamente Effarane-, y el oído de un experto no se equivocaría.

¿Que si quedamos nosotros sorprendidos de esta respuesta? Precisamente la voz de Betty y la mía tenían un timbre tan semejante que no era posible distinguir entre ella y yo cuando hablábamos, aun cuando más adelante hubieran de diferenciarse, como es natural.

En todo caso, no había que discutir con un personaje como el maestro Effarane, y todo el mundo se dio por enterado.

-Haga adelantar a los niños que pertenezcan a la escuela -dijo alzando el brazo, como la batuta de un director de orquesta.

Ocho chicos, entre los que me encontraba yo, y ocho niñas, entre las que se hallaba Betty, fueron a colocarse en dos filas frente a frente, y entonces el maestro Effarane nos examinó con más cuidado del que nunca había puesto en ello el señor Eglisak. Hubo que abrir la boca, sacar la lengua, aspirar y espirar ampliamente, mostrarle hasta el fondo de la garganta las cuerdas vocales, que él parecía querer coger con los dedos. Creí que iba a pulsarlas, como las cuerdas de los violines o los violoncelos. A fe mía, ni unos ni otros estábamos tranquilos.

El señor cura, el señor Valrugis y su hermana estaban allí, asombrados, y sin atreverse a pronunciar una palabra.

-¡Atención! -dijo el maestro Effarane-, la clave de *do* mayor, solfeando. He aquí el diapasón.

¿El diapasón? Esperaba yo que él sacase de su bolsillo un instrumentito de dos ramas, semejante al del bueno de Eglisak, y cuyas vibraciones daban el *la* oficial de Kalfermatt lo mismo que el de cualquier otra parte.

Pero tuvimos otra sorpresa.

El maestro Effarane acababa de bajar la cabeza, y con su pulgar medio cerrado se dio un golpecito sobre la base del cráneo.

¡Oh, maravilla! Su vértebra superior produjo un sonido metálico, y ese sonido era precisamente el *la*, con sus ochocientas setenta vibraciones normales.

El maestro Effarane tenía en sí mismo el diapason natural. Y entonces, dándonos el *do*, una tercera menor por encima, mientras que su dedo índice temblaba en el extremo de su brazo,

-¡Atención! -repitió.

Y hemos allí solfeando la clave de *do*, ascendente primero y descendente después.

-¡Malo...! ¡Malo! -exclamó el maestro Effarane cuando se hubo extinguido la última nota. Oigo dieciséis voces diferentes y no debía oír más que una.

Mi opinión es que él se mostraba demasiado exigente, porque nosotros teníamos costumbre de cantar juntos con gran precisión y compás, lo que siempre nos había valido muchas felicitaciones por parte de todos.

El maestro Effarane sacudía la cabeza y lanzaba a derecha e izquierda miradas de descontento. Parecíame que sus orejas, dotadas de cierta movilidad, se tendían como las de los perros, los gatos y otros cuadrúpedos.

-¡Volvamos a empezar! -dijo-. Uno tras otro ahora. Cada uno de vosotros debe tener una nota personal, una nota fisiológica, por decirlo así, y la única que deberá dar siempre en un coro.

¡Una sola nota... fisiológica! ¿Qué es lo que significaba esa palabreja ...? Pues bien, yo habría querido saber cuál era la suya, la de aquel original, y también la del señor cura, que poseía una linda colección, y todas, no obstante, más falsas las unas que las otras.

Comenzamos, no sin vivas aprensiones -¿no llegaría a maltratarnos aquel hombre terrible?- y no sin alguna curiosidad por saber cuál era nuestra nota personal, aquella que nosotros

tendríamos que cultivar en nuestro gazonate, como una planta en su tiesto.

Hoct fue quien debutó, y después de haber ensayado las diversas notas de la escala, el *sol* le fue reconocido; vamos, pequeña como fisiológico, por el maestro Effarane, como su nota más precisa, la más vibrante de las que su laringe podía emitir.

Después de Hoct le tocó el turno a Farina, que se vio condenado al *la* natural a perpetuidad.

Siguieron luego mis otros camaradas, sujetándose a aquel minucioso examen, y su nota favorita recibió la estampilla oficial del maestro Effarane.

Me adelanté yo entonces.

-¡Ah, eres tú, pequeño! -dijo el organista.

Y cogiéndome la cabeza, la volvía y la revolvía, hasta el punto de hacerme temer que fuera a separármela del tronco.

-Veamos tu nota -dijo al fin.

Emití las diversas notas de la escala de *do* subiendo y bajando. El maestro Effarane no pareció nada satisfecho, y me mandó volver a empezar... Aquello no iba bien... No iba bien. Estaba yo sumamente mortificado. Siendo yo uno de los mejores del coro, ¿estaría desprovisto de una nota individual?

-¡Vamos! -exclamó el maestro Effarane-. La escala cromática. Tal vez descubra ahí tu nota.

Y mi voz, procediendo por intervalos de semitonos, subió la octava.

-¡Bien...! ¡Bien! -hizo el organista-. Ya tengo tu nota, y tú sosténla durante todo el compás.

-¿Y cuál es? -pregunté tembloroso.

-Es el *re* sostenido.

Y yo solfeaba sobre aquel *re* sostenido con todo mi aliento.

El señor cura y el señor Valrugis se dignaron hacer un signo de satisfacción.

-Las niñas ahora -ordenó el maestro Effarane.

Y yo pensaba:

¡Si Betty pudiese tener también el *re* sostenido! No me extrañaría, ya que nuestras voces casaban tan bien.

Las muchachas fueron examinadas una tras otra. Ésta tuvo el *si* natural y aquella el *mi* natural. Cuando le tocó cantar a Betty Clére fue a colocarse en pie, muy intimidada, ante el maestro Effarane.

-Vamos, pequeña.

Le ocurrió a Betty lo mismo que le había acontecido a su amigo José Muller; hubo que recurrir a la escala cromática para hallar su nota, y, finalmente, acabó por atribuírsele el *mi* bemol.

Al principio quedé disgustado, pero reflexionando sobre ello, hube de aplaudir. Betty tenía el *mi* bemol y yo el *re* sostenido. Ahora bien, ¿no son ambos idénticos? Me puse, en vista de ello, a batir palmas.

-¿Qué te ocurre, pequeño? -me preguntó el organista, que frunció las cejas.

-Que estoy muy contento, señor, porque Betty y yo tenemos la misma nota... me atreví a constatar.

-¿La misma? -gritó el maestro Effarane.

Y se enderezó con un movimiento tan brusco, que su brazo tocó el techo.

-¡La misma nota! -prosiguió-. ¡Ah, conque tú crees que un *re* sostenido y un *mi* bemol son una misma cosa! ¡Eres un imbécil, y te mereces unas orejas de asno...! ¿Es que vuestro Eglisakos ha enseñado semejantes estupideces? ¿Y tolera usted esto, señor cura...? ¿Y usted también, maestro...? ¿Y hasta usted misma, anciana señorita...?

La hermana del señor Valrugis buscaba un tintero para tirárselo a la cabeza. Pero él continuaba abandonándose a todo el estallido de su cólera.

-¿No sabes, pues, tú, desdichado majadero, lo que es una coma, ese octavo de tono que diferencia el *re* sostenido del *mi* bemol, el *la* sostenido del *si* bemol y otros? ¡Ah, por lo visto es que nadie aquí es capaz de apreciar octavos de tono! ¿Es que no hay más que tímpanos estropeados, endurecidos, en las orejas de Kalfermatt?

Nadie se atrevía ni a respirar. Los cristales de las ventanas oscilaban bajo la aguda voz del maestro Effarane. Yo estaba desolado por haber sido quien provocara aquella escena, sin dejar de experimentar tristeza, porque entre la voz de Betty y la mía hubiese semejante diferencia, aunque no fuera más que la de un octavo de tono. El señor cura me miraba con los ojos irritados... El señor Valrugis me lanzaba unas miradas...

Pero el organista se calmó de pronto, y dijo:

-¡Atención, y cada uno a su puesto en la escala!

Nosotros comprendimos lo que aquello significaba, y cada uno fue a colocarse según su nota personal; Betty en cuarto lugar en su calidad de *mi* bemol, y yo tras ella, inmediatamente detrás de ella, en mi calidad de *re* sostenido. Podía decirse que figurábamos una flauta de pan, o mejor, los tubos de un órgano, con la única nota que cada uno de ellos pudiera dar.

-¡La escala cromática -exclamó el maestro Effarane-, y bien, porque si no...!

No se lo hizo decir dos veces. Comenzó nuestro camarada encargado del *do* y fue siguiendo; Betty dio su *mi* bemol y luego yo mi *re* sostenido, cuya diferencia parecían apreciar los oídos del organista. Después de haber subido, volvimos a bajar durante tres veces seguidas.

El maestro Effarane pareció bastante satisfecho.

-¡Bien por los niños! -dijo-. Llegaré a hacer de vosotros un teclado viviente.

Y el señor cura movió la cabeza con aire de duda.

-¿Por qué no? -respondió el maestro Effarane-. Se ha fabricado un piano con gatos, con gatos escogidos según el maullido que daban al pe-

lizarles el rabo por medio de un mecanismo. ¡Un piano de gatos! ¡Un piano de gatos! repetía.

Nosotros nos echamos a reír, sin estar muy seguros de si el maestro Effarane hablaba en serio o en broma. Pero más adelante supe que había dicho la verdad al hablar de aquel piano de gatos que maullaban al ser pellizcados en el rabo por un mecanismo; ¡Dios mío, qué no serán capaces de inventar los hombres!

Entonces, cogiendo su gorra, el maestro Effarane saludó, giró sobre sus talones y salió de la escuela diciendo:

-No olvidéis vuestra nota, sobre todo, tú, señor *re* sostenido, y tú así mismo, señorita *mi* bemol.

Y se nos quedó el apodo desde entonces.

Capítulo VIII

Tal fue la visita del maestro Effarane a la escuela de Kalfermatt, y que hubo de dejarme a

mí vivamente impresionado. Se me antojaba que un *re* sostenido vibraba incesantemente en el fondo de mi garganta.

Los trabajos de reparación del órgano iban avanzando. Dentro de ocho días nos encontraríamos en la Navidad. Todo el tiempo que yo tenía libre lo pasaba en la tribuna; aquello era más fuerte que yo. Hasta ayudaba lo mejor que podía al organero y a su entonador, de quien no era posible sacar una sola palabra. Actualmente, los registros se hallaban en buen estado, los fuelles prestos a funcionar, y la caja, casi nueva, reluciendo sus cobres en la penumbra de la nave. Sí, estaría dispuesto para el día de la fiesta, excepto, tal vez, en lo que concernía al famoso aparato de las voces infantiles.

Por esta parte, en efecto, el trabajo flaqueaba, con gran despecho del maestro Effarane. Ensayaba y volvía a ensayar, pero las cosas no resultaban a su gusto. De ahí un disgusto que se traducía en violentos estallidos de cólera. To-

mábala él con el órgano, con los fuelles, con el entonador y con aquel pobre *re* sostenido, que ya no podía más. A veces yo creía que iba a romperlo y destrozarlo todo, y escapaba de allí... ¿Qué diría la población kalfermattiana si veía defraudadas sus esperanzas, si no se celebraba aquel año la Gran Fiesta con toda la pompa y todo el esplendor debidos?

No debe olvidarse que el coro de niños no debía cantar aquella Navidad, por encontrarse desorganizado, y que habría de contentarse con el órgano.

En resumen, llegó el día solemne. Durante las últimas veinticuatro horas, el maestro Effarane, cada vez más y más disgustado, se había entregado a tales furores que era cosa de temer por su razón. ¿Habría de verse precisado a renunciar a aquellas voces infantiles? Yo lo ignoraba, porque era tal el espanto que me infundía, que no me atrevía a poner los pies en la tribuna, ni aun en la misma iglesia.

En la noche de Navidad se tenía la costumbre de que los niños se acostasen al crepúsculo, con objeto de que durmieran hasta el momento del Oficio, y de este modo pudieran estar despiertos durante la Misa del Gallo. Así pues, aquella tarde, después de la escuela, conduje hasta su puerta a la pequeña *mi* bemol; ya me había acostumbrado a llamarla así.

-No faltarás a la Misa -le dije.

-No, José, y no te olvides de mí.

-¡No te preocupes!

Me dirigí a mi casa, donde ya me esperaban.

-Vas a acostarte -me dijo mi madre.

-Sí -dije-, pero no tengo ganas de dormir.

-¡No importa!

-Sin embargo...

-Haz lo que te dice tu madre -replicó mi padre-, y ya te despertaremos cuando sea hora de levantarte.

Obedecí, abracé a mis padres y subí a mi alcobita. Mis vestidos nuevos estaban allí, colocados sobre el respaldo de una silla, y mis zapatos limpios cerca de la puerta. No tendría, pues, que hacer otra cosa que ponérmelos de prisa después de haberme lavado la cara y manos.

En un instante me deslicé entre las sábanas y apague la luz, pero quedó en la habitación una semiclaridad causa de la nieve que cubría los tejados próximos.

Inútil decir que no estaba ya en edad de dejar el zapatito en el balcón, con la esperanza de hallar en él un regalo de Navidad. Y entonces me asaltó el recuerdo de que aquél era el buen tiempo, y que ya no volvería. La última vez, haría tres o cuatro años, mi querida *mi* bemol

había encontrado una crucecita de plata en su zapatilla... ¡No lo digáis a nadie, pero fui yo quien la puso!

Después, todas esas cosas se borraron de mi espíritu pensaba en el maestro Effarane ya medio en sueños; le veía sentado cerca de mí, con su larga levita, sus larga, manos, su alargada figura... En vano me tapaba la cabeza con la ropa y cerraba los ojos; yo continuaba viéndolo y sentía sus dedos correr a lo largo de mi camiseta...

Por fin, después de haber estado dando vueltas y más vueltas, acabé por dormirme.

¿Cuánto tiempo duró mi sueño? Lo ignoro. Pero de repente me vi despertado bruscamente, sintiendo que una mano se había posado sobre mis espaldas.

-¡Vamos, *re sostenido!* -me dijo una voz que reconocí en el acto.

Era la voz del maestro Effarane.

-¡Vamos, hombre, vamos..., que ya es hora...!
¿Quieres llegar tarde a la Misa?

Yo oía sin comprender.

-¿Será menester que te saque de la cama, como se saca el pan del horno?

Las ropas fueron retiradas vivamente y abrí los que quedaron deslumbrados por el resplandor de un farol, colgado al extremo de una mano...

¡Qué espanto tan tremendo me acometió...!
¡Era realmente el maestro Effarane quien me estaba hablando!

-Vamos, *re sostenido*, vístete.

-¿Vestirme?

-A menos que quieras ir a la iglesia en camisa.
¿Es que no has oído la campana?

La campana, en efecto, tocaba a vuelo.

-¿Vamos, quieres vestirte o no?

Inconscientemente, pero en un minuto, me encontré vestido. Es verdad que el maestro Efarane me había ayudado, y lo que él hacía lo hacía de prisa.

-Ven -dijo recogiendo su linterna.

-Pero mi padre..., mi madre...

-Ya están en la iglesia -observé yo.

Mucho me sorprendió que no me hubiesen aguardado; al fin bajamos. Se abre la puerta de casa, se cierra de nuevo y hemos aquí en la calle.

¡Qué frío tan seco! La plaza está completamente blanca y el cielo salpicado de estrellas; en el fondo se destaca la iglesia con su campanario, cuyo remate parece iluminado por una estrella.

Seguí en pos del maestro Effarane. Pero en lugar de dirigirse hacia la iglesia, empieza a andar por las calles de acá para allá. Se detiene ante las casas, cuyas puertas se abren sin que tenga necesidad de llamar. Mis camaradas salen de ellas vestidos con sus trajecitos nuevos; Hocht, Farina, todos los que formaban parte del coro. Luego les toca a las muchachas, y en primer lugar a mi, pequeña *mi bemol*; la cojo de la mano.

-Tengo miedo -me dice.

Yo no me atreví a contestarle, «¡También yo!», por temor de espantarla más. Al fin, estábamos todos completos, todos los que tenían su nota personal, la escala cromática entera.

¿Pero cuál es el proyecto del organista...? ¿Será que; a falta de su aparato de voces infantiles, querrá forma un registro con los niños de la escuela de música?

Quiérase o no, es forzoso obedecer a aquel fantástico personaje, como los músicos obedecen a su director de orquesta, cuando empuña la batuta. La puerta lateral de la iglesia está allí, y nosotros la franqueamos de dos en dos. No hay nadie todavía en el templo, que está frío y oscuro, silencioso. ¡Y él que me había dicho que mi padre y mi madre me aguardaban...! Yo le pregunté, sí, me atreví a interrogarle.

-Cállate, *re* sostenido -me respondió-, y ayuda a subir a la pequeña *mi* bemol.

Esto fue lo que hice. Henos aquí a todos metidos en la escalera de caracol y llegados a la tribuna. De pronto, ésta se ilumina; el teclado del órgano está abierto, el entonador en su puesto. ¡Diríase que era él quien se había tragado todo el viento de los fuelles, parecía tan enorme!

A un signo del maestro Effarane, nos colocamos en orden. Tiende el brazo, la caja del órga-

no se abre y se vuelve luego a cerrar tras nosotros...

Los dieciséis nos hallamos encerrados en los tubos del registro mayor, cada uno separadamente, pero cerca unos de otros. Betty se halla en el cuarto, en su calidad de *mi* bemol, y yo en el quinto, como *re* sostenido. Había, por consiguiente adivinado el pensamiento del maestro Effarane. No había posibilidad de abrigar dudas. No habiendo podido ajustar su aparato, ha compuesto el registro de voces infantiles con los propios niños de la escuela, y cuando el viento llegue a nosotros por la boca de los tubos, cada uno dará su nota. ¡No son gatos, soy yo, es Betty, son todos mis camaradas los que vamos a ser accionados por las teclas del órgano!

-Betty, ¿estás ahí? -dije yo.

-Sí, José.

-No tengas miedo, estoy a tu lado.

-¡Silencio! gritó la voz del maestro Effarane.

Y todo el mundo se calló.

Capítulo IX

La iglesia, sin embargo, está ya casi llena. A través de la hendidura en forma de silbato de mi tubo, yo puedo ver a la muchedumbre de fieles extenderse por la nave, ahora brillantemente iluminada. ¡Y aquellas familias, que no saben que dieciséis de sus hijos están encerrados en este órgano! Percibía yo distintamente el ruido de los pasos sobre el piso de la iglesia, el choque de las sillas, con esa sonoridad peculiar de las iglesias. Los fieles ocupaban su sitio para la Misa del Gallo, y la campana continuaba sonando.

-¿Estás ahí? -pregunté de nuevo a Betty.

-Sí, José -me contestó una vocecita temblorosa.

-¡No tengas miedo...! ¡No tengas miedo, Betty...! Estamos aquí sólo mientras dure el Oficio... Luego se nos dejará en libertad.

En realidad, yo no lo creía así. Jamás dejaría el maestro Effarane en libertad a aquellos pájaros enjaulados, y su potencia diabólica se las arreglaría para tenernos encerrados allí durante mucho tiempo..., ¡para siempre tal vez!

Por fin suena la campanilla. El señor cura y sus dos asistentes llegan ante las gradas del altar. La ceremonia va a dar comienzo.

Pero ¿cómo era que nuestros padres no se habían inquietado por nosotros? Yo veía a mi padre y a mi madre en sus respectivos sitios, completamente tranquilos.

Tranquilos así mismo estaban el señor y la señora Clére, tranquilas, por fin, también las familias de nuestros camaradas; aquello era inexplicable.

En todas estas cosas me hallaba yo reflexionando, cuando un torbellino pasó a través de la caja del órgano.

Todos los tubos se estremecieron como un bosque ante el huracán. El fuelle funcionaba a plenos pulmones.

El maestro Effarane acababa de debutar en espera del Introito. Los grandes registros, incluso los pedales producían ruidos como de tormenta. Aquello terminó con un formidable acorde final. El señor cura entona el Introito: *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu.* Y luego el *Gloria*, que el maestro Effarane acompaña con el registro estrepitoso de la trompetería.

Yo estaba pendiente, espantado, del momento en que las borrascas de los fuelles se introdujeran en nuestros tubos; pero el organista nos reservaba, sin duda, para la mitad de la Misa.

Después de la Oración, viene la Epístola, después de la Epístola, el Gradual, terminado con dos soberbios *Aleluyas* y el acompañamiento del registro.

Y entonces, el órgano enmudece durante un cierto lapso de tiempo, mientras dura el Evangelio y la Plática, en la que el señor cura felicita al organista por haber devuelto a la iglesia de Kalfermatt sus voces apagadas...

¡Ah! ¡Si hubiera podido gritar, expedir mi *re sostenido* por la abertura del tubo...!

Llegamos al Ofertorio con estas palabras: *Loe- tentur coeli, et exultet terca ante faciem Domini quoniam venit*, admirable prelude del maestro Effarane con el juego del flautado, unido a los dobles. Hay que reconocer que es magnífico. Bajo esta armonía de un encanto inexpresable, los cielos están llenos de alegría, y parece que los coros celestiales cantan la gloria del Niño divino.

Esto dura cinco minutos, que me parecen cinco siglos, ya que presentía que el turno de las voces infantiles iba a llegar en el momento de la Elevación, que es aquel para el que reservan los grandes artistas las más sublimes inspiraciones de su genio...

Yo estaba, en verdad, más muerto que vivo; parecíame que jamás podría salir una nota por mi garganta, desecada con el espanto. Pero no contaba con el soplo irresistible que me impulsaría cuando la tecla que me correspondía fuese oprimida por el dedo del organista.

Llegó, por fin, el temido momento de la Elevación. La campanilla dejó oír su agudo tintineo. Un silencio de recogimiento general reinó en el templo; las frentes se humillaron, en tanto que los dos asistentes alzaban la casulla del celebrante...

Pues bien, aun cuando yo sea un niño piadoso, en este momento no me encuentro recogido; no

pienso más que en la tempestad que va a desencadenarse bajo mis pies. Y entonces, a media voz, para no ser oído sino sólo por ella:

-¿Betty? -dije.

-¿Qué quieres, José?

-¡Ten cuidado ahora va a tocarnos a nosotros!

¡Ah, Jesús, María! -exclamó la pobrecilla.

No me he equivocado. Se percibe un ruido seco. Es el ruido de la regla móvil, que distribuye la entrada del viento en el registro de las voces infantiles. Una melodía suave y penetrante vuela bajo las bóvedas de la iglesia, en el instante de realizarse el divino misterio. Oigo el *sol* de Hoct, el *la* de Farina y luego el *mi* bemol de mi querida vecinita, y en seguida un soplo hincha mi pecho llevando el *re* sostenido a través de mis labios. Aun cuando uno quisiera callar, no le sería posible. Yo no soy más que un

instrumento en manos del organista; la tecla que el posee en su teclado es como una válvula de mi corazón que se entreabre...

¡Ah, qué desgarrador es esto...! ¡No, si esto continúa así, lo que saldrá de nosotros no serán notas, serán gritos, gritos de dolor...! ¡Y cómo pintar la tortura que experimento cuando el maestro Effarane pisa con mano terrible un acorde de séptima, en el que ocupaba yo segundo lugar: *do* natural, *re* sostenido, *fa* sostenido, natural... !

Y como el implacable artista lo prolonga interminablemente, me da un síncope, me siento morir y pierdo el conocimiento...

Lo cual es causa de que aquella famosa séptima, no teniendo un *re* sostenido, no pueda resolverse según las reglas de la armonía...

Capítulo X

-Y bien, ¿qué haces? -me dice mi padre.

-¡Yo...! ¡Yo...!

-Vamos, despierta, que es la hora de ir a la iglesia

-¿La hora...?

-Sí, anda, si no quieres perder la Misa, y ya lo sabes, si no hay Misa, no hay cena de Navidad.

¿Dónde estaba...? ¿Qué había pasado? ¿Es que todo no había sido más que un sueño... el encierro en los tubos del órgano, el fragmento de la Elevación, mi corazón haciéndose pedazos...? Sí, hijos míos, desde el momento en que me había quedado dormido hasta aquel en el que mi padre acababa de despertarme, había soñado todo aquello, gracias a mi imaginación, demasiado sobrecitada.

-¿El maestro Effarane? -pregunté.

-El maestro Effarane está ya en la iglesia -respondió mi padre-; tu madre está también allí; vamos, ¿acabarás de levantarte y vestirte?

Me vestí, como si estuviera borracho, sin dejar de oír aquella séptima torturadora e interminable...

Llegué a la iglesia. Vi a todo el mundo en su sitio habitual; mi madre, el señor y la señora Clére, mi querida Betty, bien abrigada, pues hacía bastante frío. La campana todavía sonaba detrás del tornavoz del campanario, y pude oír los últimos repiques.

El señor cura, revestido con sus ornamentos de las grandes festividades, llegó ante el altar, esperando que el órgano hiciese sonar una marcha triunfal.

¡Qué sorpresa! En lugar de lanzar los majestuosos acordes que deben preceder al Introito, el órgano se callaba... ¡Nada, ni una sola nota!

Sube el sacristán a la tribuna... El maestro Effarane no estaba allí. Se le buscó en vano. Había desaparecido el organista y con él el entonador. Furioso, sin duda, por no haber podido instalar su registro de voces infantiles, se había escapado sin reclamar lo que se le adeudaba, y desde entonces no volvió a vérselo en Kalfermatt.

No quedé yo pesaroso por ello, lo confieso; queridos niños, porque en compañía de aquel estrambótico personaje yo habría acabado seguramente por volverme loco.

Y si se hubiera vuelto loco, el señor *re* sostenido no habría podido casarse, diez años más tarde, con la señorita *mi* bemol; matrimonio éste bendecido por el cielo. Lo que prueba que, a pesar de la diferencia de un octavo de tono de una "coma", según decía el maestro Effarane, se puede ser feliz y dichoso en un hogar.

El destino de Juan Morenas

Capítulo I

Aquel día -a fines del mes de septiembre, hace ya mucho tiempo- un rico carruaje se detuvo ante el hotel del Vicealmirante comandante de la plaza de Tolón. Un hombre de cuarenta años, poco más o menos, de constitución robusta, pero de aspecto y modales bastante vulgares, bajó de él e hizo pasar al Vicealmirante, además de su tarjeta, algunas cartas suscritas por tales personajes que la audiencia que solicitaba hubo de serle inmediatamente concedida.

-¿Es al señor Bernardón, el armador tan conocido en Marsella, a quien tengo el honor de hablar? -preguntó el Vicealmirante tan pronto como se encontró en presencia de aquel personaje.

-Al mismo -respondió éste.

-Tenga la bondad de sentarse -prosiguió el Vicealmirante-, y de decirme en qué puedo servirle.

-Gracias, Almirante; creo que la petición que tengo que dirigirle no es de las difíciles de ser acogidas favorablemente.

-¿De qué se trata?

-Sencillamente de obtener una autorización para visitar el presidio.

-Nada más sencillo, en efecto, y eran del todo superfluas las cartas de recomendación que usted me ha transmitido. Un hombre que lleva el nombre de usted no necesitaba de ello.

El señor Bernardón se inclinó levemente, y después, habiendo manifestado de nuevo su gratitud, quiso enterarse de las formalidades que habían de llenarse.

-Ninguna -se le contestó-; vaya usted a ver al Mayor General con esta carta mía, y en el acto se verá complacido.

Despidióse el señor Bernardón, haciéndose conducir delante del Mayor General, y obtuvo en seguida el permiso de visitar el Arsenal; un ordenanza le condujo a la casa del Comisario del presidio, que se ofreció a acompañarle.

Sin dejar de dar las gracias más expresivas, el marsellés declinó la oferta que se le hiciera y manifestó deseos de estar solo.

-Como usted guste, caballero -dijo el Comisario.

-¿No hay, pues, ninguna dificultad en que circule yo libremente por el interior del presidio?

-Ninguna.

-¿Ni en que me comunique con los presos?

-Tampoco. Preveniré a los ayudantes y no le pondrán dificultades.

-Gracias.

-Me permitirá usted, sin embargo, que le pregunte ¿cuál es su propósito al hacer esta visita, tan poco grata?, indudablemente.

-¿Mi propósito...?

-Sí; ¿sería por mera curiosidad o persigue usted otro objetivo...? Un objetivo filantrópico, por ejemplo.

-Filantrópico precisamente -repuso vivamente el señor Bernardón.

-¡Perfectamente! -dijo el Comisario-. Estamos acostumbrados a semejantes visitas, que no se ven con malos ojos en las altas esferas. El Gobierno trata incesantemente de introducir todas las mejoras posibles en el régimen de los presidios; muchas ya se han realizadas.

El señor Bernardón aprobó con un gesto, sin responder de otro modo, como un hombre a quien esas cosas no interesan en alto grado; pero el Comisario, que sólo pensaba en este asunto y hallándose en una ocasión propicia para formular una declaración de principios, no noto aquel palmario desacuerdo entre la indiferencia de su visitante y el fin confesado de sus gestiones, y prosiguió imperturbablemente:

-Es sumamente difícil guardar un justo término en semejante materia. Si bien no deben extremarse los rigores de la ley, es preciso, no obstante, mantenerse en guardia contra los críticos sentimentales que se olvidan del crimen para no ver sino el castigo. Nosotros, sin embargo, aquí no perdemos nunca de vista que la justicia debe moderarse.

-Semejantes sentimientos honran a usted -respondió el señor Bernardón-, y si mis observaciones particulares pueden interesarle, ten-

dré mucho gusto en comunicarle las que mi visita al presidio me sugiera.

Los dos interlocutores se separaron, y el marsellés, provisto de un pase en toda regla, se dirigió hacia el presidio.

El puerto militar de Tolón se compone, principalmente, de dos inmensos polígonos que se apoyan sobre el muelle por su lado septentrional. El uno, designado con el nombre de Dársena Nueva, se halla situado al Oeste del otro, llamado Dársena Vieja. La periferia de esas murallas, verdaderos prolongamientos de las fortificaciones de la ciudad, estaba señalada por diques bastante amplios para soportar varias construcciones, talleres de máquinas, cuarteles, almacenes de la Marina, etc. Cada una de esas dársenas, que existen todavía hoy, tiene en la parte Sur una abertura suficiente para dar paso a los buques de alto bordo. Fácilmente hubiesen constituido diques flotantes si la constancia

del nivel del Mediterráneo, que no se halla sujeto a mareas apreciables, no los hicieran inútiles.

En la época de los acontecimientos que van a ser referidos, la Dársena Nueva estaba limitada al Oeste por los Almacenes y el Parque de Artillería, y al Sur, a la derecha de la entrada queda a la pequeña rada, por los presidios actualmente suprimidos. Estos comprendían dos edificios unidos entre sí y formando ángulo recto. El primero, ante el taller de máquinas, se hallaba expuesto al mediodía; el segundo miraba a la Dársena Vieja y continuaba por los cuarteles y el hospital. Independientemente de estas construcciones, existían dos presidios flotantes, en los que se alojaban los condenados por un tiempo mayor o menor, mientras que los condenados a perpetuidad estaban alojados en tierra firme.

Si hay un sitio en el mundo donde no debe reinar la igualdad, es, seguramente, en presidio. En relación con la cantidad y la calidad de

los crímenes y el grado de perversidad de los espíritus, la escala de las penas y castigos debería implicar distinciones de castas y de rangos. Ahora bien, está muy lejos de suceder así. Los condenados de toda edad y de todo género están completamente mezclados. De esta deplorable promiscuidad no puede menos de resultar una corrupción vergonzosa, y el contagio del mal ejerce sus estragos entre aquellas masas gangrenadas.

En el momento de dar comienzo este relato, el presidio de Tolón contenía cerca de cuatro mil forzados. Las direcciones del Puerto, de las Construcciones Navales, de la Artillería, del Almacén General, de las Construcciones Hidráulicas y de los Edificios Civiles empleaban tres mil, a los cuales estaban reservados los trabajos más penosos. Los que no podían encontrar sitio en esas cinco grandes divisiones eran empleados en el puerto, en la carga, descarga y remolque de los buques, en el transpor-

te de los residuos, en el embarque y desembarque de municiones y víveres. Otros eran enfermeros, empleados especiales, o se hallaban condenados a la doble cadena, a causa de tentativa de evasión.

Hacía mucho tiempo, antes de la visita del señor Bernardón, que no se había registrado ningún incidente de esta naturaleza, y durante muchos meses el cañón de alarma no había resonado en el puerto de Tolón.

No era que el amor a la libertad se hubiera debilitado en el corazón de los forzados, sino que el desaliento les había invadido. Habiendo sido despedidos algunos guardianes convictos de incuria o de traición, una especie de cuestión de honor hacía más severa y meticulosa la vigilancia de los demás. El Comisario del presidio se felicitaba mucho por este resultado, sin que por eso se tranquilizase totalmente, reposando en una engañosa seguridad, porque en Tolón

las evasiones eran más frecuentes y más fáciles que en cualquier otro puerto de represión.

Las doce y media daban en el reloj del Arsenal, cuando el señor Benardón llegaba a la extremidad de la Dársena Nueva. El muelle estaba desierto; media hora antes, la campana había llamado a sus prisiones respectivas a los forzados, que estaban trabajando desde la madrugada, recibiendo entonces cada uno de ellos su correspondiente ración. Los condenados a perpetuidad habían subido sobre su banco, donde un vigilante los había encadenado en seguida, en tanto que los demás forzados podían pasear libremente en toda la longitud de la habitación. Al toque del silbato del ayudante se habían acurrucado en torno de las cazuelas, que contenían una sopa hecha, todo el año, de habas secas.

Los trabajos se reanudarían a la una para no abandonarlos hasta las ocho de la noche. Entonces se les volvería a llevar a sus cárceles,

donde, durante algunas horas de sueño, les sería posible olvidar su triste destino.

Capítulo II

El señor Bernardón se aprovechó de la ausencia de los forzados para examinar la disposición del puerto. Es de suponer, sin embargo, que el espectáculo sólo le interesaba medianamente, porque no tardó en maniobrar de manera para encontrarse cerca de uno de los ayudantes, al que se dirigió sin vacilaciones:

-¿A qué hora vuelven al puerto los prisioneros, caballero?

-A la una -respondió el ayudante.

-¿Se hallan todos reunidos y sometidos indistintamente a los mismos trabajos?

-No, señor. Hay algunos empleados en industrias particulares, bajo la dirección de contra-maestres. En los talleres de cerrajería, cordelería

y fundición, que exigen conocimientos especiales, se encuentran excelentes obreros.

-¿Y se ganan la vida?

-Indudablemente.

-¿Hasta qué punto?

-Eso según. Pueden sacar de cinco a veinte céntimos por hora; algunas veces pueden llegar hasta treinta céntimos.

-¿Y tienen derecho a emplear ese dinero para mejorar su suerte?

-Sí. Pueden comprar tabaco, porque, a pesar de los reglamentos y disposiciones contrarios, se tolera que fumen; pueden también, por algunos céntimos, adquirir raciones de guisado o de legumbres.

-¿Tienen el mismo salario los condenados a perpetuidad que los otros?

-No, señor; estos últimos tienen un suplemento de una tercera parte, que se les guarda hasta la extinción de su condena, y entonces se les entrega, a fin de no estar a la indigencia más completa, al salir del presidio.

-¡Ah! -dijo pura y simplemente el señor Bernardón, que pareció estar absorto en sus pensamientos.

-A fe mía, caballero -prosiguió el ayudante-, no son desgraciados hasta el extremo que muchos imaginan. Si por sus faltas o sus tentativas de evasión no aumentasen ellos mismos la severidad del régimen, serían menos dignos de compasión que muchos obreros de las ciudades, de las fábricas y de las minas.

-¿La prolongación de la pena -preguntó el marsellés, cuya voz pareció un poco alterada-, no es, por tanto, el único castigo que se les inflige en caso de tentativa de evasión?

-No; se les aplica también una paliza y la doble cadena.

-¿Una paliza...?

-Que consiste en golpes sobre las espaldas, de quince a sesenta, según los casos, aplicados con una cuerda embreada.

-¿Y es indudable que todo intento de fuga resultará imposible para un condenado a la doble cadena?

-Casi, casi -respondió el ayudante-; los condenados se hallan entonces sujetos al pie de su banco, y no salen nunca. En semejantes condiciones, una evasión no es cosa fácil.

-¿Es, por consiguiente, durante los momentos en que se hallan entregados al trabajo cuando se escapan con más facilidad?

-Indudablemente. Las parejas, aunque vigiladas por un celador, disfrutan de cierta libertad,

exigida por el trabajo, y es tal la habilidad de esas gentes que, a despecho de la más activa vigilancia, en menos de cinco minutos rompen la cadena más fuerte. Cuando la chaveta remachada en el perno móvil está muy dura, conservan la argolla que les rodea la pierna y rompen el primer eslabón de su cadena. Muchos forzados de los empleados en los talleres de cerrajería encuentran en ellos, sin gran esfuerzo, los útiles e instrumentos necesarios. Con frecuencia, les basta la placa de hierro en la que va grabado su número respectivo. Si consiguen procurarse un resorte de reloj, no tarda mucho en oírse el estampido del cañón de alarma. En fin, poseen mil recursos, y un condenado ha llegado a vender hasta veintidós de esos secretos por evitarse una paliza.

-Pero ¿dónde pueden esconder esos instrumentos?

-En todas partes y en ninguna. Un forzado llegó a producirse heridas, y ocultaba entre piel

y carne trocitos de acero. Recientemente, yo confisqué a un condenado un cesto de paja, cada una de cuyas hebras encerraba limas y sierras imperceptibles. Nada es imposible, caballero, a hombres deseosos de reconquistar su libertad.

En aquel momento dio la una; el ayudante saludó al señor Bernardón y se dirigió a su puesto para reanudar el servicio.

Los forzados salían entonces del presidio, solos los unos, acoplados los otros dos a dos, bajo la vigilancia de los celadores. Pronto el puerto resonó con el ruido de las voces, el choque de los hierros y las amenazas de los capataces.

En el Parque de Artillería, donde el azar le condujo, el señor Bernardón encontró fijado el código penal de la chusma.

«Será castigado con la pena de muerte todo condenado que hiera a un agente, que mate a

su camarada, que se rebele o provoque una rebelión; será condenado con tres años a doble cadena el condenado a perpetuidad que haya intentado evadirse; a tres años de prolongación de pena, el forzado temporal que haya cometido el mismo crimen, y a una prolongación, que será determinada mediante un juicio, todo forzado que robe una suma superior a cinco francos.

Será castigado con la paliza todo condenado que haya roto sus hierros o empleado un medio cualquiera para evadirse, que robe una suma superior a cinco francos, que se embriague, que juegue a juegos de azar, que fume en el puerto, que venda o estropee sus harapos, que escriba sin permiso, aquel sobre el cual se encuentre una suma superior a diez francos, que se bata con su camarada, que se niegue a trabajar o se muestre insubordinado.»

Después de leerlo, el marsellés se quedó pensativo. Fue apartado de sus reflexiones por la

llegada de unos grupos de forzados. El puerto se encontraba en plena actividad, distribuyéndose en todas partes el trabajo. Los contraamaestres hacían oír acá y allá sus voces rudas:

-¡Diez parejas para Saint Mandrier!

-¡Quince calcetines para la cordelería!

-¡Veinte parejas a la arboladura!

-¡Un refuerzo de seis rojos a la dársena!

Los trabajadores solicitados se dirigían a los sitios designados, excitados por las injurias de los ayudantes, y con frecuencia por sus temibles látigos. El marsellés contemplaba con suma atención a cuantos forzados desfilaban ante él. Unos se uncían a carretas sumamente cargadas; otros transportaban sobre sus espaldas pesados maderos, y otros se dedicaban al remolque de los buques.

Los forzados, sin distinción, estaban vestidos con una casaca roja, una almilla del mismo color y un pantalón de grosera tela gris. Los condenados a perpetuidad llevaban un gorro de lana enteramente verde; a menos de hallarse dotados de aptitudes especiales, eran empleados en los trabajos más rudos. Los condenados sospechosos, por razón de sus perversos instintos o por sus tentativas de evasión, estaban tocados con un gorro verde con una ancha banda roja. Para los condenados temporales estaba reservado el gorro uniformemente rojo, adornado con una placa de hojalata que llevaba el número de matrícula de cada uno de los forzados. Estos últimos eran los que el señor Bernardón examinaba más atentamente.

Los unos, encadenados de dos en dos, tenían cadenas de ocho a veintidós libras. La cadena, partiendo del pie de uno de los condenados, subía hasta su cintura, donde se hallaba sujeta, e iba a adherirse a la cintura y al pie del otro.

Estos desdichados se llamaban humorísticamente los Caballeros de la guirnalda. Otros forzados llevaban sólo una cadena de nueve a diez libras, y otros un solo anillo, denominado calcetín, que pesaba de dos a cuatro libras. Algunos presidiarios temibles tenían el pie cogido en un martinete, herramienta en forma de triángulo, rematada a cada uno de sus extremos alrededor de la pierna y templada de una manera especial, que resiste a todo esfuerzo de rotura.

El señor Bernardón, interrogando ora a los forzados, ora a los vigilantes, fue recorriendo los diversos trabajos del puerto. Ante él se desarrollaba un cuadro tristísimo, muy a propósito para conmover el corazón de un filántropo, y sin embargo, a decir verdad, el señor Bernardón no parecía verlo. Sin pararse a contemplar la escena en su conjunto, sus ojos buscaban por todas partes, examinando a los forzados uno tras uno, como si entre aquella innumerable

muchedumbre hubiera buscado a uno que no le esperaba. Pero la investigación se prolongaba en vano, y por instantes se veía retratarse el desaliento en el rostro del inquieto visitante.

El azar del paseo acabó al fin por conducirlo junto a la arboladura. Súbitamente se detuvo y sus ojos se fijaron sobre uno de los hombres que trabajaban en el cabrestante. Desde el sitio donde se encontraba podía ver el número del forzado, el número 2224, grabado en una placa de hojalata sujeta en el gorro rojo de los condenados temporales.

Capítulo III

El número 2224 era un hombre de treinta y cinco años, sólidamente constituido. Su rostro era franco y denotaba a un tiempo inteligencia y resignación; no la resignación del bruto cuyo cerebro ha sido aniquilado por un trabajo degradante, sino la aceptación reflexiva de una desgracia inevitable, en manera alguna incom-

patible con la supervivencia de la energía interior, como lo atestiguaba la firmeza de su mirada.

Estaba acoplado a un viejo forzado, quien, más endurecido y más bestial, contrastaba singularmente con él, y cuya frente deprimida no debía abrigar más que pensamientos abyectos.

Las parejas estaban izando entonces los mástiles de un navío recientemente botado, y, con objeto de acompasar sus esfuerzos, cantaban la canción de la Viuda. La Viuda es la guillotina, viuda de todos aquellos a quienes mata:

«Oh!	Oh!	Oh!	Jean-Pierre,	oh!
Fais				toilette!
V'là!	v'là		1'barbier!	oh!
Oh!	Oh!	Oh!	Jean-Pierre,	oh!
V'là		la		charrette!
Ah!			ah!	ah!
Faucher Colas!»				

El señor Bernardón aguardó pacientemente a que los trabajos fuesen interrumpidos. La pareja que le interesaba se aprovechó del respiro para descansar. El más viejo de los dos forzados se tendió cuan largo era sobre el suelo, y el más joven, apoyándose sobre los brazos de un ancla, se quedó en pie.

El marsellés se acercó a este último.

-Amigo mío -le dijo-, desearía hablarle.

Para adelantarse hacia su interlocutor, el número 2224 tuvo que estirar la cadena, cuyo movimiento sacó al viejo forzado de su somnolencia.

-¡Eh, eh! -dijo-. ¿Vas a quedarte quieto?

-Cállate, Romano. Quiero hablar a este señor.

-¡Te digo que no quiero!

-¡Vamos, suelta un poco de tu cadena!

-No, cojo la mitad que me corresponde.

-¡Romano...! ¡Romano! -gritó el número 2224, que comenzaba a sulfurarse.

-¡Pues bien, juguémosla! -dijo Romano sacando del bolsillo una baraja grasienta.

-Bueno -dijo el joven forzado.

La cadena de los dos forzados estaba formada por dieciocho anillos de seis pulgadas. Cada uno poseía, pues, nueve, y disponía, por tanto, de un radio equivalente de libertad.

El señor Bernardón se adelantó hacia Romano.

-Yo le compro su parte de cadena.

-¿Y con qué?

El negociante sacó cinco francos de su bolsillo.

-¡Un ojo de buey...! -exclamó el forzado-. ¡No hay más que hablar!

Se apoderó de la moneda, que desapareció no se sabe dónde, y luego, extendiendo sus anillos, que había enrollado ante él, recobró su posición, acostándose en el suelo.

-¿Qué quiere usted de mí? -preguntó el número 2224 al marsellés.

Éste, mirándole fijamente, dijo:

-Se llama usted Juan Morenas, y fue condenado a veinte años de galeras por homicidio y robo. En la actualidad, ha cumplido ya la mitad de su pena.

-Es cierto -dijo Juan Morenas.

-Es usted hijo de Juana Morenas, de la villa de *Sainte Marie des Maures*.

-¡Mi pobre querida madre! -dijo el condenado tristemente-. ¡No me hable usted de ella...! ¡Murió!

-Hace nueve años -dijo el señor Bernardón.

-También es verdad. ¿Quién, pues, es usted, caballero, para conocer tan bien mis asuntos?

-¿Qué le importa? -replicó el señor Bernardón-. Lo esencial es lo que yo deseo hacer en favor de usted. Escuche y tratemos de no prolongar demasiado nuestra conversación. De aquí a dos días, prepárese para huir. Compre el silencio de su compañero, prometiéndole cuanto sea necesario, que yo cumpliré mi promesa. Cuando se halle usted dispuesto, recibirá las instrucciones necesarias. ¡Hasta la vista!

El marsellés prosiguió tranquilamente su inspección, dejando al forzado estupefacto con lo que acababa de oír. Dio algunas vueltas por el Arsenal, visitó diversos talleres y pronto llegó hasta donde se encontraba su carruaje, cuyos caballos le llevaron al trote largo.

Capítulo IV

Quince años antes del día en que el señor Bernardón debía tener, con el forzado número 2224, este breve diálogo en el presidio de Tolón, la familia Morenas, compuesta de una viuda y de sus dos hijos, Pedro, entonces de veinticinco años, y Juan, cinco años más joven, vivía feliz en el pueblo de *Sainte Marie des Maures*.

Los jóvenes ejercían ambos el oficio de carpintero, y tanto en el lugar como en los pueblos próximos no les faltaba el trabajo. Ambos, igualmente hábiles, eran igualmente solicitados.

Desigual era, por el contrario, el lugar que uno y otro ocupaban en la estimación pública, y hay que reconocer que semejante diferencia estaba plenamente justificada. En tanto que el menor, asiduo al trabajo y adorando apasionadamente a su madre, hubiera podido servir de modelo a todos los hijos, el primogénito no dejaba de permitirse alguna calaverada de tiempo en tiempo. Violento e irascible, con frecuencia era,

después de haber, bebido, el héroe de disputas y hasta de riñas, y su lengua le hacía aún más daño que sus acciones, por dejar escapar muchas veces frases inconsideradas. Maldecía de su existencia, encerrada en aquel rincón de montañas, y manifestaba su deseo de correr a conquistar, bajo otros climas, una rápida fortuna. Y no era necesario nada más para inspirar desconfianza a las almas de los campesinos, apegadas a la tradición. No eran, sin embargo, muy graves las quejas que de él se tenían. Por eso, sin perjuicio de conceder más simpatías al hermano, se contentaban de ordinario con considerarle como un cabeza loca, tan capaz del bien como del mal, según los azares que le ofreciera la existencia.

La familia Morenas era, pues, feliz, a despecho de esas ligeras nubecillas, y su felicidad la debía a su perfecta unión. Como hijos, ninguno de los dos jóvenes merecía serias críticas, y como hermanos se amaban con todo su corazón, y el

que hubiese atacado a uno de ellos habría tenido dos adversarios contra quien combatir.

La primera desgracia que fue a herir a la familia Morenas fue la desaparición del hijo primogénito. El mismo día en que cumplía los veinticinco años partió, como de costumbre, a su trabajo, que aquel día le llamaba a un pueblo próximo. En vano aquella noche aguardaron su madre y su hermano su regreso; Pedro Morenas no volvió.

¿Qué le había acontecido? ¿Había sucumbido en una de sus habituales reyertas? ¿Había sido víctima de un accidente o de un crimen? ¿Trataríase pura y simplemente de una fuga? Estas preguntas jamás tuvieron respuesta alguna.

La desesperación de la madre fue profunda e intensa.

El tiempo, con todo, hizo su obra, y poco a poco la existencia fue recobrando su tranquilo

curso. Gradualmente, sostenida por el cariño de su segundogénito, la señora Morenas conoció esa melancolía resignada, que es el único goce de los corazones combatidos por el infortunio.

Cinco años transcurrieron así, cinco años durante los cuales la abnegación filial de Juan Morenas no se desmintió un solo instante. Al expirar el último de estos cinco años, y cuando éste cumplía los veinticinco años de edad, una segunda y más terrible desgracia hirió a aquella familia, que tan cruelmente había padecido.

A poca distancia de la casita que habitaba, el propio hermano de la viuda, Alejandro Tisserand, tenía abierta la única posada del pueblo. Con el tío Sandro, según Juan tenía la costumbre de llamarle, vivía su ahijada María. Mucho tiempo antes había él recogido, a la muerte de sus padres, y una vez que entró en la posada no volvió ya a salir de ella. Ayudando a su bienhechor y padrino en la explotación de la modesta hospedería, allí había vivido, franquean-

do sucesivamente las etapas de la infancia y de la adolescencia. En el momento en que Juan Morenas cumplía los veinticinco años, ella tenía dieciocho, y la niña de otro tiempo se había convertido en una joven tan buena y simpática como linda.

Ella y Juan había crecido uno al lado del otro. Se habían entretenido juntos en los juegos propios de la infancia, y más de una vez la vieja posada había resonado con sus gritos. Luego, gradualmente, las distracciones habían ido cambiando de naturaleza, al mismo tiempo que se modificaba lentamente en el corazón de Juan, cuando menos, la primitiva amistad infantil.

Llegó un día en que Juan amó como a futura esposa a la que hasta entonces sólo había tratado como a la hermana querida; la amó conforme a su honrada naturaleza, como amaba a su madre, con igual abnegación, con el mismo ardor, con análoga abdicación de todo su ser.

Guardó, sin embargo, silencio y nada dijo de sus proyectos a aquella de quien anhelaba ser esposo. Y es que había comprendido demasiado bien que la ternura y el afecto de la muchacha no habían evolucionado como los suyos. Al mismo tiempo que su amistad fraternal se había transformado gradualmente en amor, el corazón de María había continuado siendo el mismo. Con la misma tranquilidad se posaban sus ojos sobre el compañero de la infancia, sin que ninguna emoción nueva se mezclase en sus relaciones.

Consciente de este desacuerdo, Juan, por consiguiente, guardaba silencio y ocultaba sus secretas ansias con gran disgusto del tío Sandro, que, profesando hacia su sobrino la mayor estimación, se hubiera considerado dichoso confiándole a la vez a su ahijada y los escasos ahorros reunidos en cuarenta años de un trabajo incesante. El tío, sin embargo, no perdía las esperanzas. Todo podía arreglarse, teniendo en

cuenta que María aún era joven. Con la ayuda del tiempo llegaría a reconocer los méritos de Juan, y éste se atrevería entonces a formular su petición, que sería favorablemente acogida.

Así estaban las cosas, cuando un drama imprevisto vino a conmover al pueblo. Una mañana, el tío Sandro fue hallado muerto, estrangulado delante del mostrador, cuya caja había sido vaciada hasta el último céntimo. ¿Quién era el autor de aquel asesinato...? Tal vez la justicia hubiese realizado durante mucho tiempo pesquisas inútiles, si la propia víctima no hubiese tenido cuidado de designarle. Entre las crispadas manos del cadáver se encontró, en efecto, un trozo de papel, sobre el que, antes de expirar, Alejandro Tisserand había trazado estas palabras: «Mi sobrino es quien...» No había tenido fuerzas para escribir más y la muerte había llegado a detener su mano en medio de la frase acusadora.

Ésta, por lo demás, era suficiente para el caso, ya que Alejandro Tisserand no tenía más que un sobrino, y no era, por tanto, posible la menor duda.

El crimen fue fácilmente reconstituido. En la víspera por la noche no había nadie en la posada. El asesino, por lo tanto, debía haber llegado de fuera, y tenía que ser muy conocido de la víctima, toda vez que Tisserand, muy desconfiado por naturaleza, había abierto sin dificultad. Era igualmente indudable que el crimen debió cometerse temprano, ya que el posadero se encontraba vestido. A juzgar por las cuentas sin terminar que habían quedado sobre el mostrador, se encontraba dispuesto a comprobar su balance en el momento de llegar el criminal. Al ir a abrir, se había llevado maquinalmente consigo el lápiz del que se estaba sirviendo, y del cual debió hacer luego uso para designar a su asesino.

Este último, apenas había entrado, había cogido a su víctima por el cuello y lo había derribado por tierra; el drama había debido desarrollarse en muy pocos minutos. No quedaba, en efecto, ninguna huella de lucha, y María no había advertido ningún ruido en su habitación, si bien es verdad que estaba bastante alejada del teatro del suceso.

Juzgando muerto al posadero, el asesino había vaciado la caja y husmeado concienzudamente en la alcoba, como lo demostraba el lecho deshecho y los armarios revueltos. Finalmente, una vez recogido su botín, habíase apresurado a huir sin dejar huellas que pudieran comprometerle.

Así lo suponía él, al menos, pero el miserable había contado sin la justicia inminente. Aquel a quien creyera muerto vivía aún y había podido disfrutar algunos minutos de razón. Había tenido fuerzas para trazar aquellas cuatro palabras que iban a servir para orientar las pesqui-

sas, y que un último espasmo de la agonía había interrumpido trágicamente.

En el pueblo se produjo una verdadera estupefacción. ¡Cómo, Juan Morenas, aquel buen hijo, aquel excelente obrero, un asesino! No hubo, sin embargo, más remedio que rendirse a la evidencia, y la acusación del muerto era demasiado terminante y formal para permitir la menor duda. Tal vez fue, al menos, la opinión de la justicia, y a pesar de sus protestas, Juan Morenas fue detenido, juzgado y sentenciado a veinte años de galeras.

Este drama monstruoso fue el golpe de gracia para su madre, que a partir de ese día fue declinando rápidamente; en menos de un año siguió a la tumba a su hermano asesinado.

La implacable suerte la hizo morir demasiado pronto, pues desaparecía en el instante en que, tras tantas pruebas, iba, por fin, a sobrevenirle una alegría; apenas había caído la tierra sobre

su cadáver cuando Pedro, su hijo primogénito, reaparecía en el país.

¿De dónde llegaba? ¿Qué había hecho durante los seis años que había durado su ausencia? ¿Qué sitios había recorrido? ¿En qué situación volvía al pueblo...? No se explicó él acerca de esos particulares, y cualquiera que fuese la curiosidad pública, llegó un día en que sus vecinos dejaron de hacerse esas preguntas.

Por lo demás, si no había hecho fortuna en el perfecto sentido de la palabra, parecía, al menos, que no había vuelto completamente desprovisto de ella. Sólo, en efecto, de una manera intermitente ejercía su antiguo oficio de carpintero, y durante casi dos años vivió como un rentista en su pueblo, no ausentándose más que muy rara vez para ir a Marsella, donde, según decía, le llamaban sus negocios.

Durante aquellos dos años, lo mejor de su tiempo lo pasó, no en la casa que había hereda-

do de su madre, sino en la posada del tío Sandro, que había llegado a ser propiedad de María, y que ésta, desde la muerte trágica de su padrino, dirigía con ayuda de un criado.

Según era de prever, un idilio fue anudándose poco a poco entre ambos jóvenes. Lo que no había podido conseguir la tranquila energía de Juan, consiguieronlo la facundia y el carácter, un poco brutal, de Pedro. Al amor de éste, María correspondió con un amor igual. Dos años después de la muerte de la viuda Morenas, y tres después del asesinato del tío Sandro y la condena de su asesino, se celebró la boda de ambos jóvenes.

Siete años transcurrieron, durante los cuales tuvieron tres niños, el último de ellos apenas de seis meses antes del día en que comienza este relato. Esposa feliz y madre afortunada, María había vivido hasta entonces siete años de ventura.

Menos dichosa habría sido si hubiera podido leer en el corazón de su marido, si hubiera conocido la existencia vagabunda que durante seis años, pasando de la ociosidad a la rapiña, de la rapiña a la estafa, de la estafa al robo puro y simple, había llevado aquel a quien estaba ligada de por vida; y menos dichosa, sobre todo, habría sido si hubiera sabido la parte que su esposo había tomado en la muerte de su padrino.

Alejandro Tisserand había dicho la verdad al denunciar a su sobrino; pero ¡cuán deplorable era que las angustias y espasmos de la agonía, perturbando su cerebro y su mano, le impidieran precisar mejor! ¡Su sobrino era, en realidad, el autor del crimen abominable; ¡pero ese sobrino no era Juan, sino que era Pedro Morenas! Viéndose sin recursos, reducido al último extremo de la miseria, Pedro había llegado aquella noche al pueblo con la intención firme y decidida de echar mano al peculio de su tío. La

resistencia de la víctima había hecho del ladrón un asesino.

Derribado en tierra su tío, había procedido a un saqueo en toda regla, y luego había huido en la oscuridad. De la muerte de su tío, a quien tan sólo suponía desvanecido, y del arresto y la condena de su hermano, no había sabido nada. Con toda tranquilidad, pues, y al ver disminuir su botín, regresó al país un año después de su crimen, no dudando que, después del tiempo transcurrido, obtendría fácilmente su perdón. Fue en tal momento cuando tuvo conocimiento de la muerte de su tío y de su madre y de la condena de su hermano.

En los primeros momentos se quedó aterrado. La situación de su hermano menor, a quien durante veinte años le había unido tan real y profundo afecto, se convirtió para él en una fuente de crueles y punzantes remordimientos. ¿Qué podía, sin embargo, hacer para remediar la situación tristísima de su hermano sino reve-

lar la verdad, denunciarse a sí mismo y tomar en el presidio el puesto del inocente condenado?

Bajo la influencia del tiempo, lamentos y remordimientos se calmaron y atenuaron; el amor hizo lo demás.

Pero el remordimiento volvió a surgir de nuevo cuando la vida conyugal tomó su tranquilo curso. De día en día, el recuerdo del forzado inocente fue imponiéndose más y más al espíritu del culpable impune. Evocáronse los años de la infancia con mayor fuerza cada vez, y llegó el día en que Pedro Morenas comenzó a pensar en el medio de librar a su hermano de la cadena que él mismo le había forjado. Después de todo, no era ya el vagabundo desprovisto de todo, que había abandonado el pueblo natal para buscar, a través del vasto mundo, una inasequible fortuna. El indigente de antes era en la actualidad propietario, el primer propietario de su pueblo, y el dinero no le faltaba. ¿No podía

servir ese dinero para libertarle de sus remordimientos?

Capítulo V

Juan Morenas siguió con los ojos al señor Bernardón. Costábale trabajo el comprender y darse cuenta de lo que le acontecía. ¿Cómo se explicaba que aquel hombre conociera tan bien las diversas circunstancias de su vida?

Era ése un problema insoluble. Sin embargo, comprendiera o no, era menester en todo caso aceptar la oferta que se le hacía, y resolvió, por consiguiente, prepararse para la fuga.

Ante todo, se veía en la precisión de informar a su compañero del golpe que meditaba. No había medio alguno de dispensarse de ello, ya que el lazo que los encadenaba no podía romperse por el uno sin que el otro lo advirtiera. Tal vez Romano quisiera aprovecharse de la ocasión, lo cual disminuiría las probabilidades de éxito.

No quedándole al viejo forzado más que dieciocho meses de cadena, Juan se esforzó por demostrarle que, para tan poco como le quedaba, no debía exponerse a un aumento de pena. Pero Romano, que olía dinero en todo aquel negocio, no quería escuchar razones, y se resistía obstinadamente a prestarse a las combinaciones de su camarada. Cuando éste, sin embargo, le habló de un millar de francos, pagaderos en el acto, y de una suma igual que podría recibir el viejo a la salida del presidio, Romano comenzó a estar convencido, accediendo a los deseos de su camarada.

Arreglado este punto, quedaba por decidir la manera de realizar la evasión. Lo esencial era salir del puerto sin ser visto y escapar, por consiguiente, a las miradas de los centinelas y celadores. Una vez en el campo, antes de que las brigadas de gendarmes fuesen avisadas, sería fácil imponerse a los campesinos, y por lo que hacía a aquellos a quienes podría alentar la es-

peranza de la prima que se concede a quienes apresan a un evadido, no resistirían seguramente a la tentación de embolsarse una suma superior.

Juan Morenas resolvió evadirse durante la noche. A pesar de no hallarse condenado a perpetuidad, no estaba alojado en uno de los viejos buques transformados en presidios flotantes. Por excepción, habitaba en una de las prisiones situadas en tierra firme. Salir de ella habría sido sumamente difícil. Siendo, por tanto, preciso no entrar en ella por la noche. Hallándose, como se hallaba, la rada casi desierta a aquella hora, no le sería, indudablemente, imposible el atravesarla a nado, pues no podía, en efecto, pensar en salir del Arsenal a no ser por mar. Una vez que llegase a tierra, correspondía a su protector acudir en su ayuda.

Llevándole sus reflexiones a contar con el incógnito, resolvió aguardar los consejos de éste y saber en seguidas si serían ratificadas las pro-

mesas hechas a su compañero. El tiempo transcurrió lentamente para lo que hubiera querido su impaciencia.

Tan sólo a los dos días fue cuando vio reaparecer a su amigo misterioso.

-¿Y bien? -preguntó el señor Bernardón.

-Todo está convenido, caballero, y ya que usted desea serme útil, puedo asegurarle que todo marchará bien.

-¿Qué necesita usted?

-He prometido dos mil francos a mi compañero, mil a su salida de presidio...

-Los tendrá, ¿qué más?

-Y mil francos en el acto.

-Ahí van -dijo el señor Bernardón entregando la suma pedida, que el viejo forzado hizo des-

aparecer instantáneamente-. He aquí dinero y una lima de las mejor templadas. ¿Le bastará esto para librarse de sus hierros?

-Sí, señor. ¿Dónde volveré a verle?

-En el cabo Negro. Me hallará usted en la playa, en el fondo de la ensenada llamada Port Mejean. ¿La conoce usted?

-Sí; cuente conmigo.

-¿Cuándo escapará usted?

-Esta noche, a nado.

-¿Es usted buen nadador?

-De primera categoría.

-Mejor que mejor. Hasta la noche, pues.

-Hasta la noche.

El señor Bernardón se separó de los dos forzados, que volvieron al trabajo. Sin ocuparse más de ellos, el marsellés continuó durante largo tiempo su paseo, interrogando a unos y otros, y salió, por fin, del Arsenal sin haberse hecho notar de modo alguno.

Capítulo VI

Juan Morenas se esforzó por aparecer como el más tranquilo de los presos. Pero, a pesar de sus esfuerzos, un observador atento hubiera quedado sorprendido ante su desacostumbrada agitación. El ansia de la libertad hacía latir apresuradamente su corazón, y toda su voluntad era impotente para dominar su febril impaciencia. ¡Cuán lejos se hallaba entonces aquella resignación superficial, con la que durante diez años había tratado de acorazarse contra la desesperación!

Para ocultar por algunos instantes su ausencia en la entrada de la noche, pensó hacerse reem-

plazar por un camarada cerca de su compañero de cadena. Un forzado, Calcetín, así llamado por un ligero anillo que los condenados de esta categoría llevan en la pierna, a quien sólo pocos días quedaban de permanecer en presidio, y que, como tal, estaba desaparejado, entró, por tres monedas de oro, en los proyectos de Juan, y consintió en sujetar a su pie, por espacio de algunos minutos, la cadena de éste cuando estuviese rota.

Un poco después de las siete de la tarde, aprovechóse Juan de un descanso para aserrar la cadena. Merced a la perfección de su lima, y a pesar de que la anilla era de un temple especial, pronto pudo ver terminado este trabajo. Habiendo ocupado su puesto el forzado Calcetín en el momento del reingreso en las habitaciones, él se escondió tras una pila de maderos.

No lejos de él, se hallaba una inmensa caldera destinada a un buque en construcción, la cual ofrecía al fugitivo un asilo impenetrable. Apro-

vechándose éste de un instante propicio, deslizóse en ella sin ruido, llevándose consigo un trozo de madero, que ahuecó precipitadamente en forma de gorro, abriendo en él algunos agujeros. Después aguardó, con la vista y el oído atentos, y los nervios en tensión.

Algunos ayudantes erraban aún acá y allá...

Cayó la noche por completo. El cielo, cargado de nubes, aumentaba la oscuridad, favoreciendo a Juan Morenas. Al otro lado de la rada, la península de *Saint Madrier* desaparecía en las tinieblas.

Cuando el Arsenal quedó desierto, Juan salió de su escondite, y arrastrándose con extrema prudencia, se dirigió hacia los estanques del carenero. Algunos ayudantes erraban aún acá y allá. Juan hacía alto con frecuencia y se aplastaba contra el suelo. Afortunadamente, había podido romper sus cadenas, lo que le permitía moverse sin ruido.

Llegó, por fin, a orillas del agua, sobre un muelle de la Dársena Nueva, no lejos de la abertura que da acceso a la rada. Con la especie de gorro de madera en la mano, se deslizó a lo largo de una cuerda, y se hundió bajo las olas.

Cuando volvió a la superficie se cubrió prontamente la cabeza con aquel extraño sombrero, desapareciendo así a todas las miradas. Los agujeros en él practicados de antemano le permitían guiarse. Se le habría tomado por una boya a la deriva.

De pronto, resonó un cañonazo.

Es el cierre del puerto, pensó Juan Morenas.

Un segundo cañonazo y un tercero después siguieron al primero.

No había posibilidad de equivocarse; era el cañón de alarma, y Juan comprendió que su fuga estaba descubierta.

Evitando, con cuidado, las proximidades de los buques y las cadenas de las anclas, se adelantó por la pequeña rada del lado del polvorín de Millau. La mar estaba un poco dura, pero el vigoroso nadador se sentía con bastantes fuerzas para vencerla. Sus vestidos, que le estorbaban para la marcha, los abandonó a la deriva, y sólo conservó la bolsa del dinero atada contra el pecho.

Llegó sin haber encontrado obstáculo hasta el centro de la rada, y allí, apoyándose sobre una de esas boyas de hierro llamadas cuerpos muertos, se quitó, con precaución, el gorro que le protegía y tomó aliento.

-¡Uf! -se dijo-. Este paseo no es más que una partida de placer al lado de lo que me espera y de lo que tengo aún que hacer. En altamar ya no hay encuentros que temer, pero hay que pasar la bocana, y por allí cruzan muchas embarcaciones que van hacia la Torre Mayor del Fuerte del Águila. Difícil será que pueda li-

brarme de ellas... En espera de ello, orientémosnos, no vaya a ser que me meta tontamente en la boca del lobo.

Habiéndose dado cuenta de su posición exacta, Juan volvió a nadar.

Hacíalo con suma prudencia y muy lentamente, a fin de no dotar a la falsa boya de una inverosímil velocidad.

Transcurrió una media hora. A su juicio, debía hallarse ya cerca del paso, cuando hacia la izquierda creyó percibir ruido de remos; se detuvo prestando atención.

-¡Eh! -gritaron desde un bote-. ¿Hay noticias?

-Nada nuevo -respondieron desde otra embarcación, a la derecha del fugitivo.

-¡No conseguiremos encontrarle!

-¿Pero es seguro que se haya evadido por mar?

-¡Sin ninguna duda! Se ha pescado su traje.

-Hay bastante oscuridad para que pueda llevarnos hasta las Grandes Indias.

-¡Ánimo! ¡Boguemos de firme!

Separáronse las embarcaciones. Tan pronto como se encontraron suficientemente alejadas, Juan aventuró algunas brazadas vigorosas y enfiló rápidamente hacia la bocana.

A medida que iba acercándose, multiplicábase los gritos en torno suyo, pues las embarcaciones que surcaban la rada habían de concentrar necesariamente su vigilancia sobre aquel punto. Sin dejarse intimidar por el número de sus enemigos, Juan continuaba nadando con todas sus fuerzas. Estaba resuelto a dejarse ahogar antes que consentir volver a ser apresado y que los cazadores no se apoderasen de él vivo.

Pronto la Torre Mayor y el Fuerte del Águila se dibujaron ante sus ojos.

Varias antorchas corrían sobre el dique y sobre la playa; las brigadas de gendarmería estaban ya preparadas. El fugitivo disminuyó su marcha, dejándose llevar por las olas y el viento del Oeste, que le impulsaban hacia el mar.

El resplandor de una antorcha iluminó de repente las olas, y Juan pudo ver cuatro embarcaciones que le rodeaban. No se movió, pues el menor movimiento podía perderle.

- ¡Ah... del bote! -gritaron de una de las embarcaciones.

-¡Nada!

-¡En marcha!

Juan respiró; las embarcaciones iban a alejarse. ¡Ya era hora! No estaban a diez brazas de él, y

su proximidad le obligaba a nadar perpendicularmente.

-¡Mire! ¿Qué hay allí abajo? -gritó un marinero.

-¿Dónde?

-Aquel punto negro que nada.

-No es nada. Una boya a la deriva.

-¡Pues bien, atrapémosla!

Juan se dispuso a sumergirse; pero dejóse oír el silbato de un contraamaestre.

-¡Boguemos, boguemos! Tenemos que hacer algo más que pescar un trozo de madera... ¡Adelante siempre...!

Los remos golpearon el agua con gran ruido. El desgraciado recobró el valor. Su astucia no había sido descubierta. Con la esperanza le volvieron las fuerzas y se puso en ruta hacia el

Fuerte del Águila, cuya masa sombría se alzaba ante él.

De repente, se vio sumido en profundas tinieblas. Un cuerpo opaco interceptaba a sus ojos la vista del Fuerte. Era una de las embarcaciones, que, lanzada a toda velocidad, chocó contra él. Al choque, uno de los marineros se inclinó sobre la borda.

-Es una boya -dijo a su vez.

El bote emprendió de nuevo la marcha. Por desdicha, uno de los remos tropezó con la falsa boya y le dio la vuelta. Antes de que el evadido hubiese podido pensar en ocultarse y desaparecer, su cabeza rapada se había mostrado por encima del agua.

-¡Ya le tenemos! -gritaron los marineros.

Juan se dejó sumergir y mientras los silbatos llamaban por todas partes a las dispersas em-

barcaciones, nadó entre dos aguas por el lado de la playa del Lazaret. Alejábase de este modo del lugar de la cita, pues esta playa se hallaba situada a la derecha, entrando en la gran rada, en tanto que el cabo Negro avanzaba por su izquierda. Pero esperaba engañar a sus perseguidores, dirigiéndose del lado menos propicio para su evasión.

Esto no obstante, debía llegar al sitio designado por el marsellés. Juan Morenas, en efecto, no tardó en volver sobre sus pasos. Las embarcaciones se cruzaban en torno de él, siéndole preciso a cada instante bucear para no ser visto. Por fin, sus hábiles maniobras lograron despistar a sus enemigos, y consiguió alejarse en buena dirección.

¿No sería ya demasiado tarde? Cansado por aquella larga lucha contra los hombres y contra los elementos, Juan se sentía desfallecer e iba perdiendo sus fuerzas. Muchas veces se cerraron sus ojos y su cabeza daba vueltas, como

suele decirse; muchas veces sus manos se extendieron sin fuerzas y sus pies, pesados, se iban hacia el abismo...

¿Por qué milagro consiguió llegar a tierra? Ni él mismo hubiera podido decirlo. Lo cierto es que llegó. De pronto, sintió el suelo firme. Se enderezó, dio algunos pasos inciertos, giró sobre sí mismo y volvió a caer desvanecido, pero fuera del alcance de las olas.

Cuando recobró los sentidos, un hombre estaba inclinado sobre él y aplicaba a sus labios el gollete de una cantimplora que contenía agua dulce.

Capítulo VII

El país, situado al Este de Tolón, erizado de bosques y de montañas, surcado de barrancos y de arroyos, ofrecía al fugitivo muchas probabilidades de salvación. Ahora que ya había tomado tierra, podía abrigar la esperanza de re-

conquistar plenamente su libertad. Tranquilo por esta parte, Juan Morenas sintió renacer la curiosidad que le inspiraba su generoso protector. No podía adivinar el objeto que se habría propuesto. ¿Tendría acaso el marsellés necesidad de un bribón, emprendedor y dispuesto a todo, y sin ningún género de escrúpulos, habiéndose dirigido al presidio para escoger uno? En ese caso, sus cálculos iban a resultarle fallidos, pues Juan Morenas se hallaba firmemente resuelto a rechazar toda proposición sospechosa.

-¿Se siente usted mejor? -preguntó el señor Bernardón, después de haber dejado al fugitivo el tiempo necesario para reponerse-. ¿Tendrá fuerzas para andar?

-Sí -respondió Juan poniéndose en pie.

-En ese caso, vístase con este traje de campesino que he traído como prevención. En seguida,

en marcha. No tenemos ni un minuto que perder.

Eran las once de la noche cuando ambos hombres se aventuraron a través de los campos, tratando de evitar los senderos frecuentados, arrojándose a los fosos u ocultándose en el bosque tan pronto como el ruido de pasos o el de una carreta resonaban en el silencio. Aun cuando el disfraz del fugitivo le hacía a éste irreconocible, temían que una inspección muy atenta y minuciosa le descubriese.

Además de las brigadas de gendarmería que se ponen en campaña tan pronto como suena el cañonazo de alarma, Juan Morenas tenía que temer a cualquier transeúnte. El cuidado de su seguridad, por una parte, y la esperanza de obtener la prima que el Gobierno otorga por la captura de un forzado evadido, por otra, hacen que los campesinos experimenten el deseo de capturarlos y no perdonen medio de conseguirlo. Y todo fugitivo corre el riesgo de ser recono-

cido, ya porque, habituado al peso de la cadena, arrastra un poco la pierna, o ya porque una turbación delatora le asoma al semblante.

Después de tres horas de marcha, los dos hombres se detuvieron a una señal del señor Bernardón, quien sacó de un cestillo que llevaba a la espalda algunas provisiones, que fueron ávidamente devoradas al abrigo de una espesura.

Duerma usted ahora -dijo el marsellés una vez terminada aquella corta refacción-; tiene usted que andar mucho, y es preciso recuperar fuerzas.

Juan no se hizo repetir la invitación, y tendiéndose sobre el suelo, cayó como una masa en un sueño de plomo.

Ya había salido el sol cuando el señor Bernardón le despertó, poniéndose ambos inmediatamente en marcha. Ahora ya no se trataba de

avanzar a través de los campos, de esconderse, mostrándose, con todo, lo menos posible; de evitar las miradas, sin dejar, no obstante, que les examinaran de cerca. Seguir ostensiblemente los caminos reales, tal debía ser la línea de conducta que convenía adoptar en lo sucesivo.

Mucho tiempo hacía ya que el señor Bernardón y Juan Morenas caminaban tranquilamente, cuando este último creyó oír el ruido de muchos caballos. Subió sobre un talud para dominar la carretera, pero la curva que hacía ésta le impidió divisar algo. No podía, sin embargo, equivocarse. Echándose en el suelo se esforzó por reconocer el ruido que le había llamado la atención.

Antes de que se hubiese levantado, el señor Bernardón se precipitó sobre él, y en un momento Juan se vio sujeto y fuertemente amarrado.

En el mismo instante, dos gendarmes a caballo desembocaban en la carretera y llegaron al sitio en que el señor Bernardón sujetaba sólidamente a su prisionero.

Uno de los gendarmes interpeló al marsellés:

-¡Eh, hombre! ¿Qué significa eso?

-Es un forzado evadido, gendarme, un forzado evadido a quien yo acabo de apresar - respondió en el acto el señor Bernardón.

-¡Oh, oh! -dijo el gendarme. ¿Es el de esta noche?

-Puede ser; como quiera que sea, yo le tengo bien sujeto.

-¡Una buena prima para usted, camarada!

-No es de despreciar. Eso sin contar con que sus vestidos no pertenecen a la chusma y me los darán también.

-¿Nos necesita usted? -preguntó el otro gendarme.

-¡No, a fe mía! ¡Está bien amarrado y lo conduciré yo solo!

-Eso es mejor -respondió el gendarme-; hasta la vista y buena suerte.

Los gendarmes se alejaron. Tan pronto como desaparecieron, el señor Bernardón desató a Juan Morenas.

-Está usted libre -le dijo, señalándole la dirección del Oeste-; siga el camino por este lado. Con un poco de esfuerzo puede usted hallarse esta noche en Marsella. Busque en el puerto viejo la *María Magdalena*, un buque de tres mástiles, cargado para Valparaíso en Chile. El capitán está ya prevenido y le recibirá a bordo. Se llama usted Santiago Reynaud, y he aquí los documentos que lo demuestran. Tiene usted dinero; trate de rehacerse una vida. ¡Adiós!

Antes de que Juan Morenas hubiese tenido tiempo de responder, el señor Bernardón había desaparecido entre los árboles. El fugitivo se hallaba solo en medio del camino.

Capítulo VIII

Durante algún tiempo, Juan Morenas permaneció inmóvil, estupefacto, ante el desenlace de su inexplicable aventura. ¿Por qué, después de haberle ayudado en su fuga, le abandonaba su protector? ¿Por qué, sobre todo, se había interesado aquel desconocido en la suerte de un condenado al que nada designaba especialmente a su atención? ¿Cómo, siquiera, se llamaba? Juan entonces se dio cuenta de que ni siquiera se le había ocurrido preguntar el nombre de su salvador.

Si a este olvido no había ya remedio, la cosa, en resumen, no importaba mucho. Más pronto o más tarde se aclararía todo. Lo esencial era que se hallaba solo en un camino desierto, con dine-

ro en el bolsillo y con papeles corrientes, aspirando a pleno pulmón el embriagador aire de la libertad.

Juan Morenas se puso en marcha; se le había dicho que se dirigiese hacia Marsella y eso hacía sin darse cuenta. Pero a los pocos pasos se detuvo.

Marsella, la *María Magdalena*, Valparaíso en Chile, rehacerse una vida... ¡Todo eso eran tonterías! ¿Era acaso por «rehacerse una vida» en lejanos países por lo que tan ardientemente había anhelado la libertad...? ¡No, no! Durante su prolongado encarcelamiento no había soñado más que con un país, *Sainte Marie des Maures*, y con un solo ser en el mundo, María. El recuerdo del pueblo y el de María eran los que habían hecho el presidio tan cruel y tan pesadas las cadenas. Y ahora, ¿partiría sin siquiera intentar volverlos a ver...? ¡No, preferible era volver a someterse al látigo de los vigilantes!

Volver a su pueblo, arrodillarse ante la tumba de su madre, y, sobre todo, ver de nuevo a María. ¡Eso era lo que había que hacer! Cuando se encontrase en presencia de la joven, encontraría el valor que en otro tiempo le faltara. Se explicaría, hablaría, demostraría su inocencia. María no era una niña y tal vez le amase ahora. En ese caso, sabría decidirla a que le siguiese. ¡Qué hermoso porvenir se abriría entonces ante él! Si, por el contrario, no le amaba, ¡que sucediera lo que sucediera, todo le daba igual!

Dejando la carretera, Juan penetró por el primer sendero que cruzó en dirección hacia el Norte. Pero pronto hizo alto de nuevo, llamado por la prudencia por el mismo deseo de lograr buen éxito en la empresa. Conocía demasiado el país que atravesaba, y que con tanta frecuencia había recorrido en su infancia, para ignorar que no se hallaba lejano el punto al que quería llegar. En dos horas podía estar en su pueblo, e importaba mucho no penetrar en él hasta que

fuera de noche, so pena de verse detenido al primer paso.

Quedóse, pues, Juan en el campo, y no volvió a ponerse en camino hasta el crepúsculo, después de un prolongado sueño y una comida en un ventorrillo.

Daban las nueve y la oscuridad era profunda cuando llegó a las casas de su pueblo. Deslizóse Juan por las callejuelas desiertas y silenciosas, sin ser visto por nadie, hasta la posada del tío Sandro.

¿Cómo introducirse en ella? ¿Por la puerta? De ningún modo. ¿No se encontraría, dentro, con algún enemigo? Además, ¿continuaría perteneciendo la posada a María? ¿Por qué no había de haber pasado a otras manos, después de tantos años?

Afortunadamente, había un medio mejor y más seguro que la puerta para penetrar en la casa.

No es raro que las casas provenzales posean salidas secretas, que permiten a sus habitantes entrar y salir de incógnito. Salidas que fueron, sin duda, imaginadas en el transcurso de las guerras de religión, de las que aquella región fue sangriento teatro. Nada más natural que quienes vivían en esa época buscasen trampas más o menos ingeniosas para escapar a la persecución de sus enemigos, cuando llegase el caso.

El secreto de la posada del tío Sandro, ignorado, indudablemente, por el propietario, había sido descubierto casualmente por Juan y María en sus juegos infantiles, y orgullosos de ser ellos los únicos en conocerlo, se habían guardado de revelar a nadie su existencia. Cuando dejaron de ser niños, lo olvidaron ellos a su vez, pero ahora Juan podía esperar encontrar en

buen estado el mecanismo que necesitaba utilizar.

El secreto consistía en la movilidad del fondo de la chimenea del salón grande. Esta chimenea, como casi todas, era inmensa, bastante ancha y profunda el minúsculo hogar sólo ocupaba el centro para contener varias personas. El fondo estaba hecho de dos placas de hierro paralelas, y separadas por un intervalo de algunos decímetros. Esas dos placas eran móviles y podían girar levemente bajo el impulso de un muelle, empujado de cierto modo. Era, pues, fácil para quien poseyera el secreto, secreto, por otra parte, cuya existencia no podía sospecharse, introducirse en el espacio que había entre las dos placas, y después, volviendo a cerrar aquella que primero le había dejado pasar, entreabrir la segunda y filtrarse al interior o salir al exterior, recíprocamente.

Juan dio la vuelta a la casa, y pasando la mano por la superficie de la pared, halló, sin gran

trabajo, la placa exterior. Algunos minutos de pesquisas le hicieron reconocer el muelle, que hizo jugar del modo conveniente. Decididamente, nada había cambiado; el muelle obedeció, y la placa, con sordo ruido, se separó, dejando libre el paso.

Introdujose Juan por el hueco, y después de cerrarlo de nuevo, tomó aliento.

Convenía obrar con extremada prudencia. Un rayo de luz se filtraba en el escondite por las juntas de la placa interior, y un ruido de voces llegaba hasta allí del salón. Aún no dormían en la posada. Antes de mostrarse, convenía saber quién estaba allí.

Desgraciadamente, Juan aplicó en vano los ojos en torno de la placa. Le fue imposible ver algo. Cansado, se decidió a impulsar el muelle a todo evento...

En aquel preciso momento, un gran estrépito se alzó en la sala; al principio fue un grito desgarrador, un grito de agonía, seguido inmediatamente de una especie de ronquido y resoplidos como de fuelles de fragua, como los lanzarían dos que estuvieran luchando, y en seguida el golpe de un mueble derribado.

Tras un corto instante de vacilación, Juan hizo jugar el resorte y giró la placa, dejando al descubierto en toda su extensión la sala común de la posada.

En el momento de ir a lanzarse, Juan retrocedió rápidamente bajo la protección de la sombra que inundaba la chimenea y del humo de algunos sarmientos, aterrados por el espectáculo que se ofreció a sus miradas.

Capítulo IX

Ante la pesada mesa que ocupaba el centro de la sala estaba sentado un hombre, al que otro, en pie tras él, estrangulaba con gran esfuerzo de todo su ser. El primero fue quien, al sentirse cogido por el cuello, había dado los gritos; y del pecho del segundo era de donde se escapaba aquel ronco silbido de atleta, tratando de vencer a su adversario. En la lucha se había derribado una silla.

Ante el hombre sentado, un tintero y papel de cartas mostraban que estaba en disposición de escribir cuando su enemigo le había sorprendido. Sobre la mesa, y al alcance de su mano, un saquito dejaba ver los papeles del que estaba lleno.

La escena, que había comenzado hacía apenas un minuto, estaba a punto de terminar. El

hombre sentado ya había dejado de debatirse, y sólo se percibía el aliento entrecortado del homicida. La escena, por otra parte, no habría podido prolongarse más. El grito de la víctima había sido oído. En una habitación del primer piso de la posada, a la que se accedía por una escalera que nacía en la sala, Juan oyó el ruido de unos pies desnudos que caían pesadamente sobre el pavimento. Alguien se levantaba allí. Dentro de un instante, se abriría una puerta y se presentaría un testigo.

El asesino comprendió el peligro; sus manos aflojaron, y en tanto que la cabeza de la víctima caía inerte sobre la mesa, metió una de ellas en el saco y la retiró con un fajo de billetes de banco. Luego dio un salto hacia atrás y desapareció por una puertecilla que conducía al sótano.

Por el espacio de un segundo, su semblante apareció en plena luz, siendo suficiente para que Juan Morenas, aturdido, espantado, lo reconociese.

Aquel hombre era el mismo que acababa de hacer caer los hierros del condenado inocente, que le había dado dinero, que le había protegido, guiado a través de la campiña, hasta pocos kilómetros del pueblo. En vano había suprimido la barba postiza y la peluca, con los que había intentado modificar su rostro. Quedaban los ojos, la frente, la nariz, la boca, la estatura, y Juan no podía equivocarse.

Pero la supresión de la barba postiza y de la peluca tenía otra consecuencia más sorprendente y más emocionante aún. En aquel hombre, vuelto así a su aspecto natural, en aquel

hombre que acababa de revelarse a un tiempo como su salvador y como un asesino, Juan había experimentado el estupor de reconocer a su hermano, a Pedro, desaparecido en otro tiempo, y a quien hacía quince años que no veía...

¿Qué misteriosas razones hacían que su hermano y su salvador fueran una sola persona? ¿Por qué concurso de circunstancias se encontraba Pedro Morenas aquel día precisamente en la posada del tío Sandro? ¿A título de qué? ¿Por qué la había elegido como teatro de su crimen?

Todas estas preguntas se agolpaban tumultuosamente en el espíritu de Juan; los hechos vinieron, por sí mismos, a responder a ellas.

Apenas acababa de desaparecer el asesino, cuando una puerta se abrió en el primer piso.

Sobre la galería de madera en la que terminaba la escalera apareció una mujer joven, contra la que se apretaban dos niños, que acababan de saltar, al parecer, del lecho; la mujer llevaba además en brazos otro niño pequeño. Juan reconoció a María. ¡María con sus hijos...! ¿Había, pues, olvidado al inocente que, lejos de ella, agonizaba en el presidio? ¡El desventurado comprendió entonces la inanidad de sus esperanzas!

-¡Pedro...! ¡Pedro! -dijo la mujer, con voz temblorosa por la angustia.

De repente percibió el cuerpo derribado sobre la mesa. Murmuró un «¡Dios mío!» y descendió precipitadamente con su niño en los brazos y los otros dos tras ella, llorando.

Corrió hasta el hombre estrangulado, le alzó la cabeza y lanzó un suspiro de alivio. No comprendía nada de lo que había ocurrido, pero todo era preferible a lo que había llegado a temer; el hombre muerto no era su marido.

En el mismo instante llamaron rudamente a la puerta exterior, percibiéndose, a la vez, el ruido de muchas voces. Temerosa sin saber de qué, María retrocedió a la escalera y permaneció en pie sobre el primer peldaño, con sus dos hijos mayores aferrados a su falda y con el pequeño siempre en los brazos.

Desde el sitio en que se hallaba, no podía ver la puerta del sótano, así es que no vio entreabrirse la puertecilla y a Pedro Morenas insinuar su cabeza, que mostraba un semblante lívido por el terror. Pero Juan, por el contrario, descubría el conjunto y los pormenores del cuadro: el hombre muerto, María y sus hijos batiéndose en retirada, Pedro, su hermano ¡un asesino! al acecho, y viendo llegar amenazador el castigo que sigue de cerca al crimen. En su cerebro se agitaban los pensamientos como un torbellino. Juan llegó a comprenderlo todo.

La presencia de Pedro, su atentado actual, la acusación del tío Sandro iluminaban el pasado. El asesino de otro tiempo era el mismo asesino de hoy, y por su culpable hermano era por quien el inocente había pagado. Luego, una vez que el tiempo había atenuado el ruido del

drama, Pedro había vuelto, se había hecho amar por María y había sido destruido por segunda vez la dicha del desdichado que se desesperaba bajo la férula de los cómitres del presidio de Tolón.

¡Ah, pero todo aquello iba a acabar! Juan sólo tenía que decir una palabra para echar por tierra aquel montón de infamias y vengarse de una vez por todas las torturas sufridas hasta entonces. ¿Una palabra...? Ni siquiera eso era necesario. No tenía más que callarse y desaparecer sin ruido, como había llegado. El asesino no podía escapar; estaba cogido. Pronto, a su vez, conocería él lo que era el presidio...

-¿Y después...?

Parecióle a Juan oír esta pregunta, como si un irónico contradictor la hubiese pronunciado a su oído. Sí, verdaderamente. ¿Y después...? ¿Qué sucedería cuando ambos, Pedro y Juan, estuviesen revestidos de la librea de los presidiarios? ¿Proporcionaría esto al segundo su felicidad perdida? ¿Le amaría por eso María, que amaba a su hermano, como lo denunciaba su voz cuando había llamado a Pedro, y lo patentizaba su suspiro de alivio al ver que el muerto no era su esposo?

¿Desde ese momento, para qué vengarse...? La venganza no le devolvería su imposible felicidad, ni le libraría de la desesperación de ver a María sumida en ella... Había algo mejor que hacer; dejar a aquella a quien él adoraba, la ilusión de su vida dichosa y guardar para sí el dolor, todo el dolor de aquella experiencia tan triste que tenía. ¿En qué cosa mejor podía emplearse su destino? Ni era ya, ni jamás podía

ser, nada; nada tampoco le era dado esperar. ¿Qué mejor empleo de su inútil ser que darlo por la salvación de otro, de otro ser que ya poseía el corazón de ella, y cuya vida era la suya?

Entretanto, los del exterior pugnaban por entrar. Por fin, se abrió la puerta, y cuatro o cinco hombres penetraron y corrieron hacia la víctima, cuyo rostro alzaron:

-¡Dios mío -exclamó uno de ellos-, si es el señor Cliquet!

-¡El notario! -dijo otro.

Apresuráronse a tender al notario sobre la mesa. Su pecho se dilató en seguida y un suspiro brotó de sus labios.

-¡Bendito sea Dios! dijo uno . ¡No está muerto!

Rociósele el rostro con agua fría, y no tardó en abrir los ojos. Juan suspiró tristemente. No habiéndose consumado el homicidio, y vivo el notario, denunciaría al criminal, a quien aguardaba el presidio. Juan casi habría preferido que el crimen se hubiese consumado.

-¿Quién le ha puesto en ese estado, señor Cliquet? -le preguntó un campesino.

El notario, que iba recobrando trabajosamente el aliento, bosquejó un gesto de ignorancia. En realidad, no había visto a su agresor.

-¡Canalla! -gritó.

-Busquemos -dijo otro.

No tenían, en verdad, que buscar mucho; el culpable no se hallaba lejos, y, además, iba él mismo a entregarse tontamente.

Queriendo, en efecto, aprovecharse del desorden para emprender la fuga, Pedro había abierto algo más la puertecilla, y colocaba ya un pie sobre el piso para escapar. Aunque hubiese

logrado huir, tendría que pasar delante de María, que había permanecido en su sitio, inmóvil como una estatua, y ésta lo comprendería todo entonces.

Ahora bien, salvar al culpable era poco, si al propio tiempo no conseguía salvarse la dicha de María, para lo cual era menester que pudiera continuar amándole... ¿Quién sabe? Tal vez fuera ya demasiado tarde... Tal vez la sospecha comenzaba a nacer tras aquella frente que hacía palidecer un misterioso espanto...

Juan salió bruscamente de la penumbra que le ocultaba, y se mostró en plena luz. Todos le reconocieron en el acto: Pedro y María, que fijaron en él los ojos, dilatados por la sorpresa, y los cinco campesinos, cuyos semblantes ofrecieron a la vez una expresión compleja de la

simpatía por el pasado y del invencible horror que siempre inspira un forzado.

-No busquen -dijo Juan-; soy yo quien ha dado el golpe. Nadie dijo una palabra, no porque no se le creyera, pues quien una vez ha matado puede volver a matar. Pero aquello era tan inesperado, que la sorpresa les paralizó a todos.

La escena, sin embargo, había cambiado en sus pormenores. Pedro se mostraba ahora por entero fuera de la puerta, y, sin que nadie prestase atención a él, se acercaba a María, que no parecía advertir su presencia. Ésta se había enderezado, con el semblante rebosante de alegría y odio. Alegría por ver destruida, apenas formada, la sospecha, y odio hacia aquel cuyo crimen había sido causa de que concibiera semejante pensamiento.

A María era a quien Juan miraba únicamente.

La joven esposa extendió el puño hacia él.

-¡Canalla! -gritó.

Sin responder, Juan volvió la cabeza y ofreció sus brazos a las rudas manos que cayeron sobre él y le arrastraron.

La puerta, abierta de par en par, dibujaba un rectángulo oscuro, que Juan miraba con pasión. Sobre ese fondo oscuro, un cuadro cruel y tierno se dibujaba para él con rasgos precisos. Bajo un implacable cielo azul, un muelle abrasado

por el sol, y sobre ese muelle se cruzaban, llevando pesados fardos, hombres con los pies cargados de hierros... Pero por encima de ellos brillaba una radiante y seductora imagen, la imagen de una joven esposa con un niño pequeño en sus brazos...

Juan, con los ojos fijos sobre aquella imagen, desapareció en las tinieblas de la noche.

El humbug

En el mes de marzo de 1863 me embarqué en el vapor *Kentucky*, que hace el servicio entre Nueva York y Albany.

En aquella época del año, el arribo de numerosas mercancías provocaba entre ambas ciudades un gran movimiento comercial, que no tenía, por lo demás, nada de excepcional. Los negociantes de Nueva York, en efecto, mantienen, por medio de sus corresponsales, relaciones incesantes con las provincias más alejadas, y extienden así los productos del Viejo Mundo, al mismo tiempo que exportan al extranjero las mercancías de procedencia nacional.

Mi partida para Albany constituía para mí una nueva ocasión de admirar la actividad de Nueva York. De todas partes aflúan los viajeros, unos dando prisa a los portadores de sus numerosos equipajes, solos los otros, como verdaderos turistas ingleses, cuyo guardarropa ente-

ro se halla encerrado en un saquito imperceptible. Todo el mundo se precipitaba, apresurándose a retener un sitio a bordo del paquebot, al que la especulación dotaba de una elasticidad totalmente americana.

Ya los dos primeros toques de la campana habían llevado el espanto a los que se habían retrasado. El embarcadero se doblaba bajo el peso de los últimos que llegaban, que son, por lo general y en todas partes, gentes cuyo viaje no puede demorarse sin gran perjuicio. Esto no obstante, toda aquella multitud acabó por acomodarse. Paquetes y viajeros se apilaron, se almacenaron. El fuego invadía los tubos de la caldera, y el puente del *Kentucky* oscilaba como tembloroso. El sol, esforzándose por romper la bruma de la mañana, calentaba un poco aquella atmósfera de marzo, que le obliga a uno a alzarse el cuello del gabán y a sepultar las manos en los bolsillos, sin dejar de decir que va a hacer un día muy hermoso.

Como mi viaje no era en manera alguna un viaje de negocios, como mi portamantas bastaba para contener todo lo que me era necesario y hasta superfluo, como mi espíritu no se preocupaba ni de especulaciones que intentar ni de mercados que vigilar, me dejaba llevar de mis pensamientos, vagando al azar, ese amigo íntimo de los turistas, y al cual dejaba el cuidado de encontrar en el camino algún asunto de placer y de distracción. De pronto, y a tres pasos de mí, pude ver a Mistress Melvil, que sonreía de la manera más encantadora del mundo.

- ¡Cómo! ¡Usted, Mistress -exclamé con una sorpresa que sólo mi alegría podía igualar;- usted afronta los riesgos y la muchedumbre de un *steamboat* del Hudson!

-Indudablemente, querido señor -me respondió Mistress Melvil, dándome la mano a la usanza inglesa-. Por lo demás, no estoy sola; me acompaña mi vieja y buena Arsinoé.

Me mostró, en efecto, sentada sobre un fardo de lana, a su fiel negra, que la contemplaba con ternura. La palabra ternura merecería ser subrayadas en esta circunstancia, porque sólo los sirvientes negros saben mirar de aquella manera.

-Cualesquiera que sean la ayuda y apoyo que pueda prestar Arsinoé -dije-, me siento afortunado del derecho que me corresponde para ser el protector de usted, Mistress, durante esta travesía.

-Si eso es un derecho -replicó ella riendo-, no le deberé por ello ninguna gratitud. Pero ¿cómo es que le encuentro aquí? Según lo que usted nos había dicho, no pensaba llevar a cabo este viaje hasta dentro de algunos días. ¿Cómo es que no nos habló ayer de su partida?

-No sabía nada de ella -repliqué-; tan sólo me decidí a partir para Albany cuando la campana del paquebote me quitó el sueño, a las seis de la

mañana. Ya ve usted a qué se debe mi viaje. Si no me hubiera despertado hasta las siete, tal vez habría tomado la ruta de Filadelfia. Pero incluso usted misma, Mistress, parecía ayer la mujer más sedentaria del mundo.

-¡Sin duda! Así es que no debe usted ver en mí a Mistress Melvil, sino al primer agente de Enrique Melvil, negociante armador de Nueva York, que va a vigilar la llegada de un cargamento a Albany. ¡Usted, habitante de los países demasiado civilizados del Viejo Mundo, no comprende esto...! No pudiendo mi marido dejar esta mañana Nueva York, voy yo a reemplazarle. Tenga la seguridad de que no por eso dejarán de hallarse bien hechos los libros, ni serán menos exactas las cuentas.

-Resuelto estoy a no asombrarme de nada. Sin embargo, si semejante cosa aconteciese en Francia, si las mujeres hiciesen los negocios de sus maridos, no tardarían los maridos en hacer los de sus mujeres. Ellos serían quienes tocarían

el piano, deshojarían las flores y bordarían los tirantes de los pantalones...

-No se muestra usted muy lisonjero para sus compatriotas -replicó riendo Mistress Melvil.

-Muy al contrario, ya que doy por supuesto que sus mujeres les bordan los tirantes.

En aquel instante, resonó el tercer toque de campana. Los últimos viajeros se precipitaron sobre el puente del *Kentucky*, en medio de los gritos de los marineros, que se armaban de largos bicheros para alejar el barco del muelle.

Ofrecí mi brazo a Mistress Melvil, y la conduje un poco más hacia popa, donde la muchedumbre era menos compacta.

-Yo le di -comenzó diciendo ella- cartas de recomendación para Albany...

-Ciertamente. ¿Desea usted que le dé nuevamente las gracias más efusivas?

-De ningún modo, puesto que esas cartas le resultan ahora completamente inútiles. Como voy junto a mi padre, a quien están dirigidas las cartas, habrá usted de permitirme, no ya tan sólo el presentarle, sino el ofrecerle hospitalidad en su nombre.

-Tenía yo razón -dije- en contar con la casualidad para hacer un viaje encantador, y, sin embargo, tanto usted como yo, hemos estado a punto de no poder partir.

-¿Por qué?

-Un cierto viajero, aficionado a esas excentricidades; de las que los ingleses tenían la exclusiva antes del descubrimiento de América, quería retener para él solo el *Kentucky* entero.

-¿Es acaso un hijo de las Indias Orientales, que viaja con un acompañamiento de elefantes y bayaderas?

-¡No, en verdad! Yo asistí a su discusión con el capitán, que rechazaba su petición, y no vi a ningún elefante mezclarse en la conversación. Aquel extravagante parecía un hombre gordo, fuerte, alegre, que debía tener campo libre, eso es todo... ¡Eh! Pero ¿qué veo?... ¡Es él, Mistress! Le reconozco... ¿No ve usted a ese viajero que corre por el muelle gesticulando y dando gritos...? Todavía va a ser causa de que nos retrásemos, porque el *steamboat* comienza ya a separarse del muelle.

Un hombre de estatura regular, con una cabeza enorme, vestido con un largo gabán de doble cuello, y cubierto con un sombrero de alas anchas, llegaba, en efecto, todo sofocado al embarcadero, cuyo puente volante acababa de ser retirado; gesticulaba y gritaba sin preocuparse de las risas de la muchedumbre reunida en torno suyo.

-¡Eh al *Kentucky*...! ¡Mil diablos...! ¡Mi sitio está reservado, registrado, pagado y se me deja en

tierra...! ¡Mil diablos! ¡Capitán, yo le hago responsable ante el Gran Juez y sus asesores!

-¡Tanto peor para los rezagados! -gritó el capitán, subiendo sobre uno de los tambores-. Tenemos que llegar a hora fija y no podemos perder tiempo.

-¡Mil diablos! -chilló de nuevo el hombre gordo-. Obtendré cien mil dólares y más de daños y perjuicios contra usted... Bobby -exclamó volviéndose hacia uno de los dos negros que le acompañaban-, ocúpate de los equipajes, y corre al hotel mientras Dacopa desamarra cualquier bote para alcanzar a ese condenado *Kentucky*.

-Es inútil -dijo el capitán, que ordenó largar la última amarra.

-¡Anda, Dacopa! -dijo el hombre gordo estimulando al negro.

Se apoderóeste del cable en el momento en el que el paquebote lo arrastraba, y lo amarró a uno de los argollones del muelle. Al mismo tiempo, el obstinado viajero se precipitó en una embarcación, en medio de los aplausos de la multitud, y con algunos golpes de remo llegó a la escalera del *Kentucky*. Se lanzó sobre el puente, corrió hacia el capitán y le interpeló vivamente, haciendo él solo tanto ruido como diez hombres, y hablando con más volubilidad que veinte comadres. El capitán, no pudiendo decir esta boca es mía, y viendo, por lo demás, que el viajero había hecho acto de posesión, resolvió no preocuparse más del asunto. Cogió de nuevo su portavoz y se dirigió hacia la máquina. En el momento de ir a dar la señal de la partida, el hombre gordo volvió gritando:

-¿Y mis bultos? ¡Mil diablos!

-¡Cómo, sus bultos! -replicó el capitán-. ¿Serían por casualidad, esos que llegan ahora?

Diversos murmullos estallaron entre los viajeros, a quienes este nuevo retraso impacientaba.

-¿A qué viene eso? -gritó el intrépido pasajero-. ¿No soy yo, por ventura, un libre ciudadano de los Estados Unidos de América...? Yo me llamo Augusto Hopkins, y si este nombre no os dice lo bastante...

Ignoro si este nombre gozaba de influencia real sobre la masa de los espectadores, pero lo cierto es que el capitán se vio forzado a acercarse de nuevo al muelle para embarcar el equipaje de Augusto Hopkins, ciudadano libre de los Estados Unidos de América.

-Hay que reconocer -dije a Mistress Melvil- que es ése un hombre bien singular.

-Menos singular que sus bultos -me contestó-, mostrándome dos camiones que conducían al embarcadero, dos enormes cajas de veinte pies de alto, recubiertas de telas enceradas y sujetas

por medio de una inextricable red de cuerdas y de nudos. La parte superior y la inferior estaban indicadas con letras rojas, y la palabra "frágil", inscrita con caracteres de un pie, hacía temblar en cien pasos a la redondas a los representantes de las administraciones responsables.

A pesar de los rumores provocados por la aparición de aquellos bultos monstruosos, el señor Hopkins hizo tanto con los pies, con las manos, con la cabeza y con los pulmones, que fueron depositados sobre el puente tras esfuerzos y retrasos considerables. Por fin, el *Kentucky* pudo dejar el muelle y remontó el Hudson en medio de los buques de toda clase que lo surcaban.

Los dos negros de Augusto Hopkins se habían instalado, con carácter permanente, al lado de las cajas de su amo. Estas cajas tenían el privilegio de excitar, en el mayor grado, la curiosidad de los pasajeros. La mayor parte de ellos se apretaban en los alrededores, haciendo todas

las suposiciones excéntricas que puede inventar la imaginación de allende el Océano. La propia Mistress Melvil parecía preocuparse vivamente de ellas, en tanto que, en mi calidad de francés, yo ponía el mayor cuidado en simular la indiferencia más completa y desdeñosa.

-¡Qué hombre tan especial es usted! -me dijo Mistress Melvil-. No se preocupa del contenido de esos dos monumentos, mientras que a mí me devora la curiosidad.

-Le confesaré -respondí- que todo ello me interesa poco; al ver llegar esas dos inmensidades, hice enseguida las suposiciones más atrevidas: "O contienen una casa de cinco pisos, con sus inquilinos, me dije, o no contienen nada". Ahora bien, en uno y otro caso, que son los más extraños que pueden imaginarse, no experimentaría una extraordinaria sorpresa. No obstante, Mistress, si usted lo desea, voy a tratar de recoger algunos informes, que le transmitiré inmediatamente.

-Perfectamente -me respondió-, y durante su ausencia comprobaré estas facturas.

Dejé a mi singular compañera de viaje repasar sus sumas con la rapidez de los cajeros del Banco de Nueva York, los cuales, según se dice, no tienen más que dirigir una mirada sobre una columna de cifras para conocer inmediatamente su total.

Sin dejar de pensar en aquella extraña organización, en aquella dualidad de la existencia en el hogar de aquellas encantadoras mujeres americanas, me dirigí hacia aquel que atraía todas las miradas y servía de tema a todas las conversaciones.

Aun cuando sus dos cajas ocultasen completamente a la vista la proa del buque y el curso del Hudson, el timonel dirigía el *steamboat* con una confianza absoluta, sin preocuparse de los obstáculos. Los obstáculos, sin embargo, debían ser numerosos, porque jamás ningún río, sin

exceptuar el Támesis, fue surcado por más buques que los de los Estados Unidos. En una época en que Francia no contaba con más de doce a trece mil buques e Inglaterra cuarenta mil, los Estados Unidos contaban ya sesenta mil, entre los cuales había dos mil vapores, que circulaban por todos los mares del mundo. Por estos números puede formarse una idea del movimiento comercial, y puede, asimismo, explicarse la multitud de accidentes de los que los ríos americanos son teatro.

Es verdad que esas catástrofes, esos choques y esos naufragios son de poca importancia a los ojos de aquellos atrevidos negociantes. Hasta eso constituye una actividad nueva dada a las Sociedades de seguros, que harían muy malos negocios si sus primas no fueran exorbitantes. A peso y volumen iguales, un hombre en América tiene menos valor e importancia que un saco de carbón de piedra o de café.

Tal vez los americanos tengan razón, pero yo habría dado todas las minas de hulla y todos los cafetales del globo por mi insignificante persona francesa. Ahora bien, yo no dejaba de hallarme inquieto acerca del resultado de nuestro viaje a todo vapor a través de una multitud de obstáculos.

Augusto Hopkins no parecía compartir mis temores. Debía ser de esas gentes que saltan, descarrilan o se estrellan, antes que faltar a un negocio. En todo caso, no se preocupaba lo más mínimo de la belleza de las orillas del Hudson, que huían rápidamente hacia el mar. Entre Nueva York, punto de partida, y Albany, punto de llegada, no había para él otra cosa que dieciocho horas de tiempo perdido. Las deliciosas vistas de la orilla, los pueblecillos agrupados de una manera pintoresca, los bosquecillos diseminados acá y allá en la campiña como *bouquets* arrojados a los pies de una *prima donna*, el animado curso de un río magnífico, las primeras

emanaciones de la primavera, nada, nada podía sacar a aquel hombre de sus preocupaciones de especulación. Iba y venía de un extremo a otro del *Kentucky*, mascullando frases ininteligibles, o bien, sentándose precipitadamente sobre un montón de mercancías, sacaba de uno de sus numerosos bolsillos una ancha y gorda cartera atestada de papeles de mil clases... Llegó a figurárseme que él exhibía a propósito todos aquellos papelotes, muestra de la burocracia comercial. Hojeaba rápidamente una correspondencia enorme, y desplegaba cartas fechadas en todos los países y selladas con los timbres de todas las administraciones de Correos del mundo, y cuyas líneas, apretadas, recorría con encarnizamiento muy notable, y también, a mi juicio, muy notado.

Me pareció, pues, imposible el dirigirme a él para adquirir noticias. En vano muchos curiosos habían querido hacer charlar a los dos negros, puestos de centinela cerca de las misterio-

sas cajas. Aquellos dos hijos de África habían guardado un mutismo absoluto, contradiciendo su locuacidad habitual.

Me disponía, por consiguiente, a volver al lado de Mistress Melvil y a darle cuenta de mis impresiones personales, cuando me hallé en un grupo en cuyo centro peroraba el capitán del *Kentucky*; se trataba de Hopkins.

-Se lo repito a ustedes -dijo el capitán-, ese extravagante no hace nada como los demás. Ya van diez veces que remonta el Hudson, de Nueva York a Albany, diez veces que se las arregla para llegar tarde y diez veces que transporta cargamentos parecidos. ¿Qué quiere decir eso? Lo ignoro. Corre el rumor de que Hopkins monta una gran empresa a algunas leguas de Albany, y que desde todas las partes del mundo se le expiden mercancías desconocidas.

-Debe ser uno de los principales agentes de la Compañía de las Indias -dijo uno de los asistentes-, que viene a fundar una sucursal en América.

-O más bien un rico propietario de placeres californianos -respondió otro-; debe tener en juego algún suministro...

-O alguna adjudicación -dijo un tercero-. El *New York Herald* parecía dejarlo presentir en los últimos días.

-No tardaremos -agregó un cuarto- en ver emitir las acciones de una nueva compañía, con un capital de quinientos millones. Yo me inscribo, el primero por cien acciones de mil dólares.

-¿Por qué el primero? -repuso otro-. ¿Tiene ya usted ofertas en ese sentido? Yo estoy dispuesto a desembolsar el importe de doscientas acciones, y más si es preciso.

-¡Si quedan después de las que yo tome! -gritó de lejos uno, cuyo semblante no pude descubrir-. Se trata, evidentemente, de un ferrocarril entre Albany y San Francisco, y el banquero que será su adjudicatario es mi mejor amigo.

-¡Qué dice usted de ferrocarril! Ese Hopkins viene a instalar un cable eléctrico a través del lago Ontario, y esas inmensas cajas encierran los hilos y la gutapercha.

-¡A través del lago Ontario! ¡Pero ése es un negocio de oro! -dijeron muchos negociantes, presa del demonio de la especulación-. El señor Hopkins se dignará exponernos su empresa. ¡Para mí las primeras acciones...!

-¡Para mí, señor Hopkins...!

-¡No, para mí...!

-¡No, para mí...! ¡Ofrezco mil dólares de prima...!

Las demandas se cruzaban, y la confusión se hizo general. Aun cuando la especulación no me tentase, seguí al grupo de agiotistas, que se encaminaba hacia el héroe del Kentucky. Pronto se vio Hopkins rodeado de una muchedumbre compacta, a la que ni siquiera se dignó mirar. Largas series de cifras, de números seguidos de muchos ceros, se alineaban en las hojas sobre su enorme cartera. Las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética pululaban bajo su lápiz. Los millones se escapaban de sus labios con la rapidez de un torrente; parecía presa del frenesí de los cálculos. El silencio se estableció en torno de él, a pesar de las tormentas que se agitaban bajo aquellos cráneos americanos, por la pasión del comercio.

Por fin, tras una operación monstruosa, pronunció estas palabras sacramentales:

-Cien millones.

Guardó después rápidamente sus papeles, encerrándolos en su amplia cartera, y sacando de su bolsillo un reloj adornado de una doble fila de perlas finas.

-¡Las nueve...! ¡Las nueve ya! ¡Este maldito barco no marcha...! ¡Capitán...! ¿Dónde está el capitán?

Diciendo esto, Hopkins atravesó bruscamente la triple fila de la multitud que le rodeaba, y vio al capitán, inclinado sobre la escotilla de la máquina, desde donde daba algunas órdenes al maquinista.

-¿Sabe usted, capitán -dijo con importancia- sabe usted que un retraso de diez minutos pueda hacer fracasar para mí un negocio considerable?

-¿A quién habla usted de retraso -dijo el capitán estupefacto ante semejante reproche-, cuando es usted el único causante de él?

-Si usted no se hubiese empeñado en dejarme en tierra -replicó Hopkins alzando la voz y poniéndose a tono con el superior- no habría perdido un tiempo que vale mucho en esta época del año.

-Y si usted y sus cajas hubiesen tomado la precaución de llegar a la hora debida -replicó el capitán irritado-, habríamos podido aprovecharnos de la marea ascendente, y estaríamos tres millas más lejos.

-Yo no me meto en esas consideraciones. Antes de medianoche debo hallarme en el hotel Washington, en Albany, y si llego después habría sido preferible para mi no haber salido de Nueva York. Le prevengo que, en tal caso, reclamaré a la Administración, y a usted los daños y perjuicios.

-¡Déjeme usted en paz! -dijo el capitán, que comenzaba a sulfurarse.

-No, señor; no le dejaré en paz en tanto que su pusilanimidad y sus economías de combustible me pongan en peligro de perder diez fortunas... ¡Vamos, fogoneros, cuatro o cinco buenas paleadas de carbón en vuestros hornos, y usted, maquinista, apriete la válvula de la caldera, a ver si ganamos el tiempo perdido.

Y Hopkins arrojó en la cámara de la máquina una bolsa en la que brillaban algunos dólares.

El capitán montó en una violenta cólera, pero nuestro viajero gritó más alto que él y durante más tiempo que él. Por lo que a mí hace, me alejé rápidamente de aquel sitio, sabiendo que aquella recomendación hecha al maquinista de cargar la válvula para aumentar la presión del vapor y acelerar la marcha del buque podía bien hacer estallar la caldera.

Inútil es decir que mis compañeros de viaje encontraron el expediente muy sencillo, de modo que no hable de ello a Mistress Melvil,

que se hubiera reído de mis quiméricos temores.

Cuando me uní de nuevo a ella, sus vastos cálculos estaban terminados, y los cuidados y preocupaciones comerciales no hacían ya fruncir su encantadora frente.

-Dejó usted a la negociante y se encuentra a la mujer de mundo. Puede, pues, usted conversar con ella de lo que más le agrade, y hablarle de arte, de poesía...

-¡Hablar de arte y de poesía después de lo que acabo de ver y de oír...! ¡No, no! Estoy totalmente impregnado del espíritu mercantil; no oigo más que el sonido de los dólares, y estoy deslumbrado por su espléndido brillo; no veo ya en este hermoso río otra cosa que una ruta muy cómoda para las mercancías; en esos lindos pueblecillos, una serie de almacenes de azúcar y de algodón, y pienso seriamente en construir una presa sobre el Hudson y en utili-

zar sus aguas para hacer girar un molino de café.

-¡Hombre, hombre! ¡Molino de café aparte, ésa es una buena idea!

-Y dígame usted, si lo tiene a bien, ¿por qué no había yo de tener ideas como cualquier hijo de vecino?

-¿Ha sido usted, pues, picado por el tábano de la industria? -preguntó Mistress Melvil, riendo.

-Juzgue usted misma respondí.

Y le referí las diversas escenas de las que había sido testigo. Ella escuchó mi relato gravemente, como conviene a toda inteligencia americana, y se puso a reflexionar. Una parisiense no me habría dejado decir la mitad.

-Y bien, Mistress, ¿qué piensa usted del tal Hopkins?

-Ese hombre -me respondió- puede ser un gran genio especulador, que funda una empresa gigantesca, o sencillamente un exhibidor de osos de la última feria de Baltimore.

Me eché a reír, y la conversación giró sobre otros asuntos.

Nuestro viaje terminó sin nuevos incidentes, a no ser que Hopkins estuvo a punto de arrojar al agua una de sus cajas, queriéndola cambiar de sitio, a pesar del capitán. La discusión que sobrevino le sirvió también para ponderar la importancia de sus negocios y el valor de sus bultos. Almorzó y cenó, no como un hombre que se propone reparar sus fuerzas, sino como quien abriga el propósito de gastar la mayor cantidad posible de dinero. Finalmente, cuando llegamos a nuestro destino, no había un solo viajero que no estuviese dispuesto a contar maravillas de aquel personaje extraordinario.

El *Kentucky* llegó al muelle de Albany antes de la hora fatal de medianoche. Ofrecí mi brazo a Mistress Melvil, sin dejar de felicitarme por haber desembarcado sano y salvo, en tanto que Augusto Hopkins, después de haber hecho transportar con gran ruido sus dos cajas maravillosas, entraba triunfalmente, seguido de una muchedumbre considerable, en el hotel Washington.

Yo fui recibido por Mister Francis Wilson, padre de Mistress Melvil, con ese agrado y esa franqueza que tanto valor prestan a la hospitalidad. A pesar de mis protestas, hube de aceptar una habitación azul en la casa del honorable comerciante. No es posible dar el nombre de hotel a aquella casa inmensa, cuyos espaciosos departamentos parecen sin importancia al lado de los vastos almacenes, donde se acumulan las mercancías de todos los países del mundo. Una multitud de empleados y de agentes pulula en aquella verdadera ciudad, de la cual las casas

de comercio de Burdeos y de El Havre dan sólo una idea muy imperfecta. A pesar de las ocupaciones, de todo género, del amo de la casa, fui tratado como un obispo, y no tuve necesidad de pedir nada, ni aun de desear. Por añadidura, el servicio se hacía mediante negros, y cuando uno ha sido servido por negros, ya no es posible servirse más que por uno mismo.

Al día siguiente, me paseé por la deliciosa ciudad de Albany, de la que simplemente su nombre me había siempre encantado. En ella encontré la misma actividad que en Nueva York, el mismo movimiento y la misma multiplicidad de intereses. La sed de ganancia de las gentes de comercio, su ardor en el trabajo, su necesidad de extraer el dinero por todos los procedimientos que la industria o la especulación descubren no ofrecen, entre los comerciantes del Nuevo Mundo, el aspecto repulsivo que ofrecen con frecuencia entre sus colegas del Viejo Mundo. Hay, en su modo de obrar, cierta gran-

deza muy simpática. Se concibe que aquellas gentes tengan necesidad de ganar mucho, porque también gastan mucho.

A la hora de las comidas, que fueron dispuestas con lujo, y durante la velada, la conversación, en un principio general, no tardó en especializarse, hablando de la ciudad, de sus placeres, de su teatro. Mister Wilson me pareció hallarse muy al corriente de esas diversiones mundanas, pero me pareció también tan americano como es posible serlo cuando llegamos a hablar de las excentricidades de ciudades enteras, de lo que se trata mucho en Europa.

-¿Alude usted a nuestra actitud respecto a la célebre Lola Montes? -me dijo Mister Wilson.

-Efectivamente respondí; sólo los americanos han podido tomar en serio a la Condesa de Lansfeld.

-La tomamos en serio porque obraba seriamente, del mismo modo que no concedemos ninguna importancia a los asuntos más graves, cuando son tratados ligeramente.

-Lo que, sin duda, le choca -dijo Mistress Melvil con tono burlón- es que Lola Montes visitara nuestros colegios de señoritas.

-Confesaré francamente que el hecho me pareció extraño, porque esa encantadora bailarina no me parece un ejemplo que proponer a las jóvenes.

-Nuestras jóvenes -replicó Mister Wilson- son educadas de una manera más independiente que las vuestras. Cuando Lola Montes visitó sus colegios, no fue ni la bailarina de París, ni la condesa de Lansfeld de Baviera. Quien allí se presentó fue una mujer célebre, cuya vista no podía dejar de ser agradable, y de ello no resultó nada malo para las niñas, que la observaron con curiosidad. Era una fiesta, un placer, una

distracción, he ahí todo, ¿dónde está el mal en todo ello?

-El mal está en que esas ovaciones marean a los grandes artistas, resultan inaguantables al regresar de los Estados Unidos.

-¿Tienen por qué quejarse de ello? -preguntó Mister Wilson vivamente.

-Al contrario respondí; pero ¿cómo es posible que Jenny Lind, por ejemplo, se encuentre halagada por una hospitalidad europea, cuando aquí ve a los hombres más notables atropellarse por tirar de su coche en medio de las fiestas públicas? ¿Qué reclamo valdrá jamás la célebre fundación de los hospitales hecha por su empresario?

-Habla usted como un celoso -replicó Mistress Melvil-. Usted no perdona a esa eminente artista que no haya querido nunca dejarse oír en París.

-No, seguramente, Mistress, y por lo demás, no le aconsejaría que fuese, porque no hallaría la acogida que ustedes le han hecho.

-Ustedes se lo pierden -dijo Mister Wilson.

-Menos que ella, a juicio mío.

-Por lo menos, pierden ustedes los hospitales -dijo riendo Mistress Melvil.

La discusión se prolongó así. Al cabo de algunos instantes, Mister Wilson me dijo:

-Ya que esas exhibiciones y esos reclamos le interesan, llega usted en la mejor ocasión. Mañana tiene lugar la adjudicación de los primeros billetes para el concierto de Madame Sontag.

-¿Una adjudicación, como si se tratara de un ferrocarril?

-Así es; y el que hasta ahora se ha presentado con las pretensiones más atrevidas ha sido sencillamente un honrado sombrerero de Albany.

-Sin duda se trata de un melómano.

-¿Él...? ¿John Turnen...? Detesta la música; para él la música es el más desagradable de los ruidos.

-Entonces, ¿qué se propone?

-Anunciarse; es un reclamo. Se hablará de él, no tan sólo en la ciudad, sino en todas las provincias de la Unión, lo mismo en América que en Europa, se le comprarán sombreros, y surtirá de ellos al mundo entero.

-¡Imposible!

-Ya lo verá usted mañana, y si necesita algún sombrero...

-No lo compraré en su casa. Deben ser detestables.

-¡Ah, el empedernido parisiense! -dijo Mister Wilson, levantándose.

Me despedí de mis anfitriones, y me fui a soñar con aquellas excentricidades americanas.

Al día siguiente asistí a la adjudicación del famoso primer billete para el concierto de Madame Sontag, con una seriedad que habría honrado al más flemático habitante de la Unión. El sombrerero John Turner, el héroe de esta nueva excentricidad, se atraía todas las miradas. Sus amigos le abordaban y le cumplimentaban, como si hubiera salvado la independencia del país; otros le alentaban. Se hicieron apuestas sobre su éxito o el de otros concurrentes al mismo honor.

Comenzó la subasta. El primer billete subió rápidamente de cuatro a dos y trescientos dóla-

res. John Turner se juzgaba seguro de ser el último postor, y sólo añadía una débil suma al precio señalado por sus adversarios, ya que a este valiente hombre le bastaba llevarse un solo dólar, y contaba con consagrar, si le era necesario, un millar para la adquisición de esta preciosa localidad. Los números tres, cuatro, cinco y seiscientos se sucedieron con bastante rapidez. Los asistentes estaban sobreexcitados al mayor grado y estimulaban a los licitadores. El primer billete tenía un valor infinito a los ojos de todos, y nadie se inquietaba de lo demás. Era, en suma, una cuestión de honor.

De repente, resonó un hurra más prolongado que los otros. El sombrerero había gritado con voz fuerte:

-¡Mil dólares!

-¡Mil dólares! -repitió el subastador-. ¿No hay quien dé más? ¡Mil dólares el primer billete del concierto...!

En el intervalo de las diversas preguntas del agente, se sentía un vago murmullo en la sala. Yo mismo estaba impresionado a mi pesar. Turner, seguro de su triunfo, paseaba una mirada satisfecha sobre sus admiradores. Tenía en la mano un fajo de billetes de uno de los seiscientos bancos de los Estados Unidos, y los agitaba, en tanto que estas palabras resonaban de nuevo:

-¡Mil dólares...!

-¡Tres mil dólares! -gritó una voz, que me hizo volver la cabeza.

-¡Hurra! -gritó la sala entusiasmada.

-¡Tres mil dólares! -repitió el agente.

Ante semejante competidor, el sombrerero había bajado la cabeza y había huido inadvertido en medio del universal entusiasmo.

-¡Adjudicado en tres mil dólares! -dijo el agente.

Yo vi entonces avanzar a Augusto Hopkins en persona, el libre ciudadano de los Estados Unidos de América. Evidentemente, pasaba al estado de hombre célebre, y ya no quedaba más que componer himnos en su honor.

Me escapé difícilmente de la sala, y sólo después de muchos esfuerzos conseguí abrirme camino por entre las diez mil personas que aguardaban en la puerta al triunfante licitador. Innumerables aclamaciones le saludaron al aparecer. Por segunda vez, desde la víspera, fue acompañado al hotel Washington por la exaltada población. Él saludaba con aspecto, a un tiempo, modesto y altivo, y por la noche, a petición general, se asomó al gran balcón del hotel, aplaudido por una multitud delirante.

-Y bien, ¿qué piensa usted de ello? -me dijo Mister Wilson cuando, después de comer, le puse al corriente de los incidentes del día.

-Pues pienso que, en mi calidad de francés y de parisiense, Madame Sontag pondrá gentilmente a mi disposición un sitio, sin que tenga que pagarle quince mil francos.

-Así lo creo -me respondió Mister Wilson-, pero si ese Hopkins es un hombre hábil, esos tres mil dólares pueden producirle cien mil. Un hombre que ha llegado a su grado de excentricidad, no tiene más que agacharse para recoger millones.

-¿Qué puede ser ese Hopkins? -preguntó Mistress Melvil.

Esto mismo era lo que se preguntaba la ciudad de Albany entera.

Los acontecimientos se encargaron de responder. Algunos días más tarde, en efecto, nuevas cajas, de forma y de dimensiones más extraordinarias todavía, llegaron por el *steamboat* de Nueva York. Una de ellas, que tenía el aspecto de una casa, fue conducida imprudentemente - o prudentemente tal vez- por una de las estrechas calles de los arrabales de Albany. Pronto se encontró en la imposibilidad de avanzar, y fue preciso dejarla allí, como un trozo de roca. Durante veinticuatro horas, toda la población de la ciudad se encaminó al lugar del suceso. Hopkins se aprovechaba de esas aglomeraciones para exhibirse, lanzando diatribas contra los ignaros arquitectos del lugar, y hablaba nada menos que de hacer cambiar la alineación de las calles de la ciudad para poder dar paso a sus bultos.

Pronto resultó evidente que había necesidad de optar por uno de dos partidos: o demoler la caja, cuyo contenido excitaba la curiosidad, o

derribar la casa que le servía de obstáculo. Los curiosos de Albany hubieran preferido, indudablemente, el primer partido, pero Hopkins no lo entendía así. Las cosas, sin embargo, no podían permanecer en aquel estado. La circulación se hallaba interrumpida en el barrio, y la policía amenazaba con hacer proceder judicialmente a la demolición de la condenada caja. Hopkins zanjó la dificultad comprando la casa que le estorbaba y haciéndola en seguida derribar.

Dejo adivinar si este último rasgo le colocó en el más alto pináculo de la celebridad. Su nombre y su historia circularon por todos los salones. De él solo se trató en el Circulo de los Independientes y en el Círculo de la Unión. Nuevas apuestas se cruzaron en los cafés de Albany acerca de los proyectos de aquel hombre misterioso. Los diarios se entregaron a las suposiciones más aventuradas, que apartaron momentáneamente la atención pública de ciertas difi-

cultades nacidas entre Cuba y los Estados Unidos. Hasta creo que tuvo lugar un duelo entre un negociante y un funcionario de la ciudad, y que el campeón de Hopkins triunfó en aquella ocasión.

Así es que cuando se celebró el concierto de Madame Sontag, al que asistí de un modo menos ruidoso que nuestro héroe, éste estuvo a punto de cambiar con su presencia el objeto de la reunión.

Por fin se explicó el misterio, y pronto Augusto Hopkins no trató de disimularlo. Aquel hombre era pura simplemente un empresario que venía a fundar en los alrededores de Albany una especie de Exposición Universal. Intentaba realizar, por su propia cuenta, una de esas empresas colosales, cuyo monopolio se habían reservado, hasta entonces, los gobiernos y las corporaciones oficiales.

Con este objeto había comprado, a tres leguas de Albany, una inmensa llanura inculta. Sobre ese terreno abandonado ya no se alzaban más que las ruinas del fuerte William, que protegía en otro tiempo las factorías inglesas en las fronteras de Canadá. Hopkins se ocupaba ya en reclutar obreros para dar comienzo a sus gigantescos trabajos. Sus inmensas cajas encerraban, sin duda, instrumentos y máquinas destinadas a las construcciones.

Tan pronto como la noticia circuló por la Bolsa de Albany, los negociantes se preocuparon de ella en sumo grado. Cada uno de ellos trató de entenderse con el gran empresario para arrancarle promesas de acciones; pero Hopkins respondía evasivamente a todas las peticiones. Lo que no fue obstáculo para que hubiese una cotización ficticia para esas acciones imaginarias, y el negocio comenzó a tomar, desde ese momento, una extensión enorme.

-Ese hombre -me dijo un día Mister Wilson- es un especulador muy hábil. Ignoro si es un millonario o un mendigo, pues hace falta ser Job o Rothschild para intentar semejantes empresas, pero, seguramente, hará una inmensa fortuna.

-Yo no sé ya qué creer, mi querido Mister Wilson, ni a cuál de los dos admirar, si al hombre que proyecta tales empresas o al país que las sostiene y preconiza sin pedir más.

-Así es como se alcanza el éxito, mi querido señor.

-O como se arruina uno -respondí.

-Pues bien, sepa usted que en América una quiebra enriquece a todo el mundo y no arruina a nadie.

Yo no podía tener razón contra Mister Wilson más que por los hechos mismos. Así es que aguardaba con impaciencia el resultado de

aquellas maniobras y de aquellos reclamos, que me interesaban extraordinariamente. Recogía las menores noticias sobre la empresa de Augusto Hopkins, y leía ávidamente los periódicos que nos informaban muy al pormenor de todo. Ya había salido una primera tanda de obreros, y a la sazón no quedaba nada de las ruinas del fuerte William. Ya no se trataba más que de los trabajos cuyo objetivo excitaba un verdadero entusiasmo, y llegaban proposiciones de todas partes, tanto de Nueva York como de Albany, de Boston y de Baltimore. Los *musical instruments*, los *daguerreotype pictures*, los *abdominal supporters*, los *centrifugal pumps*, los *square pianos* se inscribían para figurar en los mejores lugares, y la imaginación americana continuaba desbordándose. Se aseguró que en torno de la Exposición se alzaría una ciudad entera. Se decía que Augusto Hopkins tenía el proyecto de fundar una ciudad rival de Nueva Orleáns y de darle su nombre, añadiéndose que esa ciudad, fortificada a causa de su proximi-

dad a la frontera, no tardaría en convertirse en la capital de los Estados Unidos, etc., etc.

Mientras que esas exageraciones corrían, y se multiplicaban en los cerebros, el héroe del movimiento permanecía casi silencioso. Acudía puntualmente a la Bolsa de Albany, se enteraba del estado de los negocios, tomaba notas, pero no abría la boca para hablar de sus vastos designios. Hasta las gentes se extrañaban de que un hombre de su carácter no hiciese ninguna publicidad propiamente dicha. Tal vez desdeñaba esos medios ordinarios de lanzar una empresa, y se confiaba a su propio mérito.

Ahora bien, en esta situación se hallaban las cosas, cuando una mañana el *New York Herald* insertó en sus columnas la siguiente noticia:

«Todo el mundo sabe que los trabajos de la Exposición Universal de Albany avanzan con rapidez. Ya han desaparecido las ruinas del viejo fuerte William, y se ponen los cimientos

de maravillosos monumentos en medio del entusiasmo general. El otro día, la piqueta de un obrero ha puesto al descubierto los restos de un esqueleto enorme, enterrado, evidentemente, desde hace miles de años. Apresurémonos a añadir que este descubrimiento no retrasará en nada los trabajos que deben dotar a los Estados Unidos de América de una octava maravilla del mundo.»

No concedí a esas líneas más que la indiferente atención que se debe a las innumerables noticias análogas que en los periódicos americanos pululan. No sabía el partido que de ella había de sacarse más tarde. Es verdad que semejante descubrimiento tomó, en labios de Augusto Hopkins, una importancia extraordinaria. Se mostró verdaderamente pródigo en discursos, narraciones, reflexiones y deducciones sobre la exhumación de aquel prodigioso esqueleto. Diríase que subordinaba a aquel encuentro todos sus planes de fortuna y de especulación.

Parecía, por otra parte, que el descubrimiento era verdaderamente milagroso. Practicábanse excavaciones, siguiendo las órdenes de Hopkins, de manera que para encontrar la otra extremidad del gigantesco fósil, tres días de trabajo incesante no habían producido aún ningún resultado. No era posible, por tanto, prever hasta dónde llegarían sus sorprendentes dimensiones, cuando Hopkins, que hacía ejecutar por sí mismo profundas excavaciones a doscientos pies de las primeras, descubrió, al fin, la extremidad de aquel caparazón ciclópeo. La noticia se extendió en seguida, con una rapidez eléctrica, y este hecho, único en los anales de la geología, tomó el carácter de un acontecimiento mundial.

Con su carácter impresionable, exagerador e inestable, no tardaron los americanos en difundir la noticia, cuya importancia aumentaron sin motivo. Se trató de averiguar de dónde podían proceder aquellos enormes restos, qué debía

inferirse de su existencia en el suelo indígena, y el *Albany Institut* emprendió estudios a este respecto.

Esta cuestión, lo reconozco, me interesaba bastante más que los esplendores futuros del Palacio de la Industria y las especulaciones excéntricas del Nuevo Mundo. Así es que traté de estar al tanto del asunto. No me fue difícil, porque los periódicos trataron la cuestión bajo todas las formas posibles. Fui, por otra parte, lo bastante afortunado para conocer los pormenores por el ciudadano Hopkins en persona.

Desde su aparición en la ciudad de Albany, este hombre extraordinario había sido solicitado por la mejor sociedad de la población. En los Estados Unidos, donde la clase noble es la clase comercial, era perfectamente natural que tan atrevido especulador fuera acogido con los honores debidos a su rango. Una noche, pues, le encontré en los salones de Mister Wilson, y sólo

se hablaba, como era de esperar, del asunto que a todos apasionaba.

Mister Hopkins hizo una descripción interesante, profunda, erudita, y sin embargo, humorística, de su descubrimiento, del modo que se había producido y de sus incalculables consecuencias. Dejó, al mismo tiempo, entrever que contaba sacar de ello algún partido comercial.

-Únicamente -nos dijo-, nuestros trabajos están por el momento detenidos, porque entre las primeras y las últimas excavaciones que han dejado al descubierto las extremidades del esqueleto, se extiende cierta porción de terreno sobre el que se alzan ya algunas de mis nuevas construcciones.

-Pero ¿está usted seguro -le preguntaron- de que las dos extremidades del animal se unen bajo la parte inexplorada del suelo?

-No puede haber la menor duda -respondió Hopkins con seguridad-. A juzgar por los fragmentos óseos que hemos desenterrado, ese animal debe tener proporciones gigantescas y rebasará, con mucho, la talla del famoso mastodonte descubierto tiempo ha en el valle de Ohio.

-¿Lo cree usted? -exclamó un tal Mister Cornut, especie de naturalista que hacía ciencia del mismo modo que sus compatriotas hacen el comercio.

-Estoy seguro -respondió Hopkins-. Por su estructura, ese monstruo pertenece evidentemente al orden de los paquidermos, pues posee todos los caracteres tan bien descritos por Humboldt.

-¡Qué lástima -dije- que no se le pueda desenterrar entero!

-¿Y quién nos lo impide? -Cornut preguntó vivamente

-Como ya se han alzado esas construcciones...

Apenas había soltado este disparate, que a mí me parecía una cuca tan racional, cuando me convertí en el centro de un círculo de sonrisas desdeñosas. Les parecía muy sencillo a aquellos audaces negociantes derribarlo todo, incluso un monumento, para desenterrar un contemporáneo del diluvio. Nadie, por consiguiente, quedó sorprendido al oír decir a Hopkins que ya había dado órdenes sobre el particular. Todos le felicitaron y creyeron que el azar tenía razón al favorecer a hombres emprendedores y audaces. Por mi parte, lo felicite sinceramente y me comprometí a ser uno de los primeros en visitar su maravilloso descubrimiento. Hasta le ofrecí trasladarme a *Exhibition Parc*, denominación ya de dominio público; pero me rogó que aguardase a que estuviesen terminadas las excava-

ciones, pues no podía juzgarse todavía de la enormidad del fósil.

Cuatro días después, el *New York Herald* daba detalles nuevos sobre el monstruoso esqueleto. No era ni de un mamut, ni de un mastodonte, ni de un megaterio, ni de un pterodáctilo, ni de un plesiosauro, porque todos los nombres extraños de la Paleontología fueron invocados por antífrasis. Los restos mencionados pertenecen todos a la tercera o, a lo más, a la segunda época geológica, mientras que las excavaciones, dirigidas por Hopkins, habían sido llevadas hasta los terrenos primitivos que constituyen la corteza terrestre, y en la cual hasta entonces no se había encontrado ningún fósil. ¿Qué inferir de ahí, sino que ese monstruo, que no era ni un molusco, ni un paquidermo, ni un roedor, ni un rumiante, ni un carnívoro, ni un anfibio, era un hombre? ¡Y ese hombre, un gigante de más de cuarenta metros de alto! No podía, pues, negarse la existencia de una raza de titanes ante-

rior a la nuestra. Si el hecho era cierto, y todo el mundo lo aceptaba como tal, debían cambiarse las teorías geológicas más firmemente asentadas, puesto que se encontraban fósiles más allá de los depósitos diluvianos, lo que indicaba que habían sido sepultados en una época anterior al diluvio.

Este artículo del *New York Herald* produjo una inmensa sensación. El texto fue reproducido por todos los periódicos de América, y se entablaron numerosas discusiones. Este motivo de conversación se puso a la orden del día, y las bocas más bonitas del Nuevo Mundo pronunciaron los vocablos más ingratos de la ciencia. Tuvieron lugar grandes discusiones. Del descubrimiento se dedujeron las consecuencias más horrorosas para el suelo de América, que se consagra la cuna del género humano en detrimento de Asia. En los congresos y las Academias, se demostró hasta la evidencia que América, poblada desde los primeros días de la

vida, había sido el punto de partida de migraciones sucesivas. El Nuevo Continente había quitado al Viejo Mundo los honores de la antigüedad. Informes muy extensos, inspirados en una ambición patriótica, fueron escritos sobre esta cuestión tan seria. Al fin, una reunión de sabios, cuya acta fue publicada y comentada por todos los órganos de la prensa americana, probó, con una claridad meridiana, que el paraíso terrenal, cercado por Pensilvania, Virginia y el lago Erie, ocupaba antiguamente lo que es ahora la provincia de Ohio.

Confieso que todas estas reflexiones me cautivaron en grado máximo. Veía a Adán y Eva al mando de tropas de animales feroces, lo que no era más que una ficción, tanto en América como a orillas del Éufrates, ya que no se ha encontrado el menor vestigio. La serpiente tentadora tomaba, en mi pensamiento, la forma del constrictor o del crótalo. Pero lo que más me admiraba era que se concedía fe a aquel descu-

brimiento con una sumisión maravillosa. A nadie se le ocurría la idea de que el famoso esqueleto podía ser un timo, una baladronada, un *humbug*, como dicen los americanos, y ni siquiera uno de aquellos sabios entusiastas pensaba en ver con sus propios ojos el milagro que ponía su cerebro en ebullición. Hice estas observaciones a Mistress Melvil.

-¿A qué preocuparse ni molestarse? -dijo-. Veremos nuestro querido monstruo cuando sea el momento. En cuanto a su estructura y aspecto, todo el mundo puede conocerlos, pues no se dará un paso en toda América sin encontrarlo reproducido bajo las formas más ingeniosas.

En este punto era, en efecto, en el que brillaba el genio del especulador. Y Augusto Hopkins tanto se mostraba reservado para lanzar el negocio de la Exposición, como demostraba entusiasmo, invención e imaginación para posar su milagroso esqueleto en el espíritu de sus compatriotas. Por otra parte, todo le estaba permi-

tido, después que sus originalidades habían atraído sobre él la atención pública.

Pronto las paredes de las casas de la ciudad se vieron cubiertas de inmensos carteles multicolores, que reproducían el monstruo bajo los más variados aspectos. Hopkins agotó todas las fórmulas hasta entonces conocidas en el género. Empleó los colores más llamativos; tapizó con aquellos carteles las murallas, los parapetos de los muelles, los troncos de los árboles de los paseos; en los unos, las líneas se hallaban trazadas diagonalmente, y en los otros, el reclamo aparecía en letras monstruosas pintadas con brocha, lo que obligaba la atención del transeúnte; varios hombres se paseaban por todas las calles vestidos con blusas y con gabanes que representaban el esqueleto; durante la noche, transparentes inmensos lo proyectaban en negro sobre un fondo luminoso.

Hopkins no se contentó con estos medios de publicidad, ordinarios en América. Los carteles

y las cuartas planas de los periódicos no le bastaban. Dio un verdadero curso de esqueletología, en el que invocó la autoridad de los Cuvier, de los Brumenbach, de los Backland, de los Link, de los Stemberg, de los Brongnart, y otros cien que han escrito sobre paleontología. Sus cursos fueron seguidos y aplaudidos, hasta el punto de que un día, quedaron aplastadas dos personas en la puerta. Inútil es decir que Hopkins dispuso que se les hicieran funerales magníficos, y que los pendones y estandartes del cortejo mortuario reprodujeran también las formas inevitables del fósil de moda.

Todos estos procedimientos eran excelentes para la misma ciudad de Albany y sus contornos, pero lo que importaba era lanzar el negocio en América entera. Mister Lumley, en Inglaterra, desde los primeros pasos de Jenny Lind, propuso a los vendedores de jabón proporcionarles moldes con el retrato en hueco de la ilustre *prima donna*, lo que fue aceptado, produ-

ciendo excelentes resultados, ya que uno se lavaba las manos con la imagen de la eminente cantante. Hopkins se sirvió de un medio análogo. Siguiendo los pasos trazados por los fabricantes, las telas de los vestidos ofrecían al buen gusto de los compradores la imagen del ser prehistórico. El interior de los sombreros también fue revestido del mismo motivo. ¡Hasta los platos recibieron la huella del sorprendente fenómeno! Y me quedo corto. Era imposible evitarlo. Se vestía con él, se peinaba con él, se comía con él, siempre se estaba con su interesante compañía.

El efecto de esta publicidad a alta presión fue inmenso. Y ocurrió que cuando los periódicos, los tambores, las trompetas y las descargas de fusiles anunciaron que el milagro sería en breve plazo entregado a la admiración del público, aquello fue un hurra universal. Se procedió entonces a preparar una sala inmensa para contener, decía el reclamo, «no a los espectado-

res entusiastas, cuyo número sería infinito, sino el esqueleto de uno de aquellos gigantes a quienes la mitología acusa de haber querido escalar el cielo».

Debía yo salir de Albany a los pocos días, y lamentaba vivamente que mi estancia no pudiese prolongarse todo lo preciso para permitirme asistir a la inauguración de aquel espectáculo único. Por otra parte, no queriendo marcharme sin haber visto algo, resolví dirigirme en secreto a *Exhibition Parc*.

Una mañana, con mi fusil en bandolera, me dirigí hacia aquel lado. Durante tres horas aproximadamente caminé hacia el Norte, sin haber podido obtener informes precisos acerca del sitio al que quería llegar. No obstante, a fuerza de buscar el emplazamiento del antiguo fuerte William, llegué, después de andar cinco o seis millas, al término de mi viaje.

Me hallaba en medio de una inmensa llanura, una pequeña parte de la cual había sido removida por algunos trabajos recientes, pero de poca importancia; un espacio considerable de terreno se hallaba herméticamente cerrado por una empalizada. Yo ignoraba si esta empalizada era la que marcaba el límite de los terrenos de la Exposición, pero el hecho hubo de serme confirmado por un cazador de castores que encontré por las cercanías, y que se dirigía a la frontera del Canadá.

-Aquí es -me dijo-, pero no sé lo que se prepara, pues esta mañana me ha parecido oír disparos de carabina.

Le di las gracias y proseguí mis pesquisas.

Al exterior no veía la menor huella de trabajo. Un silencio absoluto reinaba en aquella llanura inculca, a la que construcciones gigantescas debían llevar pronto la vida y el movimiento.

No pudiendo satisfacer mi curiosidad sin penetrar en el recinto, resolví darle la vuelta, para ver si descubriría algún medio de acceso. Mucho tiempo anduve sin haber tropezado con nada que se pareciera a una puerta. Muy malhumorado, llegué a no impetrar del cielo otra cosa que una hendidura, un simple agujero para aplicar el ojo, cuando en un ángulo del cercado vi unas tablas derribadas.

Ni un instante vacilé en introducirme en el cercado, hallándome entonces en un terreno devastado. Trozos de roca, que la pólvora había arrancado, se hallaban esparcidos acá y allá; varios montículos de tierra accidentaban el suelo, semejantes a las olas de una mar agitada. Llegué, por fin, al borde de una excavación profunda, en cuyo fondo se divisaba una enorme cantidad de huesos.

Tenía, por fin, ante mis ojos el objeto de tanto ruido y de tantos reclamos. Nada de curioso tenía, seguramente, el espectáculo. Era un

amontonamiento de fragmentos óseos de todas clases, rotos en mil pedazos, y hasta la rotura de algunos parecía muy reciente. No me fue posible reconocer entre ellos las partes más importantes del esqueleto humano, que, según las dimensiones anunciadas, debían estar establecidas sobre una escala monstruosa. Sin grandes esfuerzos de imaginación podía creer hallarme en una fábrica de animal negro, y he ahí todo.

Yo permanecía sumamente confuso, como es fácil presumir. Hasta llegaba a imaginarme que era juguete de algún error, cuando percibí, sobre un talud muy trillado por huellas de pasos, algunas gotas de sangre. Seguí aquellas huellas hasta llegar a la abertura de la empalizada, donde descubrí de pronto nuevas manchas de sangre, en las que al entrar no me había fijado. Al lado de esas manchas, un fragmento de papel ennegrecido por la pólvora y que provenía, indudablemente, del taco de un arma de fuego,

atrajo mi atención. Todo aquello se encontraba de acuerdo con lo que me había dicho el cazador de castores.

Recogí del suelo el trozo de papel, y no sin algunos esfuerzos descifré varias de las palabras que en él estaban trazadas. Tratábase de una especie de estado de suministros hechos a Mister Augusto Hopkins por un tal Mister Barckley. Nada indicaba la naturaleza de los objetos suministrados, pero nuevos fragmentos que encontré esparcidos acá y allá me hicieron comprender de qué se trataba. Si mi desencanto fue grande, no pude, en cambio, dominar una carcajada inextinguible. Me hallaba, realmente, en presencia del gigante y de su esqueleto, pero de un esqueleto compuesto de partes sumamente heterogéneas, que habían, en otro tiempo, vivido bajo el nombre de búfalos, de bueyes, de terneros y de vacas, en las llanuras de Kentucky. Mister Barckley era, sencillamente, un carnicero de Nueva York, que había

expedido inmensas cantidades de huesos al célebre Mister Augusto Hopkins. Aquellos fósiles no habían intentado nunca, a buen seguro, escalar el Olimpo. Sus restos no se encontraban en aquel lugar más que gracias a los cuidados del ilustre farsante, que esperaba descubrirlos, por casualidad, al hacer excavaciones para echar los cimientos de palacios que nunca debían existir.

Me hallaba en este punto de mis reflexiones y de mi hilaridad, que habría sido más sincera si no hubiera sido víctima de aquel increíble *humbug*, cuando gritos de alegría estallaron en el exterior.

Corrí hacia la brecha y vi a Mister Augusto Hopkins en persona, que, con la carabina en la mano, corría dando grandes demostraciones de placer. Me dirigí hacia él, y no pareció inquietarle mi presencia en el teatro de sus fechorías.

-¡Victoria...! ¡Victoria! -gritaba.

Los dos negros, Bobby y Dacopa, marchaban a cierta distancia tras él. En cuanto a mí, instruido y aleccionado ya por la experiencia, me puse en guardia, pensando que el audaz embaucador iba a tomarme por el blanco de sus burlas.

-Soy dichoso -dijo- por tener un testigo de lo que me sucede. Vea usted un hombre que viene de la caza del tigre.

-¡De la caza del tigre! -repetí yo, bien resuelto a no creerle una palabra.

-Y un tigre rojo -añadió-, o, dicho de otro modo, el puma, que goza de bien justificada fama de crueldad. El diablo del animal penetró en mi cercado, como usted puede observar. Destrozó esas barreras, que hasta aquí habían resistido a la curiosidad general, y ha reducido a trozos mi maravilloso esqueleto. Prevenido en el acto, no he vacilado en correr en su persecución y acosarle hasta darle muerte. Le encontré a tres millas de aquí; le miré; fijó sobre mí sus dos ojos

feroces y se lanzó con un salto que no pudo acabar más que girando sobre sí mismo, porque le derribé de un balazo. Este es el primer tiro que he disparado en mi vida. Pero, ¡mil diablos!, me reportará algún honor, y no lo daría por mil millones de dólares.

-Ahora van a salir los millones -pensé.

En aquel momento, llegaban los dos negros arrastrando, efectivamente, un tigre rojo de gran talla, animal casi desconocido en aquella parte de América. Su pelaje era de un rojizo uniforme y sus orejas, al igual que la extremidad de su cola, de color negro. No me preocupé de averiguar si Hopkins lo había matado efectivamente o si se le había expedido convenientemente muerto, y hasta disecado, por un Barclay cualquiera, porque me quedé asombrado de la ligereza y la indiferencia con la que el especulador hablaba de su esqueleto. Y, sin embargo, era evidente que aquel negocio debía

haberle costado, hasta entonces, la friolera de cien mil francos.

No queriendo hacerle saber que la casualidad me había hecho dueño del secreto de sus artimañas, le dije sencillamente:

-¿Cómo va a lograr usted a salir de ese callejón sin salida?

-¡Pardiez! -respondió-. ¿De qué callejón habla usted? Un animal ha destruido el maravilloso fósil, que hubiera causado la admiración del mundo entero, porque era absolutamente único, pero no ha destruido mi prestigio, mi influencia, y conservo el beneficio de mi posición de hombre célebre.

-Pero ¿cómo va usted a arreglárselo con el público entusiasta e impaciente? -pregunté gravemente.

-Diciéndole la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

-¡La verdad! -exclamé, deseoso de saber lo que entendía por esta palabra.

-Sin duda -me replicó con la mayor tranquilidad del mundo-; ¿no es cierto que este animal penetró en mi cercado? ¿No es cierto que ha hecho pedazos esas maravillosas osamentas, que tantos esfuerzos me costaron para extraerlas? ¿No es cierto, por último, que yo le he perseguido y muerto?

-He aquí -me decía para mis adentros- una infinidad de cosas que yo no juraría.

-El público -continuó diciendo Hopkins- no puede elevar más allá sus pretensiones, puesto que conocerá todo el asunto. Hasta llegaré a ganarme con todo esto una reputación de bravura y valentía, y con ella no veo ya qué clase de celebridad me faltará.

-Pero ¿qué le va a reportar la celebridad?

-La fortuna, si sé hacer las cosas. Al hombre conocido, todas las aspiraciones le están permitidas. Puede atreverse a todo y emprenderlo todo. Si Washington hubiese querido enseñar terneras de dos cabezas después de la capitulación de Yorktown, habría ganado indiscutiblemente mucho dinero.

-Es posible -respondí muy serio.

-Es cierto -replicó Augusto Hopkins-. Así es que no tengo más que elegir lo que tengo que mostrar, lanzar o exhibir.

-Sí -dije-, la elección es difícil. Los tenores están muy gastados, las bailarinas pasaron de moda, los hermanos siameses han muerto y las focas continúan mudas, a despecho de los distinguidos profesores que tratan de educarlas.

-No acudiré a semejantes maravillas. Por usados, gastados, muertos y mudos que estén las focas, los siameses, las bailarinas y los tenores, son todavía bastante buenos para un hombre como yo, que tanto vale por sí mismo. Pienso, pues, tener el gusto de verle a usted en París, mi querido señor.

-¿Piensa usted hallar en París ese objeto de poco valor, que debe ilustrarse y enaltecerse por el mérito propio de usted?

-Tal vez -respondió muy serio-; si pongo la mano sobre la hija de alguna portera que no haya podido ser recibida nunca en el Conservatorio, haré de ella la mayor cantatriz de las dos Américas.

Dicho esto, nos despedimos y me volví a Albany. Aquel mismo día se supo la terrible noticia. Hopkins fue considerado como un hombre arruinado y se abrieron suscripciones considerables en su favor. Todo el mundo se dirigió a

Exhibition Parc a juzgar el desastre, lo que produjo buena cantidad de dólares al especulador. Vendió en un precio fabuloso la piel del puma, que le había tan oportunamente arruinado, y conservó su reputación de hombre más emprendedor del Nuevo Mundo. Por lo que a mí respecta, regresé a Nueva York, y a Francia luego, dejando a los Estados Unidos poseedores, sin saberlo, de un magnífico *humbug* más. Pero ¡no tienen que molestarse en contarlos! De todo ello llegué a la conclusión de que el porvenir de los artistas sin talento, de los cantantes sin garganta, de las bailarinas sin agilidad y de los saltarines sin nervio sería muy triste si Cristóbal Colón no hubiera descubierto América.

Recuerdos de un soltero de veintisiete
por Ariel Pérez

(Introducción a la traducción española de El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos)

Mucho antes de escribir sus más famosas novelas, Julio Verne se complacía escribiendo durante sus días de juventud. Varios fueron los géneros que, en su juventud, el joven francés plasmó bajo su pluma. Obras de teatro, poemas, cuentos, algún que otro artículo. Todas ellas ya mostraban - aunque la mayoría de estos trabajos no fueron publicados hasta años después - lo que sería el Verne de *Los viajes extraordinarios*, porque en muchas de ellas se veían las ideas y el estilo que poco después le proporcionarían su magistral entrada en el mundo de las letras.

En medio de los años cincuenta, el matrimonio constituye para Verne una importante preocupación. A su madre que le habla constante-

mente de proyectos matrimoniales, le responde con tono cínico, recordándole que los amores infelices de su juventud estaban tan vivos que le impedían contraer vínculos conyugales. Es por esta época que Verne pasa a ser miembro de un grupo parisiense, "Los once sin mujer", compuesto por solterones empedernidos. Es el propio Verne, quien se mofa de muchos de sus amigos, cuando éstos desertan y se aprestan a casarse. Para él, todo matrimonio es objeto de burla.

La burla y el tono irónico, en ocasiones bufón, también están presentes en una de aquellas historias de juventud, la cual Verne titula *El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos*.

Aún no se ha podido determinar la fecha de redacción de la historia. Olivier Dumas la ubica en el año 1855, apoyándose en que Verne había cumplido en este año sus veintisiete primaveras, es decir la edad que le atribuye a su mar-

qués. Esto nos situaría exactamente dos años antes de su matrimonio. Por otra parte, otro de los estudiosos de la obra verniana, Daniel Compère la ubica dos o tres años más tarde. Lo cierto es que el manuscrito aun cuando está firmado no tiene fecha de redacción.

El manuscrito original de la historia -que no fue publicado, porque como tantos otros podrían ser considerados como marginales en aquella época - quedó en posesión de la familia Verne hasta el 8 de julio de 1981, cuando la villa de Nantes se decidió a adquirirlo a la muerte de Jean-Jules Verne, nieto del escritor.

Anteriormente, en 1971, Charles-Noël Martin habla de la existencia de esta historia en su bibliografía *Jules Verne, sa vie et son oeuvre* situándola entre las piezas de teatro sin fechar. André Bottin, en 1978, la cita en su bibliografía de manera idéntica. El primero en clasificar correctamente la historia es Daniel Compère, en 1978,

en una bibliografía publicada por el Centro de documentación de Amiens.

La venta de los manuscritos a la villa de Nantes en 1981, permitió que, un año más tarde, Daniel y Olivier estudiaran el manuscrito. Luego, en 1985, Piero Gondolo della Riva la cita en su famosa bibliografía sobre las obras de Verne. Pero aún la historia no había sido publicada y continuaba - al igual que otras - siendo inédita. Sólo quedaba publicarla a fin de que el lector pudiera encontrar a un Verne desconocido, a un Verne pleno de humor e ironía, a un Verne imbuido de una gran influencia teatral, que lo hace crear al decir de algunos especialistas, su mejor vodevil.

No fue hasta 1991, que la villa de Nantes en su colección de cuentos *Manuscrits nantais* ponía a disposición - por primera vez - de los lectores la tan esperada historia, la cual fue publicada junto con otro gran número de obras también inéditas. Luego, vendrían otras dos ediciones de la

historia. En el propio año 1991, Jean-Michel Margot, publicaba una versión anotada y completa y en el año 1993 volvía a aparecer junto a otras en el libro *San Carlos et autres récits inédits* editado en la villa de Nantes por Christian Robin.

Existen dos interesantes direcciones en el contenido del relato. Primeramente, el tono burlesco que Verne da al matrimonio, y para esto lo hace por intermedio de su personaje principal, el marqués Anselmo de los Tilos, que representa el último de una descendencia de noble linaje próxima a extinguirse. La mofa, los juegos de palabras, la ridiculez de los nombres propios de los personajes son elementos visibles al hacer una primera lectura de la obra. Los ejemplos extraídos de la gramática de Lhomond y las citas de Virgilio le permiten al joven autor trazar a través de todo el relato una relación humorística entre la gramática latina y el matrimonio.

El segundo punto que retiene la atención es el importante rol jugado por la gramática y literatura latinas. Propiamente hablando, no es que el autor haga prueba de erudición. Los conocimientos manifestados aquí son aquellos que se podía escuchar de todo bachiller al terminar los estudios secundarios clásicos en Francia. La lengua latina - a la cual Verne le dedicaba cierto tiempo de estudio - constituye uno de los principales motores impulsores de la obra y los recuerdos de las conjugaciones y las declinaciones que debió aprenderse de memoria debían haberle venido a la mente del joven escribano mientras la escribía.

Muchos son los que argumentan que Verne tomó varios de los elementos de su vida diaria para concebir la esencia de la historia. Se dice que Verne originó un gran número de cuentos tomando como base a sus viejos profesores del liceo y a la aristocracia provincial de su villa natal. Además se ha dicho que la villa de C... -

la de la historia - es sin dudas su natal Nantes y el devoto Naso Paraclet, latinista y discípulo de Lhomond representa seguramente a un profesor del colegio *Saint-Stanislas*, escuela donde Verne estudió durante muchos años, en particular en 1842, donde el personaje principal de la historia celebra sus 27 años.

Verne, además nos hace ver en esta historia uno de sus rasgos distintivos durante toda la serie de *Los viajes extraordinarios*: el juego de palabras, la formación de nombre propios a partir de combinaciones de palabras que luego le dan un sentido al nombre en sí.

En el relato casi todos los nombres de los personajes tienen influencia latina. Tomemos por ejemplo, el de la señora Mirabelle. Este nombre proviene de las palabras latinas *mirari* que significa "admire, contemple" y *bellus*, que significa "bello". El nombre del presidente Pertinax está formado por *per* (de un lado al otro) y *tenere* (tener), lo cual le da el sentido de que es

una persona testaruda, obstinada. Maro La-fourchette hace referencia a Virgilio -el autor de *La Eneida*-, cuyo nombre latino completo es Publius Vergilius Maro. Naso hace referencia a Ovidio cuyo nombre completo es Publius Ovidius Naso. También Paraclet que es su apellido es uno de los nombres con el cual se designa al Espíritu Santo. A su vez, el propio nombre de Naso, pronunciado bastante similar a la palabra francesa *nasal* da la sensación de imaginar al profesor con un apéndice nasal de una dimensión poco habitual. El nombre de la familia del personaje principal, proviene a su vez del nombre de una planta.

Once años después de aparecer aquella primera edición francesa, aparece por primera vez en el mundo hispano la traducción española de *El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos*, obra extremadamente difícil de traducir a cualquier idioma dada la cantidad de expresiones en latín que adornan la obra, además del constante uso

que Verne hace de palabras antiguas del idioma francés, de los juegos de palabras y de las expresiones de doble sentido.

Quiero agradecer a Jean-Pierre Boutin y a Jean-Michel Margot, quienes generosamente me ayudaron en el esclarecimiento de muchas de las expresiones de difícil traducción dentro de la historia.

El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos

Recuerdos de un alumno de octavo

El marqués Anselmo de los Tilos había llegado, en 1842, después de haber pasado mucho más allá de la edad de la razón y de la pubertad, a los veintisete años. ¡Es esta la época ultramontana de la existencia en la cual los adolescentes terminan con las locuras de una aprovechada juventud, a menos que no las comiencen! ¡Feliz período de la vida, donde se puede hacer aquello que, en un lenguaje enérgico y paternal, se conoce como tonterías!

Para abreviar, Anselmo de los Tilos representaba un joven de cabello rubio, extendido en las puestas del sol; sus cabellos, en abierta rebelión con las leyes de la geometría capilo-práctica, proponían a los barberos de las ciencias un teorema insoluble, cuyos corolarios osados y erizados lanzaban el terror entre un centenar de muchachas en los alrededores; pero por el contrario, los brazos simiescos, las piernas zancudas, los ojos irreconciliables, una boca adornada en palisandro, las orejas de escolar de primaria, le atribuían al joven marqués un encanto indescriptible, un atractivo inexpresable.

¡Grande de cuerpo y pequeño de ideas, ancho de pecho, pero estrecho de cerebro, fuerte de hombros, pero débil de espíritu, de constitución física fuerte y pobre de inteligencia, ya fuese juntando montañas como Encelado¹, ya fuese viviendo una existencia puramente vegetal, él debía, indudablemente, ganar el reino de los Cielos!

Sin embargo, Anselmo de los Tilos disfrutaba de una cierta estima cuando se le miraba desde lo lejos; como los altos monumentos, quería la lejanía de una perspectiva rehabilitante; a cien pasos de distancia, se hubiera dicho que era una arquitectura piramidal, a ciento cincuenta pasos, representaba tan exactamente al hombre agradable del gran mundo; a doscientos era un Antinoo², y las jóvenes chicas sentían una palpitación desconocida levantar sus virginales tocas; en fin, a doscientos cincuenta pasos, las mujeres casadas lanzaban miradas siniestras sobre el esposo de sus encantos, y se las ingeniaban para combinar los artículos homicidas y conyugales del código civil y del código penal.

Pero, las sinuosas calles de la ciudad de C... no le permitían apenas al joven marqués alcanzar estas bellas perspectivas. Además, ¿cómo comprometer a las mujeres a semejantes distancias?, ¿cómo seducir a las jóvenes muchachas sin un poco de proximidad?, ¿cómo satisfacer

en una palabra los más dulces sentimientos del alma de una calle a la otra?

¡También los maridos y las amantes dormían entre las sábanas de la indiferencia! Ellos colmaban al joven Anselmo de amistosas atenciones y para su pureza personal, le crearon de mutuo acuerdo un pararrayos contra sus cóleras.

De acuerdo a las observaciones hechas a la oficina de las longitudes, el marqués de los Tilos se elevaba a un metro y noventa y cinco centímetros sobre del nivel del mar; pero su inteligencia no alcanzaba menos de tres metros por debajo del más tonto de los cetáceos. La esponja sola lucharía desfavorablemente con él desde el punto de vista de las facultades intelectuales.

Sin embargo, el señor Anselmo de los Tilos llegó a ser marqués, ni más ni menos, un marqués chapado a la antigua. ¡No había más no-

bleza de vestimenta que en la suya! ¡Nunca se había bañado en las bañeras gubernamentales, que eran de poca nobleza! Ni bribón, ni burgués, ni villano, ni mercader, era marqués y a justo título.

Debido a que su antepasado Rigoberto, habiendo tenido la nobleza de espíritu y la grandeza de alma necesarias para curar a Luis el tartamudo de una indigestión avanzada, en el año de gracia 879, por medio de las hojas de una planta de tilo que sombreaba su pedazo de tierra, fue hecho noble inmediatamente por la agradecida y aliviada realeza.

Desde esta época memorable, la familia de los Tilos, había sembrado sus raíces en su madriguera, sin preocuparse de las invasiones extranjeras, o de los eventos foráneos, habiéndose puesto a disposición, tan inútilmente como fuese posible, de su estimado país.

Durante la defensa de París por Eudes en el año 885, Rigoberto de los Tilos se escondió en el sótano de su casa.

En la época de las Cruzadas, Atanasio de los Tilos y sus cinco hijos se cruzaron de brazos.

Bajo el reinado de Luis XI, en el momento de la liga del bien público, Ejuperio de los Tilos solamente se preocupó de su bien particular.

En la batalla de Pavía, Francisco I lo perdió todo, excepto el honor. La señora Aldegonda de los Tilos se dejó amar por un jovenzuelo y perdió un poco más que el rey de Francia.

En el día de las barricadas, la familia de los Tilos no hizo más que hacerla detrás de su puerta, dando un ejemplo poco digno de imitar.

Durante el sitio de París por Enrique IV, en medio de la gran hambre, Perefijo de los Tilos,

lejos de dar de comer a sus hijos, los alimentó con algunas pocas provisiones cuidadosamente acumuladas en sus atestados áticos.

Bajo el reinado de Richelieu, los descendientes de este ilustre linaje aprovecharon el desorden para vivir en una paz profunda, y durante la guerra de Holanda, Nepomuceno de los Tilos, no hizo más que luchar contra las ratas que le devoraban los quesos de ese reino.

Durante la guerra de los siete años, la señora Fredegonda de los Tilos engendró siete bellos niños, y, a menos que se sospeche de su virtud, es necesario creer que durante este tiempo Agliberto de los Tilos, su valeroso esposo, no combatió al gran Federico al lado del mariscal de Sajonia.

En fin, estos apetitosos aristócratas no eran lo suficientemente nobles para ser sospechosos en el noventa y tres, pero lo fueron suficiente-

mente para que les tocara su parte en la indemnización en el regreso de los Borbones.

Por consiguiente, Anselmo de los Tilos, último de esta descendencia, marchaba sobre las huellas de sus ilustres antepasados; no era ni bello, ni corajudo, ni pródigo, pero ignorante, cobarde y simple. En una palabra, marqués, bien marqués, ¡sólo por la gracia de Dios y la indignación de Luis, el tartamudo!

En 1842, tomaba lecciones de latín de un estimado profesor, de nombre Naso Paraclet³, hombre versado en el estudio de la lengua latina, y cuya completa inteligencia costaba trescientos escudos por año.

Era el director espiritual del joven Anselmo, el mentor severo de un Telémaco vestido con piel de marqués, puesto que el pobre alumno no veía, no escuchaba, no comprendía más allá de lo que le enseñaba su profesor.

Los discursos de Naso Paraclet estaban impresos de esa casta tranquilidad que distinguió al devoto Eneas⁴, su héroe favorito; sus oraciones se adornaban incesantemente de fórmulas y de ejemplos tomados de la gramática latina de Lhomond, profesor emérito de la antigua Universidad de París⁵.

-¡Ventre de cierva, señor marqués - le decía de buena fe el devoto Paraclet -, usted es de una nobleza no menos vieja que antigua, y usted labrará su camino! *Viam facietis*, porque yo no me atrevería jamás a tutearlo en esta lengua divina, pero deshonesta.

-Sin embargo - contestó el desdichado de los Tilos - tengo veintisiete años cumplidos; ¿quizás sería este el buen momento para iniciarme en los secretos del mundo?

-¡*Cupidus videndi*!⁶ Sus reglas de conducta y gramática están todas contenidas en Lhomond: ¡desde *Deus sanctus*⁷ hasta *Virtus et vitium*

*contraria*⁸, los altos principios de la sintaxis y la moral se encuentran claramente explicados y deducidos!

-Sin embargo, en fin - respondió el joven Anselmo, ¿no es necesario que un matrimonio adecuado venga a renovar a mi casi extinta familia?

-¡Sin duda alguna, señor marqués, sobre usted descansa la esperanza de todo un noble linaje!
¡*Domus inclinata recumbit*⁹!

-¡*Recumbit humi bos*!¹⁰ - ripostó de los Tilos para hacer gala de su conocimiento.

-Mil excusas, mi ilustre alumno, usted se confunde... *Procumbit humi bos*¹¹ significa que el buey se cae en la tierra, y esta oración es usada por Virgilio en una circunstancia diferente. *Domus inclinata recumbit* significa palabra a palabra: *domus*, su familia; *inclinata*, que se va a extinguir, y *recumbit*, descansa sobre su alma.

-¿Pero quién me querrá amar, mi buen Para-
clet?

-¿No tiene usted cuarenta mil libras de renta?
¿Desde cuando alguien se niega a casarse con
cuarenta mil libras ofrecidas por veintisiete
nobles años, acompañados de un marqués de
buena familia, cuando este marqués abriga sus
riquezas bajo los vastos techos de un castillo
bien defendido por un gran torreón? ¡Habría
que estar loco, o poseer cuarenta y un mil fran-
cos de ingresos!

-A decir verdad - continuó el marqués -, qué es
el matrimonio?

-¡Señor - contestó castamente el nombrado
Paraclet -, no lo he conocido nunca! ¡Soy soltero
desde hace cincuenta y un años, y jamás mi
alma, incluso en sueños, ha vislumbrado las
felicidades conyugales! *Attamen*¹², tanto como le
es permitido a un hombre honesto, *vir bonus
dicendi peritus*¹³, razonar por aproximación so-

bre las cosas que no conoce ni *de re aut visu, aut auditu, aut tactu*¹⁴, (y este último vocablo fatiga enérgicamente mi pensamiento), responderé con mis mejores deseos al señor marqués de los Tilos, puesto que mi deber es inculcarle los elementales principios del mundo hasta llegar, inclusive, a su procreación.

El profesor pensó terminar después de esta larga oración; pero afortunadamente volvió a tomar aire, tomó su tabaquera adornada con una imagen de Virgilio llevando un vestido negro y la cruz de la Legión de Honor; se introdujo el dedo pulgar, que contenía un gramo de tabaco, en su orificio nasal y dijo:

-Soy el devoto Naso Paraclet, y le haré parte, señor marqués, de mis opiniones personales sobre ese nudo antigordiano que se llama matrimonio, himeneo, *matrimonium*. Lhomond en su curso de moral aconsejó conjugar en primer lugar el verbo *amo*, que significa yo amo. ¡Al escoger esta palabra existe una sutileza que

puede escapar a primera vista, pero que escapa a la segunda por completo! Procedamos con un método sintético y analítico a la vez. ¿Qué significa *amo*?

-¡Yo amo! - respondió gallardamente el joven Anselmo.

-¿Qué es esta palabra?

-¡Un verbo!

-¿Es activo, pasivo, neutro o deponente¹⁵?

-¡Activo! - dijo sin dudar el marqués de los Tilos.

-¡Activo! Es activo, e insisto sobre esta cualidad esencial -dijo el profesor animándose-. ¡Es activo! y para gobernar al acusativo, es necesario que sea activo, en ocasiones deponente; pero nunca pasivo, nunca neutro. ¡Sigamos! ¿Cuándo el verbo no está en infinitivo...eh?

-¡Concuerta con su nominativo o sujeto!

-¡Admirable, mi noble alumno, y crea que sus veintisiete años de juventud no han sido desperdiciados! ¡Concuerta con el nominativo o sujeto! ¿Y bien, sabe usted quién es, señor marqués? Usted es... ¡un sujeto, un buen sujeto, un excelente sujeto, un brillante sujeto! ¡Como tal, usted es el nominativo de la oración, el individuo nombrado, bien nombrado Anselmo de los Tilos! ¡Por tanto! ¡Usted gobierna a toda la oración! ¿Qué es la oración? ¡Es la imagen de la vida con sus decepciones y sus comas, sus puntos y sus esperanzas, sus placeres y sus signos de exclamación! ¡Por tanto! ¡Usted, sujeto, tome a su gusto todo aquello que la oración encierra en su seno desde el primero de los adverbios hasta la última de las preposiciones, y actúe necesaria y mediatamente sobre el complemento directo! ¡Digo mediatamente, porque entre este complemento y usted se encuentra el indispensable verbo, esta acción, que puesta en

movimiento por el sujeto, somete invenciblemente al complemento!

-¿Pero cuál es este verbo? - preguntó el joven Anselmo con creciente interés.

-Este verbo, es el verbo *amo*, o sea yo amo, el verbo esencialmente activo que gobierna, ¿qué? Al acusativo. Ejemplo: amo a Dios, *amo Deum*. ¡El complemento se subordina al verbo, y por él mismo, al sujeto!

-¿Cuál es, entonces, este complemento? - dijo el marqués encogiéndose de hombros.

-¡Aquí - contestó prestamente el devoto Naso-, présteme toda su atención, mi noble discípulo! Existe, se dice, en la sintaxis del mundo, tres géneros muy distintos, como en la lengua latina. Usted pertenece esencialmente al género masculino, debido a que usted ha sido registrado como tal en la alcaldía de su pueblo; pero existen otros individuos que son neutros, como

Orígenes, Abelardo, etc., de manera que los verbos de esta naturaleza no concuerdan con ningún complemento en el acusativo. Ejemplo: estudio gramática: *studeo grammaticae*. En fin, el género femenino aparece ante nosotros y es éste el que nos ocupa. La mujer, me han dicho, pertenece a esta última categoría; ella es bien reconocible por su vestimenta habitual, y por la ausencia total de barba en el mentón. ¡Fue hecha esencialmente para ser gobernada, para permanecer bajo la acción directa del sujeto y del verbo, ella siempre está y debe siempre estar en el acusativo con sus formas acusativas! ¿Quién une entonces el sujeto al complemento, el nominativo al acusativo, el hombre a la mujer? ¡Es el verbo, el verbo activo, muy activo, lo más activo posible; este verbo que se encuentra tan frecuentemente en el cuarto libro de *La Eneida*, que yo he debido hacerle pasar por alto por razones de pudor! ¡Este verbo, esta marca de unión que une a Eneas a la reina de Cartago! ¡*Aeneas amat Didonem*¹⁶! El matrimonio, esta es

la conjugación de este verbo desde el presente lleno de miel hasta el infinitivo repleto de amargura. Conjugue a su gusto, señor marqués. Existen cuatro conjugaciones en la existencia y la sintaxis. Unas difieren por su movimiento y su imperativo, otras por su embriaguez y su supino¹⁷, otras por su efervescencia y su gerundio en *dus, da, dum*¹⁸. ¡Conjugue, noble de los Tilos, conjugue!

-*Amo, amas, amat, amamus*¹⁹, - dijo dulcemente el joven Anselmo quien a cada suspiro vehemente de estas descripciones amorosas escuchaba mugir las hogueras de su corazón

-Bien, señor marqués -dijo el profesor limpiándose su frente diluviana-. ¡Una última opinión, y partiremos para Citeres²⁰!

-¡Hable, mi sabio Naso!

-Absténgase de admitir el pronombre en su oración: su acusativo correría los más grandes

peligros, debido a que este pronombre siempre toma el lugar del nombre o del sujeto

¡Completamente instruido por esta discusión conyugal y gramatical, el joven Anselmo de los Tilos, se cavaba noche y día el cerebro para llegar a esas capas inferiores que ocultan los misterios más deliciosos! Pero la verdad obliga a decir que no cavó durante mucho tiempo, porque sus escasas facultades se estrellaron pronto contra la roca de la ininteligencia.

Naso Paraclet estudió más que nunca estos principios de toda moral plasmados en la gramática; se remitió con éxito a la cultura moral de la hoja de vid, e hizo algunos comentarios útiles sobre las declinaciones irregulares de la lengua latina.

La ciudad de C..., en la que habitaban estos ilustres personajes, tenía unos siete mil habitantes; aunque, intelectualmente hablando, la ciu-

dad contenía a lo sumo doscientas almas, incluyendo las almas de las bestias.

Esta ciudad de provincia de estrechas calles e ideas, se levantaba a las seis de la mañana, y se acostaba a las nueve de la noche, siguiendo el ejemplo de las gallinas emplumadas en sus corrales. Durante el día, se iba a sus ordinarias ocupaciones, desayunaba a la nueve y cenaba a las cuatro; ciudad exenta de remordimiento y civilización, se acordonaba por delante, se escotaba hasta el mentón inclusive, llevaba medias negras y zapatos de escolar, peregrinaba sobre grandes pies, y golpeaba en manos aun más grandes cuando aplaudía a los virtuosos de su invención. Las mangas de los vestidos se consumían en sus brazos, sus sombreros gozaban de una virtud antiadulterina, y sus doncellas casaderas, deteniendo por medio de resistentes corsés las avalanchas de sus encantos, poseían el verdadero cinturón de castidad. Cuando la noche llegaba, la ciudad se reunía

con sus notables, se alumbraba con la linterna proverbial, y hacía resonar sus zapatos de madera sobre las angulosas calles.

¡Pero en estas tardes indescriptibles, los mamíferos no se mezclaron indistintamente! La nobleza que tenía una ascendencia de cuatro nobles generaciones, aplastó a los burgueses bajo los quintales de su desprecio. Y sin embargo, muy pocos de estos dignos aristócratas podrían comparar sus títulos genealógicos con los arrugados pergaminos del marqués de los Tilos. Todos no tenían la dicha de haber tenido un antepasado que tuvo ante Luis, el tartamudo, estima y éxito como apotecario.

¡Por tanto, a pesar de las sumas de fealdad locamente dispensadas para beneficio de los habitantes de C..., el joven Anselmo era mirado como un prodigio desde el doble punto de vista de la imperfección de los rasgos y de la nulidad de la mente! Naso era el único que se le acercaba tanto. Él se atrevía, incluso, a encontrarle un

aire distinguido; al escucharlo, era necesario estar ciego o estar a punto de serlo para encontrar a su alumno agradable, y le aconsejaba a sus detractores a ir a tocar el clarinete a través de los campos, *ite clarinettam lusum*²¹, y nuevamente, usaba el supino, visto los movimientos y contorsiones que exige el toque de este instrumento nasal.

Sin embargo, el devoto Paraclet tenía empeño en preparar a su alumno apropiadamente. Él sabía que tenía todas las debilidades humanas, como todo hombre. ¡No crea que debido a que Anselmo no sentía nada, comprendía pocas cosas, y no deseaba más, sus sentimientos estaban en el estado de quimeras o de mitos! ¡No! Su alma podía entristecerse como la de cualquier otro; no había ahogado las pólvoras de su corazón, y quizás ellas sólo esperaban un fro-tamiento fosfórico para explotar de pronto, y cubrir las virginidades circundantes de sus restos incendiarios.

¡Por eso es que Naso redobló el toque de los tambores antes las pasiones de su alumno, e hizo reventar las pieles de asnos -de las que están hechos- para entrenar a Anselmo para el asalto! Cada mañana, creía oír que el joven marqués le decía: “estimado Paraclet, ¿qué terribles insomnios me atormentan?”

*Anna soror, quoe me suspensam insomnia terrent*²², lo cual ha traducido interior y libremente por: “hermana Ana, hermana Ana, ¿ves algo venir?”.

Pero como el suelo se empolvaba y la hierba se verdeaba en la rocosa imaginación de esta naturaleza granítica, el buen profesor actuó secretamente; entró en campaña para conquistar a la fecunda novia que debía salvar a la familia de los Tilos de su próxima extinción. Y esta empresa resultaría aun más heroica que las marchas de Alejandro el Grande; Naso no se ocultaba ninguno de los peligros de su expedición y para llenar su alma con las narraciones

fabulosas de las viejas victorias, releyó día y noche Jenofonte y Tucídides. ¡Fue entonces cuando la retirada de los Diez Mil le pareció una obra maestra de la estrategia!²³

¡Pero su corazón era grande, y su amor inmenso! Nada le atemorizaba y estableció su campamento al alcance de un cañón: sobre las herederas vecinas. Es necesario decir que había asegurado sus razones, apoyándose en el árbol genealógico de los Tilos, y había protegido su ataque por las ocho mil piezas de cien soles que formaban el ingreso del joven marqués.

-Por Júpiter -se dijo-, ¿quién resistiría ataques similares? ¿La señora Mirabelle, con cinco hijas por casar? ¿El señor Pertinax, presidente del Tribunal, poseedor, se dice, de un acusativo de los más singulares? ¿El general de Vieille Pierre, quien no sabe con que nominativo puede concordar a su heredera? Se encuentran por las casas algunas declinaciones de muchachas sin uso. ¿Quién no querría unirse a la no-

ble sangre de los Tilos? ¿Qué molinero no cambiaría su molino por un traje de obispo? diría ¡*Sic parvis componere magna solebam!*²⁴

Por consiguiente, mientras que el joven marqués Anselmo, habiendo llegado al año floreciente y vigésimo séptimo de su edad, concentraba los nocturnos rayos de su inteligencia en la regla del que se sustrae; el devoto Naso montó su regenerador caballito de juguete, y picó sus espuelas con destino a las almas de las jóvenes herederas .

¡Anselmo penetraba en el espíritu de la lengua ausonia, Naso en el de la señora Mirabelle, de los Tilos se identificaba con el genio de Lhomond, y Paraclet empleaba todo el suyo para preparar entre los corazones casaderos los pensamientos matrimoniales!

La señora Mirabelle era una mujer vieja, pero viuda, continuamente vestida con su vestido de verdes colores, grande, flaca, seca, gruñona. En

su presencia, se soñaba involuntariamente con esas personas altas y flacas que abundaban en las llanuras de Champaña.

Algunos habitantes de C... de ideas extramundanas repetían que la señora Mirabelle había acostumbrado fácilmente su vida a las asperezas de su anguloso esposo.

Como quiera que fuese, cinco muchachas habían brotado de su áspero himeneo.

Estas estimables doncellas, oscilando entre veinte y veinticinco inviernos, estaban listas para casarse; su madre las conducía en el mundo bajo esta rúbrica conyugal, y las señoritas como mariposas que vuelan alrededor de una llama corrían el riesgo de quemar las faldas de su vestido, y las jóvenes muchachas agitaban sus vestidos de seda con la preocupación de no encarcelar a la menor mariposa.

¡Y sin embargo, cada una estaba orgullosa de sus cien mil francos de dote y lanzaban con un interés todo metálico miradas cargadas de fosfato de dinero; sus ojos diversamente oscurecidos como el echarpe de lirio formaban una batería de diez botellas de Leiden, donde constantemente temblaban las apetitosas hojas de oro; pero ay, las violencias de sus descargas no había golpeado a ningún hijo de familia, y todas habían vanamente gastado mucha electricidad!

¡Es que ellas se parecían más o menos a su madre, y su madre tenía un perfil desagradable!

¿Qué fracasos podían entonces esperar al devoto Naso, cuando, como el criado Landry, venía a asirse a este cinco de corazones?

Arropado con un vestido negro, cuyas faldas acariciaban voluptuosamente un tobillo excitado, decorado con un chaleco hecho para los grandes días de las reflexiones brillantes, llevando un pantalón que profesaba una lejanía

imperdonable a los zapatos de hebilla resplandeciente, el osado Paraclet se aventuró al seno de estas vírgenes que la Luna parecía haber olvidado en sus distribuciones de miel; tanteó el terreno, comprendió por los vagos suspiros el desierto de estas almas desconsoladas, y expuso su demanda en términos escogidos.

El florecimiento de estas jóvenes caras a los rayos del sol conyugal no lo sorprendió: eran un número infinito de deseos multiplicados por cinco los que iban a ser llenados; cada mañana, las incomprendidas muchachas se lamentaban con la esperanza de que llegara este día feliz, y formaban entre ellas un total de mil ochocientos veinticinco suspiros por año.

-Sí, señoritas -dijo el devoto Naso-, es un doncel de un cierto futuro y de un pasado recomendable. Su corazón es el más nuevo de los corazones para dar; su alma es virgen de emociones incandescentes. ¡Lámpara virginal que yo mismo he llenado con un nuevo aceite, yo la

he inflamado con cuidado, y sólo espera por una llama propicia que haga arder un fuego inextinguible!

-¿Y es bello? - dijeron las jóvenes a coro.

-¡Señoritas, no es bonito; es magnífico!

-¿Es rico? - dijo la madre con una unanimidad inteligente.

-¡Señora, no es rico; es millonario!

-¿Espiritual? - preguntaron las jóvenes vírgenes.

-Lo suficiente para hacer las delicias de una mujer.

-¿Y se llama?

-¡*Sed tamen, iste Deus, qui sit, da, Tityre, nobis!*²⁵
¡me hubiera usted dicho si yo hubiera sido Titi-

rio! ¡Háganos conocer ese Dios quienquiera que sea!

-¿Y bien? -exclamaron a una sola voz la madre y las hijas.

-¡El marqués Anselmo de los Tilos!

La fealdad horrible del marqués y el miedo de desposarlo efectuaron un cambio radical.

La mayor de las hermanas cayó desfallecida, la segunda experimentó un ataque de nervios, la tercera se cayó desmayada, la cuarta se cayó de espaldas, la quinta se quedó pasmada, y la madre se quedó asombrada.

Estas caídas sucesivas le recordaron al buen profesor los castillos de cartas que solía hacer en su juventud; podía haber abusado de su posición para desencadenar todas estas síncoas; pero, eminentemente casto, tomó su coraje con

una mano, su sombrero con la otra y salió diciendo:

¡Ipse gravis graviterque ad terram pondere vasto concidit![26](#)

Pero el devoto Naso tenía un gran corazón, y estas postraciones humanas estaban por debajo de él; regresó entonces con su alumno llevando un estoicismo sardónico.

¡Sin embargo, estamos autorizados a creer, que si hubiera tenido una cola, la misma hubiera estado derecha!

Anselmo de los Tilos estaba inclinado sobre la sintaxis; quizá esta laboriosa obstinación la tenía con el propósito de calmar las pasiones ardientes. Sin duda los nenúfares de la lengua latina le llegaron al cerebro, y el ardor de su sangre se calmaba en las contemplaciones particularmente antiafrodisíacas de los misterios que le invadían.

-¿Y bien - le dijo el último heredero de su nombre - , que pasó con las damas de la familia Mirabelle?

-Traduzca palabra a palabra - contestó Paraclet-; *mira*, contemple, *belle*, con cuidado, a qué familia usted pertenece, señor marqués, y no vaya usted a casarse con una persona de condición inferior! ¡Esas damas son de pequeña nobleza, de pequeño espíritu, de pequeña fortuna, y usted no tendría más que pequeños niños, lo que es algo inherente y exclusivo a los abuelos!

-¡Ay de mí! - respondió lastimosamente Anselmo.

-¡Coraje, mi noble discípulo! Después de los verbos aconsejar, persuadir, etc..., ¿cómo se expresa el "que" o el "de"?

-Se expresa a través de *ut* con el subjuntivo.

-Le doy un buen punto por esa respuesta, y me marché al instante a la casa del general de Vieille Pierre.

Lo que fue dicho, fue hecho. Anselmo continuó su deber, y Naso Paraclet, vestido como antes, dirigió sus melancólicos pasos hacia la bella Amaltulda.

¡Era la hija y el ídolo del general! ¡Cada día, sobre el altar de sus caprichos, su padre la sacrificaba de las hecatombes!

Físicamente, esta joven estaba tallada en plena carne, ancha de espaldas, fuerte de caderas, rápida de movimientos y robusta de sus miembros. Su carácter era duro, su vivacidad petulante, su temperamento indomable. En lo que concierne a lo moral, se cubría con un quepis²⁷, y se vestía con un traje de campaña; parecía hecha para llevar la mochila sobre la espalda, y no tenía necesidad de esperar a la orden para hacerse a la carga. Su padre que había estado al

mando de algunos batallones, ahora estaba siendo mandado y se batía en retirada ante todas las voluntades de su hija. Era una amazona, menos el arco y las mutilaciones necesarias para servirse. ¡En una palabra, tenía suficientes municiones en las venas!

¡Se necesitaba la unión de dos valerosos hombres como Áyax y Aquiles, para poder enfrentar a esta joven! ¡Se le tomaba por un baluarte con sus barbacas, sus aspilleras y sus catapultas, tenía los aires de un cañón cargado y listo para la metralla!

¡También, el devoto Naso, acorazado en su propia conciencia, ponía su fe en Dios, y en Lhomond, su profeta de la lengua latina!

Era un cerco, en toda la extensión de la palabra, lo que iba a hacer. ¡Importaba trazar los paralelos de la prudencia, y excavar en minas seguras! En cuanto a las razones, el buen profesor tenía bastante de aquéllas que producían un

temor indomable. Pero su partida comenzaba; preparó el ataque, y sus escudos, y se presentó en el cuartel del general.

Fue recibido por un perro vestido de portero, y, después de sus animadas insistencias, fue llevado ante la noble Amaltulda de Vieille Pierre.

La historia no guardó recuerdos de esta memorable entrevista, en la cual, en presencia del general y de su hija, Paraclet pidió esa valerosa mano para su querido alumno.

¡No se sabe si fue realmente la mano lo que le dieron en esta circunstancia, ni en que lugar la recibió! Para abreviar, después de cinco minutos de una explicación parlamentaria, el profesor se batió apresuradamente en retirada, abandonando su proyecto y su sombrero en el campo de batalla. En pocos instantes, acababa de soportar el fuego de sus adversarios, limpiar

el sudor de su frente, secar el interior de sus calzones y soportar reveses considerables.

Su huida precipitada lo llevó rápidamente hacia la grada del castillo de los Tilos; subió contando sus pasos por la escalera señorial y llegó a la habitación del joven marqués.

Lo encontró envuelto en lágrimas ante el párrafo de verbos en el indicativo en francés que debía llevar a subjuntivo en latín.

-¿Qué tiene usted, señor y estimado alumno? - preguntó Naso con inquietud.

-Buen profesor - respondió Anselmo -, la palabra cuándo está entre dos verbos, ¿necesita siempre que el segundo esté en subjuntivo?

-¡Perfectamente!

-Ejemplo: -continuó Anselmo- ve usted cuánto la amo, *vides quantum te amem*.

-¡Bravo, señor marqués! ¡Esta aplicación está llena de melancolía! ¡Continúe!

-¡*Vides quantum te amem!* Ya creo oír a la señorita de Vieille Pierre repetirme esa dulce oración.

Naso no frunció el entrecejo, pero con su voz más profesoral dijo:

-Cuando se quiere marcar desde qué tiempo algo se hace, ¿en qué caso se pone el nombre del tiempo?

-Se emplea el acusativo.

-¡Bien! ¿Ejemplo?

-Hace años que estoy unido con su padre - respondió Anselmo -, *multos annos utor familiariter patre tuo.*

-Sí, señor marqués - respondió el hábil Paraclet -, estaba fuertemente unido a su padre, y él consideraba como indigno de sí esta nobleza

que se mantiene sobre la punta de una espada. ¡Por otra parte, si el tiempo ha pasado, ponemos el nombre en ablativo con la partícula *abhinc*! ¿Ejemplo?

-Hace tres años que murió -dijo el último de los Tilos -, *tres abhinc annis mortuus est*.

-Sí, tres años, señor marqués, y sus últimas voluntades aún resuenan en mi memoria. Sin embargo la hija de un guerrero no es digna de cruzar la juventud de su raza con la antigüedad de la suya, ni de suspender su caballo de batalla en las nobles ramas de los Tilos. Si usted acepta su mano, creo que se arrepentiría, *credo fore ut te poeniteret*, como dice la gramática. Voy por tanto a visitar al señor presidente del tribunal del Palacio de Justicia, mientras que usted repetirá a propósito de nuestras investigaciones gramaticales y matrimoniales, en el caso cuando el verbo latino no tiene futuro en el infinitivo: *credo fore ut brevi illud negotium confecerit*,

creo que este asunto habrá terminado bien pronto.

Después de esto, el devoto Naso dejó a su alumno, y atrayendo a la cisterna de la adversidad el agua hirviente de coraje, se llenó de valor para ir a enfrentar al primer magistrado de la ciudad.

¡*Proh pudor!*²⁸ ¡Era romper con la costumbre! ¡Era vestir de un negro ropaje y de un toque oscuro los célebres antepasados del marqués; había algo de extraño en la conducta de Naso Paraclet! ¡Después de haber despreciado a la flor y nata de la alta aristocracia, se lanzó sobre las huellas de las herederas de segundo orden!

El señor Pertinax tenía algo en común con varios jueces de París y de la provincia: reposaba su siesta sobre el sillón del juzgado, y en las dulzuras de una ociosidad magistral, con la ayuda de una somnolencia judicial, digería lar-

gamente los alegatos y los desayunaba en la mañana.

El devoto Naso había oído decir que tenía una encantadora hija; pero nunca la había visto. El primer magistrado se encerraba en una morada inaccesible; era una especie de hombre poco comunicativo.

¡Según los habitantes más habladores, su damisela había sido educada en uno de los mejores colegios de la capital, y el cielo la había dotado de una belleza sobrenatural!

Pero estos rumores volaban raramente por la ciudad, y era necesario ser un hábil cazador de noticias para sacar algo en claro de aquellos comentarios.

Sin embargo, Naso poseía muchas en su bolsa; le daría una fortuna razonable a la joven, y a su padre los precedentes legales para formar parte de la nobleza. La confianza, por tanto, había

limpiado sus lágrimas cuando, a la salida de la audiencia, abordó al severo señor Pertinax.

El equitativo magistrado acababa de terminar un célebre asunto, que resultó ser desventajoso para los dos adversarios. El deudor había sido condenado para satisfacer al acreedor, salvando a este último de pagar los gastos, que llegaban a ser el doble de la deuda.

El honorable presidente disfrutaba de ese aire inapreciable de un hombre en que la conciencia y el estómago se olvidan diariamente de gritar; de un gesto que no carecía ni de dignidad, ni de importancia, le pidió a Naso que le hiciera conocer el objeto de su visita.

-Señor presidente -dijo el profesor confiado-, ésta es a la vez una cuestión de mano y de un asunto grande, sobre el cual reposa la salvación de la sociedad.

-Hable, señor, usted me interesa demasiado.

-Ya lo creo, señor Pertinax.

-¿Desea usted -dijo este- que para esta comunicación, haga venir al procurador...

-Inútil es molestar, señor, al ministerio público; mi explicación será breve, porque no me permitiría ser perezoso ¡*Non mihi licet esse pigro!*²⁹

-Hable entonces, señor....

-Naso Paraclet, profesor de idioma latín y de otros, futuro sucesor de Lhomond, y miembro del consejo general de instrucción pública de niños menores de siete años.

-Es suficiente - contestó el señor Pertinax, inclinándose.

-Señor -continuó Paraclet con la más amable de sus sonrisas-, estoy unido por el doble lazo del profesorado y de la amistad al hombre más rico de la ciudad, *ditissimus urbis*³⁰, y sin contradecir, al más notable de todos, *maxime omnium conspi-*

*cuus*³¹. La abolición de las prerrogativas aristocráticas ha afligido profundamente mi corazón, porque esta brillante relación aseguraba al viejo trono de una corona protectora. Soy uno de los soldados, *unus militum* o *ex militibus* o *inter milites*, dado que el nombre partitivo necesita el plural que le sigue al genitivo, o al ablativo con *ex*, o al acusativo con *inter*. Soy, he dicho, uno de los soldados de este pequeño ejército de valientes, que salvará la sociedad, levantando sus más nobles instituciones. Porque un gran infortunio nos amenaza, ¡*magna calamitas nobis imminet, impendet, instat!*³²

-Continúe, señor - dijo el presidente un poco asombrado.

-Mi joven alumno - dijo el elegante profesor -, es abundante en riquezas, y no le falta nada, *abundat divitiis, nulla re caret*³³. Sin embargo, usted posee a un noble vástago de su familia, señor presidente. ¿Por qué le preguntaría si

quiere a sus hijos? *Quoenam mater liberos suos non amat?*³⁴

El señor Pertinax se inclinó en señal de asentimiento.

-Sin embargo, mi alumno, el señor Anselmo de los Tilos, marqués de nacimiento, ha caído en el precipicio de la melancolía. Estaba colmado de pesar, *moerore confictor*³⁵. No sabía a qué atribuir su triste estado; pero hube de comprender que el amor se adentraba en él. *Teneo lupum auri-bus*³⁶, me dije en francés; es necesario casarlo. Sé que hacia él las herederas se precipitan en masa, *turba ruit ou ruunt*³⁷. Pero sólo una mujer en el mundo había fijado la noble veleta de sus incertidumbres. Encontré el nombre de esta elegida del cielo. ¡Era su hija, oh, señor Pertinax! Desde entonces usted fue el centro de mis cuidadosas investigaciones, vi su casa, *vidi domum tuam* y admiré su belleza, *et illius pulchritudinem miratus sum*³⁸.

-Dice usted que ese joven caballero ama a mi hija - respondió el presidente con una sonrisa -, o para hablar su idioma, *dicis hunc juvenem amare filiam meam*.

- ¡No, señor! -dijo Naso con calor-, porque eso sería un error de sintaxis. Y es necesario cambiar el activo en pasivo cuando hay anfibología³⁹, es decir en este caso el nominativo y el complemento francés estarían los dos en el acusativo en latín, sin que se le pueda distinguir el uno del otro. Ejemplo: usted dice que Anselmo de los Tilos ama a mi hija, *dicis Anselmem ex Tillis amare filiam meam* está mal. Debemos cambiar la oración por: usted dice que mi hija es amada por Anselmo de los Tilos, *dicis filiam meam amari ab Anselme ex Tillis*.

-Sea como sea, señor Paraclet, me temo que ese no es más que un amor sin esperanza.

-Señor - respondió el profesor calentándose -, somos nobles desde la época de Luis el tarta-

mudo; poseemos cuarenta mil libras de renta. En el nombre del cielo y de los reinos oscilantes... ¿por qué esta negativa?

-¡Porque lejos de tener una hija, sólo tengo un hijo! - dijo el señor Pertinax.

-¡Y eso que importa, señor!

-Sin embargo usted tiene una extraña confusión.

-Es cierto -dijo Naso lastimosamente-. Mi patriotismo me arrastra; ¿porqué su hijo no es su hija? ¡Pero quizá haya remedios para esto!

-¡No veo remedio alguno! -contestó el primer magistrado.

-Señor -contestó Paraclet-, usted parece estar ocupado en este momento; retomaremos más tarde esta seria entrevista.

-¡Ah, vaya! puesto que yo le repito que sólo tengo un hijo, es imposible que su marqués lo despose.

-En efecto, a primera vista, esto parece difícil, pero...

-Sus peros no se terminaron.

-¿Existen acaso algunos artículos del código contra mi proposición? -agregó el obstinado Paraclet.

-¡Ninguno!

-¡Y bien!

-Señor -dijo el presidente furioso-, ¿debo llamar a mi portero para que lo conduzca a la salida?

-*¿Quis te furor tenet?*⁴⁰ ¡No divulgue este asunto! -dijo Naso enojado.

-Si usted no se marcha -exclamó el presidente furioso-, ¡llamo a la policía de la ciudad!

-¡Usted no está en sus cabales! ¡Hablaemos luego sobre este asunto!

-¡Retírese -gritó el presidente rojo de cólera- o haré llamar a la guardia nacional!

-*Te relinquo*⁴¹ -exclamó Paraclet encolerizado y en latín. Pero aún no he dicho la última palabra y mi alumno entrará en su familia.

El primer magistrado de C... iba a pasar de las palabras a los hechos, cuando el testarudo profesor salió del palacio, y se posesionó de una furia que iba del rojo al blanco pasando por el violeta. En algunas ocasiones, silbó unos estruendosos *quos ego*⁴², a los cuales respondieron los rebeldes ecos, oponiéndose a los de los súbditos de Neptuno.

Paraclet se hallaba ofendido en sus extraordinarias combinaciones; empleó en su monólogo las enérgicas fórmulas de Cicerón, y su cólera tomando su fuente de las altas montañas del Orgullo, precipitó sus corrientes de apóstrofes y sus torrentes de invectivas entre las riberas insultantes de los *quousque tandem*⁴³ y de los *verum enimvero*⁴⁴.

Caminaba gesticulando como un telégrafo ocupado; se preguntaba si su alumno no debía tomar venganza de la negativa del señor Pertinax fundada en el vano motivo de que ¡sólo tenía un hijo! ¿No sería necesario que la sangre lavase esta ofensa? ¡La guerra de Troya le parecía haber sido provocada por intereses más frívolos! ¡Que poca cosa el honor de Menelao comparado con la desaparición del linaje de los Tilos!

Como el desfigurado profesor caminaba de forma zigzagueante, chocó contra un corpulento cuerpo.

-*Cave ne cadas*⁴⁵ -dijo.

-*Cave ne cadas* -dijo alguien.

El devoto Paraclet imaginó haberse encontrado con una piedra y su eco.

-¿Quién es usted? -dijo.

-Señor Paraclet -contestó una voz humana-, ¡soy el escribano del juzgado, tengo cabellos blancos, desearía que me escuchase!

-La corte ha deliberado -respondió Naso, con profunda ironía-. ¡Viene usted a leerme mi pena de muerte!

-Señor -dijo el escribano-, firmo las actas de mi ministerio con el nombre de Maro Lafourchette, y soy su más humilde servidor.

-¡Entonces, sirva de punto de mira a las flechas de mi cólera!

-Señor, escúcheme

-Usted, un simple escribano, un inocente portaplumas, un oscuro escritorzuelo, usted tropezaba con un hombre como yo en sus ideas y sus paseos.

-Pero, en fin....

-¡Váyase, criatura infinita!

-Sin embargo...

-¡Váyase, burgués de las leyes!

-No insulte a los pobres -articuló el escribano.
Ne insultes miseris.

-O *ne insulta* -respondió Naso.

-O *noli insultare miseris*⁴⁶ -ripostó el señor La-fourchette.

La cólera del profesor desapareció instantáneamente ante estas citas gramaticales. Había, pues, encontrado a un latinista de su altura.

-¿Para que me desea el honorable escribano? -dijo.

-Escuché su entrevista con el señor Pertinax; perdone mi involuntaria indiscreción. Puedo serle de alguna utilidad.

El hábil escribano abrió las puertas intelectuales del profesor con la doble llave de la insinuación.

-Me llamo Maro como Virgilio -dijo.

-Y Lafourchette como ninguno. ¿Entonces? -contestó Naso.

-Mi paternidad me lleva a poseer una muchacha casadera, estando en buenas condiciones. Ella está, usando el término que emplea Justiano, *viripotens*⁴⁷.

-¿*Viripotens*? -dijo Naso.

-*Viripotens* -reiteró Maro.

-Señor -respondió el profesor emocionado. ¡Este *viripotens* lo hará mi amigo para la vida entera! Entonces, esta muchacha *viripotens* se llama...

-Eglantine. Es una mujer de dulces maneras, de compañía agradable, siendo del mundo, dotada de un temperamento ferruginoso, y el matrimonio la colmará dignamente las impaciencias de su juventud; ¡si el señor marqués Anselmo de los Tilos se digna a bajar sobre ella la majestad de sus pestañas, tendremos el honor de pasar en familia la tarde de este maravilloso día!

-He ahí una bella oración -dijo Naso, que se puso a pensar.

Tenía en sus manos la posteridad de la familia de los Tilos.

-*Quota hora est*⁴⁸ -dijo.

-*Quinta*⁴⁹ -contestó Lafourchette.

-¡A las siete, el señor marqués y yo llamaremos a su puerta!

Así, estos ilustres personajes terminaron el dúo de su elocuencia científica, y Paraclet pensativo tomó el camino hacia el castillo.

¡Un mal casamiento! La hija de un escribano de provincia casándose con un ilustre de los Tilos. Este antiguo árbol agitaría, por tanto, sus blancas flores sobre cabezas prosaicas. Lejos de los campos cultivados por sus ancestros, se vería transportado a los campos de la burguesía, hechos de tierras traídas de otros lugares.

Pero, apenas había opciones. La familia iba a ser relevada, y sus descendientes traducirían su

gloria a las más lejanas generaciones. Además, Anselmo engrandecía a su esposa, y el gallo ennoblecía a la gallina.

Confortado por estas razones de corral, el profesor llegó rápidamente al castillo, anunció al joven marqués su completo éxito, calmó sus ímpetus extraconyugales, y le dio un discurso de un largo y argumentos cicerónicos acerca de las uniones legítimas consideradas desde el doble punto de vista de la moral y la procreación.

Al nombre argénteo de Lafourchette, Anselmo no frunció el entrecejo; su virgen temperamento lo sometía solamente a las formas superficiales, sin ir más allá. Eglantine era mujer; ¿qué más era necesario? Aún poseía esa edad ingenua, donde uno se casaría con una escoba vestida de mujer.

Después de la cena, el castillo en agitación procedió a vestir espléndidamente al marqués. Sus

habitantes estuvieron en pleno ajetreo durante dos horas, las cascadas de agua lustral se deslizaban sobre su cándida frente, las servilletas pensaron perder allí su blanca textura, los potes de pomada se aliviaron de sus pesos fragantes, los peines se destrozaban en medio de los vírgenes bosques que coronaban la cabeza del joven marqués, los abotonadores se resistían contra las pretensiones de las obstinadas botas, los armarios vomitaban arroyos de vestidos, los tirantes estiraban sus elásticos para conseguir las tensiones de varias atmósferas, y las infinitas corbatas desarrollaban en todos los sentidos sus variados pliegues.

A la hora fijada, el marqués parecía un oso vestido con camisa, mostrando un estómago de encaje y portando una espada de desfile.

En algunos minutos, seguido de su profesor tieso y almidonado, llegó al número 7 de la calle del Viejo Pergamino, y preparó una entrada triunfal.

La comitiva estaba completa. Estaban allí el señor Lafourchette y su hija Eglantine; su primo Boussigneau, sustituto del alcalde; los Gruñones, parientes lejanos de los Lafourchette y de toda civilización; el padrino de la joven, de nombre Protesto, alguacil jurado, y ducho en Leyes.

El salón resplandecía a la luz de dos velas que irradiaban tristemente a cada extremidad; algunos trofeos de caza de poco valor se mostraban en las cuatro esquinas, mientras que una mesa de caoba, de poca calidad, apoyando una jaula de pájaros disecados desempeñaba el rol del quinto "compañero"; las sillas y los sillones de paja ofrecían a los visitantes su dudosa elasticidad; sólo el sargento de la policía urbana, que suele ir montado a caballo, se podría sentar allí durante una hora, tomando en cuenta la dureza insensible con la cual su profesión había dotado a sus partes carnosas. En fin, se encontraba ante una ventana un piano mal dis-

puesto, que debía encerrar en su seno el fiel eco de los utensilios de cocina.

Se anunció al marqués de los Tilos. El pánico comenzó a tomar a la sociedad, pero se esfumó rápidamente. Anselmo hizo su aparición bajo los fuegos cruzados de las inquietas miradas. Los hombres se levantaron, las mujeres se balancearon, y los niños examinaban si este desconocido no tenía muchachos en los brazos y en las piernas para hacerlo maniobrar.

Naso presentó oficialmente a su alumno, y al favor de las tinieblas avaras y propicias, Eglantine Lafourchette avanzó hacia él. Ella lo saludó y cuarenta y cinco primaveras saludaron con ella. Es que ella florecía bajo el sol del verano, y del verano de San Martín; Eglantine era gruesa, corta, repleta, envuelta en masa, redonda, esférica; se cubría con cabellos arreglados al estilo de la época; extendía abundantemente las formas de una vegetación tropical.

Anselmo la encontró magnífica; era una edición aumentada de la Venus Afrodita; vista a través del prisma de las pasiones imberbes, ella podría parecer como tal. Esto fue tomado alegremente por su propia madre para la cual sin embargo ella no era más que la hija.

Para abreviar, se saludó, se cumplimentó, se tomó asiento, se habló; la conversación del tema general pasó al particular; el marqués sentado cerca de la hija del escribano conversaba tan bajo con ella que pasaron largo tiempo sin decirse nada.

Naso hablaba latín con su nuevo amigo, en el estilo del cual tomaba las maneras quintilianas⁵⁰, y le hizo parte de sus nuevas observaciones sobre las declinaciones irregulares.

Se jugó el conocido juego de las rimas; aun cuando se le explicó el juego cien veces al marqués, su inteligencia rebelde no podía comprender el espíritu eufónico, y dejó escapar

algunas desinencias heteróclitas que sorprendieron dolorosamente a la asamblea.

En cuanto al buen profesor, inmiscuía allí invariablemente a su amigo Lhomond.

El resto de la sociedad habituó sus ojos al espectáculo desacostumbrado del joven marqués, y de sus imperfecciones físicas y morales.

¡Sin embargo los dos novios, porque ellos lo eran por su amor, se embriagaban de felicidad! Pronto Anselmo se animó, habló de la irregularidad del sustantivo *cubile*⁵¹, y enseñó a su amante la declinación de *tonitru*⁵². En cuanto a lo de *cornu*⁵³, el cuerno, ella parecía saberlo de nacimiento.⁵⁴

Entonces se varió la velada con algunos juegos inocentes. En el juego de la gallina ciega, que se jugó sentado, el joven Anselmo confundía extrañamente los sexos, y no tardó en tumbar la mesa y la jaula de pájaros a los cuales no les

faltó más que una resurrección para volar. En el juego del sinónimo, donde dijo que objeto es el que quisiera tener, poderoso, sensible, del cual haría sus delicias, su estudio, su pasatiempo más dulce, aquel que metería en su corazón, bajo su almohada, en su libro de oraciones, respondió: el molino de viento.

En fin, la velada acabó bajo favorables auspicios; el joven marqués soñaba que veía pasar a Eglantine en sus sueños, Eglantine imaginaba las ingenuas delicias de un esposo inmaculado.

Al día siguiente, se decidió efectuar el matrimonio, y ocho días después las campanillas de la iglesia llevaban a las orejas de los novios mil promesas halagadoras.

¡Naso Paraclet saltó sobre un pie el resto del día! No era reconocible. ¡Sus deseos habían sido cumplidos, y veía en la posteridad de su querido alumno un largo camino para la familia de los Tilos!

¡El gran día llegó, y sin embargo los Mirabelle, los Vieille Pierre y los Pertinax no guardaban rencor!

El marqués se ruborizó como una vestal⁵⁵ en pleno día; había encendido la sagrada antorcha del himeneo, y la había mantenido con un cuidado religioso. Sus estudios latinos habían sido un poco abandonados, pero por una causa perdonable; pero, inmediatamente después que el nudo fue atado, fueron retomados activamente, y el joven Anselmo se proponía traducir palabra a palabra los amores de Dido y de Eneas.

¡Buen y cándido joven! ¡Corre a donde la felicidad te espera, a donde los placeres te llaman! ¡Abre tu seno a los poderosos abrazos de una esposa de peso! ¡Soporta a brazos abiertos las doscientas cincuenta libras de carne animada que el amor allí suspende! ¡Permite a tu inteligencia acariciar las inspiraciones poéticas del Dios de Citeres, y de una mano legítima, desata el cinturón virginal de tu fatigada novia!

El devoto profesor tomó a su alumno por su cuenta; lo instruyó de sus deberes conyugales, y le hizo una paráfrasis de toda la belleza de *duo in una carne*⁵⁶ de la Escritura. ¡El gran libro de los misterios del mundo fue hojeado sin descanso, y de sus páginas creadoras, el marqués de los Tilos tomó las enseñanzas supremas!

Después el profesor y el alumno pasaron a las deducciones prácticas de la existencia. Anselmo fue prevenido contra las tentativas desfavorables de los intrusos enamorados; sentía su frente palidecer y sus cabellos erizarse en presencia de los posibles errores de un sexo muy frágil; leyó con miedo la biografía de los famosos maridos de la antigüedad, y contempló bajo las aguas turbulentas del mundo los arrecifes que nunca sospechó; la vida y el mar le aparecían con las arenas unidas; lanzó la sonda y tocó un fondo de piedra donde se rompieron y debían de romperse aún tantos nidos matrimoniales.

¡Pero Naso le levantó la abatida moral! ¡Las oportunidades estaban de su lado en los lazos que había contraído! Eglantine Lafourchette parecía hecha para hacer a un marido feliz. Debía ser inaccesible a las seducciones heterogéneas, y sustraerse a las tentativas antimaritales. Era un campo cultivado con cuidado, guardado con ternura, cerrado con prudencia, y de su amor por Anselmo ella hacía al hombre de paja que ponía en fuga a los pájaros voraces, y los amantes devastadores.

¡El matrimonio del marqués no era más que un tema melodioso, sin variación, sin accidente, sin código, que sólo traería, a la larga, placeres y felicidad!

La velada nupcial fue movida y apasionada. El impaciente marqués quería preceder al ocaso del día; pero, valiente amigo de las conveniencias, el enérgico profesor le opuso un ablativo y una voluntad absoluta a las cuales debió obedecer.

-¡Retrase, mi noble alumno, retrase el misterioso instante, donde el futuro de sus pasiones deba fundirse con el presente de sus placeres! ¡Y recuerde las diferentes maneras de expresar la preposición *sin* delante de un infinitivo! Usted debe pasarse la noche sin dormir, *noctem insomnem ducere*, sin herir su conciencia, *salva fide*, sin pretender nada, *dissimulanter*⁵⁷ y recuerde que el matrimonio no es otra cosa que una versión y que usted debe hacer la “palabra a palabra” de su esposa antes de buscar una traducción más libre.

En fin, la estrella de Venus se elevó sobre el horizonte del placer; Anselmo apuntó allí durante mucho tiempo el telescopio de la impaciencia.

La bella Eglantine Lafourchette intentó vanamente llorar; el pudor no había podido agrandar el arroyo de sus lágrimas; no tenía nada de maldad en los ojos. Rodó sus inmensidades suavemente hacia la habitación conyugal, y la

sociedad, con aires espiritualmente ridiculizantes, desfiló ante el marqués.

Entonces Naso humedeció sus pestañas paternales de lágrimas involuntarias, y Maro, su amigo, sólo se expresaba a través de las interjecciones *O, evax, hei, heu, papae, hui*⁵⁸

En fin, Anselmo de los Tilos, hasta ese momento el último de su nombre, abrazó a su profesor, su suegro, y se fue.

Los pájaros batieron sus alas en su nido de verdor; bajo la respiración balsámica del viento, la noche agitó sin ruido las diáfanas cortinas de su cama de ébano; la estrella del pastor deslizó los rayos de sus miradas entre las misteriosas oscuridades, y el cielo, dando a los sonoros suspiros sus desafiantes ecos, vibraba en un instante de placer, de juventud y de amor.

Nueve meses después, los Tilos estaban felices y nada perturbaba la felicidad familiar de las

familias reunidas. Solamente el suegro Lafourchette, un poco fastidioso, como todos los viejos escribanos, trataba de convencer en algunas ocasiones a Naso sobre las dificultades científicas-latinas.

-¿Conoce usted a Fedro⁵⁹? -le dijo el escribano.

-¡Sin duda!

-¿Cómo traduciría usted *anus ad amphoram*?

-*Anus*, «la vieja», *ad amphoram*, «en el ánfora».

¡Es el título de una fábula!

-Usted comete un error grotesco.

-¡Por ejemplo! -dijo el buen Paraclet.

-¡Un error indignante!

-¡Señor Maro, mídase al hablar!

-¡*Amphoram* se traduce como «la olla»!

-¡Qué importa!

-¡*Ad* significa «sobre»!

-¡Y entonces!

-¡Y *anus* no significa «viejo»!

Una casta furia electrizó a Paraclet, y los dos campeones se habrían tomado por los cabellos si no hubiesen sido separados y estado cubierto con pelucas.

Pronto, estos incidentes desaparecieron; los dos campeones no excitaron más el alboroto moral. Se permitieron oxidar en la esquina de su espíritu la daga del chiste, y la espingarda del sarcasmo.

Así es que la vida era tranquila en esta ciudad de predilección donde los pavimentos disfrutaban de un reposo inquebrantable.

El marqués de los Tilos no vio una nube en el horizonte de su felicidad; algunos niños ya fuesen varones o hembras vinieron cada año a fortalecer la esperanza de una descendencia inextinguible, y el devoto Naso Paraclet, habiendo terminado algunos comentarios útiles sobre las declinaciones irregulares, se ocupó de buscar las causas secretas que, desde el doble punto de vista de la gramática y del matrimonio, imposibilitaban a los verbos neutros gobernar al acusativo.

1. Titán. Hijo de Tártaro y Gea, el más célebre de los que se revelaron contra Zeus. En su fuga fue herido por el rayo y enterrado por Zeus, debajo del Etna, cuyo volcán representa el aliento del gigante. *(Todas las notas, a no ser que se especifique son tomadas de la edición de base).*

2. Joven bitinio, esclavo del emperador Adriano, que le hizo su favorito. Se le considera como el tipo de la belleza plástica. Se ahogó en el Nilo por adhesión a su amo, quien lo deificó.

3. Naso era el sobrenombre del poeta latino Ovidio (Publius Ovidius Naso), y Paraclet uno de los nombres bajo el cual se designa al Espíritu Santo.

4. El héroe de *La Eneida* de Virgilio, es un sobreviviente de la guerra de Troya (citado por Homero en *La Ilíada*). Fundó un nuevo reino en Italia luego de los viajes y de las peripecias ocurridas en las peregrinaciones de Ulises y que son precisamente el tema de *La Eneida*.

5. El abad Charles François Lhomond (1727-1794) fue un gramático francés. Además de ser el autor de la gramática latina, también lo fue de la obra pedagógica *De viris illustribus urbis Romae*, que fue el libro de consulta de numerosas generaciones de jóvenes latinistas.

6. Curioso de ver (gramática de Lhomond, página 136).

7. Dios santo (gramática de Lhomond, página 133).

8. La virtud y el vicio son contrarios (gramática de Lhomond, página 134).

9. Fin del verso 59 del libro XII de *La Eneida* de Virgilio. La cita completa es: *in te omnis domus inclinata recumbit*, que significa "toda nuestra familia vacilante confía en tí". En Virgilio, la familia en vías de extinción es la del rey Latino y la de su esposa Amata.

10. Este parlamento del alumno es una cita inexacta de Virgilio (*La Eneida*, libro V, verso 481), donde Anselmo emplea por error *recumbit* en lugar de *procumbit*.

11. El buey cae al suelo (traducción de Jacques Perret del verso 481 del libro V de *La Eneida*).

12. Sin embargo

13. *Un hombre de buenas habilidades en el uso de la palabra.* Esta es la definición del orador expresada por Catón, el antiguo.

14. Ni por los hechos, ni por la vista, ni por el oído, ni por el tacto.

15. Según Lhomond (página 74), los verbos deponentes se conjugan en latín como los verbos pasivos. Existen los verbos deponentes de cada uno de las cuatro conjugaciones pasivas.

16. Eneas ama a Dido

17. Una de las formas nominales del verbo en latín

18. Ligero error de Verne que confunde el gerundio (declinación del infinitivo) y el adjetivo verbal en *-dus, -da, -dum* que depende del género (gramática de Lhomond, página 162).

19. amo, amas, ama, amamos (gramática de Lhomond, página 32).

20. Nombre antiguo de la isla de Carigo, donde había un magnífico templo consagrado a Venus, la diosa del amor. (*Nota del traductor*)

21. Vayan a tocar el clarinete. Según Lhomond (página 91 y página 161)

22. Noveno verso del cuarto libro de *La Eneida* donde Virgilio se refiere a Ana, quien en la leyenda cartaginesa es la hermana de Dido. Los romanos parecían haberla confundido por una falsa homonimia con una divinidad puramente local de Latio. Verne traduce libremente este verso que en realidad significa: Ana, mi hermana, que visiones me espantan y me tienen en suspenso.

23. Aquí Verne se refiere a la famosa retirada de los Diez Mil (445-355 a.c.), que fue dirigida

por el general ateniense Jenofonte. (*Nota del traductor*)

24. *Por tanto, me había acostumbrado a comparar las grandes cosas y las pequeñas.* Verne confunde dos pasajes de Virgilio, el verso 23 de la primera bucólica que cita incorrectamente cuando escribe *si parvis...* en lugar de *sic parvis...* y el fin del verso 176 del libro IV de las Geórgicas (cita célebre que muchos diccionarios *Larousse* citan): *si parva licet componere magnis*, que significa “si es permitido comparar las pequeñas cosas con las grandes”.

25. Verso 18 de la primera bucólica de Virgilio que significa “Sin embrago, dinos, Titirio, quién es ese Dios (del cual hablas tanto)”. La primera bucólica es un diálogo entre dos pastores, Melibeo y Titirio.

26. Verso 498 del libro V de *La Eneida* de Virgilio. *Coincidit* es el comienzo del verso siguiente.

27. Gorra cilíndrica o ligeramente cónica, con visera horizontal, que como prenda de uniforme usan los militares en algunos países. (*Nota del traductor*)

28. ¡Oh, que vergüenza!

29. No me permitiría ser perezoso

30. Contracción del superlativo *divitissimus*. La palabra *homo* (hombre) se presupone. La frase significa “el hombre más rico”

31. Aquí Verne copia prácticamente una página de la gramática de Lhomond con la expresión *Maxime omnium conspicuus* (el más notable de todos), la regla de los nombres partitivos y las tres formas de expresar “soy uno de los soldados” (Lhomond, página 143)

32. Un gran infortunio nos amenaza (Lhomond, página 147).

33. Es abundante en riquezas, no le falta nada (Lhomond página, 149).

34. ¿Qué madre no quiere a sus hijos?

35. Estaba colmado de pesar (Lhomond, página 156)

36. Tengo el lobo por las orejas (Lhomond, página 180). El sentido de la expresión en este contexto es: "tengo una solución".

37. En singular, *turba ruit* (la multitud se lanza) o en plural, *turba ruunt* (las gentes se precipitaron). Gramática de Lhomond, página 145.

38. He visto su casa y he admirado su belleza (Lhomond, página 169)

39. Doble sentido, vicio de la palabra, cláusula, o manera de hablar, a la que puede darse más de una interpretación. (*Nota del traductor*)

40. ¿Qué locura te posee?

41. Te dejo, te abandono.

42. Así comienza el verso 135 del primer libro de *La Eneida* de Virgilio. Esta expresión que significa “a usted que yo debería” representa la entrada de la señora Bovary, luego de la pintoresca entrada de Charles Bovary que provoca una intervención enérgica y sobreexcitada del profesor.

43. *Hasta cuando*. Expresión famosa de Cicerón.

44. Significa “Pero en realidad es que...”. Esta expresión se escribe en dos palabras, aunque Verne la escribió en una sola en el manuscrito original

45. Presta atención de no caerte (Lhomond, página. 205)

46. Las tres expresiones significan lo mismo y están contenidas en la Gramática de Lhomond, página 175.

47. Este es un término jurídico. Significa “casadera”.

48. ¿Qué hora es? (Lhomond, página 173)

49. Las cinco, literalmente “la quinta”.

50. Palabra formada por Verne. Con ella, alude al celebre escritor español Marco Fabio Quintiliano, quien fuera un gran orador en la época del imperio romano. (*Nota del traductor*)

51. La cama (Lhomond, página 102). En particular la cama nupcial.

52. El trueno (Lhomond, página 9)

53. El cuerno, ala de un ejército o de una escuadra en el ejército.

54. A continuación en el manuscrito original aparece una oración que no está completa y a la cual le faltan algunas palabras que puedan determinar su sentido. En el original aparece

Eglantine lui répondit grosse, expédition, Cour d'assise (sic). El editor ha puesto la expresión (*sic*) precisamente para significar que las palabras *grosse, expédition* y *cour d'assise* no tienen sentido para formar la oración. La palabra francesa *grosse* significa en este contexto “doce docenas”, y es una expresión utilizada en el comercio de productos como clavos, huevos, etc. La palabra que le sigue, *expédition* que significa “expedición” guarda cierta lógica con respecto a la anterior. Luego, la expresión *cour d'assise* tiene un sentido jurídico. Por tanto se ha decidido no incorporar en la edición española esta oración. (*Nota del traductor*)

55. Dícese de las doncellas romanas consagradas a la diosa Vesta. (*Nota del traductor*)

56. Dos seres en una sola carne.

57. *Noctem insomnem ducere* significa “Pasar la noche sin dormir”, *salva fide*, sin herir su conciencia, *dissimulanter*, sin pretender nada.

Estos son tres ejemplos extraídos por Verne de la gramática de Lhomond, página 266, que ilustran las diferentes maneras de expresar la preposición *sin* delante de un infinitivo.

58. Interjecciones que marcan la admiración según Lhomond, página 97.

59. Fabulista latino imitador de Esopo. (*Nota del traductor*)

Las aventuras de un capitán español por Ariel Pérez

(Introducción a la traducción española de San Carlos)

San Carlos es el segundo de los textos inéditos en español que ve la luz en menos de dos meses, luego de la aparición de El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos que fue publicada en este mismo sitio.

Y no les miento si les digo que estamos en presencia de una singular historia. En primer lugar, por el hecho de que Verne le haya dado protagonismo en una de sus historias a un hombre de nacionalidad española. Mucho se ha dicho y comentado sobre la nacionalidad que Verne solía dar a sus héroes, y estos comentarios son tan variados, que algunos lo acusan de racista, otros de chovinista. Lo cierto es que si bien Verne disfrutaba y prefería darle nacionalidad inglesa, escocesa o francesa a sus persona-

jes, son contadas las historias donde Verne inserta algún personaje de nacionalidad española. Las escasas alusiones o presentaciones de la península ibérica y de sus habitantes se remontan a los andaluces de Héctor Servadac, la escala que los personajes principales de la novela hacen en las Baleares en Clovis Dardentor, los españoles de Un drama en México y el personaje principal del cuento Gibraltar.

En el capítulo XII de su novela De la Tierra a la Luna, en el cual se habla de las donaciones monetarias hechas por varios países con el propósito de apoyar la arriesgada empresa del *Gun Club*, Verne escribe: "Respecto a España, no pudo reunir más que ciento diez reales. Dio por excusa de su mezquindad que tenía que concluir sus caminos de hierro. La verdad es que la ciencia en aquel país no está muy considerada. España se encuentra aún algo atrasada. Y, además, ciertos españoles, y no de los menos instruidos, no sabían darse cuenta exacta del

peso del proyectil, comparado con el de la Luna, y temían que la sacase de su órbita; que la turbase en sus funciones de satélite y provocase su caída sobre la superficie del globo terráqueo. Por lo que pudiera suceder, lo mejor era abstenerse. Así se hizo, salvo unos cuantos realejos”.

Evidentemente Verne no se complacía tanto en hablar de personajes españoles como sí de hombres de otras nacionalidades. Sin embargo, en San Carlos, Verne sitúa a un español -aun cuando es un contrabandista- como personaje principal de una historia que tiene un argumento muy sencillo: una banda de contrabandistas liderada por un hombre inteligente se gana el sustento a través del comercio ilegal. La banda de este hombre, que no es otro que el capitán San Carlos, es perseguida por un grupo de carabineros franceses que tratan de darle alcance para así poder capturar al fraudulento capitán y frustrar sus negocios.

La otra parte llamativa e interesante de la historia radica en el modo en que estos contrabandistas logran deshacerse de sus perseguidores, en una escena que transcurre ya al final de la historia. Debido a un ingenioso método, el cual no adelantaremos, Verne nos describe la huida de la banda, dando muestras, desde entonces, de su gran inventiva para resolver situaciones de peligro, como luego nos mostraría en toda su serie de Los Viajes Extraordinarios, donde la tecnología y la invención del hombre siempre vendrían en su auxilio en los momentos más críticos.

Solo resta comentar que los bibliógrafos de Verne ubican la escritura de este texto en el año 1865, poco después de terminar de escribir su novela De la Tierra a la a Luna y Los forzadores de bloqueos, un cuento. Las numerosas correcciones apreciadas en el manuscrito, hacen pensar que Verne tenía pensado presentar esta historia ante Hetzel sin muchas dilaciones. Por

tanto, resulta extraño que la historia no haya sido publicada hasta más de un siglo después. Al decir de los expertos en la obra verniana, esto pudiera explicarlo el hecho de que ya en ese propio año había aparecido en la revista *Musée des familles* la historia Los forzadores de bloqueos que también trataba el tema del contrabando. Aparentemente los editores de la revista no querían agobiar a sus lectores con la publicación de dos historias de similar corte en un mismo año.

Este texto permaneció, por tanto, inédito hasta el año 1991, cuando fue publicado, junto a otros cinco textos inéditos, en el libro *San Carlos et autres récits inédits* (San Carlos y otros cuentos inéditos) publicado por *Le cherche midi éditeur* en París. Tal y como señala Christian Robin en su introducción, Verne procedió a hacer algunas modificaciones en la ortografía de ciertos toponímicos, lo que resulta algo poco común en sus escritos donde siempre respetaba fielmente

todos los nombres y lugares geográficos. Ya fuese por la rapidez de la transcripción o quizás por la voluntad de desorientar al lector, Verne escribe Catarave en lugar de Catarrabes. Los lagos de Arastille en el relato parecen ser los lagos de Aratille, y el pico de Estour parece ser una alteración del pico de Estom.

Sin más preámbulos disfruten, pues, de este texto donde Verne nos da a conocer las aventuras de un capitán español a través de una historia de contrabando.

San Carlos

- ¿Ha llegado Jacopo?

- No. Hace dos horas que tomó el camino a Cauterets; pero debe haber hecho grandes rodeos para explorar los alrededores.

- ¿Alguien sabe si el bote del lago de Gaube es aún conducido por el viejo Cornedoux?

-Nadie, capitán; hace tres meses que no hemos ido al valle de Broto¹ -respondió Fernando-. Estos infelices carabineros conocen todas nuestras guaridas. Ha sido necesario abandonar los caminos habituales. Después de todo, ¿qué gruta o cueva de los Pirineos les son desconocidas?

- Eso es cierto -respondió el capitán San Carlos-, pero aun cuando este país me haya sido completamente desconocido, era imposible permitirme cualquier vacilación. Del lado de los Pirineos orientales, fuimos perseguidos día y noche, y expuestos a innumerables peligros, por medio de artimañas que casi no podían ser puestas en práctica, apenas reuníamos nuestro sustento para la jornada. Cuando uno se juega la vida, es necesaria ganársela; allá abajo no teníamos nada más que perderla. ¡Y este Jacopo que no acaba de llegar! ¡Eh, ustedes! -dijo, dirigiéndose hacia un grupo compuesto por siete u ocho hombres recostados a un inmenso bloque de granito.

Los contrabandistas interpelados por su jefe se volvieron hacia él.

- ¿Qué quiere usted, capitán? -dijo uno de ellos.

- Ustedes saben que se trata de hacer pasar inadvertidos diez mil paquetes de tabaco prensados. Es dinero contante. Y encontrarán bien que el fisco nos deje esta limosna.

- ¡Bravo! -dijeron los contrabandistas.

- Abandonamos Jaca sin grandes penas, y gracias a nuestra lejanía del camino de Zaragoza que hemos tomado por la derecha, llegamos esta mañana a Sallent de Gallego. Allí, se nos repartieron libremente las mercancías en diferentes sacos. Hemos llegado al valle de Broto; aun cuando esos parajes estuviesen plagados de hombres vestidos de verdes, hemos podido atravesar la frontera de Francia, y estamos aquí

a un día de Catarave donde, en efectivo, seremos retribuidos con buenos sonoros escudos.

- En marcha entonces -dijeron los más dispuestos de la banda.

- Paciencia -dijo San Carlos. Nos queda por hacer lo más difícil. Estamos acampados a dos leguas² de los lagos de Arastille y de Gaube, quedando la ruta a Cauterets a nuestra izquierda. Si llegamos a esos lagos, despistaremos fácilmente a los carabineros que nos persiguen. Conozco por allá una embarcación conducida por un tal Cornedoux, que le jugaría más de una mala pasada, y en algunas horas les haremos perder nuestras huellas entre los bosques de Geret.

- Ah, entonces capitán -dijo uno de los contrabandistas-, ¿tiene usted el mapa del país?

- Sí, no temas, y déjame a mí solo el cuidado de manejar bien este peligroso asunto.

- ¡A sus órdenes, capitán! ¿Qué ordena usted para el próximo cuarto de hora?

- Mantengan sus armas listas y quítenles el polvo. La oscura noche y la humedad favorecerán a nuestros malditos perseguidores. Es una fatalidad que Jacopo no esté de vuelta. ¡Recuerden que esos paquetes de tabaco, como nobles extranjeros, deben entrar a Francia sin pagar derecho! Pero tengan en cuenta que no anunciaremos su llegada a golpe de tiros de carabina. Revisen entonces las balas de sus fusiles, y asegúrense que estén en estado de hablar para responder a la primera pregunta. ¿Qué escucho a lo lejos?

San Carlos interrumpió su serie de recomendaciones y puso su oreja en el suelo.

- Es el paso de Jacopo -dijo, levantándose-, lo reconozco; pero es necesario que suba por la ladera opuesta del pico. En una media hora estará aquí. Descansen entonces; con coraje y

con prudencia. Duerman, amigos, con los puños cerrados y el ojo abierto; a la hora necesaria, los despertaré. Buenas noches³

-¡Si Dios quiere!³

Los contrabandistas, dóciles como grandes niños, se cubrieron con sus mantas; con la carabina en la mano y exhaustos por el transporte de las mercancías durante muchas leguas, no tardaron en dormirse.

El capitán San Carlos permaneció pensativo cerca de una roca.

La noche caía sobre el valle de Broto, y el silencio acompañaba su tenebrosa llegada. La parte inferior de los glaciares se llenaba de una sombra húmeda, mientras que en el horizonte los picos negros del Estour se iluminaban aún con los últimos destellos de la atmósfera. Eran las nueve de la noche; todas las estrellas habían desaparecido del cielo, que había abierto todas

sus maravillas nocturnas detrás de la gruesa cortina de profundas tinieblas. El tiempo se recargaba con esa pesantez con la cual se cargan muchas veces los últimos meses del otoño; sin embargo, las largas nubes, que parecían detenidas por las altas elevaciones de las montañas no encubrían ninguna tormenta en el seno de su negra inmovilidad. Ya la temperatura refrescaba con la cercanía del invierno, pero el suelo, aún caliente por los últimos rayos del sol del mes de septiembre, compensaba generosamente los primeros fríos que emitían las acumuladas nieblas. La atmósfera respiraba apenas y tomaba el ejemplo de estos contrabandistas silenciosamente dormidos, a los cuales sus sueños no los podían traicionar a tres pasos de distancia. Estos hombres, tranquilos como las masas gigantescas que pesan sobre sus cabezas, parecían vivir esta vida estable y accidentada de las naturalezas montañosas; en algunas oportunidades, inamovibles, pegados al suelo, sin movimiento apreciable, parecían petrifica-

dos como las inmóviles rocas sobre las cuales reposaban; en otras, hábiles, impetuosos, alborotados, se les pudiera tomar por esos torrentes brillantes y rápidos con el cual el Gave anima en ocasiones las sinuosidades salvajes y multiplicadas de su curso. En medio de su existencia sosegada de contrabandistas, en los encuentros con sus temidos enemigos y durante la espera de algunas horas que les traen a veces la ignorancia y el cansancio físico, se comportan como los verdaderos nativos de esas montañas perdidas, los hombres de esta naturaleza incomprendible, hechos de rocas, de torrentes y de nubes.

La tropa del capitán San Carlos estaba acampada en una especie de nido de águilas, formado por una gruta encajada entre oscuridades inaccesibles. Un camino conocido sólo por el jefe, que serpenteaba a lo largo de la ladera meridional de la montaña, les provocaba todo tipo de vértigos. Un gigantesco pino, inclinado

sobre este escondido retiro, hacía su descubrimiento más que problemático. Sólo el azar, ese traidor de doble cara que pasa eternamente de un campo enemigo al otro, conocía, al igual que el capitán, este oscuro camino lleno de piedras rodantes.

Al amanecer se puede ver, desde este retiro, pintarse en el horizonte la gigantesca barrera que separa a Francia de España, esa cadena de montañas que surca incesantemente el horizonte en una longitud de cuatrocientas treinta leguas; hacia el sudeste, la brecha de Roland, elevada a mil cuatrocientos sesenta metros, al pie de la cual los contrabandistas habían pasado la noche, habría golpeado las miradas por el impresionante precipicio de sus laderas y el ojo hubiera buscado vanamente la cima del monte Perdido, el pico más elevado de los Pirineos, cuyas cimas vertiginosas se envuelven eternamente en su blanco manto de nieve.

Hacia el Norte, las innumerables ramificaciones del Gave, los encantadores lagos de estos valles encadenados, los bosques felizmente agrupados en las laderas de las colinas hacen un contraste pintoresco con las rudas maravillas del Sur. Es éste el regreso a una naturaleza más agradable y más dulce; no había que descender para encontrar los campos civilizados y los espíritus cultivados, pero para alcanzar el área del capitán San Carlos, había que escalar enormes montañas. Jacopo no podía, por tanto, llegar tan rápido.

Esperándolo, San Carlos estaba descansando en una postura pensativa. Era un pequeño hombre, flaco, nervioso, de rasgos poco distinguidos. Un original sin copia entre los tipos de contrabandistas de la Ópera Cómica. Astuto por naturaleza, inflexible de carácter, saqueador por necesidad, fecundo inventor de artimañas matemáticas, sus planes de campaña no eran más que difíciles teoremas que resolvía

por los principios de la geometría práctica. Estas demostraciones estaban por encima de la inteligencia de sus compañeros; no mostraba jamás a las circunstancias ese genio del instinto que, en los casos desesperados, hacía brotar las más maravillosas combinaciones. No había casos desesperados para el capitán San Carlos; cada situación difícil de antemano prevista tenía su solución lista, aun cuando, en los peligros inminentes, la astucia del jefe no le podía faltar.

Sus compañeros sabían bien quien era el hombre que los comandaba; también tenían en él una fe católica; no era por la fuerza física que San Carlos dominaba su tropa de semibandidos, era por la fuerza moral. Además, hábil en los ejercicios corporales, ágil como una gamuza, clarividente como un águila, manejaba adecuadamente su carabina de largo cañón cuyo impacto sorprendía desagradablemente a los hombres vestidos de verdes, quienes tenían una

dolorosa experiencia. Estaba vestido, como los otros, con chaqueta y pantalones de color, un cuchillo de caza cuidadosamente afilado, se enfundaba en su cintura; un gran sombrero se extendía sobre la mochila de seda coloreada que se balanceaba sobre su espalda. Un pañuelo anudado alrededor del cuello y unas ligeras alpargatas en sus pies completaban su vestimenta; su carabina descansaba cerca de él y su manta estaba descuidadamente tirada en el suelo, entre los sacos de pieles donde se ocultaban las mercancías prohibidas. Sus compañeros dormían; él esperaba con paciencia.

Una especie de grito producido por el temblor de unos labios se hizo escuchar. San Carlos respondió y pronto, Jacopo estaba a su lado.

- ¿Y bien?

- ¡Malas noticias!

- Tanto mejor.

- ¿Por qué?

- Porque las malas noticias me permiten actuar con certeza, las buenas serían engañosas y me dejarían turbado.

- Se conoce de nuestra expedición; los carabineros nos buscan.

- ¡Los evitaremos!

- ¡Dios lo quiera!

- ¿Hasta dónde has ido?

- Hasta los lagos.

- ¿Y el barquero?

- No lo pude ver; los hombres vestidos de verdes estaban por allá.

- Atravesaremos la ruta de Cauterets y llegaremos más arriba al lago de Gaube, para evitar

todos los cursos de agua del Gave que atraviesan los bosques de Geret.

- ¿Cómo atravesaremos el lago?

- No te preocupes por eso, Jacopo; antes de llegar, tendremos un reencuentro con los carabineros.

- Diablos -dijo Jacopo-, tanto peor.

- ¿Por qué?

- Es que el sargento Francisco Dubois, que nos ha venido persiguiendo desde Cerdeña, ha encontrado nuestra pista. Le ha jurado a sus grandes dioses capturarlo a usted muerto o vivo y encabeza el destacamento que está acampado en los lagos de Arastille.

- Tomaré mis medidas

- ¡Usted sabe, capitán, que su cabeza tiene puesto un precio! Usted tiene allí una carabina

que habló un poco más alto en el último encuentro, y tan alto que ha hecho silenciar a más de un perseguidor enemigo.

- No te preocupes por mí. Despierta a los otros, y pongámonos en marcha.

- No he venido solo, capitán -dijo Jacopo, deteniendo a San Carlos-. Tengo un hombre que quisiera tratar con usted por uno o dos paquetes de cigarros.

- Bien. Dile que venga. Y que se prepare.

Jacopo se retiró; San Carlos se quedó solo reflexionando un instante y dijo, frotándose las manos:

- Seremos dignos del honor que nos quiere hacer el señor Francisco Dubois. No me desagradaría conocerlo.

Jacopo regresó, seguido de un campesino de las montañas, e inmediatamente fue a despertar a sus compañeros.

- ¿Es usted el jefe? -preguntó el campesino.

- Después hablamos -dijo San Carlos.

- ¿Existe alguna manera de tratar con usted?

- Después -respondió San Carlos-. ¿Qué quieres?

- Puesto que usted vende sus mercancías a los negociantes de las villas, usted bien pudiera hacerlo conmigo, si le pago a buen precio.

- Según. ¿Qué mercancías tu quieres?

- Lo que usted tiene.

- ¿Qué?

- Los cigarros.

- ¿Quién te lo dijo?
- Nadie. Un contrabandista siempre tiene cigarrillos.
- ¿Cuántos necesitas?
- Mil.
- ¿Dónde vas a venderlos?
- Del lado de Tarbes. Allí gano la comisión que nos dan, por revendernos las mercancías, los negociantes de Catarave.
- Bien, podremos ponernos de acuerdo. Pero...
- ¿Qué?
- ¿Cómo harás para llegar a la villa más cercana?
- No será muy difícil.
- ¿Y para escapar a los carabineros?

- ¡Diablos! ¡Le seguiré!
- ¡Ah! ¡Ah!
- He venido antes para asegurarme de su promesa.
- Pero, ¿sabes quién soy?
- ¡Qué pregunta! Usted es San Carlos.
- San Carlos. ¿Quién te lo ha dicho?
- ¡Diablos, los carabineros!
- ¡Los carabineros! ¿Dónde están?
- Cerca de los lagos de Arastille.
- ¿Les has visto?
- Como lo veo a usted, capitán San Carlos.
- Eso es bueno. Espera aquí.

- ¡Jacopo! -gritó en voz alta San Carlos.

Jacopo caminó hacia donde se encontraba el capitán, que lo llevó algunos pasos más allá del campesino y le dijo en voz baja:

- ¿Dónde están los carabinieri?

- En los lagos de Arastille.

- ¿Estás seguro?

- Muy seguro

- ¿Se lo dijiste a ese hombre?

- No. No he hablado con él.

- ¿Te ha parecido que tenía intenciones de hablar?

- No ha abierto la boca en todo el camino.

- ¿Dónde lo encontraste?

- En el camino a Cauterets.

- ¿Y qué te dijo?

- Me dijo: "Necesito cigarros". Le respondí: "Venga conmigo".

- Partamos.

San Carlos se dirigió al campesino.

- Vendrás con nosotros -dijo-, ya nos pondremos de acuerdo en el camino.

- A sus órdenes.

El capitán se dirigió hacia su tropa; los contrabandistas ya estaban en pie. Se habían echado sus mantas sobre los hombros, puesto sus carabinas en forma de cabestrillo, y sujetado sobre sus espaldas, por medio de cuerdas artísticamente hechas, los sacos de mercancías.

La oscuridad era completa, el camino estrecho y rocoso; este camino parecía colgado por casualidad a las laderas de la montaña, y en ocasiones proyectaba precipicios impenetrables. El pie vacilaba sobre estas piedras rodantes que centelleaban al chocar. Una sola persona podía pasar de frente por este camino inseguro. San Carlos se encontraba a la cabeza de la tropa y el campesino iba detrás de él, seguido de los otros contrabandistas. Era necesario estar habituado a estas sinuosidades aéreas para no precipitarse desde las mortales alturas.

El capitán marchaba sin vacilar entre estos salientes gigantescos, y desenredaba instantáneamente el misterio de esos senderos. Luego de un cuarto de hora de marcha, giró hacia la izquierda, y se encontró al pie de una elevación por la cual debía subir.

Los contrabandistas engancharon a sus pies unas grampas de hierro y comenzaron su ascensión. Ayudados por ese punto de apoyo,

llegaron sin muchos problemas a la cima de la elevación. El campesino los había imitado y se había servido de los mismos instrumentos.

- ¿Estás habituado a esta clase de viajes? -le dijo San Carlos.

- Sí. Esta no es la primera vez que veo estas tierras.

- ¿Es cierto eso? -dijo el capitán.

- ¡Es cierto! Antes que el capitán Urbano fuese detenido por los contrabandistas franceses, yo marchaba junto a él. Me vendía sus cigarros a una buena suma, y le pagaba bien. ¿Conoce a Urbano?

- Sí. Era un hombre bravo y, si la traición no lo hubiera detenido, aún estuviera defendiéndose con su fusil de esos carabineros del Diablo.

- Pero, se encontró con un rudo sargento.

- ¿Quién?

- Francisco Dubois. Tiene, diablos, mucha reputación. En estos momentos comanda un destacamento en los puertos de Cerdeña.

- Al contrario. Está en los alrededores de los lagos de Arastille.

- No es posible -dijo el campesino sorprendido.

- Y ha jurado que, muerto o vivo, se apoderará del capitán San Carlos.

- ¡Ah, capitán! Tenga usted cuidado. Aun con el respeto que le debo, no pagaré mucho por su mercancía.

- ¿Y por qué?

- Porque corre el gran riesgo, tanto como usted, de no llegar a Catarave.

- ¿Crees eso?

- Ya lo creo. Digamos que no ha ocurrido nada, que no le he pedido nada. Me iré sin sus cigarrillos y usted seguirá adelante sin mi compañía.

- ¡Tienes miedo! ¡Entonces, ese Dubois es terrible!

- Ah, ya lo creo... ¡Usted no lo conoce bien!

- No. Él ha aprendido que los carabineros no pueden venir detrás de mi tropa, y me ha perseguido desde Cerdeña sin poderme alcanzar. Por otra parte, parece que es un hombre bravo, por tanto lo estimo, y estoy encantado de enfrentármelo. ¡Astucia contra astucia! ¡Habilidad contra habilidad! Tenemos la ventaja. Él tendrá más posibilidades de hacer emboscadas que de descubrirlas. ¡El sargento Dubois no se apoderará jamás del capitán San Carlos!

- ¿Por qué?

- Porque se vanagloria demasiado de prenderlo.

La tropa se había alejado bastante del camino de Cauterets, que habían tomado por la izquierda. Los contrabandistas se detuvieron y San Carlos salió a explorar los alrededores. El campesino quiso acompañarlo.

- Espera aquí -dijo el capitán.

- Pero, por favor, déjeme ir.

- No.

- ¿Por qué esta negativa, capitán?

- Porque eres un poco más cobarde de lo normal.

El campesino se calló y se quedó con el resto de la tropa. San Carlos avanzó por el camino. Todo parecía tranquilo. Había, a cada lado, grandes grupos de rocas difíciles de atravesar.

A cualquier otro le hubiese parecido sencillo seguir el camino trazado, debido a que los carabineros buscaban y caminaban por los senderos impracticables. Pero San Carlos tenía su plan, y les hizo una señal a sus compañeros para que lo siguieran.

- ¿Qué camino es este? -le preguntó al campesino.

- El camino de Cauterets.

- Bien -dijo San Carlos.

Ellos lo atravesaron y se abrieron paso a través de las piedras y las rocas. Estas aglomeraciones titánicas parecían sobrenaturales. El campo de batalla donde Júpiter derrotó a los gigantes aliados debía estar también sembrado con sus proyectiles que se dirigían contra ellos. Cerca de bloques inmensos, que sólo la mano de Encelado⁴ habría mantenido en pie, inmóviles cascadas de piedras saltaban en las laderas del

camino. Estos guijarros de formas redondas debían librar ensordecedores combates en las tormentas pirineas y el silencio que pesaba sobre tantas rocas equilibradas contrastaba con estas meticulosas aglomeraciones en las cuales cada grieta encerraba un eco, y en la cual cada eco estallaba como un trueno. Al cabo de una media hora de marcha, los hombres de San Carlos se detuvieron. Habían llegado a uno de esos lugares secretos donde los contrabandistas perseguidos muy de cerca entierran con presteza sus mercancías prohibidas. San Carlos hizo retroceder al campesino algunos pasos y se aseguró que la gruta estuviese vacía. Se dirigió a sus compañeros y ordenó reunir los sacos que habían sido cargados.

- ¿Cuántos cigarros quieres? -le preguntó al campesino.

- Un millar, si es posible.

- ¿Cuánto pagarás?

- Capitán, sus negociantes los venden a cuatro soles en Francia, luego el gobierno los vende a cinco⁵. Quiero ganar tanto como pague.

-Serán treinta escudos -dijo San Carlos.

-Veinticinco escudos⁶. No rebajaré más.

-Treinta escudos⁷, mi bravo. Es lo menos que se puede pagar por los prensados de tabaco por los cuales hemos tenido que enfrentar al sargento Francisco Dubois.

-Y Dios me salve -dijo el campesino-, no llegarán a su destino. Veinticinco escudos contantes y sonantes. Los venderé a cincuenta⁸ y me ganaré setenta y cinco francos.

- ¡Sea! Toma uno de esos sacos. Ellos contienen mil.

El campesino se dispuso a abrir el saco.

- ¿Dudas de nosotros? -dijo el capitán.

- No. Pero me gusta hacer los negocios limpiamente.

- ¡A tu manera! ¿Y el dinero?

- Aquí tiene quince bellas piezas de Francia.

- ¿No tienes monedas españolas?

- Por el momento no, capitán.

- Bien. Apresúrate. Partiremos enseguida.

El campesino abrió el saco, examinó el contenido y lo cerró hábilmente sin que se viesan deslizarse nuevos cigarros entre las otras mercancías. Hecho esto, se echó su fardo al hombro y la tropa, a una orden de San Carlos, lo siguió a través de las sinuosidades laberínticas. El capitán retomó la conversación con el campesino.

- ¿Se dirige usted hacia los lagos? -dijo este último.

- No -respondió San Carlos-, voy a hacerle una jugarreta a Dubois. Voy a ir simplemente hacia el valle de Argelia dando un rodeo y, de allí, me iré a Catarave.

- ¿Y la posta de Fourmont?

- Es sorda y ciega.

- Me gustaría mejor ir por los lagos, los carabineros no tienen embarcaciones. Llegaremos a la costa mucho antes de que ellos hayan llegado y entonces las mercancías estarán seguras en los bosques de Geret.

- Diablos, mi bravo -dijo San Carlos-, concoces el país. Pero, entonces a qué vienen tantas precauciones. Tengo, entre los carabineros, gente de la cual me puedo fiar y que no permitirán que me bloqueen el paso.

- Entonces -dijo el campesino, encogiéndose de hombros.

- Bien -dijo severamente San Carlos- dices que...

- ¡Digo que es imposible!

- ¡Pero tú deberías saberlo, tú que lo sabes todo! Y a propósito, ¿por qué no te haces contrabandista?

- No me gustan los tiros.

- ¿Y si tenemos un encuentro?

- Me lanzaré a tierra.

- ¡Vamos, eres más cobarde de lo normal! Ya te lo he dicho.

La banda había llegado a un gran camino un poco menos rocoso que los senderos impracticables hasta ahora recorridos por ellos. Algunas plantas mostraban sus tiernas cabezas entre las piedras menos unidas, y tenían sus bellos ojos cerrados hasta el naciente amanecer. Los flotan-

tes penachos de saxífraga⁹ de larga hoja se hundían con melancolía y, en su sueño, olvidaban la rival proximidad del cardo carmesí y de la carlina¹⁰ de hojas de acanto. Varios matorrales de variadas especies confundían acá y allá sus silenciosos tallos. Los rododendros¹¹ habían apagado los rayos sin número que, en los bellos días de sol, van dibujando en la fecunda corola sus colores más vívidos y los lirios blancos, habiendo misteriosamente acercado los lóbulos de su cáliz de satén, esperaban en silencio el comienzo de la próxima aurora, para dirigir al cielo, con el canto de los pájaros y las acciones de gracias del hombre, sus brillantes plegarias y sus himnos de fragancia.

Pero sobre todas estas poesías circundantes se extendía una noche pesada y negra, burguesamente inconsciente de las bellezas que tocaba, y de los rayos que desvanecían su oscuridad. No se enrojecía por los tintes hotentotes y los colores abisinios con los cuales se enmascaran las

más frías creaciones. Pero los hombres del capitán San Carlos no se preocupaban demasiado, y, habiendo llegado al camino, no se percataron del cambio de vegetación. Ignoraban dónde los llevaba su jefe, y ninguno de ellos le había dado a estas tierras desconocidas su verdadera latitud.

San Carlos seguía su plan. Había multiplicado, a propósito, los rodeos del viaje a fin de no despertar sospechas. Y era el camino de Cauterets, ya atravesado, el que recorría para llegar al lago de Gaube.

- Eh, amigo -dijo, dirigiéndose al campesino.

- ¿Capitán?

- ¿Dónde estamos?

- Usted pregunta que dónde estamos -dijo, sorprendido, el campesino.

- Sí. ¿Cuál es este camino?

- El gran camino de Argelia.

- ¡Muy bien! Eres fuerte en tu Geografía. Mi buena estrella me ha hecho encontrarte, porque sin ti me hubiese perdido en estos confusos laberintos. Gracias.

- Entonces, capitán, ya que se acerca usted al lugar donde va, lo abandono.

- Aún no.

- ¿Por qué?

- He aquí el porque, amigo. Dos de mis hombres te van a vigilar.

- A mí –dijo, completamente sorprendido, el campesino.

- A ti. ¡Porque este camino no es el de Argelia, es el de Cauterets por donde hemos pasado hace una hora! Entonces, o no eres del país o sí lo eres. Si lo eres, entonces me has engañado

con conocimiento de causa y me quieres hacer perder. Si no lo eres, me has engañado diciéndome que eres nativo de la región y aliado del capitán Urbano. En los dos casos, eres un mentiroso y a un mentiroso en estos caminos se le llama un espía. Podría romperte la cabeza, pero no lo haré.

El campesino no respondió. Fue a tomar puesto al final de la tropa, entre dos contrabandistas que escrupulosamente le servían de escolta. San Carlos no se ocupó más de este asunto; haciendo apurar el paso a sus compañeros, y dejando a su derecha, en el horizonte, los lagos de Arastille, se dirigió al lago de Gaube.

Se veía ya el monte Viñamala que se baña en sus límpidas aguas. Quedaba una media hora de marcha. El capitán retomó el camino a través de tierras raramente pisadas por el paso del hombre; su fatigante marcha fue de pronto interrumpida por unos muros de granito que era necesario franquear desgarrándose las manos y

las rodillas. Algunos cursos de agua sin profundidad fueron felizmente atravesados; los contrabandistas no emitieron queja alguna sobre la duración del viaje y la aspereza del camino.

El capitán San Carlos quería poner entre sus perseguidores y él esa extensión de agua difícilmente abordable. Esperaba encontrar esa embarcación que él solo conocía y que el viejo Cornedoux reservaba previamente para sus expediciones más aventureras; los carabineros podrían difícilmente perseguirlo, y en poco tiempo llegaría a los bosques sombríos y espesos donde sus huellas se perderían fácilmente. Pero, para esto se necesitaba prever todo y tener todo previsto: que Cornedoux no estuviera, que la embarcación hubiese sido destruida. San Carlos se dirigía hacia el pico del Estour¹² donde, en los lugares ocultos marcados con anterioridad, depositaría en lugar de seguridad sus mercancías de contrabando. La imperfec-

ción de las noticias de Jacopo lo dejaba en la disyuntiva de ir o la derecha o a la izquierda del lago. En cuanto a los espías entre los carabineros, no tenía ninguno; esto sólo lo había dicho para asustar al traidor introducido en su tropa que se había jactado de esas ayudas foráneas.

Hacía algún tiempo que los contrabandistas avanzaban hacia el noroeste, más silenciosos que los fantasmas de las leyendas. El peligro se acercaba con el lago. Las balas mortales iban de cada recodo del camino, quizás, a asaltar a la pequeña tropa. Detrás de cada roca podía centellear alguna luz y salir una lluvia homicida. También, los ojos estaban atentos, las orejas abiertas, las manos cerca de la carabina, pero el corazón estaba en el corazón, y ni un latido más rápido traicionaba una emoción imposible, un terror desconocido. Por estos senderos estrechos, los contrabandistas marchaban en fila. San Carlos a la cabeza. El campesino se hallaba

detrás, entre los dos hombres que lo vigilaban activamente. Al menos, no parecía preocupado, y fumaba despreocupadamente un excelente tercena³ que había sacado de su bolsillo.

- ¿Desean alguno? -le dijo a sus guardianes.

No hubo rechazo.

El campesino les había dado a escoger algunos en el saco recientemente comprado y los contrabandistas mascaron entre sus dientes dos excelentes prensados³. Pero, al cabo de algunos instantes sus cabezas le pesaban, sus piernas se doblaban, sus ojos se cerraban obstinadamente, y pidiendo ayuda llamaron a sus camaradas que estaban tan ocupados que no se habían dado cuenta de nada. A sus llamadas, éstos se detuvieron y en un momento, San Carlos se acercó a ellos.

- ¿Qué pasa? ¿Qué tienen?

Grandes bostezos le respondieron y los dos hombres cayeron a tierra en un estado de completa somnolencia.

- ¿Dónde está ese campesino? -preguntó San Carlos.

Se miró en los alrededores: nadie. Había huido, luego de haber adormecido por medio de cigarros cargados de opio a los guardias destinados a su custodia.

- ¡En marcha! -gritó San Carlos-. Se despertarán mañana. No tenemos un minuto que perder, camaradas. El enemigo está ya sobre nuestros pasos. Sus vidas dependen de su rapidez. En un cuarto de hora estaremos en el lago. Los carabineros no tienen embarcaciones para perseguirnos. En marcha, y pobre de los rezagados.

El capitán recogió los sacos abandonados por los dos adormecidos guardias y se dirigió con

sus ocho hombres a través de los caminos. La noche redobló su oscuridad. El monte Viñamala se dibujaba entonces con sus pendientes imposibles. San Carlos conocía una grieta estrecha hundida entre dos conos trazados perpendicularmente, en la cual no se apuró a esconderse, y por tanto, del lado del lago, un solo hombre hubiera ametrallado la banda a su gusto. Los contrabandistas serpenteaban en medio de las profundas tinieblas, extendían sus manos para no herirse con los agudos salientes, y gateaban en algunas ocasiones para franquear una depresión de la roca. ¡Se diría que era una larga culebra que se arrastraba sin ruido en las grietas de un muro en ruinas!

A la extremidad de esta zanja aplastante dormía el lago de Gaube. Allá, los carabineros esperaban sin duda una presa inevitable. San Carlos contaba sin embargo con su ignorancia de los lugares en general y de esta roca en particular. Una vez llegado a la rivera, estaba a

cien pasos de la cabaña del viejo barquero y su embarcación lo ponía al seguro.

Pero, ¿existía la embarcación? ¿Estaría el barquero en su casa? ¿No irían los carabineros a diezmar la tropa?

San Carlos se acercó a la extremidad opuesta. Avanzó solo, gateando y con una habilidad tal que su marcha no lo hubiera denunciado a la oreja más atenta. Salió de la brecha, asomó la cabeza, y no vio nada. Se deslizó hacia la orilla... ¡Nada! Ya se dirigía hacia la cabaña cuando vio un hombre inmóvil al borde del lago. Llegó cerca de él, sin llamar su atención, lo agarró por el cuerpo y le puso la mano en la boca.

- ¡Oh, Dios! -dijo este.

- ¡Cornedoux! -dijo San Carlos.

- San Carlos -dijo Cornedoux.

- ¡Calla! Estamos rodeados.

- Sí. Los carabineros andan por allá.
- Y la embarcación, ¿está en buen estado?
- Está lista.
- Desamárrala y dirígete a la orilla del lado de la brecha
- De acuerdo, capitán.

San Carlos regresó con su tropa, le hizo signo de avanzar y se reunió con ella en el momento en que la embarcación llegaba a la rivera. San Carlos embarcó con sus ocho hombres. El barquero permaneció en tierra y los contrabandistas zarparon.

- ¡Estamos salvados! -dijo San Carlos- Remen fuerte.

El lago de Gaube no tenía más que una legua y media de ancho¹³. Es profundo, frecuentemente de veinte a veinticinco toesas¹⁴. Allí muchos

arroyos, pequeños afluentes del Gave, desembocan. Esta situado a una legua del puente de España que se encuentra sobre uno de sus afluentes y a dos leguas¹⁵ aproximadamente de Caunterets y de Catarave.

La embarcación que dirigían los contrabandistas era de una rara construcción, con grandes protuberancias por delante y por detrás y su velocidad era mediocre. Los sacos de tabaco, los fusiles y la pólvora fueron depositados en grandes cofres de madera hechos de roble, interiormente vestidos de cobre y de hecho impermeables. Si la barca se hubiese sumergido, las mercancías hubiesen quedado intactas. Estos cofres, también muy particulares eran bastante espaciosos para contener los objetos sujetos a derechos y pasados de forma fraudulenta por los hábiles contrabandistas: lanas, cueros, pieles, pañuelos, jamón, manteca, vinos finos, telas, aceite, tabaco, tintes, jabón y metales. Todas estarían allí diariamente encerradas y saldrían

entonces debido a los compromisos secretamente establecidos en las villas fronterizas.

Los ocho hombres permanecían en silencio. San Carlos dirigía la embarcación. Avanzaban lentamente sobre esta onda inmóvil que no se resistía de manera alguna a los esfuerzos del navegante. Pero San Carlos sabía que uno de los afluentes del Gave era alimentado por el lago mismo y formaba, bien delante una especie de lago, una corriente submarina de la cual se pensaba aprovechar.

¡De pronto, un ruido inacostumbrado se escuchó! Eran ruidos de remos batiendo irregularmente el agua.

- ¿Qué es eso? -dijeron los contrabandistas a baja voz.

- Callen -dijo San Carlos.

No se veía nada a cinco pasos por delante de ellos.

- ¡Hola a los del barco! -dijo una voz dotada de un acento francés.

- Estamos atrapados -dijo San Carlos, pero confiándose a sus recuerdos, dirigió más activamente la embarcación hacia la corriente que sospechaba.

- ¡Hola! -dijo alguien-. Respondan o abriremos fuego.

- Que cada uno de ustedes -dijo San Carlos a sus hombres- ate una de sus cuerdas alrededor de su pecho.

Estas eran unas largas cuerdas de aproximadamente diez toesas¹⁶, que iban colgando en los bordes de la embarcación.

- ¡Hola! ¡Fuego!

El lago se iluminó de repente con un rápido destello. San Carlos vio cuatro canoas cargadas de carabineros que lo rodeaban; en medio de ellos, el campesino que había escapado daba sus órdenes. Era Francisco Dubois. San Carlos lo reconoció.

- ¡Ya te tengo, San Carlos! -gritó el sargento.

- Aún no, mi amigo -respondió el capitán.

- Hacia adelante -gritó el sargento.

- Hacia abajo -gritó el capitán.

Solo algunos pies separaban a las canoas de la embarcación del capitán. Los perseguidores se precipitaron sobre él. Su choque debía hacer estallar en pedazos a la embarcación, pero grande fue la estupefacción de los carabineros cuando sus propias embarcaciones chocaron las unas contra las otras. ¡San Carlos, su tropa, su embarcación, todo había desaparecido!

- Desaparecidos -dijeron los carabineros.

- Esto es singular -dijo Francisco Dubois.

No había ni cuerpos, ni mercancías. Las canoas se dispersaron en todos los sentidos cerca del lugar del desastre.

- ¡Nada! ¡Ningún resto! ¡Ni un cadáver! -dijo el sargento

Durante un cuarto de hora su búsqueda fue infructuosa. No vio nada. No encontró nada. Una antorcha fue encendida y al mismo instante, los carabineros vieron a los contrabandistas con sus fardos cargados y subiendo por la colina opuesta. ¡Era fantástico, era para morir de la rabia!

El sargento no conocía estas misteriosas embarcaciones, en las que la proa y la popa llenas de aire la sostienen a una altura constante hasta que se sumergen. Por tanto, San Carlos, en el

momento en que iba a estallar en mil pedazos, abrió la válvula situada en el fondo de la embarcación, que había puesto aproximadamente a diez toesas, y los hombres atados a sus bordes habían sido remolcados por la misma. Una vez que entró en la corriente submarina, no tardó en ganar la orilla vecina. Allí, había tirado a tierra, las mercancías, los fusiles y la pólvora sacadas de los cofres, y los contrabandistas ganando a rápidos pasos los campos que los separaban del bosque de Geret, se distanciaron provocando la sorpresa de los aturcidos carabineros.

- ¡Fuego! -gritó el sargento.

Pero las balas se perdieron en el espacio.

- ¡Adelante! -gritó Dubois fuera de sí.

Las canoas volaron sobre las aguas del lago y ganaron la ensenada donde acababa de desembarcar el capitán San Carlos. Pero la misteriosa

embarcación había sido reenviada a su elemento acuático, donde el viejo barquero la recogería más tarde y la ocultaría sin muchos contratiempos de las miradas indiscretas y salariales de los empleados del fisco.

Los carabineros desembarcaron y, con sus fusiles cargados, se lanzaron sobre las huellas de sus enemigos. Pero estos tenían la ventaja y, aunque llevaban una pesada carga, caminaban con paso rápido. Sin embargo, cada vez que San Carlos llegaba a una pequeña eminencia, miraba hacia atrás y se veía ganando velocidad. Los carabineros descargaron, en algunas ocasiones, sus fusiles y las balas rodaban hasta los pies de los contrabandistas que estaban muertos de fatiga.

Llegaron así al puente de España, formado por abetos de veinticinco a treinta pies¹⁷ de longitud que atravesaban el Gave apoyándose sobre enormes masas de granito de cuarenta pies de altura¹⁸. San Carlos vio a sus compañeros ex-

haustos y los carabineros tratando de alcanzarlos. De esta manera, después de pasar por el puente, se escondió detrás de una de las rocas sobre las cuales se desarrollaban la magnífica cascada del Gave y descendió con una habilidad asombrosa por sus flancos perpendiculares. Los contrabandistas le siguieron, se aventuraron a través de un camino, o más bien, un reborde de piedras de un pie de largo, siendo así ocultados por el propio salto de agua. Una gruta se ofrecía a sus ojos. Los mercancías fueron allí dejadas con presteza y la tropa del capitán San Carlos se dispersó en diversas direcciones.

Cuando los carabineros llegaron al puente, lo atravesaron rápidamente, pero no vieron ni oyeron nada; entonces regresaron sobre sus pasos, husmeando durante dos horas por los alrededores y no teniendo más que la consola-ción de enviarse mutuamente a todos los diablos, que tanto detestaban este tipo de gentes.

A la mañana siguiente, los sacos de tabaco llegaron a Catarave, sobre las espaldas de hombres especiales enviados a la gruta del puente de España por los negociantes de la villa; luego San Carlos y sus hombres, que recibieron el pago por el precio convenido, retomaron el camino de las montañas cantando los más alegres de sus coros y jurando por todos los santos sonoros de su calendario que los contrabandistas eran y serían siempre las gentes más felices del mundo, mientras hubiera cigarros en España y hombres vestidos de verdes para impedirles su entrada a Francia.

1. En España, villa pirinea que se encuentra al Sur del pico de Viñamala.
2. Cuatro kilómetros.
3. En español, en el original.

4. Uno de los gigantes que Gea creó para vengarse de los Titanes. Vencido por Zeus fue enterrado debajo del Etna, cuyo volcán representa el aliento del gigante.

5. Cuatro soles equivalen a veinte centavos. Cinco son veinticinco.

6. Setenta y cinco francos.

7. Noventa francos.

8. Ciento cincuenta francos.

9. Planta que crece en las fisuras de las rocas.

10. Planta de hojas espinosas, que se parece mucho al cardo.

11. Arbolillo de la familia de las ericáceas, de dos a cinco metros de altura, con hojas persistentes, coriáceas, oblongas, agudas, verdes y

lustrosas por el haz y pálidas por el envés. Se cultivan como plantas de adorno.

12. Verne comete aquí un error que no corrigió. El pico Estour no existe, pero sí el pico Estom, que está situado en el macizo montañoso de Viñamala.

13. Seis kilómetros.

14. De cuarenta a cincuenta metros.

15. Ocho kilómetros.

16. Aproximadamente veinte metros.

17. Aproximadamente de ocho a diez metros.

18. Aproximadamente trece metros.

Un expreso del futuro

-Ande con cuidado –gritó mi guía- ¡Hay un escalón!

Descendiendo con seguridad por el escalón de cuya existencia así me informó, entré en una amplia habitación, iluminada por enneguecedores reflectores eléctricos, mientras el sonido de nuestros pasos era lo único que quebraba la soledad y el silencio del lugar.

¿Dónde me encontraba? ¿Qué estaba haciendo yo allí? Preguntas sin respuesta. Una larga caminata nocturna, puertas de hierro que se abrieron y se cerraron con estrépitos metálicos, escaleras que se internaban (así me pareció) en las profundidades de la tierra... No podía recordar nada más, Carecía, sin embargo, de tiempo para pensar.

-Seguramente usted se estará preguntando quién soy yo –dijo mi guía-. El coronel Pierce, a sus órdenes. ¿Dónde está? Pues en América, en Boston... en una estación.

-¿Una estación?

-Así es; el punto de partida de la Compañía de Tubos Neumáticos de Boston a Liverpool.

Y con gesto pedagógico, el coronel señaló dos grandes cilindros de hierro, de aproximadamente un metro y medio de diámetro, que surgían del suelo, a pocos pasos de distancia.

Miré esos cilindros, que se incrustaban a la derecha en una masa de mampostería, y en su extremo izquierdo estaban cerrados por pesadas tapas metálicas, de las que se desprendía un racimo de tubos que se empotraban en el techo; y al instante comprendí el propósito de todo esto.

¿Acaso yo no había leído, poco tiempo atrás, en un periódico norteamericano, un artículo que describía este extraordinario proyecto para unir Europa con el Nuevo Mundo mediante dos colosales tubos submarinos? Un inventor había declarado que el asunto ya estaba cumplido. Y ese inventor –el coronel Pierce- estaba ahora frente a mí.

Recompuse mentalmente aquel artículo periodístico. Casi con complacencia, el periodista entraba en detalles sobre el emprendimiento. Informaba que eran necesarios más de tres mil millas de tubos de hierro, que pesaban más de trece millones de toneladas, sin contar los buques requeridos para el transporte de los materiales: 200 barcos de dos mil toneladas, que debían efectuar treinta y tres viajes cada uno. Esta “Armada de la Ciencia” era descrita llevando el hierro hacia dos navíos especiales, a bordo de los cuales eran unidos los extremos de los tubos

entre sí, envueltos por un triple tejido de hierro y recubiertos por una preparación resinosa, con el objeto de resguardarlos de la acción del agua marina.

Pasado inmediatamente el tema de la obra, el periodista cargaba los tubos (convertidos en una especie de cañón de interminable longitud) con una serie de vehículos, que debían ser impulsados con sus viajeros dentro, por potentes corrientes de aire, de la misma manera en que son trasladados los despachos postales en París.

Al final del artículo se establecía un paralelismo con el ferrocarril, y el autor enumeraba con exaltación las ventajas del nuevo y osado sistema. Según su parecer, al pasar por los tubos debería anularse toda alteración nerviosa, debido a que la superficie interior del vehículo había sido confeccionada en metal finamente pulido; la temperatura se regulaba mediante corrientes de aire, por lo que el calor podría modificarse de acuerdo con las estaciones; los

precios de los pasajes resultarían sorprendentemente bajos, debido al poco costo de la construcción y de los gastos de mantenimiento... Se olvidaba, o se dejaba aparte cualquier consideración referente a los problemas de la gravitación y del deterioro por el uso.

Todo eso reapareció en mi conciencia en aquel momento.

Así que aquella "Utopía" se había vuelto realidad ¡y aquellos dos cilindros que tenía frente a mí partían desde este mismísimo lugar, pasaban luego bajo el atlántico, y finalmente alcanzaban la costa de Inglaterra!

A pesar de la evidencia, no conseguía creerlo. Que los tubos estaban allí, era algo indudable, pero creer que un hombre pudiera viajar por semejante ruta... ¡jamás!

-Obtener una corriente de aire tan prolongada sería imposible- expresé en voz alta aquella opinión.

-Al contrario, ¡absolutamente fácil! protestó el coronel Pierce-. Todo lo que se necesita para obtenerla es una gran cantidad de turbinas impulsadas por vapor, semejantes a las que se utilizan en los altos hornos. Éstas transportan el aire con una fuerza prácticamente ilimitada, propulsándolo a mil ochocientos kilómetros horarios... ¡casi la velocidad de una bala de cañón!.. De manera tal que nuestros vehículos con sus pasajeros efectúan el viaje entre Boston Liverpool en dos horas y cuarenta minutos.

-¡Mil ochocientos kilómetros por hora!- exclamé.

-Ni uno menos. ¡Y qué consecuencias maravillosas se desprenden de semejante promedio de velocidad! Como la hora de Liverpool está adelantada con respecto a la nuestra en cuatro ho-

ras y cuarenta minutos, un viajero que salga de Boston a las 9, arribará a Liverpool a las 3,53 de la tarde. ¿No es este un viaje hecho a toda velocidad? Corriendo en sentido inverso, hacia estas latitudes, nuestros vehículos le ganan al Sol más de novecientos kilómetros por hora, como si treparan por una cuerda movediza. Por ejemplo, partiendo de Liverpool al medio día, el viajero arribará a esta estación alas 9,34 de la mañana... O sea, más temprano que cuando salió. ¡Ja! ¡Ja! No me parece que alguien pueda viajar más rápidamente que eso.

Yo no sabía que pensar. ¿Acaso estaba hablando con un maniático?... ¿O debía creer todas esas teorías fantásticas, a pesar de la objeciones que brotaban de mi mente?

-Muy bien, ¡así debe ser! -dije-. Aceptaré que lo viajeros puedan tomar esa ruta de locos, y que usted puede lograr esta velocidad increíble. Pero una vez que la haya alcanzado, ¿cómo

hará para frenarla? ¡Cuando llegue a una parada todo volará en mil pedazos!

-¡No, de ninguna manera! -objetó el coronel, encogiéndose de hombros-. Entre nuestros tubos (uno para irse, el otro para regresar a casa), alimentados consecuentemente por corrientes de direcciones contrarias, existe una comunicación en cada juntura. Un destello eléctrico nos advierte cuando un vehículo se acerca; librado a su suerte, el tren seguiría su curso debido a la velocidad impresa, pero mediante el simple giro de una perilla, podemos accionar la corriente opuesta de aire comprimido desde el tubo paralelo y, de a poco, reducir a nada el impacto final. ¿Pero de qué sirven tantas explicaciones? ¿No sería preferible una demostración?

Y sin aguardar mi respuesta, el coronel oprimió un reluciente botón plateado que salía del costado de uno de los tubos. Un panel se deslizó suavemente sobre sus estrías, y a través de la abertura así generada, alcancé a distinguir una

hilera de asientos, en cada uno de los cuales cabían cómodamente dos personas, lado a lado.

-¡El vehículo! –exclamó el coronel-. ¡Entre!

Lo seguí sin oponer la menor resistencia, y el panel volvió a deslizarse detrás de nosotros, retomando su anterior posición.

A la luz de una lámpara eléctrica, que se proyectaba desde el techo, examiné minuciosamente el artefacto en que me hallaba.

Nada podía ser más sencillo: un largo cilindro, tapizado con prolijidad; de extremo a extremo se disponían cincuenta butacas en veinticinco hileras paralelas. Una válvula en cada extremo regulaba la presión atmosférica, de manera que entraba aire respirable por un lado, y por el otro se descargaba cualquier exceso que superara la presión normal.

Luego de perder unos minutos en este examen, me ganó la impaciencia:

-Bien –dije-. ¿Es que no vamos a arrancar?

-¿Si no vamos a arrancar? –exclamó el coronel Pierce-. ¡Ya hemos arrancado!

Arrancado... sin la menor sacudida... ¿cómo era posible?... Escuché con suma atención, intentando detectar cualquier sonido que pudiera darme alguna evidencia.

¡Si en verdad habíamos arrancado... si el coronel no me había estado mintiendo al hablarme de una velocidad de mil ochocientos kilómetros por hora... ya debíamos estar lejos de tierra, en las profundidades del mar, junto al inmenso oleaje de cresta espumosa por sobre nuestras cabezas; e incluso en ese mismo instante, probablemente, confundiendo al tubo con una ser-

piente marina monstruosa, de especie desconocida, las ballenas estarían batiendo con furiosos coletazos nuestra larga prisión de hierro!

Pero no escuché más que un sordo rumor, provocado, sin duda, por la traslación de nuestro vehículo. Y ahogado por un asombro incomparable, incapaz de creer en la realidad de todo lo que estaba ocurriendo, me senté en silencio, dejando que el tiempo pasara.

Luego de casi una hora, una sensación de frescura en la frente me arrancó de golpe del estado de somnolencia en que había caído paulatinamente.

Alcé el brazo para tocarme la cara: estaba mojada.

¿Mojada? ¿Por qué estaba mojada? ¿Acaso el tubo había cedido a la presión del agua... una presión que obligadamente sería formidable,

pues aumenta a razón de una “atmósfera” por cada diez metros de profundidad?

Fui presa del pánico. Aterrorizado, quise gritar... y me encontré en el jardín de mi casa, rociado generosamente por la violenta lluvia que me había despertado. Simplemente, me había quedado dormido mientras leía el artículo de un periodista norteamericano, referido a los extraordinarios proyectos del capitán Pierce... quien a su vez, mucho me temo, también había sido soñado.